



EL OLOR DE LAS FLORES SECAS

¿Quién puede estar detrás de tales atrocidades?
¿Qué persigue el asesino? Y, sobre todo,
¿qué papel juegan las flores en este caso?



Marta Yanci Serrano

**EL OLOR DE
LAS FLORES SECAS**

MARTA YANCI SERRANO

T.L,

© Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Título: *El olor de las flores secas*

© *Marta Yanci Serrano*

Instagram: *@martayancis*

Edición publicada en enero del 2020

Diseño de portada y contraportada: *Alexia Jorques*

Maquetación: *Alexia Jorques*

EL OLOR
DE LAS
FLORES
SECAS



Marta Yanci Serrano

Estimado lector:

Gracias por tu tiempo y confianza. Gracias por decidir adentrarte en mi mundo, en mis letras.

De corazón espero que percibas el olor de las flores secas en cada página, que mis palabras consigan transportarte a los lugares que describen.

Antes de dejar que te sumerjas entre líneas, me gustaría recalcar que, si bien en el libro se mencionan lugares reales, me he tomado la licencia de adaptarlos y cambiar su aspecto y condiciones a mi antojo para adecuarlos a la historia que quería narrar.

Sin más, espero que disfrutes.

Marta Yanci Serrano

AGRADECIMIENTOS

Como siempre, quiero agradecer primero y ante todo a mis padres y a Maripi su tiempo, sus consejos y su entusiasmo. Ellos han sido mis lectores cero y, sin ellos, quizás Basurto y Delicao hubieran permanecido en algún archivo de mi ordenador eternamente.

Agradecer también a Ester y Manuel su tiempo y su paciencia. Al comenzar a desarrollar la idea de esta novela les bombardeé con preguntas técnicas y me las respondieron todas de la mejor manera posible, con rapidez y cariño. Y, por supuesto, una mención muy especial a Jessica por su dedicación y sus recomendaciones.

Por último, quiero dar las gracias a mis lectores, porque vuestros comentarios y apoyo me sirven de motivación para continuar contando historias y dando vida a personajes.

Para Jorge, por siempre mantener el optimismo, aun cuando las cosas se ponen difíciles.

Para Lucas y Pablo, porque gracias a ellos he aprendido a aprovechar cada minuto del día.

~ Índice ~

[EL OLOR DE LAS FLORES SECAS](#)
[BASURTO Y DELICAO](#)
[LA PRIMERA](#)
[SIMPLEMENTE BARBARA](#)
[TODO DEPENDE](#)
[EL PASADO LLAMA A LA PUERTA](#)
[LA SEGUNDA](#)
[TROMPETAS DE ÁNGEL](#)
[UNA CHICA NORMAL](#)
[CON LAS MANOS EN HARINA](#)
[MANDRAGORA](#)
[UNA DE CAL Y OTRA DE ARENA](#)
[LA VIDA EN DIEZ CENTÍMETROS](#)
[BASURTO](#)
[DELICAO](#)
[O MIA O DE NINGUNO](#)
[AMOR DE MADRE](#)
[DESENMARAÑANDO](#)
[LA CUARTA](#)
[ADENIUM OBESUM](#)
[REUNION DE LOS MARTES](#)
[LAS CASUALIDADES NO EXISTEN](#)
[LA EXCEPCIÓN QUE CONFIRMA LA REGLA](#)
[NO DEBIA OCURRIR](#)
[LA GENTE SE CANSA DE AYUDAR](#)
[EL SEGUNDO ERROR](#)
[LA MEJOR REPRESENTACIÓN](#)
[ROSA ALMAGRO](#)
[CUANDO NADIE SABE](#)
[LA PRIMERA LLAMADA](#)
[LA SEGUNDA LLAMADA](#)
[EL RITUAL](#)
[SILENCIO](#)
[EL PORQUE](#)
[LA CITA](#)
[CLAROS Y OSCUROS](#)
[LA MEJOR PARA EL FINAL](#)
[UN DIA CUALQUIERA](#)
[CUANDO EL FINAL ESTÁ ESCRITO](#)

EPILOGO

EL OLOR DE LAS FLORES SECAS



Lo envolvió en una mantita azul, con cuidado, antes de dejarlo sobre la hierba. Se quedó de pie mirándolo, sonriendo. Entonces abrió la bolsa y comenzó a colocar las flores, despacio, de manera metódica.

Cuando hubo terminado, sacó el zapatito que quedaba en el fondo de la bolsa y lo colocó sobre la manta.

Ya estaba todo listo. Echó un último vistazo y comenzó a caminar.

BASURTO Y DELICAO



—Buenos días —eran las siete en punto de la mañana de un día cualquiera del mes de junio y, como siempre, la brigada Basurto atravesaba la puerta de la Unidad Central Operativa con su bolso en un brazo y una bolsa térmica en el otro, donde llevaba su muesli con yogur y frutas para desayunar, y una ensalada de pasta para la comida.

Le gustaba llegar siempre la primera para poder saludar al equipo que había pasado la noche de guardia y así enterarse de cualquier novedad. Además, apreciaba la calma que se respiraba a primera hora, antes de que llegaran sus compañeros y comenzaran las bromas, la charla, y luego ya la rutina a veces, y el caos otras.

Aquel día, además, conocería al joven cabo que iba a tomar bajo su ala. Solo sabía de él que acababa de salir de la academia y su nombre: Raúl Delicao. “Madre mía, no quiero ni pensar las bromas que habrá sufrido ya en el Cuerpo con ese apellido”, pensó para sí mientras revisaba de nuevo su ficha.

A medida que pasaban los minutos, iban llegando compañeros, y por supuesto también el coronel Ylleta. Fue él quien le enseñó mucho de lo que hoy sabía, cuando ella llegó a la UCO por primera vez. Entonces Ylleta era aún teniente y tuvo la paciencia de mostrarle todo, dedicarle muchas horas y guiarla. La joven cabo Basurto de aquella época estaba ávida por aprender. Aún lo recordaba.

El coronel la saludó con la cabeza, con una sonrisa franca, mientras pasaba por delante de su mesa. Entonces entró en su despacho dejando la puerta abierta. Siempre lo hacía, lo de la puerta. Decía que quería que todos sintieran que podían pasar a verle y hablar con él siempre que lo necesitaran.

Ylleta era uno de aquellos militares atípicos. Llegó donde estaba casi por casualidad, porque en realidad él llevaba desde niño queriendo ser modisto. Su madre era costurera, y el joven Ylleta aprovechaba los retales y restos de hilos para elaborar pequeños trajecitos para las muñecas de sus hermanas. Tendía a llevarse soplamocos de su padre, un hombre duro, hecho a sí mismo, de aquellos que jamás habían derramado una lágrima en su vida. Pero aquello no podía con el niño. Siguió reproduciendo sus creaciones a escondidas hasta que le destinaron a Tenerife a hacer la mili. Allí, pese a que al principio aquella experiencia le pareció propia de bárbaros, comenzó a desarrollar cierto interés por aquel mundo, lo que le llevó a aventurarse en la carrera militar. La ironía fue que para entonces su padre había muerto de cáncer de páncreas y nunca pudo darle la satisfacción.

El reloj marcaba ya las ocho y media de la mañana y los teléfonos comenzaban a sonar. La

ciudad amanecía y con ella el deber. Aquella era la hora a la que Raúl Delicao debía llegar. Basurto miró el reloj de pulsera varias veces seguidas, como queriendo confirmar que era la hora acordada. No soportaba la impuntualidad. El tiempo era oro, o así lo veía ella, y su tiempo valía lo mismo que el del resto y, por tanto, esperaba que nadie le hiciera perderlo.

A las ocho y treinta y siete minutos, cuando ya había consultado la hora más de ocho veces, vio entrar por la puerta a un joven bastante alto pero desgarbado, con gafas, pelo oscuro peinado hacia atrás y cara de despiste.

—¡Cabo Delicao! —le llamó Basurto desde donde se encontraba. El joven se puso rojo como un tomate y caminó hacia ella. Al avanzar notaba las risitas de los compañeros, pero ya apenas le afectaban. Estaba acostumbrado a las bromas por su apellido y había conseguido casi ignorarlas.

Por fin llegó frente a la que sería su mentora.

—Cabo, llega usted siete minutos tarde —le dijo por todo saludo la brigada Basurto—. Yo valoro mi tiempo y no me gusta que nadie me haga perderlo.

—Lo... Lo siento... Yo... No calculé bien cuánto iba tardar..., mi brigada —respondió Delicao mirando al suelo.

A Basurto aún le chocaba que se refirieran a ella como brigada. Llevaba siéndolo tan solo unas semanas y, de momento, salvo una ligera subida de sueldo, su vida y sus hábitos no habían cambiado. Es más, pese a ser poco habitual, ella prefería seguir haciendo trabajo de calle, en lugar de centrarse únicamente en la labor burocrática que su nuevo rango confería.

—Bien. Espero que no vuelva a repetirse. Ahora sígame, por favor. Le mostraré su mesa y le pondré al día de los casos que tenemos abiertos.

Delicao llevaba una pequeña libreta en la que iba anotando todo aquello que le parecía importante. La brigada Basurto le observaba de reojo hasta que ya no pudo más y tuvo que preguntarle.

—¿Qué edad tiene usted, cabo?

—Yo... Veintitrés años, mi brigada.

—Ah. Me sorprende que no apunte usted las cosas en el móvil o que no saque fotos.

—Siempre me ha gustado escribir las cosas que me parecen importantes. Las recuerdo mejor.

La brigada asintió con una sonrisa. Aquel chico empezaba a gustarle.

Para las diez de la mañana Basurto ya le había transferido a su protegido toda la información que consideraba fundamental para poder trabajar y ser útil en aquel enclave.

—Propongo que hagamos un breve descanso para tomar un café y empecemos a estudiar el primer informe —sugirió—. Se trata de un posible caso de contrabando de armas al que curiosamente hemos tenido acceso como consecuencia de una denuncia por violencia de género. Al entrar los nuestros en la vivienda, alertados por los vecinos, encontraron todo un arsenal. En

unos minutos vendrá un testigo para que le tomemos declaración. Me gustaría que estuviera usted presente y tome notas en ese cuaderno suyo. Luego podemos revisarlas juntos.

Dicho esto, la brigada Basurto dio media vuelta camino del lavabo.

LA PRIMERA



Un poco antes de las diez y media entraba el testigo en comisaría. Se trataba de un hombre de unos cincuenta años, bajito, con un andar pesado. Era el portero del edificio en el que había aparecido muerta María Isabel Martínez López, de treinta y cuatro años y natural de Zamora, aunque residente en Chamberí.

—Buenos días, ¿es usted Evaristo Rodríguez? —le saludó Basurto.

—El mismo —respondió el hombrecillo.

—Por favor, sígame —le invitó la brigada. El la siguió hasta la sala de entrevistas. Allí esperaba ya Raúl, que se levantó en cuanto los vio entrar.

—Buenos días —dijo tímidamente, casi haciendo una reverencia. Después volvió a sentarse y clavó la mirada en su cuaderno mientras se ajustaba las gafas.

El interrogatorio al testigo comenzó de manera distendida. Para la brigada Basurto era fundamental que los testigos no se sintieran intimidados, para que así pudieran recordar todo tipo de detalles con mayor facilidad. Se le ofreció un café, que Evaristo aceptó encantado, y luego Basurto se limitó a guiarle, dejándole hablar sin casi interrumpirle.

Llevaban diez minutos escuchando al portero cuando alguien llamó a la puerta de la sala y entró sin esperar respuesta.

—Mi brigada —dijo González, cabo mayor que aspiraba a convertirse en el próximo sargento—. Necesitaría que venga usted cuanto antes.

—González, ¿no ves que estamos en medio de una entrevista? —le respondió ella molesta. Les tenía dicho que no interrumpieran durante entrevistas e interrogatorios porque una vez que se rompía el clímax, era difícil recuperarlo.

—Es urgente —respondió él lanzándole una mirada inequívoca.

—Delicao, siga usted escuchando al señor Rodríguez, por favor. Don Evaristo, me va usted a disculpar, pero no se preocupe que le dejo en buenas manos.

La brigada Basurto salió de la sala y siguió a González, que avanzaba por el pasillo a buen ritmo, con prisa.

—Acaba de entrar una llamada. Ha aparecido el cuerpo de una mujer en el Arroyo de la Vega, perteneciente a Alcobendas, entre unos arbustos. Lo ha encontrado un jardinero municipal, que por lo visto suele esconderse ahí para orinar y por poco le da algo al ver el cuerpo. Le está atendiendo un equipo del Samur. Hay una patrulla ya allí pero han preguntado por ti.

—Gracias González. ¿Sabes algo más? ¿Sabemos quién es la víctima?

—De momento no me han dicho nada más. Solo sé que requieren tu presencia. Si quieres conduzco —añadió González mientras salían al aparcamiento.

—No hace falta, ya conduzco yo.

Cuando llegaron, la zona estaba acordonada e inevitablemente detrás del cordón policial había muchísimos curiosos comentando, tratando de hacer fotos con las cámaras de sus móviles, intentando obtener algo de información. González y Basurto avanzaron con decisión y se deslizaron por debajo del cordón. Inmediatamente llegaron los dos policías que estaban patrullando cerca del lugar y que habían sido los primeros en personarse. Basurto les mostró su placa y ambos respiraron aliviados.

—Buenos días, gracias por venir —les saludó el primero. Ambos eran jóvenes, un chico y una chica. Era evidente que no habían intervenido en muchos casos de homicidio, a juzgar por la palidez de sus rostros.

—¿Dónde se encuentra el cuerpo? —les interrogó la brigada sin andarse con rodeos.

—Sígueme, por favor —respondió la policía.

Se adentraron en un parterre de arbustos y ahí, en el centro, Basurto y González vieron el cuerpo de una mujer de unos treinta años, desnuda, con los brazos extendidos, las palmas apuntando al cielo y las piernas juntas y estiradas. Pero eso no era todo.

La brigada se acercó mientras se ponía los guantes de látex.

—La víctima presenta una incisión en el abdomen que parece haberse realizado con algún objeto de precisión, quizás incluso con un bisturí —tocó ligeramente el cuerpo inerte, tremendamente pálido—. No lleva aquí mucho tiempo a juzgar por la falta de rigidez del cuerpo y, además, no creo que haya sido asesinada en este lugar. No hay apenas sangre. La mataron en otro sitio y luego la trasladaron.

Se incorporó, se quitó los guantes y se dirigió a González.

—Quiero ser la primera en conocer los resultados de la autopsia. Necesitamos que observen si hay algún indicio de que se hubiera resistido, aunque a primera vista no lo parece, lo cual me hace pensar que la víctima conocía a su agresor. Sin embargo, ese corte es extraño... Necesitamos también identificar a la víctima cuanto antes, González. Es probable que alguien haya puesto alguna denuncia por desaparición. Recaba información de mujeres desaparecidas en las últimas horas o días en la Comunidad de Madrid. Empecemos por ahí.

Basurto abandonó la escena del crimen justo cuando se personaban el equipo forense y el juez para el levantamiento del cadáver. Les saludó brevemente a todos ellos con un golpe de mentón, les explicó lo que iban a encontrarse y les pidió que la mantuvieran informada. Cuando estaban a pocos minutos de la Unidad, pidió a González que parara el coche. Necesitaba pasear.

Caminó despacio, tratando de analizar lo que acababa de ver.

Mujer de entre treinta y treinta y cinco años, posiblemente de nacionalidad española, sin signos de violencia aparente y sin ningún indicio de resistencia por su parte. Y luego, aquella enorme incisión en su vientre, que parecía haberse realizado sin prisas, de manera metódica.

Esperaba equivocarse, pero aquello le parecía algo más que un simple caso de violencia

doméstica o similar.

Cuando entró en las oficinas, González estaba ya esperándola.

—Tenemos más datos, mi brigada. Parece ser que la víctima es Antonia Blásquez. Su marido denunció su desaparición ayer por la tarde. Por lo visto el día anterior se fue a trabajar, a mediodía salió a comer y ya nadie supo nada de ella.

—Buen trabajo, González. Tendríamos que hablar con el marido.

—Sí, claro. Ya le hemos contactado y está en camino.

Basurto se dirigió a su mesa. Repartiría el resto de casos abiertos entre el equipo y ella se centraría en el asesinato de Antonia Blásquez. Supuso que se le había asignado a ella por su conexión con Alcobendas, su primer destino nada más salir de la academia, pese a su nuevo rango. Conocía bien la zona, a la policía local y, por supuesto, a los suyos.

Se sentó y comenzó a revisar documentos en el ordenador, hasta que escuchó un ligero carraspeo a su espalda. Se giró para encontrar a Delicao, de pie, con su cuaderno y un bolígrafo en sus manos y la cabeza gacha.

—Disculpe mi brigada, terminé la entrevista y quería saber si quiere que la transcriba.

—Claro, claro —respondió ella distraída. Pero justo cuando el joven cabo se daba la vuelta para comenzar a teclear en su ordenador, le llamó de nuevo— ¡Delicao! Presiento que tenemos un nuevo caso interesante entre manos, un caso que quizás sea un tanto escabroso para alguien tan joven como usted, no lo sé, pero del que, si no me equivoco, podrá aprender muchísimo. Redacte el informe de la entrevista, páseselo a Suárez y péguese a mí como una lapa a partir de ahora. Vamos a ver qué instinto tiene, cabo —Basurto se giró para mirar de nuevo la pantalla, pero notó que Delicao no se movía. De nuevo le miró, esta vez con gesto interrogante.

—Mi brigada, no sé quién es Suárez —Basurto señaló a una mujer joven, uniformada, que tecleaba frenéticamente datos en su ordenador. Estaba de espaldas a ellos, a pocos metros.

—Gracias, mi brigada —respondió Raúl de manera casi imperceptible.

A Raúl Delicao le costaba mostrar su entusiasmo. Era de personalidad retraída, tímido. Llevaba toda su vida pasando desapercibido, cuando tenía suerte, o siendo objeto de burlas, cuando esta le abandonaba. Decidió hacerse guardia civil siendo aún muy pequeño, cuando su madre murió de manera fortuita mientras trabajaba. Era dependiente en una tienda de ultramarinos en un pueblo de Badajoz, donde él nació. Una tarde, cuando ya iba a cerrar y estaba haciendo caja, entró un grupo de tres o cuatro personas, nunca se supo con exactitud, robaron lo que había y a su madre le asestaron dos cuchilladas, con la mala suerte de que una fue mortal.

Delicao quedó huérfano a los once años, porque padre no tenía, y tuvo que marcharse a Madrid a vivir con su tía y el marido de esta. Nunca se pilló a los asaltantes y él se prometió que se haría miembro de las fuerzas del orden para resolver casos y que no hubiera más niños que quedaran huérfanos por culpa de asaltantes.

Cuando lo decía en el colegio, muy convencido, los otros niños se reían de él —“tú te has creído que eres Batman, ¿no?”— solían decirle o “pero ¿cómo va un esqueleto con gafas como tú

a pillar a ningún malo?”, porque era muy delgado, siempre lo había sido. Pero a él no le importaba. Era un tipo con determinación, un tipo listo y decidido, aunque no lo pareciera a primera vista.

La brigada Basurto le había gustado desde el primer momento, porque hablaba claro y no había hecho ningún gesto raro al decir su apellido, ni había tratado de burlarse de él o de hacerle sentir insignificante por su aspecto. Cualquiera asumiría que era de esperar cuando alguien trataba con una persona de su rango, pero Delicao sabía que eso no siempre era así. El rango no otorgaba ni educación, ni compasión. Eso él lo había aprendido bien.

A los pocos minutos estaban los dos juntos frente a la pantalla de ella.

—Esperemos que nos envíen el informe forense cuanto antes, Delicao —el joven cabo asintió, si bien sabía que su mentora no le veía porque estaba de cara al ordenador.

En ese momento se acercó González, que miró a la nueva incorporación de arriba abajo, no con maldad, sino simplemente con curiosidad.

—Este es Delicao, González, es el nuevo cabo y trabajará bajo mi ala —Basurto lo dijo tajante, cortante y con una mirada que indicaba que no quería bromas al respecto.

—Bienvenido, cabo —respondió por todo saludo González antes de dirigirse a la brigada—. El marido, Felipe Ramírez, va a retrasarse un poco. Le ha tenido que atender un operativo del Samur del shock que ha sufrido. Me han pedido que por favor no nos pasemos con la entrevista, que necesita estar tranquilo, si puede, por lo menos hoy. Y de momento no tengo más novedades.

—Gracias, González —dijo Basurto girando ahora en su silla para mirar de nuevo a su pantalla—. El cabo y yo nos encargaremos de hablar con él. Te diré si te necesitamos.

Delicao se puso rojo como un tomate mientras González se alejaba de ellos claramente descontento.

—No se sienta usted mal, cabo —le conminó la brigada viendo su reacción—. González está haciendo méritos para ser teniente, que lo será, pero de momento quiero bajarle un poco los humos. Además, este es nuestro caso.

—Gracias, mi brigada —Delicao sonreía ahora como un niño.

—Buenas tardes, señor Ramírez —saludó Basurto al marido de la víctima poco antes de las cuatro de la tarde—. Ante todo quiero que sepa que lamentamos mucho lo ocurrido y le agradecemos enormemente que se haya brindado usted a venir hasta aquí tan rápido.

—Claro, claro... —Felipe Ramírez era un tipo corpulento, de esos que van al gimnasio con frecuencia, algo que ahora estaba tan de moda y que Delicao no entendía. Tenía aspecto de cuidarse mucho, de ser una persona organizada, metódica. Raúl le observaba con atención.

—Dígame, señor Ramírez, ¿cuándo vio usted a su mujer por última vez? —Basurto comenzó su entrevista al testigo, pese a que a este se le veía claramente abatido.

—Antes de ayer por la mañana. Antonia y yo desayunamos juntos como todos los días. Ella suele salir de casa un poco antes que yo. Soy entrenador personal en un gimnasio cercano y no empezamos a trabajar hasta las nueve. Antonia sin embargo tiene que estar en la oficina a las ocho

y media —Felipe Ramírez contaba todo aquello como si aún fuera a ocurrir del mismo modo al día siguiente, y al siguiente. Hablaba de su mujer como si estuviera viva. Basurto sabía que eso solía pasarle a muchos familiares de las víctimas y era algo que aún hoy, después de entrevistar a cientos, seguía impactándole. Miró de reojo a Delicao, que estaba pálido como el papel del cuaderno en el que anotaba, y con la mirada clavada en el mismo para no tener que enfrentarse a la desolación de aquel hombre.

—Bien. Dígame si quiere que le traiga un poquito de agua o alguna otra cosa —le dijo Basurto antes de continuar. Ramírez negó cabizbajo.

—¿Saben decirme ya qué le ha pasado? Nadie ha querido contarme nada y yo no entiendo... Estábamos en el mejor momento...

—Si le parece, primero terminaremos de hacerle unas preguntas y luego nos acompañará una psicóloga. Entonces le contaremos lo que creemos que ha pasado. Después tendrá usted que identificar el cadáver —Basurto hizo una pausa antes de continuar para asegurarse de que su entrevistado digería la información que acababa de recibir—. Pero dígame, ¿por qué dice que estaban en el mejor momento?

—Por fin habíamos conseguido quedarnos embarazados... después de años intentándolo.

Basurto sintió como si el estómago se le convirtiera en cemento de pronto. Miró a Delicao, que tampoco conocía exactamente los detalles del asesinato. Seguía con la mirada clavada en su cuaderno, anotando cuanto escuchaba.

Basurto carraspeó.

—Discúlpenme un momento, por favor.

Al cabo de pocos minutos volvía con un vaso de agua para el marido de la víctima y otro para ella, que se bebió de un trago. En la sala entraba también una chica joven, vestida con camisa azul pálido y vaqueros, con una sonrisa reconfortante. Acercó una silla y se sentó junto al entrevistado.

—Señor Ramírez, le presento a Carmen Yuste, psicóloga que asiste a víctimas y familiares — Basurto carraspeó de nuevo y miró a la consejera, que asintió muy brevemente, de manera casi imperceptible—. Verá, no sabíamos que su mujer estaba embarazada y de momento están practicándole la autopsia. Pero... —Ramírez clavaba su mirada en la brigada con desesperación—. En fin... A su mujer le abrieron el abdomen y puedo confirmarle que no había ningún neonato en la escena del crimen.

En ese momento Basurto, que había bajado la mirada sin darse cuenta, la elevó de nuevo para mirar a su entrevistado. Ramírez estaba pálido y le resbalaba una lágrima por la mejilla, pero por lo demás, parecía inexpresivo. No dijo nada, no hizo nada.

Por experiencia, la brigada sabía que había distintos tipos de reacciones; aquellos que se ponían a gritar y llorar sin consuelo; también estaban los que se volvían agresivos. Y había, por último, aquellos que parecían no asimilar la información recibida y no conseguían reaccionar.

Carmen hizo un gesto con la mano a Basurto, como pidiéndole un poco de espacio, antes de intervenir.

—Felipe... —esperó alguna reacción, pero no la obtuvo. Entonces le puso la mano sobre el brazo que descansaba en la mesa, muy suavemente—. Felipe, si necesita usted un descanso, por favor, díganoslo. Es absolutamente normal sentirse como usted se siente ahora, como también lo es que necesite tiempo para procesar esta información —la psicóloga dejó de hablar por unos segundos esperando detectar alguna reacción en su interlocutor. Lamentablemente aquel hombre con aspecto de Adonis parecía ahora un muñeco roto—. ¿Hay algún familiar al que yo pueda llamar para que venga a buscarle?

En ese momento Felipe Ramírez apoyó la cabeza sobre las manos y comenzó a llorar desconsoladamente. Carmen posó una mano sobre la espalda antes de levantarse sigilosamente.

—Voy a traerle un relajante. Le vendrá bien.

Entonces Felipe pareció tranquilizarse algo. Levantó la cabeza despacio, sorbiendo por la nariz. Se limpió los ojos con el dorso de la mano:

—Estoy bien... De verdad. Pero no comprendo quién haría algo así.

—¿Se le ocurre alguien que pudiera querer hacer daño a su mujer? O cualquier persona con la que haya tenido un desencuentro, por pequeño que pareciera en su momento.

—No... Antonia se llevaba bien con todo el mundo... —Felipe paró de hablar, como si se esforzara en recordar algo— Sí recuerdo que tuvo algún encontronazo con uno de los compañeros de trabajo, porque el tipo al parecer se pasaba un poco de la raya. Pero no llegó a nada.

Delicao seguía anotando y dijo casi sin pensar y sin levantar la mirada del cuaderno:

—¿Sabría el nombre de ese compañero? Nos convendría charlar con él —nada más decir esto, miró a su superiora con cara de susto, como si acabara de cometer un error terrible. Basurto le devolvió una mirada asombrada, pero no parecía enfadada.

—Charlaremos con todos sus compañeros, por si alguien puede indicarnos algo que nos resulte útil —añadió la brigada.

Delicao volvió a centrarse en su cuaderno, del que no levantó la mirada durante el resto de la entrevista.

A las ocho de la tarde seguían sin nuevas pistas, aunque algo era cierto: ahora sabían por qué la víctima mostraba aquella incisión en el abdomen. Lo que estaba claro es que en la zona donde había aparecido, no había ni rastro de aquel feto. Se habían mandado nuevas unidades, incluida una canina, a rastrear la zona para buscarlo sin éxito.

Tampoco habían llegado aún los resultados de la autopsia, no tenían testigos que entrevistar y, salvo contactar con la empresa de telemarketing para la que trabajaba Antonia, la cual visitarían al día siguiente para hablar con sus compañeros, no quedaba mucho por hacer.

Basurto había pasado las últimas horas paseándose de arriba abajo, mirando y remirando la pantalla de su ordenador y poniéndose alerta cada vez que sonaba su teléfono, con la esperanza de

que fueran noticias.

Delicao seguía centrado en su cuaderno, en el que había empezado a hacer pequeños dibujitos abstractos por puro aburrimiento.

—Váyase a casa, Delicao. Yo voy a hacer lo mismo —el tono de voz de la brigada denotaba abatimiento—. En cualquier caso el informe de la autopsia no nos llegará ya hasta mañana. Si le parece, le veo aquí a las ocho en punto —Delicao se puso rojo como un tomate al recordar los minutos de retraso de aquella primera mañana.

SIMPLEMENTE BARBARA



Basurto volvió a casa caminando. Caminar le relajaba, le despejaba y le ayudaba a pensar.

Desde siempre le había gustado vivir rápido, que todo ocurriera en un instante, conseguir sus objetivos y pasar a lo siguiente. Sin embargo, bien sabía que en su campo a veces había que esperar mucho, mucho tiempo, para obtener resultados. Es más, había casos que quedaban sin resolver durante años, o que se acababan archivando por falta de pruebas.

Bárbara Basurto llegó a su piso casi a las diez de la noche. Se quitó los zapatos de tacón y los dejó en la entrada. Después procedió a soltarse el pelo, que siempre llevaba recogido en un moño durante las horas laborales. Se revolvió la cabellera con las manos y fue directa a la cocina a ponerse una copa de vino. Salió a la minúscula terraza contigua a la sala de estar y se sentó con su copa a mirar el horizonte.

La calle estaba tranquila. De vez en cuando se veía algún vecino paseando. También observó a un grupo de jóvenes que caminaban entre risas con latas de cerveza en las manos, y pensó en lo fácil que realmente puede ser todo a aquella edad y lo que tendemos a complicarnos.

Dio un sorbo al vino y trató de ordenar sus ideas.

Bárbara siempre había sido metódica, desde pequeña. Le gustaba la organización y también conocer el porqué de las cosas. Siendo muy niña, despiezaba todo aquello que se encontraba para poder comprender su funcionamiento. Abría los coches de juguete de su hermano Álvaro, lo cual acabó en más de un castigo y algún que otro berrinche por parte de ambos. También desmontó la radio que su madre tenía en la cocina, y que siempre escuchaba mientras cocinaba.

Esa forma de ser, que a su familia desquiciaba, le resultó muy útil cuando comenzó su carrera. Conseguía desmontar los casos, utilizar las distintas pistas para deshacer cada enigma hasta llegar a su esencia y así atrapar a su autor.

Eso debía hacer ahora también, pero no tenía suficientes datos. La primera idea que le venía a la cabeza es que quizás el hijo que esperaba Antonia Blásquez no fuera de su marido, aunque él no lo supiera. Quizás el verdadero padre había averiguado que el hijo era suyo y, no queriéndolo o por despecho, quién sabe, había decidido arrebatárselo y matarla también a ella. Pero rápidamente descartó aquella hipótesis. Aquel no parecía un crimen pasional. Todo estaba demasiado planificado. Quienquiera que matara a Antonia Blásquez había actuado con frialdad, con las ideas claras, sin dejarse llevar por un arrebato. Además, la incisión efectuada en el abdomen para extraerle el feto era limpia y calculada, la había hecho alguien que claramente sabía lo que estaba haciendo, quizás alguien que había adquirido nociones de medicina. Quién sabía, hoy en día con Internet parecía que casi cualquiera podía hacer cualquier cosa.

Terminó lo que quedaba de vino de un trago y se dio una ducha. Al salir, todavía con la toalla puesta, vio que su teléfono móvil, que estaba sobre la cama, mostraba una luz azulada intermitente. Alguien le había llamado.

Lo desbloqueó y descubrió que tenía dos llamadas perdidas desde la central. Marcó de inmediato.

—Buenas noches, soy Basurto.

—Mi brigada, siento molestarle a estas horas, pero ha aparecido un nuevo cuerpo y nos han pedido que se lo comuniquemos porque puede tener conexión con la víctima de esta mañana —la voz al otro lado de la línea hizo una pausa que a Bárbara le resultó eterna, antes de añadir—. Se trata del cuerpo de un bebé muy pequeño.

Basurto tomó los datos del lugar en que había aparecido el cadáver. No era lejos de donde había sido encontrado esa misma mañana el cuerpo de Antonia Blásquez. Se puso el uniforme todo lo rápido que pudo y salió de casa, todavía con el pelo mojado, aunque ya recogido en un moño.

Llegó al parque de Andalucía casi a medianoche. El lugar estaba tranquilo a aquellas horas, salvo por dos patrullas que se habían personado, una de policía local y otra de la Guardia Civil, y una señora que estaba sentada en un banco, junto al lago, con un perrito pequeño en brazos.

—Buenas noches —saludó Basurto al primer policía que se le acercó, un chico joven al que conocía de vista.

—Buenas noches, por decir algo... Y gracias por venir —el joven guardia respiró hondo antes de continuar hablando—. La mujer que ve en el banco suele pasear a su perro todas las noches sobre estas horas, aunque no siempre en este parque. Dice que el chucho no lleva bien el calor, y por eso sale tan tarde —Basurto y su interlocutor miraron de nuevo a la mujer, que ahora era atendida por un enfermero del Samur que acababa de llegar y le ofrecía una mascarilla para que respirara en ella y tratara de calmarse—. El caso es que al entrar en el parque soltó al perro para que pudiera corretear, ya que no había nadie a la vista, y por lo visto salió disparado hacia aquella zona —el policía señaló un rincón con varios arbustos al pie del lago—. La dueña pensó que había cazado un conejo, que abundan por aquí. Por más que lo llamó, por lo visto el chucho no volvía, así que se acercó y es cuando lo vio... Vio al bebé, quiero decir.

Dicho esto el policía caminó hacia el lugar en el que se había encontrado el cadáver, seguido de Basurto.

El rincón estaba acordonado y custodiado por otros dos agentes que en esos momentos charlaban en voz baja. Al ver llegar a la brigada Basurto, se callaron de golpe y la saludaron con solemnidad.

Bárbara pasó por debajo del cordón policial y, al observar la escena del crimen, no pudo dar ni un paso más.

En una zona despejada, rodeada de arbustos, yacía el cuerpo de un feto a medio hacer. Estaba envuelto en una mantita azul, con aspecto de estar dormido. Tenía los ojos cerrados y la boca

entreabierta. Sobre la manta había un zapatito de bebé azul pálido.

Basurto notó que le entraba de pronto frío y se tocó el pelo, que seguía húmedo, tratando de calmarse.

Entonces siguió observando la escena. El feto estaba en el centro de un óvalo formado con flores. Flores que Bárbara nunca había visto, si bien era cierto que ella jamás había tenido especial interés en la jardinería.

—¿Estas flores son del parque? —preguntó en voz alta, esperando que alguien le pudiera despejar la duda.

—No sabemos —contestó uno de los agentes que custodiaban la escena del crimen, al ver que nadie más respondía a la pregunta.

Bárbara pidió una bolsa de evidencias y unos guantes de látex y recogió un par de flores. Antes de meterlas en la bolsa las miró con cuidado. Eran pequeñas, de color azul intenso, con solo cinco pétalos finos y puntiagudos. El tallo era también muy fino y con aspecto delicado, de un tono verde vivo. Parecían haber sido cortadas hacía pocas horas, ya que aún se mostraban frescas y con brillo.

Basurto miró su reloj, pasaban varios minutos de la medianoche. Sacó su móvil del bolsillo y marcó.

—Delicao... Delicao, soy Basurto. Siento haberle despertado. Ha aparecido otro cuerpo y podría ser el bebé que esperaba Antonia.

Media hora más tarde Raúl Delicao estaba en el parque de Andalucía, con cara de sueño, el pelo revuelto y su cuaderno de notas.

—¿Sabe usted algo de flores, Delicao? —le interrogó Basurto.

—Yo... No... La verdad es que nunca he sido muy de flores... —respondió él ajustándose las gafas, más por los nervios que por auténtica necesidad.

—Yo tampoco, y aun así me parece que estas son especiales —le respondió Basurto elevando la bolsa de evidencias—. Nunca he visto flores así. Este es un hilo del que debemos tirar. Mañana a primera hora hay que contactar con el ayuntamiento para que nos remitan con quienquiera que lleve la gestión de los parques municipales, a ver si nos saben decir algo más.

Bárbara llegó a casa casi a las cuatro de la mañana, porque no quiso abandonar aquella nueva escena del crimen hasta ver llegar al juez de guardia para el levantamiento del cadáver. Puso la alarma del móvil para que sonara a las siete en punto y se tumbó sobre la cama aún vestida. Eso sí, deshizo el moño con la esperanza de que el pelo terminara de secársele.

A las ocho menos cuarto de la mañana cruzaba el umbral de las oficinas con cara de sueño, pese a haberse tomado un espresso doble a toda prisa antes de salir de casa. Saludó con un gesto de cabeza a todo el que se cruzó a su paso y se apresuró a su mesa. Para su sorpresa, allí le

esperaba ya Delicao, esta vez de nuevo con el pelo bien peinado hacia atrás, aspecto más despejado que la noche anterior y, como no, con su cuaderno entre las manos.

—Hombre, cabo, veo que aprende usted pronto. Pero tampoco hacía falta que llegara tan temprano, nos habíamos citado a las ocho, ¿no?

—Sí, es verdad, pero lo cierto es que en mi casa no hacía más que dar vueltas, así que decidí venir aquí para aclarar las ideas y ver si había novedades. Todavía es temprano —dijo mirando su reloj de pulsera, un Casio de aquellos digitales que a Basurto le recordaron a los que llevaban ella y sus compañeros de colegio de pequeños—, pero al menos he mandado un email al ayuntamiento para que nos contacten con respecto a las flores. Las he descrito someramente y... bueno... eso es todo.

La brigada asintió satisfecha mientras dejaba el bolso sobre la mesa y se sentaba, o más bien se dejaba caer, en su silla giratoria.

—Bueno, y el caso, mi brigada, es que yo he estado pensando y sé que de esto no sé mucho, que no tengo experiencia, pero lo que me parece es que este es un crimen planeado. No parecía el típico arrebato, ¿no? Y además, han aparecido ambos cadáveres a poca distancia el uno del otro y dispuestos claramente como el homicida quería.

—Tiene usted buen instinto, cabo. Efectivamente esto tiene toda la pinta de ser un crimen premeditado y cometido por alguien que sabía lo que hacía, que no ha dejado nada al azar. Sin embargo, y aunque es más que probable que el feto corresponda al hijo que esperaba nuestra víctima, hasta que no nos lo confirmen no podemos sacar conclusiones.

—Bueno, claro, claro... —Delicao volvió a ponerse rojo y a enterrar la mirada en su cuaderno.

—Pero no se me amilane, cabo, que lo mejor en este trabajo es seguir el instinto de uno, pensar en todas las opciones y luego contrastar con lo que la evidencia nos vaya demostrando —Basurto miró la hora en su móvil, que tenía frente a ella sobre la mesa—. Yo creo que podemos ya intentar llamar a mi buen amigo Arturo a ver si tiene los resultados de la autopsia. Por lo menos los de Antonia Blásquez. Haga usted los honores, Delicao, como recompensa por su madrugón y esfuerzos.

Mientras Raúl marcaba, Bárbara vio entrar a González. Este sonrió ligeramente a modo de saludo y se encaminó hacia su mesa, pero ella caminó deprisa para interceptarle por el camino y poderle informar de los nuevos acontecimientos. Se lo debía. En definitiva, él la acompañó a la primera escena del crimen.

—Buenos días. Espero que hayas pasado mejor noche que nosotros. Ayer, antes de la medianoche, apareció el cadáver de un feto en el parque de Andalucía, en Alcobendas. Tenemos sospechas evidentes de que debe ser el hijo que esperaba nuestra víctima.

El cabo mayor fue a apoyar su mano sobre el hombro de Basurto a modo de consuelo, pero esta reaccionó rápido evitando el envite.

—Vaya, es una auténtica desgracia. Después de todos estos años sigo sin comprender por qué hay quien comete tales atrocidades —se limitó a comentar.

Ambos avanzaron en silencio hacia la mesa de la brigada.

—¿Delicao, ha contactado ya con el forense? —preguntó Basurto al joven cabo al ver que se aproximaba a ellos.

Pero antes de que este pudiera responder, González se le adelantó:

—Oh, yo tengo los resultados de la autopsia. Me los mandaron directamente hace apenas media hora. Por eso venía a verte —y sonrió con suficiencia.

—Bueno, pues veamos qué tenemos —respondió ella obviando aquel gesto. Era un guardia civil excelente, un investigador de primera, de eso no cabía duda, pero poseía una seguridad en sí mismo excesiva que le volvía pedante y, a menudo, demasiado competitivo, a juicio de Bárbara—. Delicao, haga usted los honores de leernos el informe —añadió cogiendo la carpeta que González le tendía y pasándosela a su ayudante ante la sorpresa de ambos.

—Veamos... La causa de la muerte es parada cardiorrespiratoria. Al parecer la víctima no presentaba signos de agresión de ningún tipo, no existen magulladuras ni herida alguna que indiquen lo contrario. La incisión en el abdomen se le realizó postmortem y se ha podido concluir que Antonia Blásquez estaba efectivamente embarazada de unas veinte semanas —Delicao hizo una breve pausa antes de continuar—. Al parecer se continúan realizando análisis de los contenidos del intestino y estómago para determinar qué le provocó la parada cardiorrespiratoria, porque parece ser que la causa es el envenenamiento.

—Claramente quién sea que esté detrás de esto llevaba tiempo planeando asesinar a Antonia. Vamos a hacer una visita al forense, a ver si ahora tiene más datos —añadió Basurto tomando su bolso y su abrigo.

Delicao siguió a su mentora bajo la atenta mirada del cabo mayor González, que optó por ni siquiera intentar acompañarlos, visto lo visto.

TODO DEPENDE



—¡Buenos días, Arturo! Este es el cabo Delicao, gran promesa de la investigación, por lo que estoy pudiendo comprobar —Basurto saludó al forense nada más cruzar el umbral de la puerta. Se conocían desde hacía años. Para ser exactos desde que ella se incorporó a la UCO. Era un hombre peculiar, tanto en su aspecto como en su forma de ser. De un tiempo a esta parte lucía una barba larga plenamente blanca, a juego con un bigote imperial con las puntas retorcidas hasta las mejillas. A Basurto siempre le había parecido que le envolvía una especie de aura de paz y calma, pese a dedicarse a lo que se dedicaba.

—¡Hombre, Bárbara, que alegría verte! Cabo, un placer tenerle por aquí, aunque por supuesto preferiría haberle conocido en otras circunstancias.

—Cuéntanos qué más sabes. En el informe pusiste que seguías examinando los contenidos del estómago e intestino por sospechar que quizás la víctima fue envenenada —La brigada fue directa al grano.

—Así es —añadió Arturo mientras avanzaba despacio hacia el interior de la sala, invitando a Basurto y Delicao a seguirle—. Veréis, la víctima mostraba niveles extrañamente elevados de extracto de semilla de albaricoque —hizo una pausa para mirar a sus interlocutores. Delicao apuntaba frenéticamente en su cuaderno y Basurto le miró con gesto interrogante, de modo que continuó explicando—. Comer fruta es bueno pero, como todo, depende de las cantidades. Cualquier cosa en exceso puede acabar con nosotros, incluso si nos diera por ingerir litros y litros de agua de golpe, acabaríamos muriendo.

—Bueno, yo me imagino que comer semillas de albaricoque no es demasiado ortodoxo, además —apuntó la brigada.

—Efectivamente. La víctima, a juzgar por los análisis realizados, lo que ingería era el extracto de las semillas, como ya he dicho. Si tomamos una cantidad menor, no nos pasa nada, pero cuando las cantidades son elevadas, puede ser letal. Las semillas de albaricoque son ricas en laetril y amigdalina, dos sustancias que nuestro sistema digestivo transforma en cianuro.

—Y el cianuro es conocido por impedir que las células reciban el oxígeno que necesitan lo que, en dosis elevadas, resulta letal —Bárbara y Arturo miraron a Delicao sorprendidos y él inmediatamente bajó de nuevo la mirada.

—Te dije, Arturo, que el cabo es aplicado y tiene instinto. Delicao, puede puntualizar siempre que quiera. Por favor, no deje de hacerlo aunque me vea poner cara de sorpresa. Le aseguro que es sorpresa de las buenas.

—Pues así es —prosiguió el forense después de guiñarle un ojo cómplice a Raúl en el breve instante en que levantó la mirada de su cuaderno—. Y de hecho, las semillas de albaricoque están prohibidas para su comercialización en algunos países, precisamente por esto —Arturo sacó unas gafas de cerca del bolsillo de su bata blanca y se las colocó para revisar el informe que acababa de tomar de la encimera—. Si no me equivoco, nuestra víctima llevaba tiempo ingiriendo el extracto de albaricoque. Sino, la cantidad que tomó debería haber sido tremenda, y no cuadra con los restos encontrados en su estómago e intestino, que son relativamente bajos comparados con las

trazas de cianuro en sangre.

Basurto y Delicao cruzaron una mirada que lo decía todo:

—Arturito, una vez más me ayudas más de lo que piensas —añadió Bárbara con una sonrisa franca—. Delicao, es evidente que nuestra víctima conocía a su asesino, quien posiblemente la fue envenenando poco a poco hasta que le dio la dosis letal.

—Eso mismo pienso yo, mi brigada. ¿Cómo quiere proceder?

—Pienso que primero debiéramos hablar de nuevo con el marido, no sea que ella tomara por alguna razón el famoso extracto y nos estemos despistando, aunque lo dudo. O que él tenga algo que ver. Arturo, ¿al feto todavía no le habéis realizado la autopsia?

—De momento no, pero la tendréis lista en unas horas.

—Sería interesante, suponiendo que sea el de Antonia Blázquez, ver los niveles de cianuro que tenía en sangre.

Arturo les acompañó hasta la puerta y al despedirse, añadió:

—Tendré los resultados lo antes posible. Aquí me tenéis hasta entonces por si necesitáis cualquier otra cosa.

Mientras salían del edificio, Basurto quiso explicarle a Delicao los siguientes pasos:

—Vamos a pedirle a González, ya que se le veía con tantas ganas, que nos ayude con las entrevistas. Usted y yo iremos a ver al marido de Antonia de nuevo, por si hubiera algo que se nos hubiera escapado. Francamente, no me dio la sensación de que fuera un asesino metódico, pero sabiendo que a nuestra víctima la fueron envenenando poco a poco, tenemos que volver a hablar con él, aunque sea por puro protocolo —mientras el cabo asentía, Bárbara sacó su móvil y le envió un sms a González pidiéndole que realizara él las entrevistas a los compañeros de trabajo de Antonia.

Llegaron a la calle de la Violeta número 45 pasadas las once de la mañana. Llamaron al telefonillo del 4B y esperaron.

—¿Quizás deberíamos haber avisado antes de venir? —preguntó Delicao visiblemente incómodo.

—Verá cabo, a veces el factor sorpresa juega a nuestro favor, ¿sabe? Felipe Ramírez no espera nuestra visita, de modo que quizás consigamos ver algo que no vimos ayer durante la entrevista —dicho esto, Basurto llamó de nuevo.

Al cabo de unos segundos que se les hicieron eternos, oyeron el singular zumbido de la puerta, invitándoles a subir. Cuando llegaron a la cuarta planta, vieron la puerta del B entreabierta. Se miraron y Basurto le indicó a su subordinado con gestos que se pegara a la pared y le dejara a ella hacer.

Entonces tocó su arma de manera instintiva, lo cual le proporcionó algo de tranquilidad. Se acercó a la puerta, la empujó y llamó:

—¿Señor Ramírez? Soy la brigada Basurto, ¿está usted ahí? —silencio— Señor Ramírez, voy a entrar ahora a su casa. ¿Me oye? —mientras cruzaba el umbral de la puerta con cautela, escuchó una especie de quejido. Le hizo un gesto con la mano a Delicao para que se uniera a ella y ambos avanzaron con precaución. Acurrucado en el sofá, bajo una lámpara de araña excesivamente ostentosa en contraste con el resto de la decoración del apartamento, encontraron a Felipe Ramírez. Ni siquiera levantó la cabeza para ver quién entraba. Solo sollozaba bajito.

—¿Señor Ramírez, está usted bien? —Bárbara le puso la mano en la espalda, esperando alguna reacción. Entonces el hombre, de manera mecánica, se recostó en el sofá y les miró sin verles— Señor Ramírez, soy la persona encargada de encontrar al responsable de la muerte de su mujer. Nos conocimos ayer. Conmigo está el cabo Delicao, al que también ya conoce. Tenemos algunas preguntas que nos gustaría hacerle, si se ve usted capaz de responderlas —Basurto miró brevemente a Delicao— ¿Cabo, le traería usted un vaso de agua al señor Ramírez, por favor? —este asintió y comenzó a mirar a su alrededor algo nervioso, ajustándose las gafas antes de desaparecer rumbo a la cocina. Entre tanto, la brigada sacó un pañuelo de papel de su cazadora y se lo tendió al hombre.

—Gracias —emitió por fin Felipe Ramírez muy bajito, antes de limpiarse la nariz.

—No hay de qué.

En ese momento regresó el cabo con el vaso de agua que le tendió al marido destrozado que le miraba con los ojos empañados de tristeza. Entonces esperaron en silencio un par de minutos hasta que aquel joven corpulento, con aspecto de superhéroe derrocado, por fin se recompuso algo y consiguió hablar.

—¿Tienen ustedes algún dato más? ¿Algo que ayude a saber quién pudo hacer algo así? ¿Han hablado con sus compañeros de la oficina? ¿Con aquel con el que discutió?

—Señor Ramírez, por eso estamos aquí. Puedo confirmarle que nuestros compañeros están en estos momentos de camino a la oficina de Antonia para hablar con toda la plantilla —Basurto hizo una pausa para asegurarse de que el hombre la seguía—. Por desgracia, de momento no tenemos ningún sospechoso, pero si le puedo decir que hemos recibido los resultados de la autopsia, motivo por el que hemos venido a verle —Bárbara sabía también que debía decirle que se había encontrado un feto que muy probablemente sería el suyo, pero no hacía falta ser muy agudo ni experimentado para comprender que aquel hombre estaba destrozado y que ese no era el momento ni el lugar adecuado para ello.

—Verá señor Ramírez, Felipe, según la autopsia su mujer llevaba tiempo consumiendo extracto de semilla de albaricoque. Aunque el albaricoque, como bien sabemos, es inocuo, lo cierto es que las semillas, en elevadas dosis, resultan letales.

—No entiendo...

—Nuestro cuerpo procesa las semillas de albaricoque de tal modo que las transforma en cianuro. Su mujer fue envenenada —ahora era Delicao quien hablaba. Quizás demasiado brusco, pensó para sí mismo nada más terminar la frase. Miró a la brigada para ver si opinaba lo mismo, pero parecía centrada en el marido de Antonia.

Felipe Ramírez se puso de pie pesadamente y comenzó a caminar de un lado al otro de la sala de estar:

—¿Quién querría hacerle algo así a Antonia? ¿Y a nuestro hijo? ¡Estaba embarazada, por Dios!

Delicao miró a Basurto y esta le hizo un rápido gesto negativo que el cabo interpretó rápidamente. No era el momento. Los detalles de la muerte de su hijo tendrían que esperar.

Pasaron unos minutos más con Felipe Ramírez, preguntándole sobre sus costumbres, sobre los suplementos que pudiera consumir Antonia o él mismo. Eran más que nada preguntas rutinarias. Al finalizar, la brigada le recomendó que contactara con algún familiar o algún amigo que pudiera acompañarle en aquellos momentos. Ramírez se desplomó de nuevo en el sofá y ni siquiera pudo acompañarles a la puerta ni despedirse. Se acurrucó y comenzó a sollozar bajito, tal y como hacía cuando llegaron media hora atrás.

De nuevo en la calle, Bárbara quiso saber el parecer de su ayudante:

—Dígame, cabo, ¿cuáles son sus conclusiones de esta entrevista?

—Mi primera conclusión es que definitivamente el marido no es el asesino —Basurto asintió—. De momento, no tengo muchas más propuestas salvo que, claramente, quién fuera que le diera el extracto de semillas de albaricoque era alguien relativamente cercano a la víctima, alguien en quien ella confiaba. Convendría entrevistar a otros familiares cercanos, amigos...

—Por supuesto, cabo. Pero hay que tener en cuenta también que quizás simplemente se lo fueron suministrando sin que ella se enterara. No sé, quizás alguien en el trabajo, por ejemplo. Sé que yo misma comenté con Arturo la certeza de que fuera alguien conocido, pero eso fue una asunción demasiado precipitada por mi parte.

—Claro, claro, ese era mi siguiente comentario, mi brigada —añadió el cabo de nuevo rojo como un pimiento— ¿Y, cuándo vamos a informarle de que hemos encontrado un feto?

—Esperemos a tener los resultados de la autopsia y entonces le invitaremos al señor Ramírez a que venga a vernos para que Carmen, la psicóloga, esté presente cuando le demos la noticia. Y ahora, si le parece, le invito a tomar un aperitivo, que yo a estas horas tengo un hambre canina y más aún cuando no duermo como es debido. ¿Qué me dice, cabo?

—¡Me parece estupendo, mi brigada!

—Conozco una cafetería aquí al lado que está fenomenal.

Caminaron unos minutos en silencio, Raúl digiriendo la entrevista que acababan de realizar. Siempre supo que aquel trabajo sería duro, pero ver tanto sufrimiento le parecía más difícil de lo que había imaginado. Basurto no hablaba porque recordaba el impacto que las primeras entrevistas de aquel tipo le produjeron a ella misma cuando empezó a trabajar en la UCO, y quería dejarle al joven cabo su rato de duelo.

—Ya hemos llegado —interrumpió la brigada los pensamientos de Delicao—. Aquí solía yo desayunar a diario cuando trabajaba en las dependencias de Alcobendas. Preparan unas porras espectaculares, pero a estas horas seguro que ya no quedan. ¡Suelen volar! Yo creo que ahora lo

suyo es una tapita de tortilla.

Se colocaron frente a la barra. Bárbara pidió dos tapas de tortilla de patatas, una Coca Cola Light para ella y una manzanilla para él.

—Es usted un joven atípico, Delicao.

—Me lo dicen mucho, sí.

—No me parece algo malo, no crea. Ser igual que el resto resulta aburrido.

—Bueno, a veces también resulta una tortura.

—Ya me imagino, ya... Pero cuénteme, ¿cómo le dio por meterse en estos asuntos?

Durante la siguiente media hora, Delicao le contó a Basurto la historia de su madre y como, desde bien pequeño, había decidido dedicarse a cazar criminales.

—Me parece una razón estupenda. La mía en realidad es mucho más aburrida. Mi padre era guardia civil, ¡así que creo que me debieron de ir lavando el cerebro desde pequeña! Pero lo cierto es que no me imagino haciendo otra cosa. Es un trabajo absorbente, duro y peor pagado que muchos otros, eso es cierto. Pero cuando conseguimos dar con los culpables, cuando ayudamos a hacer justicia, todo lo demás se olvida. A mí lo que más me gusta es el trabajo de calle, y no pienso renunciar a él pese a mi nuevo rango.

La conversación estaba siendo tan edificante que decidieron animarse con un segundo trozo de tortilla de patatas, esta vez a medias.

—Voy a mandarle un mensaje a González, a ver si ha sacado algo en claro, aunque imagino que quizás siga cuestionando a los compañeros de trabajo de la víctima.

Para su sorpresa, González respondió rápidamente al mensaje en forma de llamada:

—Buenas tardes, mi brigada.

—¿Cómo te está yendo por ahí? ¿Algo digno de mención?

—Ya sé con quien tenía los conflictos Antonia. Un tal Javier Ruiseñor. Por lo visto se propasó con la víctima más de una vez, según han podido confirmarme varios empleados. Le he invitado a dependencias para tomarle una declaración más exhaustiva. Por lo demás, dudo que nadie del trabajo tuviera nada que ver. En un rato comentamos y me dices qué opinas.

—Estupendo. Te diremos que opinamos, Delicao y yo.

—Claro, claro.

Cuando llegaron a la Unidad, González les estaba ya esperando. Les informó someramente sobre las personas con las que había hablado.

—Es una empresa de telemarketing pequeña, solo trabajan quince personas. Todos se mostraron muy colaboradores y sus explicaciones cuadran, aunque por supuesto habrá que cotejar sus coartadas. Faltaba, eso sí, la secretaria, que por lo visto tuvo una caída el mes pasado, se rompió la cadera y está de baja. Me facilitaron sus datos por si queremos ir a hacerle una visita.

—Bien, aunque me extrañaría que fuera nuestra asesina si no puede caminar como es debido.

El cuerpo de Antonia lo llevaron al lugar donde fue encontrado. Hace falta fuerza para eso.

—Eso mismo pienso yo, pero más vale pasar a verla por ponerlo en el informe y evitar luego problemas, ¿no?

—Bien, González. Cuando tengas un rato, te pasas a hacerle una visita. Quizás además pueda decirnos algo más sobre la víctima que no sepamos —el cabo mayor hizo un mohín de disgusto. Bárbara estaba claramente dándole el trabajo sucio, el que debiera estar haciendo el nuevo. Francamente, empezaba a pensar que todo aquello era consecuencia de rencillas que le guardaba desde el pasado mes de julio. Desde entonces su actitud había cambiado y él comenzaba a cansarse de tanto desaire. Giró sobre sus talones para marcharse a hacer lo que se le ordenaba.

—Nacho —le llamó Basurto. El frenó en seco y no pudo evitar sonreír levemente. Dio media vuelta

—Sí —contestó escueto.

—Dinos, por favor, a qué hora está citado Ruisseñor.

—De aquí a una hora —respondió con un tono que mostraba decepción, acelerando después el paso.

La brigada sonrió para sí y se dirigió a su mesa. Delicao la seguía de cerca. No hacía falta ser muy listo para darse cuenta de la tensión que existía entre su mentora y el cabo mayor, pero no sería él quien preguntara. Aquello estaba fuera de lugar.

—Si le parece, mi brigada, voy a mi mesa a preparar el informe de la entrevista a Felipe Ramírez. Me gustaría tenerlo listo antes de que llegue el compañero de la víctima, Ruisseñor.

—Claro, cabo, me parece estupendo. Yo voy a llamar a Arturo, a ver si tiene ya la autopsia del feto, que va siendo hora —Basurto miró el reloj con impaciencia. El humor le había cambiado.

Poco rato después Bárbara recogía unos papeles de una de las impresoras y se plantaba delante del escritorio de Delicao, colocando las hojas sobre el teclado.

—Tal y como imaginábamos, el feto es el de Antonia Blásquez. Y, como no podía ser de otro modo, murió por envenenamiento por cianuro.

Delicao hojeaba las páginas mientras su brigada hablaba.

—La autopsia indica que, para cuando se extrajo el feto, ya estaba muerto. Es más, es probable que llevara muerto varios días, aunque Antonia no lo supiera. A mí lo que no me cuadra es que nadie le notara a ella nada. Si la estaban envenenando poco a poco, algún síntoma tendría, digo yo.

—Bueno, por lo que yo he podido averiguar, mi brigada, los síntomas podrían haberse confundido con los típicos del embarazo: náuseas, fatiga, falta de aliento... Luego, más adelante, Antonia pudo notar dolor en el pecho, quizás hasta perdió el conocimiento, pero es posible que todo eso pasara después de ingerir la última dosis, que probablemente tomó ya en presencia de su asesino.

—Hay algo que no estamos viendo, cabo... Algo se nos escapa.

EL PASADO LLAMA A LA PUERTA



Javier Ruiseñor era un tipo alto que rondaba la cuarentena, aunque vestía como si aún tuviera veinte años. Tenía aspecto de vivilavida y de no estar acostumbrado a recibir un no como respuesta.

—Pues ustedes dirán —preguntó con suficiencia reclinándose en la silla de la sala de interrogatorios y cruzando una pierna sobre la rodilla de la otra, como si aquello no fuera con él.

Antes de que el individuo llegara, Basurto había propuesto que fuera Delicao quien dirigiera aquella entrevista, como práctica, bajo su supervisión. El cabo carraspeó antes de comenzar.

—Señor Ruiseñor, antes de nada nos gustaría que nos cuente usted cuánto tiempo lleva trabajando para ADB Márketing S.L. y desde cuándo conocía a Antonia Blásquez.

—Empecé a trabajar en ADB hará unos ocho años. No es el trabajo de mi vida, no nos vamos a engañar, pero me sirve para pagar las facturas —dijo mirando a la brigada y dedicándole una sonrisa. Ella le mantuvo el pulso con gesto severo. Conocía a los de su especie, y si pensaba que sus trucos le iban a funcionar aquella vez, estaba equivocado —en cuanto a Antonia, creo que se incorporó a la plantilla hará unos tres años.

—Bien. Algunos de sus compañeros nos han comentado que su relación con la víctima era algo tensa. ¿Podría elaborar?

—Yo no diría tensa, aunque tensión sí que había, sí. Usted ya me entiende —respondió Ruiseñor guiñándole un ojo al cabo.

En ese momento Basurto no aguantó más:

—El que parece que no entiende es usted, señor Ruiseñor. Estamos investigando un asesinato. Así que más le vale tomarse este asunto en serio y no hacernos perder nuestro tiempo.

—Digamos que Antonia era efervescente, así como usted —aquel tío no aprendía. Delicao vio el gesto de su brigada y decidió retomar el control de la entrevista para evitar problemas mayores.

—¿Podría usted especificar cuándo tuvieron el primer desencuentro?

—Sería al poco de llegar ella a la oficina. Era una mujer llamativa, no excesivamente guapa, pero tenía algo especial. Traté de conocerla mejor, pero ella me aclaró que estaba casada y no era de esas que se permitían escarceos extramatrimoniales, por desgracia.

—Bien. ¿Y entonces?

—Entonces en la fiesta de Navidad de aquel año, debí tomar alguna copa de más, lo cual creo que no es delito, y quizás insistí demasiado. Antonia me cruzó la cara y desde entonces no me dirigía la palabra.

—¿Cómo le sentó a usted aquello?

—Pues si le digo la verdad, me hizo hasta gracia. A mí me gusta un reto, me gustan las mujeres con carácter —dijo mirando de nuevo a Basurto, que pareció no inmutarse.

—Ya. Y, dígame, ¿dónde estaba usted anteayer entre las seis de la tarde y la medianoche?

—Pues en la oficina y luego en la Piazzoleta, un restaurante italiano que hay cerca de mi casa. Quedé a cenar con unos amigos.

—¿Podría facilitarnos sus contactos?

—Por supuesto.

Delicao despidió a Ruiseñor y volvió a la sala de interrogatorios, donde aún estaba la brigada.

—¡Menudo imbécil! —espetó ella— Pero no creo que sea nuestro asesino.

—Yo tampoco, mi brigada. Es de los de mucho hablar, pero no le veo capaz de cometer un asesinato como el que estamos investigando. Es un tipo más de impulsos, diría yo.

—Efectivamente. De modo que otro posible sospechoso descartado —Bárbara se incorporó—. En fin, debemos seguir avanzando. Llame usted al marido de la víctima e invítele a dependencias. Tenemos que darle la noticia de su hijo y no va a ser fácil. Ya de paso podremos preguntarle, si es que está más entero, si notó que Antonia tuviera alguna molestia y desde cuándo, quizás así sepamos aproximadamente cuánto tiempo llevaba siendo envenenada. Yo, por mi parte, voy a contactar con la psicóloga para que esté presente.

La segunda visita de Felipe Ramírez no resultó sencilla. Basurto había decidido preguntarle primero por los malestares eventuales que pudiera haber experimentado su mujer en los últimos tiempos, pero lo cierto es que al parecer a Antonia Blásquez le había tocado uno de esos embarazos en los que las náuseas y vómitos no desaparecen en el primer trimestre, de modo que cualquier síntoma asociado les había parecido tan normal que ni se preocuparon en comentarlo en las revisiones ginecológicas. Además, aún no habían tenido la conocida ecografía de las veinte semanas, que les tocaba precisamente la semana próxima, de modo que realmente, desde la decimoquinta semana de gestación, Antonia y su bebé no habían sido examinados por ningún ginecólogo, obstetra, ni matrona.

Una vez aclarado este punto, llegó Carmen, que fue la encargada de comunicarle al señor Ramírez que el feto había sido encontrado en otro lugar. Aunque se ahorraron los detalles, sí le mostraron una fotografía de las pequeñas flores azules, por si él las hubiera visto en alguna ocasión y tuvieran algún significado especial para su mujer o para algún conocido de la pareja.

Basurto estuvo presente y aclaró que según la autopsia el corazón del feto había dejado de latir unos días antes, de modo que no sufrió el fatídico día en que su mujer fue asesinada. Pensó que aquello daría algo de consuelo al marido de Antonia, pero lo cierto es que se produjo el efecto contrario y a Felipe le dio un ataque de ansiedad tal, que hubo que llamar a los servicios de emergencias, que se lo llevaron al hospital más cercano para tratarle.

Aquel había sido un día intenso cuando menos. Para las siete de la tarde Bárbara se encontraba como si le hubiera pasado una apisonadora por encima.

—Delicao, propongo que procuremos hoy descansar. Nos va a hacer falta. A lo mejor mañana con la mente más despejada conseguimos tirar de algún hilo.

—Me gustaría esperar a ver si nos aclaran lo de las flores. Todavía no he recibido noticias.

—A estas horas me extrañaría. Le sugiero que se marche a casa.

—Que descanse, mi brigada.

—Eso voy a intentar.

Bárbara durmió extrañamente de tirón aquella noche, si bien tuvo unos sueños rarísimos en los que descubría que estaba embarazada pero que el bebé no conseguiría llegar a término porque su útero no era apto. Amaneció con una sensación amarga y desagradable, que trató de sacudirse dándose una ducha y tomándose un espresso doble.

A las siete de la mañana, como era su costumbre, llegaba de nuevo a la Unidad. No le extrañó que aquellas horas no hubiera novedades. Por alguna razón, era habitual que Basurto recibiera llamadas cuando estaba ya en casa, sin tacones, tomando un vino, o incluso ya dormida. Sin embargo, raro era el día que a las siete de la mañana, cuando llegaba a la Unidad, había algo que comunicarle.

Se preparó otro espresso y aprovechó para hacer papeleos que tenía pendientes y que correspondían a sus nuevas responsabilidades como brigada.

Antes de las ocho llegaba el coronel Ylleta:

—Buenos días Bárbara, ¿cómo se presenta la jornada?

—Pues, a decir verdad, mi coronel, no tengo ni idea. Estamos con un caso extraño.

—El de la mujer embarazada, lo he oído sí. Si necesitaras mi ayuda para algo, ya sabes dónde estoy.

—Claro, mi coronel.

—¿Y qué tal el nuevo cabo?

—De momento me parece una gran incorporación. Es aplicado, hace sus deberes y tiene interés. Es algo tímido, pero imagino que eso se le irá quitando con el tiempo.

—Por supuesto. Acuérdate de tus primeros días —sonrió Ylleta con afecto.

—Bueno, yo era más resuelta.

—¿Tú crees? Como aquella vez que te pedí que fueras a por no sé qué informe y por no preguntar a nadie y demostrar que podías hacerlo tú sola, tardaste en traérmelo casi un par de horas?

—Pues eso, resuelta...

Basurto e Ylleta rieron recordando anécdotas similares. Era cierto que Bárbara siempre había sido cabezota y había sentido la necesidad de demostrar que ella podía hacer las cosas sola. Afortunadamente, los años, el trabajo y el coronel le habían enseñado que estaba bien pedir ayuda de vez en cuando y que no demostraba debilidad ninguna.

Tras aquella charla, miró la hora. Eran ya las ocho y no había señales de Delicao. Quizás el

entusiasmo por la puntualidad del día anterior había sido solo pasajero. El que sí entraba en esos momentos era el cabo mayor González.

—Buenos días, Bárbara. ¿Alguna novedad en el caso de Antonia Blásquez?

—Buenos días. De momento nada, no. Lo cierto es que este caso me tiene bastante desconcertada. A ver si hoy, con más calma, lo analizo con Delicao detenidamente.

—Ya... —respondió él con un tono de entre hastío y desazón que a la brigada no le pasó por alto.

—¿Ya qué?

—Que yo estoy disponible para analizar lo que haga falta con vosotros, pero parece que me estás castigando.

—No seas absurdo, Nacho. El cabo necesita aprender todo lo que pueda, eso es todo.

—Ya... —volvió a decir él antes de dirigirse a su mesa.

Bárbara suspiró resignada. Las cosas no siempre habían sido así, pero era evidente que todo cambiaba, todo evolucionaba y, a veces, no quedaba más remedio que esperar a que las aguas volvieran a su curso.

Sacó la carpeta con la autopsia del feto y abrió en su ordenador la de Antonia Blásquez, así como el informe sobre las entrevistas que González había realizado a los compañeros de trabajo y el de la entrevista al tal Ruiseñor. Algo se le tenía que estar escapando. El asesino perfecto no existía, eso lo sabía bien.

En esas estaba cuando oyó que la llamaban:

—Mi brigada, buenos días.

Levantó la mirada y ahí estaba Delicao. Miró instintivamente el reloj: ocho y media pasadas.

—Ya sé lo que me va a decir, mi brigada, pero primero escúcheme, que tengo noticias —el joven cabo estaba sacando carácter por fin, pensó Basurto. Le hizo un gesto de cabeza invitándole a hablar.

—Bueno, pues el caso es que como del ayuntamiento no recibíamos respuesta con respecto a las flores, hoy a las siete de la mañana, mientras desayunaba, he pensado que quizás lo mejor era ir directamente al parque y charlar con los jardineros. Era un poco arriesgado, claro está, pero en mi barrio los jardineros en estas fechas trabajan temprano para evitar las horas de calor, que aunque todavía estamos en junio, si le da por apretar, aprieta.

—Vaya al grano, cabo.

—Bueno, pues que tenía razón y me he encontrado con dos jardineros.

—¿Y?

—Pues les he descrito la flor y les he enseñado un dibujo que hice en mi cuaderno —Bárbara le miró boquiabierta. Aquel chaval seguía sorprendiéndola— y lo cierto es que me han dicho que no habían visto una flor así en su vida. Y que seguro que no es ni del parque ni de ninguna zona verde del municipio.

—¿Cómo podían estar tan seguros?

—Uno de ellos lleva trabajando casi cuarenta años como jardinero municipal, y me lo ha

jurado por su madre y todo.

—Vaya, muy enfático —Delicao tenía tal excitación que no dio tiempo a que la brigada ni tan siquiera compartiera sus reflexiones.

—En fin, que lo que está claro es que debemos ir al Real Jardín Botánico a ver si alguien nos sabe decir algo de las dichas florecitas. A las nueve en punto estoy llamando, a ver si podemos reunirnos con alguien del Departamento de Biodiversidad y Conservación.

—Buen trabajo —Basurto le miró con afecto y el cabo, como venía siendo costumbre, se puso rojo como un tomate.

Pocos minutos después estaban los dos montados en el coche de la brigada camino del Botánico. Delicao había hablado con una tal Estefanía Bastiones, que se había mostrado encantada de poder ayudar a la benemérita como fuera. Tanto fue así, que les invitó a visitarla en cuanto tuvieran ocasión.

Cuando llegaron al edificio principal, Estefanía les esperaba en el vestíbulo. Era mucho más joven de lo que Basurto había imaginado, por alguna razón. Extrañamente imaginaba a gente mayor dedicándose a las flores. Si había que buscar algún culpable de aquella asunción injustificada, probablemente debía remontarse a los veranos que pasaba de niña en Galicia. Solían ser húmedos, y a menudo también fríos, pero cuando salía el sol, su abuela y el resto de mujeres del remoto pueblo del que provenía su estirpe salían a sus balcones, a las entradas de las casas rústicas y a los pequeños jardines traseros, y dedicaban horas a cuidar sus caléndulas y narcisos. Fue consciente de lo absurdo que resultaba haber asumido que les atendería una mujer entrada en años justo cuando se encontraba a dos pasos de la investigadora y, despejando aquellas ideas de su mente con un casi imperceptible golpe de cabeza del todo involuntario, la saludó mientras ella sonreía con entusiasmo.

—Buenos días, ¿señora Bastiones?

—Así es. Usted debe ser la brigada Basurto. Por tanto usted debe de ser el cabo Delicao —dijo estrechándoles la mano a ambos—. Ustedes dirán en qué podemos ayudarles —vestía bata blanca y zuecos a juego, pero debajo podían verse unos vaqueros desgastados, de aquellos que estaban tan a la moda entre los jóvenes últimamente. Además, lucía una coleta alta y tirante y no llevaba nada de maquillaje.

—Muchas gracias. ¿Podríamos quizás hablar en algún lugar más privado?

—¡Oh! Claro que sí, discúlpenme. Como ya les he dicho, salvo turistas y visitantes del Jardín en sí, lo cierto es que los miembros del departamento de investigación no solemos recibir muchas visitas, de modo que estamos un tanto oxidados en cuanto a normas de protocolo. Por favor, síganme.

La investigadora les guió por un pasillo hasta llegar a una pequeña sala de reuniones.

—Siéntense, por favor. ¿Querrían un vaso de agua o algo? —preguntó sonriente— Voy aprendiendo, ¿eh? —añadió algo nerviosa. Basurto no sabía bien si aquel había sido un comentario en tono jocoso para romper el hielo y relajar el ambiente, o si realmente aquella mujer estaba nerviosa. Pese a su juventud, Estefanía Bastiones tenía aspecto de ser una auténtica rata de laboratorio, acostumbrada a pasar muchas más horas con sus flores y plantas, que con seres

humanos.

—No, no, muchas gracias, señora Bastiones.

—Por favor, llámenme Estefanía.

—Verá, como ya le habrá comentado mi compañero, estamos investigando un nuevo caso y nos hemos encontrado con unas flores que jamás habíamos visto. Nos gustaría saber si usted podría ayudarnos a identificarlas y a conocer más sobre su procedencia.

Basurto extrajo de su bolso la pequeña bolsa de evidencias en la que portaba las flores recogidas en el parque de Andalucía.

—Están ahora algo marchitas, pero tengo un dibujo, por si le sirve —espetó Delicao.

—Claro, ambas cosas me serán muy útiles.

Estefanía levantó la bolsa con las flores para verla mejor. La giró, la miró desde distintos ángulos, y también miró el dibujo de Delicao.

—No me cabe duda —dijo entonces— Son *gentiana nivalis*, también conocidas como gentiana de las nieves o gentiana alpina. Es una flor preciosa, tanto es así, que varios países y ciudades nórdicos le han dado la importancia que merece. Por ejemplo, los suizos la consideran una de sus flores nacionales. Pero sé que también en uno de los municipios de Noruega la flor aparece en el escudo de armas, aunque ahora no recuerdo en cual —la investigadora hizo una breve pausa, quizás para rebuscar en su memoria, aunque pronto prosiguió con sus explicaciones—. Se trata de una flor que necesita de mucha humedad, por lo que tiende a encontrarse en lugares donde la lluvia es abundante, incluso en verano.

—¿Podría entonces encontrarse en el Norte?

—¿En el norte de España? Bueno, podría ser, pero me extrañaría la verdad. Quizás algún particular la cultive en algún invernadero o en su jardín, pero yo no conozco de ningún caso.

—En Madrid entonces, ¿lo ve usted poco factible? —preguntó entonces Delicao.

—Bueno, hoy en día podemos conseguir las temperaturas, humedad y ambiente idóneos para cultivar casi cualquier cosa. Solo hace falta tener el conocimiento y la tecnología para ello. Sin embargo, ya les digo que no es una flor excesivamente conocida en nuestro país. No sé, yo creo que los aficionados amantes de las flores, quizás cultivarían otras, aunque puede que me equivoque. Para gustos los colores.

—Y, dígame Estefanía, ¿cuánto rato estima usted que aguantan estas flores con aspecto saludable desde que se cortan? —la pregunta de Bárbara resultaba de lo más pertinente. Aquello les ayudaría a acotar ligeramente la distancia desde el lugar donde se encontraba la planta en cuestión y la escena del crimen.

—Pues la verdad, no sabría decirle exactamente el número de horas, pero sí que es una flor delicada y que con este calor no aguantaría demasiado. Tenga usted en cuenta que viene del norte. Yo estimo —la mujer se retiró un mechón de pelo que le caía sobre el ojo para darse algo de tiempo mientras pensaba— que no más de un par de horas antes de comenzar a perder su frescura.

—Muchas gracias, Estefanía. Ha sido usted de gran ayuda.

—Antes de terminar, si no es molestia mi brigada, yo querría saber qué tecnología se requiere para cultivar estas flores —Basurto sonrió brevemente aprobando así la cuestión que el cabo acababa de plantear.

—Bueno, realmente no hace falta mucho más que un termómetro para controlar la

temperatura, un sistema de riego, un higrómetro para asegurarse de que la humedad sea la correcta y la luz adecuada, que puede regularse también con temporizadores. En este caso quizás lo más complicado sea mantener las temperaturas bajas que las flores requieren, teniendo en cuenta el calor exterior, pero nada que no pueda solucionarse con un aire acondicionado —ambas miraron entonces a Delicao, que asintió y enterró la mirada en su cuaderno para dejar de ser el centro de atención.

—Bien —concluyó la brigada—. De nuevo gracias. Estaremos en contacto.

En ese momento, justo cuando la investigadora se disponía a invitarles a visitar las instalaciones, a Basurto le sonó el móvil.

—Sí... Claro... Claro. Ahora mismo vamos para allá. Gracias González —colgó y se dirigió a Delicao—. Debemos marcharnos ya.

Salió de la sala de reuniones a toda prisa, no sin antes despedirse de Estefanía agradeciéndole su ayuda. Delicao la seguía a buen ritmo.

—Mi brigada, ¿todo bien?

—No, Delicao. Al parecer ha aparecido otro bebé, también rodeado de flores y en una postura similar a la del bebé de Antonia Blásquez. La diferencia es que este está ya en avanzado estado de descomposición, por tanto se trata de un crimen previo. Ha aparecido en un colegio abandonado en Toledo, así que prepárese para su primera excursión, cabo.

El breve trayecto hasta la Unidad lo pasaron en silencio. Cada uno trataba de asimilar de la mejor manera posible la noticia recién recibida.

Encontraron a González absorto en la pantalla de su ordenador. En cuanto notó su presencia, levantó la mirada y les invitó a que leyeran.

Según el informe, aquel cadáver pertenecía también a un feto, aunque esta vez, en apariencia, de menos semanas. Dado el estado de descomposición, a primera vista la policía científica estimaba que podía llevar en aquel lugar al menos quince días. Aquello era como viajar al pasado de una manera macabra.

Junto al email había varias fotos en las que podía observarse el cuerpo envuelto en una manta azul pálido muy similar a la que envolvía al bebé de Antonia y Felipe. Además, como ya habían visto en el parque de Andalucía, el cuerpo estaba enmarcado en una corona de flores. No cabía duda, eran *gentiana nivalis*. Por último, junto al cadáver había un zapatito azul pálido.

—Parece la pareja del encontrado el otro día —susurró Delicao. No hizo falta que aclarara a qué se refería.

—Efectivamente —Basurto respiró hondo—. Este caso acaba de adquirir una nueva dimensión. Delicao, vaya usted a su casa y prepare una bolsa de viaje. Le veo aquí en un par de horas. Nos vamos a Toledo.

LA SEGUNDA



A eso de la media tarde llegaban a Toledo. Habían parado por el camino a tomar un bocadillo en una gasolinera, que aunque el viaje no era largo, lo cierto es que no habían comido nada desde primera hora de la mañana y, dados los acontecimientos, tampoco sabían cuándo podrían hacer el próximo descanso.

Fueron directos a la comandancia, donde debían preguntar por el sargento Zuzunaga, que les pondría al día.

Era un hombre de mediana edad, con buena planta, pelo corto muy oscuro y engominado y unos ojos a juego que a Delicao le pareció que imponían con solo posarse en uno. Definitivamente tenía aspecto de haber nacido para ser militar. Les saludó con formalidad y luego les invitó a seguirle.

—Voy a llevarles directamente al lugar donde apareció el cadáver. No está lejos de aquí. Si les parece, podemos ir caminando —Basurto y Delicao asintieron—. Verán, el cuerpo lo encontraron unos chavales que habían hecho novillos y se habían colado en el colegio abandonado a fumarse unos porros, parece ser. Llamaron inmediatamente a la policía local y, como bien sabrán ustedes que hoy en día todo se filtra a la prensa, uno de los guardias que atendió la llamada, al ver la escena, recordó lo leído en prensa esta misma mañana y decidió contactarnos a nosotros, al saber que el caso de Madrid lo llevaba la Guardia Civil. Total que cotejamos datos internos y, efectivamente, el *modus operandi* parece que coincide.

Basurto miraba atónita al sargento Zuzunaga.

—¿Cómo es posible que se haya filtrado ya a la prensa? ¿Quién ha sido? —sonaba indignada, pero sobre todo preocupada porque conocía bien las repercusiones que un caso así podía tener en la sociedad. Podría cundir el pánico si la población asumía que había alguien suelto dedicado a matar embarazadas— ¿Tiene usted esa noticia?

—Ha salido en varios medios a primera hora, pero lo cierto es que no se han dado detalles ni de las flores ni del zapato, que es algo que comentaron sus compañeros de Madrid cuando llamamos. Se ve que eso no ha llegado a la prensa, gracias a Dios. Así que de momento podemos estar relativamente tranquilos, porque lo que ha trascendido es simplemente la aparición de un cadáver de un feto envuelto en una manta. Fue este dato el que nos hizo contactarles dada la coincidencia. Es una desgracia, indudablemente, pero no es la primera vez que salen noticias de este estilo, de modo que no pienso que haya que preocuparse en exceso.

—¿Cómo no nos hemos enterado, Delicao? —el cabo se encogió de hombros sintiéndose en cierto modo culpable. ¿Quizás debía él haber repasado toda la prensa mientras desayunaba? A partir de ahora lo haría— Bueno, esperemos que los chavales no hablen más de la cuenta —

suspiró Basurto, ahora algo más calmada.

—Estaban en auténtico estado de shock. De hecho, se los han llevado al Hospital Virgen de la Salud para hacerles un chequeo rutinario y tratar de que se calmaran mientras llegaban sus padres a por ellos. Hemos dado orden de que los psicólogos que les atienden les expliquen la importancia de no desvelar datos del caso a nadie por el momento, para no entorpecer la investigación.

Por fin estaban frente al edificio escolar. Era una mole ingente de hormigón y hierros, un gigante sin acabar. Era el esqueleto de lo que pudo haber sido un colegio.

—La obra se abandonó a medio hacer. ¿Lleva así mucho tiempo? —ahora era Delicao el que preguntaba, mientras se cubría con una mano y miraba hacia arriba para ver la plenitud de aquella mole pese al sol que le daba de frente.

—Efectivamente. Iba a ser un colegio internacional de élite, pero por lo visto los inversores se quedaron sin fondos durante la crisis, y desde entonces está abandonado. Llevan tiempo diciendo que hay alguna empresa interesada en comprar el solar para hacer oficinas, o incluso viviendas, pero lo cierto es que los últimos ocho años solo ha servido como escondite de chavales, para que gamberros hagan perrerías y poco más.

La zona estaba acordonada y custodiada por varios guardias civiles y también por dos patrullas de la policía local. Entraron en el edificio, observando a su paso cantidad de pintadas, graffitis y restos de antiguos botellones. Había incluso un par de colchones en el suelo, y por supuesto infinidad de colillas. El olor de aquel lugar le recordó a la brigada a noches de juventud y escapadas de adolescente. Se entremezclaba el aroma de alcohol barato con el fuerte hedor a orines y a tabaco.

—Es en la segunda planta —les explicó el sargento Zuzunaga—. Por favor, vayan con cuidado que ya saben que los edificios a medio construir expuestos a las inclemencias durante tantos años pueden resultar peligrosos.

En lo que hubiera sido una de las aulas si el proyecto se hubiera finalizado, justo en el centro de la estancia, yacía el cuerpo. Todo seguía exactamente igual que en las fotos que habían recibido unas horas antes. Solo algo era diferente. El olor. El olor de las flores secas.

—¿Está usted bien, Delicao? —Basurto apoyó una mano sobre el hombro del cabo, que de pronto estaba pálido y parecía encogerse sobre sí mismo.

—Creo que voy a vomit... —y antes de terminar la frase, efectivamente, Raúl no pudo reprimir las convulsiones que le invadían y expulsó allí mismo el bocado ingerido un poco antes— Lo... Lo siento... Lo siento.

—No se preocupe cabo, hasta para esto va usted a hacer callo, ya lo verá —le animó ella mientras le tendía un pañuelo.

—No ha sido por el cadáver. Ha sido el olor de las flores secas. Lo tengo asociado a la muerte desde que falleció mi madre. Recuerdo que mi tía me llevaba al cementerio a menudo y siempre olía a flores secas. Lo siento, de verdad. Creo que el olor me ha pillado por sorpresa.

—No se preocupe, cabo —le animó Zuzunaga, ahora más afable, menos serio—. Como le ha dicho la brigada, hasta la sorpresa se acaba superando. Ya lo verá —entonces, de pronto recuperó

la compostura inicial y aquella rigidez que le caracterizaba y preguntó—. ¿Coincide esta escena con la encontrada en Madrid?

—Coincide al dedillo, sargento —afirmó Basurto—. De hecho —añadió agachándose para observar más de cerca— diría que incluso el zapatito es la pareja del encontrado junto al cadáver de Alcobendas. Voy a pedirle que por favor envíen el cuerpo a la UCO. Me gustaría que el mismo forense lo estudie para poder comparar con los resultados del encontrado en el Parque de Andalucía.

—Por supuesto —asintió Zuzunaga.

—Bueno, pues ahora ya podemos decirlo en alto —Bárbara hizo una pausa dramática—. Delicao, tenemos ante nosotros un asesino en serie.

El cabo se colocó las gafas nervioso y tragó saliva.

Mientras caminaban de vuelta a las dependencias de la Guardia Civil, Basurto fue explicándole a Zuzunaga.

—Verá, si se cumple el *modus operandi*, que hasta aquí claramente se está cumpliendo, la madre no puede estar muy lejos.

—En Madrid, ambos cuerpos aparecieron en zonas verdes del mismo pueblo —afirmó Delicao—. Quizás aquí el asesino haya elegido lugares abandonados.

—Buena observación, cabo —respondió ella entusiasmada—. Sargento Zuzunaga, habría que buscar en todos los edificios u obras abandonadas de la zona, para empezar. Por otro lado, sería interesante saber los casos que se hayan denunciado de mujeres desaparecidas en las últimas semanas, coincidiendo con el tiempo que parece que lleva el cuerpo en el colegio abandonado.

—Ahora mismo pongo a mi equipo a trabajar en ello —confirmó el hombre.

En menos de una hora varios operativos peinaban los edificios abandonados de la zona. Colaboraban distintos cuerpos, ayudados por perros, para tratar de localizar el cadáver de la madre de aquel feto lo antes posible. Por supuesto, primero se centraron en los alrededores del colegio abandonado, que no era más que una inmensa extensión de descampado que los perros rastrearon en cuestión de minutos sin éxito. Mientras tanto se enviaron dispositivos a todos los lugares en los que había inmuebles abandonados u obras inacabadas. No tardaron mucho en encontrar el cuerpo de la segunda mujer embarazada, o la primera, según se mirara.

Basurto y Delicao acudieron al lugar indicado, una nave abandonada situada a pocos metros del colegio, en una zona industrial que no parecía demasiado productiva.

—Este fue uno de esos proyectos ambiciosos que, como tantos, fracasó también durante la crisis —trató de justificar Zuzunaga.

Efectivamente, salvo un par de edificaciones que sí tenían furgonetas y camiones aparcados frente a ellos, o que lucían carteles publicitarios anunciando sus productos, lo cierto es que aquel entramado de calles y rotondas resultaba de lo más desolador, compuesto en su mayoría por solares desiertos y almacenes a medio acabar.

Por fin aparcaron frente a una de las naves, similar a cualquiera de las otras.

—Pues aquí es —les indicó el sargento invitándoles a seguirle. Frente a la entrada esperaban dos guardias con pastores alemanes que descansaban ahora tumbados en la arena—. ¡Estos son los responsables! —comentó Zuzunaga acariciando a uno de los canes— Creo que no les agradecemos lo suficiente la labor que hacen —de pronto aquel recio militar parecía más humano, más como cualquiera, al entrar en contacto con aquellos perros.

Se adentraron en la nave e inmediatamente notaron cómo la temperatura descendía un par de grados. Olía a polvo y a abandono. En los sótanos, escondida en lo que debió ser un cuarto de máquinas, yacía la que iba a ser madre del pequeño encontrado unas horas antes. Estaba totalmente desnuda, con las piernas juntas y estiradas, los brazos extendidos junto al cuerpo y las palmas apuntando al techo. Como Antonia Blásquez, mostraba una incisión en el abdomen.

Bárbara se cubrió la nariz y la boca para acercarse más. El olor a descomposición era algo difícilmente olvidable y que prefería evitar a toda costa. Ese olor a muerte le cambiaba a uno. Miró entonces a Raúl y le tendió un pañuelo desechable para que hiciera lo mismo, al notar que comenzaba a palidecer de nuevo. Después se agachó junto al cuerpo.

—Parece casi una niña —dijo para sí misma.

TROMPETAS DE ÁNGEL



Basurto y Delicao volvieron a Madrid aquella misma noche. Se había acordado que ambos cadáveres se enviarían cuanto antes a la capital para que fuera Arturo quien realizara las autopsias pertinentes, dado que las escenas de los crímenes eran muy similares. Mientras tanto, el equipo de Toledo trataría de identificar a la mujer con la ayuda de las muestras de ADN que habían tomado y cotejando con la información de la lista de desapariciones ocurridas las semanas previas de mujeres de entre quince y veinticinco años.

Bárbara pasó la noche prácticamente en blanco. Estaban ante un asesino en serie. Era la primera vez que se enfrentaba a un caso así. Había investigado antes asesinatos múltiples, pero generalmente eran fruto de ajustes de cuentas. Jamás se había enfrentado a un asesino frío, calculador, como los que describían las novelas policiacas que desde joven leía, o como los que mostraban en las series televisivas que desde hacía algunos años estaban tan de moda.

Había tratado de mantenerse entera por Delicao. El cabo estaba a su cargo y quería dar ejemplo, sobre todo después de ver cómo aquello le estaba afectando. Pero lo cierto es que estaba asustada, ansiosa. Esperaba estar a la altura y conseguir mantener la cabeza lo suficientemente fría como para que no se le escapara ninguna pista, ningún dato que pudiera ayudar a resolver aquel caso cuanto antes.

A las cinco de la mañana decidió ya ponerse en marcha después de una noche que se le había hecho eterna relejendo informes, analizando las fotografías con las que contaba y tratando de encontrar algo, cualquier dato que le ayudara a identificar al responsable de aquellos escabrosos actos. Se duchó, bebió un café a toda prisa y decidió salir de casa, porque aquellas horas muertas la estaban volviendo loca.

—¡Mi brigada, qué tempranera está hoy! —le saludó animado El cabo de guardia.

—Buenos días. Es para que no se sienta usted solo —bromeó ella sin ganas.

Se dirigió a su mesa e hizo lo que no había hecho jamás, mandar un SMS a Arturo, el forense, pidiéndole que por favor se pusiera en contacto con ella en cuanto pudiera.

No había casi dado tiempo a que el mensaje se enviara cuando le sonó el teléfono.

—Arturo, buenos días. Siento haber abusado de tu confianza.

—¡No, mujer! Me alegra que me hayas contactado, aunque debo reconocer que me ha sorprendido tu mensaje porque casi había olvidado que hace años te di mi número. Ya era hora de que lo usaras, aunque quizás la próxima vez un pelín más tarde, para que me dé tiempo a despegarme las legañas.

—¿No te habré despertado?

—¡Qué va! Tengo insomnio. Cosas de la edad, supongo. A partir de las tres o cuatro de la mañana estoy en duerme vela escuchando la radio.

—Bueno —La brigada procedió a centrarse en el objetivo de su llamada—, pues el caso es que no sé si te has enterado de que han aparecido otros dos cadáveres con idéntico proceder que los encontrados en Alcobendas. Todavía no sabemos quién es la mujer, aunque desde luego es mucho más joven que la primera víctima encontrada. Pedí a los compañeros de Toledo que trajeran los cuerpos aquí para que puedas tú realizar las autopsias y así poder estudiar cuidadosamente las similitudes con Antonia Blásquez y su hijo.

—Sí, Bárbara. He recibido un email hace unas horas. Acabo de verlo. Además no sé si sabes que ayer salió en prensa el caso de Alcobendas. Gracias a Dios no se dieron detalles, pero tenemos que andar con ojo para que no cunda el pánico.

—Ya, ya... Me lo comentó ayer mismo el sargento de Toledo. En fin, lo que quería pedirte, como te puedes imaginar, es que por favor des prioridad a estas autopsias y que me contactes en cuanto tengas algo.

—Claro. Voy a llamar ahora mismo a ver a qué hora estiman llegar los toledanos y me aseguraré de estar ya allí para recibirlos.

Cuando colgó el teléfono, Basurto decidió que, ya que estaba en racha, molestaría también a Delicao. Su número lo tenía guardado en favoritos.

—Buenos días, cabo. ¿Ha conseguido usted descansar?

—No mucho, mi brigada. Debo confesar que no esperaba que mi primer caso en la UCO fuera de este calibre.

—Me imaginaba.

—Si le parece estaré en la Unidad en breve. Creo que pienso mejor allí que en casa.

—Ah, pues para eso mismo le llamaba, para ver por dónde iba y si podía venir antes.

—En cinco minutos estoy ahí, que ya voy en camino.

Para las seis y media Bárbara y Raúl estaban apoyados en la encimera de la cocina de la Unidad preparándose un café ella y una infusión él.

—Vamos a intentar ver las similitudes y diferencias entre las víctimas, cabo.

Delicao abrió su cuaderno, se ajustó las gafas y se preparó para anotar. Entonces empezó a enumerar:

—Ambas víctimas eran mujeres embarazadas.

—Cierto. Y ambas con embarazos que no superaban las veinte semanas de gestación.

Se hizo un silencio durante el cual ambos dieron un sorbo a sus bebidas calientes para llenar aquel vacío.

—No se me ocurre nada más que tuvieran en común, mi brigada. Lo siento.

—No lo sienta, cabo. A mí tampoco. Eso es lo tremendo. Con un poco de suerte pronto identificaremos a la segunda víctima, la primera que fue asesinada en realidad, y quizás entonces

podamos ver qué más tenían en común. Claramente el asesino tiene un método que ha aplicado en ambas víctimas y sus hijos. Algo deben tener en común para ser elegidas.

—Salvo que lo único que las relacione sea el hecho de estar embarazadas. Entonces el número de potenciales víctimas es desmesurado.

De nuevo se hizo un incómodo silencio que ambos aprovecharon para dar otro sorbo a sus bebidas.

—Cabo —dijo por fin Basurto—, en este rato que nos queda hasta tener más información, vamos a tratar de dar con todas las tiendas, viveros y similares que vendan flores exóticas, o al menos raras para España, a ver si por ahí al menos vamos avanzando algo.

—Me parece buena idea —respondió el joven con entusiasmo dirigiéndose a su ordenador—. Otro asunto que me ronda es de dónde será el asesino. Quizás él no esperaba que el feto de Toledo se tardara tanto en encontrar. Quizás la idea es que vayamos encontrando los pequeños cuerpos con las flores aún frescas. Pero entonces, ¿cómo hace para que lleguen intactas?

—Es una buena pregunta, cabo. Pero también es posible que en el caso de Toledo no quisiera que se encontraran. Al fin y al cabo ambos cuerpos estaban en lugares recónditos. A lo mejor fue después cuando comenzó a desarrollar el ansia de exhibicionismo, si puede calificarse de ese modo. Pongámonos manos a la obra y mantengamos todas estas dudas en mente.

Casi dos horas más tarde, la Unidad bullía por fin. Sonaban teléfonos, se escuchaban conversaciones y había un incesante ir y venir de guardias, visitantes, testigos. Raúl se levantó por fin, con varios papeles entre las manos, y avanzó hacia la mesa de Basurto, saludando a quién se cruzaba a su paso. Se sentía bien en aquel lugar, ahora que había superado los nervios del primer día.

—Mi brigada, para empezar he hecho una lista de todas las tiendas especializadas en flores exóticas del territorio nacional. Me salen veintitrés.

—Buen trabajo, cabo.

—Y luego, mientras hacía tiempo, me he imprimido la lista de todos los viveros, floristerías y tiendas de semillas y similar. Me salen unas cuantas hojas —añadió mostrando los papeles que llevaba en las manos.

—Madre mía. Esperemos que las tiendas de flores exóticas den su resultado. Sino esto va a ser como buscar una aguja en un pajar.

—¡Yo soy optimista! Muchas son cadenas de floristerías, de modo que con dar con la oficina central, si descartan vender o haber vendido en algún momento la *gentiana nivalis*, podremos tachar de la lista muchísimas tiendas de una vez.

—Ese es el espíritu, cabo —Delicao florecía. Por fin se le notaba menos cohibido, pese a haberle tocado un primer caso complicado.

En ese momento sonó el móvil de Bárbara.

—Arturo, cuéntame... Sí... Sí, ahora mismo vamos para allá —colgó y se puso de pie—. Tenemos una autopsia preliminar. ¡Andando!

El forense estaba absorto en su trabajo, canturreando con los cascos puestos, mientras observaba algo con el microscopio del laboratorio.

—Arturito —le llamó Bárbara—. ¡Arturo! —no contestaba— Se pone música alegre para trabajar —aclaró Basurto a Delicao—. No le culpo, la verdad —la brigada se acercó a él y le dio un toquecito en el hombro.

—¡Ay, madre! Como sigamos así acabo yo postrado en una de estas camillas antes de tiempo —chilló con un tono de voz extrañamente agudo y dando un respingo.

—Lo siento. Es que no me oías.

—Nada, mujer, si la culpa es mía por ponerme los cascos, pero es que no sé que me da que baje alguien y escuche tanta alegría en este ambiente —aclaró él quitándose los cascos y apagando el *walkman*. Porque sí, Arturo seguía escuchando música en su *walkman*. Vio la cara de perplejidad de Delicao—. Tú no habías visto uno de estos nunca, ¿no? ¡Estos *millenials*! —comentó triunfal meneando el aparato musical.

—Sí, sí. De hecho en mi casa tengo uno que era de mi prima y lo iba a tirar y yo se lo pedí.

—Ah, vaya... Va a ser verdad lo que dice Bárbara de tí. Eres particular, cabo.

—¿Gracias?

—Nada hombre. Bueno, y ahora al grano —dejó el *walkman* sobre una encimera que le hacía las veces de mesita auxiliar. Avanzó unos pasos y se giró hacia sus interlocutores mirándoles de manera enigmática antes de preguntarles—. ¿Pensáis que las víctimas de Toledo fueron envenenadas como las de Alcobendas? —Basurto y Delicao se miraron y asintieron— Pues pensáis bien. La víctima principal, la mujer embarazada de Toledo, que por cierto, tenía entre diecisiete y veinte años de edad, fue envenenada. Pero aquí viene la pregunta para premio ¿con qué se le envenenó?

—¿Con extracto de semilla de albaricoque? —susurró el cabo.

—¡No! —respondió casi triunfal Arturo apuntándole con el dedo, lo cual provocó que Raúl se retrajera y clavara la mirada en su cuaderno. Bárbara le lanzó al forense una mirada reprobatoria.

—Lo siento, cabo. Es que a veces me dejo llevar. Yo también pensaba, como es lógico por otra parte, que dadas las similitudes encontradas hasta el momento: ambos fetos envueltos en mantas azules, con un zapatito azul, rodeados de flores, mujeres embarazadas, con las palmas apuntando al cielo... En fin, todo lo que ya sabéis. Pues yo también pensaba que habrían sido envenenados con cianuro. ¡Pero no! He encontrado restos de Brugmansia en la sangre de la mujer. Venid aquí.

Arturo avanzó hacia su mesa auxiliar de nuevo donde, junto a su *walkman*, había un Macbook Pro de ultimísima generación. Definitivamente, aquel era un hombre de contrastes, pensó Delicao. Bárbara sonrió al ver la manera en que el joven cabo miraba al forense, a su mesa, de nuevo a él y otra vez a la mesa.

Arturo abrió el portátil y les mostró una foto de una flor muy parecida a las campanillas, aunque más grande, muy llamativa, de color anaranjado.

—Ya estamos otra vez con las flores —no pudo evitar comentar Basurto.

—Estas flores se conocen como trompetas de ángel, aunque su nombre técnico es brugmansia. Brugmansia es la planta, entendedme, que es la que da estas flores. Hay numerosas especies

dentro de la misma familia, pero todas tienen en común su toxicidad por el alto contenido de alcaloides tropánicos.

—En cristiano, Arturo, por favor —Bárbara sonaba inquieta.

—Para que te hagas una idea, estas flores son de la familia *Solanaceae*. De este tipo de flores se saca también la burundanga o escopolamina, que últimamente está tan de moda, por ejemplo. Básicamente estos alcaloides tropánicos, entre otras cosas, anulan la voluntad de quien los ingiere. Producen también alucinaciones, y por eso suelen usarse en ceremonias chamánicas. Son flores nativas de Sudamérica, pero sus efectos son conocidos mundialmente y me temo que su extracto puede encontrarse hoy en casi cualquier sitio si uno sabe buscar.

—Sin embargo a mí me da que nuestro asesino sintetiza sus propios venenos —añadió Delicao terminando de anotar en el cuaderno la información que Arturo les proporcionaba.

—¿Qué le hace pensar eso, cabo?

—Pues no lo sé, pero piénselo mi brigada: las florecitas azules, las gentiana, son raras ¿no? Pero hemos encontrado ya suficientes como para realizar esas coronas alrededor de los cuerpos de los bebés. Está claro que esas no las venden en las floristerías, o al menos no en cualquier floristería, de modo que no es descabellado pensar que nuestro asesino tiene que cultivarlas. Y si cultiva esas, podría cultivar casi cualquier cosa ¿no? Porque además estuve leyendo sobre las flores azules a raíz de lo que nos comentó Estefanía Bastiones, la experta del Jardín Botánico, que se me había pasado comentárselo mi brigada, y cultivarlas de verdad que no es nada fácil ¿eh? Requieren temperaturas muy específicas. Solo florecen si hay diez grados o más, pero si la temperatura ronda los veinte y pico, se marchitan rápidamente. Además necesitan un grado de humedad suficiente.

—Tiene un punto, cabo. Pero Arturo, sigue contándonos.

El forense asintió. Cerró la pantalla de su MacBook Pro y les invitó con un gesto a que le siguieran hacia una de las camillas, en la que se podía intuir un cuerpo debajo de una sábana blanca impoluta.

—¿Delicao, cómo va? —preguntó Basurto con un tono casi maternal.

—Aquí voy, mi brigada. No se preocupe que de verdad que lo de Toledo no volverá a repetirse. Fueron las flores secas, no el cuerpo. De verdad.

—No lo entiendo... —musitó Bárbara.

—¿Qué? —Raúl se puso alerta.

—¿Cómo pudo trastocarle tanto el olor de las flores secas si se pasa el día bebiendo infusiones, que en definitiva son eso?

—No seas maligna, Bárbara —respondió Arturo mientras destapaba el cuerpo de la joven que habían encontrado en Toledo—. No se secan igual las que son para infusión que las que se abandonan en un sótano. ¿Verdad, cabo? —pero no obtuvo respuesta de Delicao, que había clavado la mirada en su cuaderno y prefirió no responder.

—Hemos tenido la suerte de que, como este cuerpo lo dejaron en un sótano sorprendentemente bien aislado, el cuerpo no está tan deteriorado como el de la criatura. Hay una cosa curiosa, eso sí —añadió Arturo colocándose las gafas de cerca—. Si os fijáis en la incisión en el abdomen, en el lado izquierdo parece un poco chapuza, por decirlo de algún modo y sin faltar, por favor —Delicao y Basurto instintivamente dieron un par de pasos para ver mejor—. Mi apuesta es que el asesino en un primer momento quiso que fuera la propia víctima la que se

abriera el vientre bajo el efecto de la trompeta de ángel. No sería el primer caso conocido de gente que comete atrocidades contra sí misma bajo sus efectos.

—Es verdad. Yo me acuerdo de haber leído en algún medio el caso de una chica que se tiró por la ventana, incluso —apuntó el cabo.

—Tienes razón, joven. Y como esos casos, otros tantos. Me parece que quizás, al ver que la víctima no hacía la incisión como era debido, el asesino debió tomar el control de nuevo. En este caso a la víctima se le extrajo el feto estando aún viva, aunque no me cabe ninguna duda de que debió morir poco después intoxicada por la brugmansia.

Bárbara y Raúl no pudieron evitar cruzar una mirada de horror. Todo aquello parecía de película de terror. La brigada decidió dejar sus impresiones a un lado y centrarse en los aspectos técnicos.

—¿Y cómo le administraría el veneno?

—Me inclino por pensar que en infusión —Basurto miró al joven cabo, gran valedor de las infusiones.

—No tiene gracia, mi brigada.

—Yo no he dicho nada, cabo.

—Bueno, bueno, que parecéis niños —interrumpió Arturo—. Centrémonos y continuemos. El feto no os lo voy a enseñar, porque hay poco que ver. Está bastante más dañado que la madre, por las inclemencias a las que ha estado expuesto. Criatura... Además, era tan pequeño que murió a los pocos minutos de extraerlo del vientre de su madre. Era inviable.

UNA CHICA NORMAL



Salieron del sótano sin hablarse. Delicao no se quitaba de la cabeza el hecho de que el asesino hubiera pretendido que la víctima se abriera el vientre y, probablemente, se arrancara a su propio hijo. Algo tan suyo, tan de nadie más, arrebatado para cumplir la voluntad de otra persona. Aquello era de toda vista grotesco. Más aún, era una auténtica pesadilla.

Basurto miraba al cabo de reajo mientras caminaban codo con codo, despacio. Su función era enseñarle lo que sabía, sí, pero también debía velar por su bienestar, de modo que decidió romper aquel silencio que dejaba demasiado protagonismo a las ideas que le rondaban la mente y que poco a poco iban consumiéndole.

—Cabo, teniendo en cuenta el madrugón que nos hemos pegado, hoy sí le invito a unas porras.

—Prefiero churros.

—Anda, ¿ya va usted sacando la patita, eh? —Raúl se ruborizó pensando que quizás había abusado de la confianza de su brigada— ¿No va conociéndome ya? Si le gustan los churros, churros serán. ¿Con chocolate o con infusión? —bromeó ella.

—Con chocolate.

Ya sentados en la cafetería con sus churros, las porras y las bebidas, Basurto comenzó a pensar en alto:

—¿Y si fuera verdad y lo único en común es el hecho de que ambas mujeres estaban embarazadas? Entonces esto va a ser más complicado todavía —Delicao asintió con la boca llena de churros y de un sentimiento de culpabilidad extraño. Sentía que no debía estar disfrutando de aquel manjar con todo lo que estaba pasando—. Es fundamental que identifiquen a la víctima de Toledo. Quizás hablando con sus allegados consigamos saber algo más.

—Si quiere, mi brigada, en cuanto lleguemos a la Unidad contacto con Toledo.

—No me parece mala llamar para meterles prisa, aunque estoy segura de que en cuanto la identifiquen nos contactaran.

Al entrar en la UCO les esperaba González.

—Buenos días Bárbara. Cabo Delicao —dijo haciendo un gesto de cabeza a modo de saludo—. Creo que os gustará a los dos saber que tengo noticias. Por un lado, se ha identificado a la víctima de Toledo —sonrió triunfal. Raúl notaba la animosidad que el cabo mayor despertaba en la brigada, sin embargo a él no le caía mal. Era cierto que pecaba quizás un poco de prepotente, pero parecía que lo hacía más para impresionar a Basurto que para echarse flores a sí mismo.

—Pues no te quedes ahí parado, dinos, por favor —le espetó ella.

—Se llamaba Estíbaliz Guzmán Buendía y era natural de Toledo. Tenía diecisiete años y sus padres denunciaron su desaparición el veinticinco de mayo.

—Hace casi dos semanas.

—Así es. Destacar también que al parecer los progenitores no tenían ni idea de que estuviera embarazada —González hizo una pausa para dejar que sus compañeros digirieran la información—. Si quieres, Bárbara, puedo yo ir a Toledo a entrevistarme con ellos, que vosotros acabáis de volver.

Antes de que Basurto pudiera responder con una negativa, Delicao se le adelantó.

—¡Yo podría ir con él! —Tanto la brigada como González se sorprendieron con aquella reacción.

—Estupendo, pues que así sea. Salid ya y con un poco de suerte para cuando volváis estoy todavía aquí. Yo me pondré entonces a mirar los viveros con más calma. Y, huelga decir que sería interesante tratar de averiguar quién la dejó embarazada. Francamente dudo que sea el responsable, pero quizás sepa decirnos algo más.

—¿Y por otro lado? —soltó Delicao sin casi dar tiempo a que Basurto terminara su frase.

—¿Qué? —preguntó ella algo confundida.

—El cabo mayor González ha dicho que tenía noticias. Ha comenzado diciendo “por un lado”, o sea que debe de haber un “por el otro lado”.

—Un chaval listo este cabo —dijo González sonriente. Bárbara asintió con una sonrisa algo distante—. Ahí voy. Por el otro lado, he visitado a la secretaria de la empresa de Antonia. Al parecer nuestra víctima, desde que se quedó embarazada, se ausentaba durante la hora del descanso de mediodía. Por lo visto, siempre había comido con los otros compañeros, pero desde hacía unas semanas desaparecía entre las dos y las tres de la tarde, decía que para pasear porque era bueno en su estado. A Conchita, la secretaria, no le había extrañado hasta ahora. ¿Quizás quedaba con alguien?

—Buen trabajo, González. De verdad —le felicitó Bárbara francamente, aflojando un tanto el gesto severo.

—Bueno, cabo, ¿qué te está pareciendo trabajar con Bárbara? —González se mostraba más relajado ahora que estaban fuera de la Unidad, él conduciendo su Ford Focus camino a Toledo con Delicao de copiloto.

—Me parece una persona estupenda. Tiene mucha paciencia y estoy aprendiendo mucho.

—Paciencia contigo, conmigo ya has visto que no tiene ninguna.

—Ya...

—Ya... En fin, que no te voy a meter en nuestros líos. Es complicado.

Se hizo un silencio incómodo que duró varios kilómetros. Por fin Nacho decidió romperlo.

—¿A tí te gusta el fútbol, Delicao?

—No, la verdad —de nuevo silencio—. Pero me gusta el tenis.

—Pues hale, vamos a hablar de Nadal que eso da mucho juego, ¿te parece?

Antes de mediodía llegaban a Toledo. El sargento Zuzunaga les esperaba. Después de las presentaciones pertinentes, les dirigió a una sala de entrevistas donde aguardaban ya los padres de

la víctima.

No hizo falta aclararlo, González lideraría aquella entrevista y Delicao tomaría notas.

—Buenas tardes, señor y señora de Guzmán. Lamentamos muchísimo su pérdida.

Ante ellos había un matrimonio de mediana edad, aunque ahora aparentaban por lo menos veinte años más. La mujer no dejaba de limpiarse la nariz con un pañuelo sin levantar la mirada. El parecía algo más entero.

—Yo lo primero que quiero saber es por qué han venido ustedes de Madrid. ¿Por qué esto no lo está llevando directamente la guardia civil o la policía de aquí?

Zuzunaga, que estaba presente, aclaró la situación a los recién llegados:

—Los señores llevan aquí una media hora. Les explicamos que estábamos esperando a que ustedes llegaran para hablar con ellos.

—Ya —asintió González dirigiéndose al sargento antes de continuar con los padres de la víctima—. Verán, en Madrid ha habido un caso similar y queremos simplemente descartar que el autor sea el mismo en ambos crímenes.

En ese momento la madre de Estíbaliz soltó un sollozo y enterró la nariz de nuevo en el pañuelo. Su marido la abrazó con cariño, tratando de darle fuerzas.

—¿Están ustedes pensando en un asesino en serie?

—Bueno, no adelantemos acontecimientos. Verá, de momento es cierto que el *modus operandi* es muy similar en ambos casos. Pero, si les parece, lo mejor es que nos expliquen ustedes un poco la situación en casa cuando Estíbaliz desapareció y cualquier otro dato que les parezca importante.

El señor Guzmán respiró hondo antes de hablar:

—Pues mi hija es una chica normal de su edad. No nos contaba mucho. A su madre un poco más que a mí —dijo mirando a su mujer— pero todo dentro de la normalidad. En esa edad los jóvenes se creen ya mayores, quieren independencia. A su hermana mayor le pasó igual cuando tenía su edad. Y, bueno, el caso es que un viernes por la tarde dijo que salía. Hasta ahí todo normal. Pero al día siguiente no salía de su habitación, así que a la hora de comer mi mujer entró a despertarla y se dio cuenta de que de hecho no había dormido en casa. Llamamos a todas sus amigas, a los vecinos, a todos sus conocidos, y nadie la había visto aquella noche.

—¿No había entonces salido con sus amigas? —intervino Delicao.

—Pues eso es lo extraño, parece ser que no. A nosotros nos dijo que salía, no dijo con quién, pero asumimos que era con sus amigas del instituto.

—Ya. Y, díganme, parece ser que desconocían ustedes que su hija estaba embarazada. ¿Es eso cierto? —preguntó González.

—Así es. Como ya le hemos dicho a su compañero, la primera noticia del embarazo nos la han dado ustedes. No teníamos ni idea. De hecho, no le conocíamos ningún novio tampoco.

—¿Sabrían decirnos quiénes eran sus amigas íntimas? Quizás ellas sepan algo más sobre un

posible novio.

—Ya les hemos preguntado, pero no nos han dicho nada.

—A veces el vernos a nosotros impone un poco más, y quizás nos digan algo nuevo.

—Nosotros, por lo que se ve, no conocíamos a nuestra hija —esta vez la que habló fue la señora Guzmán. Solo dijo aquella frase, pero la soltó con rabia. Eran unas palabras cargadas de dolor, de decepción.

—Bueno, señora, es una edad complicada en que todos los chavales tienden a alejarse un tanto de sus padres —apuntó González. Después de esperar unos segundos prudenciales que volvieron a sumir a la mujer en una especie de trance, continuó con la entrevista, dirigiéndose al padre de Estíbaliz— ¿Solía su hija salir a menudo? ¿Cada cuánto?

—Pues salía como los chicos de su edad. No sé... Desde luego los fines de semana, sin dudar. Y alguna vez nos pedía salir en diario, pero eso era raro, la verdad. Ya le digo que era una muchacha formal y aplicada. Que cada vez hablaba menos con nosotros, pues sí. Pero yo lo achacaba a la edad, que todos hemos pasado por eso y sabemos cómo es.

Se despidieron de aquellos padres destrozados y se pusieron en marcha, en compañía de Zuzunaga, para visitar a las amigas íntimas de Estíbaliz. También visitarían el instituto El Greco para hablar con sus profesores y compañeros de clase.

Encontraron a las amigas de la víctima en el parque que había frente al instituto comiendo unos bocadillos. Fue fácil identificarlas. Solo había cuatro grupos de jóvenes de edad aproximada a la de Estíbaliz Guzmán y, además, cuando avanzaban hacia el primero, una chica se levantó de un saltó y se les acercó para preguntarles si venían “por lo de Esti”. Sin embargo, no supieron aclarar mucho. Ni siquiera ellas sabían que su amiga estaba embarazada. Sí les contaron que era un espíritu libre, que no quería compromisos y que además le gustaba pasarlo bien. Eso sí, al parecer aquel fatídico viernes les había dicho que no se encontraba bien y no saldría. Aquello no cuadraba con lo que había dicho en casa.

—¿Quizás tenía un novio que pensaba que no iba a gustar ni a sus amigas ni a sus padres? A lo mejor un chico bastante mayor que ella o algo así. —observó González cuando ya caminaban hacia el Instituto.

Aquella era buena hora. Era el descanso del mediodía y el centro estaba tranquilo, con la mayoría de estudiantes aprovechando aquel rato fuera del recinto. Primero charlaron con la directora. Fue una entrevista protocolaria, más que otra cosa. Rápidamente les presentó a la tutora de Estíbaliz.

—Buenas tardes —saludó sonriente una mujer que bien podría ser una estudiante, a juicio de Delicao. Era muy joven y muy cercana. Aquello sería una buena cosa, seguro que tenía buena relación con sus alumnos.

—Buenas tardes, señorita Curto. Como ya sabe, estamos investigando la desaparición de una de sus alumnas, Estíbaliz Guzmán Buendía —introdujo el tema González.

—Una lástima, la verdad. Era una alumna muy querida por todos. Una chica responsable. Venía siempre a clase, presentaba sus trabajos. Jamás recibí ninguna queja de ninguno de los otros profesores. Se llevaba bien con todos sus compañeros, que yo sepa. Quizás debieran ustedes hablar con sus amigas. Han salido a comer, pero volverán pronto —añadió mirando el reloj.

—Ya lo hemos hecho. Estaban en el parque. Queríamos simplemente saber si usted había notado algún cambio en Estíbaliz, de actitud, de ánimo.

—En absoluto. Ya le digo que venía siempre a clase, atendía, estudiaba. Nada en su comportamiento hacía presagiar lo que después ha ocurrido.

—Y, dígame, ¿vive usted por la zona, verdad? —intervino entonces Delicao ante la sorpresa del cabo mayor, que no pudo evitar dedicarle una mirada rápida.

—Sí, así es.

—Puesto que Estíbaliz tampoco vivía lejos del colegio, ¿no recuerda haberla visto en alguna ocasión en compañía de alguien que usted no conociera? O quizás con alguien de aquí pero que no era de su entorno, ni del colegio ni algún familiar.

La mujer se tomó un tiempo para responder, como si rebuscara en los rincones más recónditos de su cerebro la respuesta a aquella pregunta.

—Lo cierto es que no. Yo suelo quedarme en el instituto cuando acaban las clases para corregir exámenes y cosas así. Y la verdad es que después me voy directa a casa. No me prodigo mucho.

Delicao asintió y González le miró de nuevo por ver si tenía alguna pregunta más para la profesora. Al ver que no era así, decidió terminar aquella entrevista.

—Muchas gracias. Aquí le dejo mi tarjeta. Por favor, si se le ocurre a usted algo, por mínimo que parezca, haga el favor de llamarme o mandarme un email.

—Así lo haré.

Se despidieron de Zuzunaga, que acordó seguir investigando para tratar de averiguar con quién salió aquella noche Estíbaliz. Alguien tenía que haber visto algo. Por otro lado, visitaría la casa de la víctima, fundamentalmente su dormitorio, por ver si aparecía algún diario, alguna foto, algo que pudiera encarrilarles. Y, por supuesto, les mantendría informados de cualquier novedad.

En el camino de vuelta a Madrid no hablaron mucho, pero extrañamente no resultó incómodo. Pese a que el cabo mayor le sacaba a Raúl unos cuantos años, era obvio que habían conectado.

Esta vez la que les esperaba al llegar era Basurto. Nada más verles cruzar el umbral de la puerta, se levantó de su asiento y fue a su encuentro.

—¿Bueno qué? —preguntó con curiosidad.

—Pues la verdad es que de momento nada destacable. Al parecer era una chica normal, estudiosa, responsable, que no parecía llevarse mal con nadie. Sus amigas, eso sí, nos dejaron entrever que le gustaba pasar el rato con distintos chicos, por lo visto, pero que no se le conocía ningún novio en concreto.

—Ya... Pero el arrebato de celos está más que descartado. Las posibilidades de que la misma persona tuviera un lío con las dos víctimas son mínimas —remarcó Bárbara.

—Absolutamente, pero sin embargo la una desaparecía a mediodía cada día, en teoría a pasear, y la otra dijo en casa que salía y a sus amigas que no. Ahí hay otro vínculo, eso es

indudable —apuntó Delicao.

Basurto esperó unos segundos para ver si sus compañeros tenían algo más que añadir, antes de compartir ella sus novedades.

—Bueno, pues yo me he dedicado a contactar floristerías, viveros y así, a ver si alguien me sabía decir algo de la ya famosa *Gentiana Nivalis* —hizo una pausa un tanto dramática.

—¿Y qué? —preguntó Delicao con impaciencia.

—Que por lo que he podido averiguar, en España no se venden ni las flores ni sus semillas — El cabo mostró su abatimiento con un suspiro más largo de lo habitual —. Pero, di con el dueño de la tienda de semillas exóticas más antigua de España, que está en Huesca. Un señor encantador. Marcelino se llama.

—¡Arranca, Bárbara! —ahora el que mostraba su impaciencia era González. Ella sonrió y él no pudo evitar hacer lo mismo. Siempre le habían gustado aquellos juegos de intriga, no sólo en el trabajo, sino en lo personal.

—Pues que mi buen amigo Marcelino me ha indicado que las semillas se venden fundamentalmente en viveros de flores alpinas. Él conocía dos en Inglaterra, ni más ni menos, que por lo visto envían las semillas por correo. Es más que probable que esa sea la manera en la que nuestro asesino se ha hecho con las semillas, ¿no? ¿Qué pensáis?

—Yo pienso que hay que contactar a la policía inglesa y que nos ayuden con esta parte de la investigación —apuntó González. Basurto y Delicao asintieron enérgicamente.

—Tengo el nombre de las dos floristerías y las direcciones, de modo que no debería ser muy difícil dar con cualquier envío que hayan mandado a España de gentianas.

—Ya... Difícil no va a ser, pero llevará su tiempo —apuntó el cabo mayor—. Me pongo a ello ya mismo — dijo sin pensar. Y luego miró a Bárbara para ver su reacción, porque a juzgar por los últimos días, fácil era que le moviera a un lado incluso para esa tarea administrativa.

—Bien. Me parece buena idea —respondió ella dando por concluida la conversación y dirigiéndose a su mesa. Delicao, antes de seguirla, aprovechó para guiñarle un ojo a González a través de las gafas.

—Bueno, y ¿qué tal la excursión entonces? —preguntó Basurto ahora que estaban los dos solos.

—Bien, mi brigada, ya sabe, lo que ya le hemos contado —respondió Raúl colocándose las gafas, más por nervios que porque realmente le hiciera falta.

—No quiero incomodarle, cabo. Como es usted listo, habrá notado que algo pasa entre el cabo mayor González y yo. Y, en fin, creo que le debo una explicación.

—No me debe nada, mi brigada.

—Sí, Delicao, porque esto le ha pillado a usted en el medio y no es justo —Raúl se encogió de hombros.

—Ya va siendo hora de descansar un poco por hoy. Vayamos a tomar una cerveza y le cuento por encima.

—Mi brigada, que no tiene por qué contarme nada —se sentía de pronto incómodo. Eso de hablar de sentimientos, y le daba que por ahí iría la conversación, le hacía que le sudaran las manos.

—¿Usted bebe cerveza?

—Yo soy más de clarita.

—No sé por qué pero me lo imaginaba —sonrió Basurto.

Al rato estaban los dos sentados en la barra de la misma cafetería donde habían tomado los churros esa misma mañana. Mientras esperaban a ser servidos, Delicao le hizo una petición a Basurto:

—Mi brigada, estaba pensando que hemos tomado churros, tortillas de patata y ahora, cerveza. Vamos, que nos hemos visto fuera del ambiente laboral alguna que otra vez, así que quizás podría usted hablarme de tú. Que es que a mí nadie me habla de usted y no me pega.

Bárbara soltó una carcajada franca.

—¡Eso está hecho, Delicao! A partir de ahora te hablo de tú. Tendrías que habérmelo dicho antes, que a veces me dejo llevar por el protocolo y las normas en exceso. Pero te tuteo con una condición.

—¿Cuál?

—Tú me tienes que tutear a mí también.

—Ay mi brigada, no sé si me va a salir, ¿eh?

—Habrá que intentarlo.

Ya con las cervezas y unas cortezas de cerdo que les habían servido de aperitivo, Bárbara le contó a Raúl el porqué de su animosidad hacia González. Lo cierto es que habían sido pareja, cosa que Delicao por supuesto había intuído. Iban incluso a casarse, pero unos meses antes de la boda, así, de repente, salió la conversación de los niños, que extrañamente no habían tenido antes. Resultó que Nacho se negaba categóricamente a tener hijos y aseguraba que no cambiaría de opinión. Bárbara se sintió traicionada y rompió el compromiso.

—Así que eso es todo —concluyó dando un último sorbo a su caña—. Y, no te creas Delicao, que sé que a veces me paso de seca con él y que al menos fue sincero y mejor haberme enterado ahí que estando ya casada. Pero los años no perdonan y a mí se me va apagando la ilusión. Le culpo de haberme robado una oportunidad única. Me siento engañada. Yo siempre quise ser madre y lo fui dejando por el trabajo y porque no encontraba a la persona adecuada y, cuando por fin me pareció que la había encontrado, resulta que no queremos lo mismo.

Se hizo otro de esos silencios que tanto incomodaban al joven. No sabía bien qué decir. Le agradecía a la brigada su honestidad y confianza pero, la verdad, no tenía claro que viniera a cuento.

—En fin, Delicao, que todo esto solo para que sepas que si a veces te parezco un poco borde con González, es porque yo también tengo mi corazoncito.

Después de eso cambiaron de tema y Raúl pudo por fin relajarse, compartiendo anécdotas de la formación y escuchando historias divertidas sobre sus compañeros de la Unidad.

Para las nueve estaban cada uno en su casa, dispuestos a descansar para afrontar un nuevo día.

CON LAS MANOS EN HARINA



Aquella vez no había quedado perfecto. Había arriesgado demasiado y tenía que marcharse deprisa. Anduvo todo lo rápido que pudo sin llamar la atención, porque a esas horas aún había bastante gente por la calle. Con las prisas, no notó que algo se le caía del bolsillo.

Acababa el verano y seguían sin grandes novedades. Basurto se había tomado la última semana de agosto para ir a visitar a sus padres a Galicia. Delicao se quedó pringando, que para eso era el nuevo cabo de la Unidad. Habían sido unas semanas relativamente tranquilas y a la vez frustrantes. Se dedicó a ayudar a varios compañeros con distintos casos. Le vino bien ir rotando para poder conocer mejor el funcionamiento de la UCO y, sobre todo, para tratar de quitarse de la cabeza aquellos crímenes de las embarazadas y sus bebés.

Habían tratado de buscar toda la información posible durante las semanas previas, pero nada daba su fruto. La policía inglesa contactó con *Edrom Nurseries*, en Berwickshire, y con *Royal Nursery*, en Northumberland, las dos tiendas que vendían semillas de *gentiana nivalis* y las enviaban por correo al extranjero. Lamentablemente no se había realizado ningún envío a España en los últimos años. Los británicos fueron minuciosos y se remontaron a los últimos diez, sin éxito. Además, ninguna de las tiendas guardaba una base de datos exhaustiva de sus clientes. Si alguien visitaba cualquiera de ellas y pagaba en efectivo, no quedaba constancia alguna de su identidad. Era, por tanto, más que posible que el asesino hubiera viajado a Inglaterra o a cualquier otro lugar, hubiera comprado las semillas y hubiera vuelto.

González, con el poco inglés que chapurreaba, se dedicó a contactar a todos los viveros que vendían semillas de *las* florecillas nórdicas en otros países. El resultado fue el mismo: ninguno.

Tampoco había habido manera de averiguar por el momento con quién salió Estíbaliz la noche que desapareció. No había testigos y nadie parecía saber nada, aunque el sargento Zuzunaga había iniciado una investigación paralela después de su visita a la vivienda familiar de la víctima y, sobre todo, su habitación.

Encontró una suerte de cartas escritas a mano escondidas detrás del armario de Estíbaliz. Eran misivas que se escribía a sí misma. Todas ellas estaban fechadas, la primera remontándose a 2014, cuando la niña tenía trece años. Los escritos resultaban muy oscuros, con mensajes casi crípticos, ideas confusas, pero que reflejaban una idea común: aquella niña llevaba mucho tiempo sufriendo.

Tras analizarse el contenido de todos aquellos manuscritos, la conclusión fue clara: alguien muy cercano a la familia llevaba años abusando sexualmente de Estíbaliz. Ahora debían averiguar quién y desde cuándo, y saber también si era él el padre del bebé encontrado en Toledo.

Basurto, González y Delicao se mantuvieron al tanto de la investigación de Zuzunaga porque, pese a que las posibilidades de que el hombre que abusaba de la niña fuera a su vez el asesino de Antonia eran mínimas, no debían descartar ninguna hipótesis.

Tras varios días de investigación, a mediados de julio se detuvo al socio del padre de Estíbaliz, Ramón Sayas, que además resultó ser el padrino de la niña. El hombre, que en principio se mostró indignado, no resistió al interrogatorio del sargento toledano y confesó el horrible abuso entre sollozos y pidiendo clemencia. Aseguraba estar enfermo y no poder controlarse. Sin embargo, aseveró no conocer que Estíbaliz estuviera embarazada y los exámenes psicológicos confirmaron que decía la verdad a ese respecto.

Se le tomaron muestras de ADN que se enviaron a Madrid y Arturo pudo corroborar que él era el padre del bebé que la niña esperaba.

Después de esto, se encontraban de nuevo en un punto muerto, absolutamente frustrados, pero bien sabían, o al menos lo sabía Basurto por experiencia, que a veces había que dejar que el tiempo pasara para que algún giro, una pista, algún testigo, permitieran seguir tirando poco a poco de aquel hilo invisible que sin duda en algún lugar se encontraba y ayudaría a resolver aquellos casos.

El dos de septiembre, a las siete de la mañana en punto, cruzaba la brigada de nuevo el umbral de la entrada de la UCO.

—Vaya, mi brigada, viene usted con otro color, ¿eh? —le saludó risueño el cabo de guardia, que se disponía a esas horas a marcharse ya para disfrutar de un merecido descanso.

—Será la lluvia del norte, que hace maravillas, cabo —respondió ella con ironía— ¿Alguna novedad esta noche?

—Ninguna. Está todo de lo más tranquilo. Se ve que los delincuentes también se toman vacaciones.

—No sé yo qué decirle de eso —respondió Basurto mientras se dirigía ya a su mesa.

—Allí tiene ya a Delicao, por cierto, que cada día llega antes. Me pregunto a quién ha salido.

El cabo de guardia había señalado hacia la pequeña cocina de la Unidad. Bárbara dejó su bolso y su bolsa térmica sobre su mesa y fue directa a saludar a Raúl. Apoyado en la encimera, charlaba de lo más divertido con González.

—Vaya, cuando el gato se va... Ya se sabe —dijo Basurto por todo saludo. En ese momento Delicao se cuadró y el cabo mayor estalló en una carcajada.

—Relaja Raúl, ¿no sabes ya cómo es Bárbara? Si seguro que está contenta de verte tan integrado —le dio una palmada en el hombro al joven, que estaba ya como un tomate y no paraba de colocarse las gafas—. Veo que las vacaciones te han sentado bien.

—Bueno, no he hecho nada en concreto, pero he disfrutado de un poco de paz, eso sí —contestó ella escueta y algo seca, porque aunque las cosas habían mejorado entre ella y González en las semanas previas a sus vacaciones, en parte gracias a contar con Delicao que se llevaba bien con ambos, prefería mantener sus distancias—. Imagino que no hay novedad alguna sobre el caso de las embarazadas, ¿verdad?

Los dos negaron al unísono.

—Mi brigada, yo te habría contactado si hubiera habido algo —habló por fin Raúl.

—Ya lo sé, ya, pero la esperanza es lo último que se pierde. Propongo que repasemos de nuevo todos los datos que tenemos, a ver si ahora que hemos dejado pasar algo de tiempo, podemos ver aquello que se nos haya podido escapar.

—Una lástima que no hubiera ni una huella. Me tomé la libertad de pedirle a Arturo que revisara de nuevo las mantas, los zapatos de bebé... Pero nada de nada, ni siquiera una parcial.

—La persona a la que nos enfrentamos es meticulosa y sabe lo que hace, eso está claro —añadió Basurto resignada—. Voy a saludar a mi coronel, que ya va siendo hora, y ahora os veo.

La puerta del coronel Ylleta estaba, como siempre, abierta:

—¡Hombre, Bárbara! —dijo alegremente incorporándose para darle un buen abrazo— Parece que te han sentado bien esas breves vacaciones. ¿Qué tal tus padres?

—Pues están estupendamente, la verdad. Y es cierto que a mí me ha venido bien desconectar un poco después de las últimas semanas.

—Ya sabrás, me imagino, que no ha habido ninguna novedad por desgracia.

—Sí lo sé, sí. Acabo de estar con González y Delicao.

—Una cosa sí te digo Bárbara, si detrás de las muertes de las embarazadas hay un asesino en serie, y lamentablemente tiene toda la pinta, va a volver a actuar. Habrá otra embarazada, y otra, hasta que consigamos cazarle.

—Pero entonces ¿por qué lleva tantas semanas sin mover ficha? Me desconcierta.

—No podemos saberlo. Quizás tiene un método para identificar a sus víctimas y es posible que no haya dado con la mujer adecuada para ser su siguiente presa. La clave es dar con el método para poder adelantarnos a sus acciones. Pero claro, esto parece muy fácil en las películas.

—Muchas gracias, mi coronel. Si tengo un defecto es que soy cabezota y perseverante, y pienso cazar al responsable.

—¡Ese es el espíritu! Mucha suerte y ya sabes dónde estoy si me necesitas.

Aunque Bárbara había traído su *tupper* con una ensalada de quinoa y remolacha, Delicao quiso invitarla, como también a González y Suárez, con la que parecía haber congeniado en las últimas semanas, a comer al bar más cercano, aquel en el que él y su brigada ya habían disfrutado de más de alguna delicia.

—Bueno, con lo que cobro me da para que toméis el menú del día o una tapa de tortilla y otra de ensaladilla a compartir entre todos —bromeó Raúl.

—Yo ya sabes que siempre tortilla —sonrió Basurto—. Eso sí, con una caña a poder ser, sin alcohol que estamos de servicio. Pero cuéntanos por qué te ha dado por invitarnos. ¿Es tu cumpleaños?

—No, que va. Desde pequeño celebro cada año el último día que vi a mi madre. Sé que suena algo sórdido, pero a mí me ayuda recordarla así, entre amigos, tomando algo.

Se hizo un pesado silencio en la mesa que rompió Suárez con su desparpajo andaluz:

—¡Que te digo que eres rarito y rarito eres, Delicao! Pero ¡ea! —levantó su vaso de Trinaranjus— ¡Por la madre que te parió!

A partir de ese momento todo se volvió más natural. Raúl compartió los recuerdos que le quedaban de su madre. Recordaba que olía a limpio, como a jabón perfumado, y que hacía unos bizcochos de yogur buenísimos para desayunar. También se acordaba de que, cuando él estaba enfermo, trataba de ir a trabajar menos horas para hacerle compañía leyéndole cuentos.

—Qué manera tan bonita tienes de recordar un día tan duro, cabo —le dijo emocionada Bárbara acariciándole la espalda con gesto maternal.

Una hora más tarde volvían los cuatro a la Unidad con energías renovadas, riendo y, probablemente, hablando más alto de lo habitual. Basurto caminaba hacia su mesa cuando vio al coronel Ylleta de pie junto a ella.

—Mi coronel, habíamos salido a celebrar con Delicao.

—No pasa nada, mujer, para la próxima a ver si me invitáis —sonrió. Pero entonces su gesto cambió, se volvió turbio, serio—. Bárbara, ¿te acuerdas de lo que hablábamos esta mañana? Parece que tu asesino ha vuelto a encontrar una víctima perfecta, aunque esta vez hay algunas diferencias.

—¿Dónde? —fue todo lo que la brigada acertó a decir.

—Aquí en Madrid. Cerca de Gran Vía, en el Monasterio de las Descalzas Reales.

Unos segundos más tarde Basurto y Delicao se dirigían a la nueva escena del crimen. Era un día precioso de septiembre. Brillaba un sol espléndido en ese cielo tan azul que suele tener la capital hasta en invierno. Era una tarde tan bonita que no presagiaba un asesinato. Pero, de nuevo, como bien decía Ylleta, la realidad rara vez era como en las películas y los cuerpos no se encontraban en noches lluviosas y grises únicamente.

Esta vez el asesino había elegido un lugar más arriesgado. A aquellas horas esa zona estaba llena de paseantes, turistas y curiosos que se agolpaban en torno al cordón policial. Los agentes habían acordonado todo el perímetro del monasterio, aunque el cadáver se encontraba escondido entre los parterres de arbustos frente al pórtico principal.

—Lo ha encontrado una indigente que inmediatamente ha avisado a un guardia urbano que patrullaba esta zona —les dijo como saludo uno de los policías que custodiaba el perímetro.

Basurto y Delicao se acercaron despacio. Todo parecía igual. Efectivamente la víctima mostraba la incisión en el abdomen, lo cual hacía pensar que había un feto no muy lejos de allí. Estaba desnuda, boca arriba y con las piernas estiradas, pero esta vez las palmas de las manos no apuntaban al cielo. De hecho, los brazos parecían colocados de cualquier manera.

—Mira, Raúl, es como si algo o alguien interrumpiera a nuestro asesino y no le hubiera dado tiempo a dejar la escena como quería que la encontráramos.

—Cierto, mi brigada. Eso sí, cada vez arriesga más. Esta es una zona transitada casi a cualquier hora del día y de la noche.

—Se ve que le gusta el riesgo. Quiere demostrarse que puede.

Basurto observó el cuerpo unos minutos más. Por el aspecto aquella mujer no debía llevar muerta más de doce horas, de modo que quizás el cadáver se depositó en aquel lugar de madrugada. A aquella hora la zona estaría más tranquila, desde luego, y más en un día laborable, pero no dejaba de ser un riesgo mayor al de las ocasiones anteriores.

—¿Podría usted por favor llevarnos hasta la persona que encontró el cuerpo? —pidió al policía.

—Claro. Síganme. Está allí, en su rincón. Le hemos tomado declaración ya, pero mucho no ha sabido decirnos. Huele a alcohol que es una exageración.

Sentada sobre unos cartones, en una esquina del monasterio dentro del perímetro policial, encontraron a una mujer de edad indefinida, con el pelo revuelto, vestida con varias prendas superpuestas, todas ellas estropeadas, sucias. A su lado había unas bolsas de plástico gastadas y llenas hasta los topes donde debía guardar sus pertenencias.

—Buenas tardes —saludó Bárbara sonriente. La mujer levantó la vista pero no dijo nada—. Sabemos que ha tenido usted un día un tanto ajetreado. ¿Qué le parece si mi compañero se acerca a esa cafetería y le trae un sándwich y un café y charlamos un poco?

Entonces a la mujer se le iluminó la mirada:

—Bien, pero el café que sea alegre, usted ya me entiende.

—Anda —le pidió Basurto al cabo—, trae un bocata de lo que haya y les pides un café para llevar con un chorrito de algún licor.

Las dos observaron a Raúl partir y, trascurridos unos segundos, Bárbara se agachó para estar a la altura de la mujer.

—¿Dígame, cómo se llama?

—Me llamo Clementine Dupont Arnillas.

—Vaya, ese nombre no es de aquí, ¿verdad?

—No. Yo soy mitad francesa y mitad española. Llegué aquí hace muchos años y ya ve, me he quedado para llevar una vida de miseria.

—Lo lamento mucho Clementine.

En ese preciso momento volvió el cabo con un sándwich vegetal con atún y el café con un chorro de ron servido en vaso de cartón.

—Tenga usted —le dijo a la mujer agachándose para que ella pudiera sujetar las dos cosas sin dificultades.

Esperaron con paciencia a que Clementine comiera y bebiera. Después, la brigada le pidió

que les contara lo que había visto. Lo cierto es que no vio al asesino. Se despertó a eso del mediodía y pensaba ir a dar una vuelta, de modo que fue a esconder sus bolsas y sus cartones entre los arbustos, como era su costumbre, y fue entonces cuando encontró el cuerpo.

—Casi me da algo, no voy a engañarles.

En ese momento sonó un teléfono, pero nadie pareció darle importancia. Volvió a sonar y Clementine comenzó a ponerse nerviosa.

—¿Clementine, es el teléfono que suena suyo?

La mujer sacó del bolsillo de una de las múltiples chaquetas que llevaba puestas un Samsung con funda dorada justo cuando ya dejó de sonar.

—Me lo encontré ahí —añadió señalando a una de las esquinas del monasterio. Me sorprendió que nadie lo hubiera cogido antes que yo. Pensé que igual estaba roto o algo. Yo no he conseguido desbloquearlo, pero no es la primera vez que suena.

Basurto metió el teléfono en una bolsa de evidencias. Después pidió al forense, que llevaba en el lugar los últimos diez minutos, que tomara las huellas dactilares a la indigente para poder cotejar con las que hubiera en el móvil. Se despidió de ella y caminó junto a Delicao hacia la zona donde había aparecido el teléfono.

—Cabo, este puede ser el golpe de gracia que necesitamos. Con un poco de suerte el teléfono pertenece a nuestra víctima o al asesino. Vamos a pedir que busquen fibras, huellas y cualquier cosa que se les ocurra por todo el perímetro, a ver si damos con algo más. Mientras yo hablo con el forense, por favor, llama a González y que organice una batida para buscar un nuevo feto. No puede estar muy lejos —Raúl asintió—. Y después nos vamos directos a ver a nuestros amigos del Secrim para que analicen el teléfono de arriba a abajo. Esta vez casi le pillamos con las manos en harina y debemos aprovecharlo.

MANDRAGORA



Basurto se encargó de llevar personalmente el Samsung al departamento de Ingeniería del Servicio de Criminalística. Era raro que fuera ella, pero necesitaba saber cuanto antes si aquel teléfono pertenecía a la víctima, o quizás al asesino. Llevaban semanas, meses, con ese caso entre manos y sentía que el asesino siempre iba un paso por delante.

—Buenas tardes —saludó brevemente nada más entrar—, brigada Basurto. Necesitaría que este teléfono se desbloquee y analice cuanto antes.

—Buenas. Pues a ver, porque aquí está todo el mundo liado ahora mismo —la mujer que atendía la recepción mascaba chicle con la boca abierta y no tenía aspecto de querer trabajar.

—Este teléfono puede ser la clave para detener a un asesino en serie, de modo que si usted no quiere ayudarme, por favor dígame al coronel Arístegui que la brigada Basurto le espera.

El tono de Bárbara había sido frío, severo y firme, y aquello pilló a la mujer por sorpresa. Inmediatamente tomó entre sus manos la bolsita de plástico transparente que contenía el móvil con funda dorada y tecleó en el ordenador.

—Lo tramitaremos como urgente. Mañana mismo tendrá usted noticias, mi brigada, sino antes —apuntó con un tono de voz mucho más suave.

Media hora más tarde regresaba a la UCO ávida de novedades. Delicao, que parecía bastante nervioso, la asaltó nada más cruzar el umbral de la puerta:

—¿Qué te han dicho del teléfono?

—De momento nada. Esto no va tan rápido. Pero esperan tener algo para nosotros mañana por la mañana a más tardar. ¿Alguna novedad aquí?

—Nada tampoco. Están batiendo la zona para ver si encuentran el cuerpo de la criatura. Y, por lo que sé, no se han encontrado huellas esta vez tampoco.

—Es evidente que se trata de una persona que planea bien sus acciones. Indudablemente siempre lleva guantes, de modo que dudo que vayamos a encontrar huellas nunca. Pero quizás un pelo, una fibra... A lo mejor el despiste del teléfono móvil —se hizo uno de esos silencios que comenzaban a ser tan habituales entre ellos mientras ambos pensaban, que fue interrumpido por Basurto— ¿Me imagino que Arturo tiene ya el cuerpo?

—Sí, mi brigada, llamó hace un rato para comunicar que se ponía inmediatamente a trabajar en él y esperaba tener algo para nosotros hoy mismo.

—Bien. De verdad espero, Delicao, que por aquí saquemos algo. La investigación del entorno de Estíbaliz y del de Antonia no arrojaron ninguna luz sobre este caso y, lo que sí te puedo decir, es que el asesino perfecto no existe. Tenemos que abrir más los ojos y dar con el nexo de unión entre las tres mujeres. No elige embarazadas al azar, sino los casi tres meses de silencio no se justifican. Embarazadas hay cientos, pero no todas le valen.

Bárbara dejó al cabo haciendo papeleos y fue a ver a González.

—Me imagino que ya te has enterado —dijo con tono afligido, algo poco habitual en ella.

—Sí, claro —al cabo mayor aquella repentina muestra de confianza y, quizás también afecto, aunque fuera a través de la desolación que la brigada sentía en aquel momento, le dio esperanza—
¿Cómo estás?

—Pues como voy a estar... Confundida, cabreada, desolada —suspiró profundamente— Y dolida. No puedo evitar sentirme dolida, pese a que no conocía a esas mujeres, pese a que sé que este es mi trabajo.

—Vamos a tomarnos un café, Bárbara.

—Vamos.

Raúl vio a sus compañeros dirigiéndose juntos a la cocina y no pudo evitar sonreír.

Basurto estaba sentada en una de las dos sillas que había en la mínima cocina con un espresso doble humeando entre sus manos. González permanecía de pie, apoyado en la encimera, con la taza ya vacía.

—Nacho, tú qué crees que lleva a alguien a hacer algo así.

—No lo sé, Bárbara. Lo que sí te aseguro es que quien sea que esté cometiendo estos asesinatos está convencido de que lo hace porque debe. Tiene una razón para cometerlos, aunque nosotros quizás no logremos comprenderlo nunca.

—La mente humana ...

—Eso es.

Permanecieron en silencio mientras ella terminaba su café. El sentía que había mucho de lo que deberían estar hablando, pero también sabía que aquel no era el momento adecuado, de modo que se conformó con estar de pie a su lado, sin discutir, sin escuchar comentarios y miradas hostiles. Era un gran avance.

Cuando ya salían de la cocina, Bárbara casi se choca de frente con Delicao.

—Perdón, mi brigada —se disculpó el joven cabo colocándose las gafas—. Ha llamado Arturo. Nos pide que vayamos.

De pronto Basurto dejó a un lado sus divagaciones y recuperó la firmeza que la distinguía. Se apresuró a su mesa para coger el bolso y el móvil, hizo un gesto de despedida con la mano a González y salió a toda prisa de la Unidad junto a Delicao.

—Buenas tardes, Arturo, cuéntanos —espetó por todo saludo.

—Bueno, espera, a qué tantas prisas, si esta mujer de aquí no se va a ningún lado y yo tampoco. ¿Cuéntame qué tal las vacaciones? Se te ve con mejor aspecto.

—Será el moreno, Arturo. La semanita cerca del mar me ha venido estupenda, pero se me ha ido el relajo de golpe con este nuevo cadáver.

El forense conocía a la brigada lo suficiente como para saber cuándo no quería andarse con bromas, de modo que giró sobre sí mismo para colocarse de cara a la camilla donde reposaba el cuerpo de la nueva víctima tapado por una sábana blanca. Se acercó a ella y la destapó. Tanto él como Basurto miraron a Delicao, pero el cabo parecía más entero que las últimas veces, mientras pasaba páginas de su cuaderno buscando una en blanco en la que anotar.

—Bueno, la buena noticia es que esta vez no va de flores. La mala, es que sigue yendo del mundo vegetal.

—Claramente nuestro asesino es un gran aficionado a la jardinería.

—De eso no cabe duda —Arturo se movió a la cabecera de la camilla para que ellos pudieran acercarse—. Mujer, en torno a los cuarenta años de edad. Estimo que murió entre la medianoche de ayer y las dos de la madrugada de hoy. Como las veces anteriores, no hay signos de violencia. Y, también como con las dos víctimas anteriores, esta tercera ha sido envenenada. Esta vez el asesino ha optado por la mandrágora.

—Me suena muchísimo —comentó Basurto.

—A lo mejor es por Harry Potter, mi brigada —añadió Delicao.

—Seguro que no, porque ni he leído los libros ni he visto las películas —claramente Basurto no estaba de humor.

—Pues no sabes lo que te pierdes —intervino Arturo, guiñándole un ojo a Raúl—. Como bien dice nuestro joven cabo, la mandrágora aparece en Harry Potter. Es una planta que los alumnos deben extraer de su maceta durante una de las clases y que, al hacerlo, emite un chillido ensordecedor. Se trata de una planta que durante años se ha relacionado con la brujería.

—Pero su uso es muy anterior. Los romanos ya la utilizaban, si bien para sacarla de la tierra usaban perros, porque decían que el grito de la mandrágora al salir mataba —continuó Delicao

—¿El grito de la mandrágora?

—Son leyendas, Bárbara, también se creía que crecía como consecuencia de la eyaculación *post mortem* de los ahorcados, que se derramaba en la tierra y hacía brotar esta extraña planta cuyas raíces asemejan a menudo pequeños cuerpos de bebé humano —ella le miró atónita—. Lo cierto es que es una planta altamente tóxica, produce alucinaciones, tiene efectos sedantes y, en dosis elevadas, resulta mortal.

—Me está pareciendo todo esto de cuento —consiguió decir por fin.

—De hecho es que se menciona en muchas historias. Infusión de mandrágora es lo que bebe la Julieta de Shakespeare —no pudo evitar añadir el cabo.

—Delicao, eres una enciclopedia —apuntó la brigada genuinamente, provocando su sonrojo.

—Pues, por mucho que aparezca en cuentos y leyendas, y aunque en torno a la mandrágora haya mucha superstición, los efectos que provoca son muy reales, Bárbara —intervino Arturo. Entonces se acercó a su mesa auxiliar para coger el Macbook Pro. Tecleó rápidamente y en unos segundos le mostró imágenes de la planta en cuestión.

—Escalofriante —apuntó ella observando aquellas fotos de raíces que asemejaban diminutos cuerpos humanos, algunos contorsionados, otros sin cabeza.

—Efectivamente. Pero no olvidemos que es solo una planta. Tiene también usos medicinales y para eso se utilizaba en la antigüedad —Arturo volvió a girarse hacia la camilla—. Por lo demás, como habréis ya observado, la víctima muestra una incisión en el abdomen realizada postmortem. Estaba embarazada de unas veinte semanas, por lo que he podido comprobar, aunque lo sabré con mayor exactitud en cuanto encontremos el feto.

—En ello estamos, Arturo.

—Ya lo sé, ya. En fin, que a ver si uno de estos días nos tomamos una cañita y hablamos de cosas más alegres, ¿eh?

—Me encantaría.

Mientras Delicao y Basurto salían de aquel sótano, oyeron los primeros compases del *Chan*, *Chan de Buenavista Social Club* durante unos breves instantes, los que tardó el forense en colocarse los cascos.

—Mi brigada —se atrevió a preguntar Raúl mientras caminaban hacia el coche—. ¿Has tenido antes algún caso así en tu carrera? Quiero decir, ¿esto que estamos viendo es normal?

—De normal no tiene nada Delicao y, en respuesta a tu primera pregunta, no. Es la primera vez que me enfrento a algo así, de modo que estamos juntos en esto como primerizos.

—Siempre tiene que haber una primera vez, imagino.

—Efectivamente.

—Y, mi brigada, tengo otra semejanza entre las víctimas. Todos los fetos rondaban las veinte semanas de gestación.

UNA DE CAL Y OTRA DE ARENA



A eso de las ocho de la tarde Bárbara abandonaba la Unidad rumbo a casa. Delicao se había marchado unos minutos antes y, aunque no lo hubieran especificado, ambos sabían que se verían en el mismo punto antes de las ocho de la mañana al día siguiente, salvo llamadas nocturnas inesperadas.

Lamentablemente, y pese a haber dispuesto varios equipos para ello, aún no habían conseguido localizar el nuevo feto. No podía andar lejos, eso Basurto lo tenía claro. Si el asesino seguía siempre la misma metodología, y hasta entonces había demostrado que así era, debía encontrarse en los alrededores del convento.

—¡Bárbara! ¡Bárbara! —la voz de González la sacó de su ensimismamiento. Se paró y le miró sin verle, aún sumida en sus cavilaciones— Te invito a un vino, un verdejito. ¿Qué dices?

—No puedo, Nacho. Aún no, y no hasta que este maldito caso no se resuelva, no lo resolvamos —buscó las llaves del coche en su bolso—. Estoy agotada. Buenas noches.

Llegó a casa e hizo lo de siempre, de manera mecánica, casi sin pensar. Se quitó los zapatos, se deshizo el moño, se puso un vino y salió a la terraza. Cumplió con su rutina. Ella también era mecánica, ordenada en sus acciones, como la persona a la que buscaba. Siempre lo mismo, de la misma manera, hasta aquel día en que el cadáver aparecía descolocado, probablemente fruto de las prisas. Y aquel móvil. Aquel teléfono dorado podría ser la clave de todo aquello. De verdad esperaba que perteneciera al asesino.

Apenas durmió aquella noche, dio vueltas y más vueltas que entremezclaba con sueños extraños. Volvía con Nacho y por fin accedía a tener un hijo con ella, pero entonces una sombra negra se lo arrebató y notaba el dolor cuando le arrancaban el bebé de las entrañas. En ese momento se despertaba agitada, cambiaba de postura y volvía a dormirse, pero la pesadilla volvía a ser en esencia la misma, aunque con pequeñas variaciones.

Antes de las seis y media de la mañana Delicao se incorporaba a su puesto.

—¡Hombre, Raúl! Cualquiera día de estos te digo que me hagas la guardia, que cada día llegas antes —le saludó Rodrigo, uno de los cabos que solían quedarse por la noche y que había hecho buenas migas con él porque ambos eran de la misma edad y además grandes aficionados a los cómics de Marvel.

—Calla anda, que menudo noche he pasado dándole vueltas a todo —Delicao se levantó un

poco las lentes para frotarse los ojos—. Me imagino que no ha habido nada digno de mención, ¿no?

—Que yo sepa nada, no. Y recuerda, amigo, como diría el gran Iron Man “nosotros creamos a nuestros propios demonios”.

—Ya, ya... No sé yo si en eso tiene razón...

Aún no había llegado la brigada Basurto, ni tampoco González. No tenía por donde avanzar y era temprano para llamar a ningún lado, de modo que, después de pararse en seco unos segundos mientras su cerebro establecía las reflexiones anteriores, dio media vuelta rumbo a la calle.

—¡Eh, chaval! ¡Pero si acabas de llegar! —Le espetó Rodrigo entre risas, pero Raúl ni le escuchó.

Casi una hora más tarde, tras realizar varios transbordos en el Metro, Delicao observaba la fachada del Monasterio de las Descalzas ensimismado, sin moverse apenas. Parecía uno de aquellos artistas que simulan ser estatuas y solo se mueven cuando se les echa una moneda. Al cabo de unos segundos salió de aquel trance y decidió bordear todo el perímetro. Ya no había cordón policial y los pocos transeúntes y turistas que había a aquellas horas pasaban a su lado sonrientes, sacando fotos del monumento y haciéndose *selfies*.

Tenía que haber algo en aquel lugar, alguna pista. Volvió al inicio y miró de nuevo entre los arbustos donde había aparecido el cadáver el día anterior. Se puso un guante de látex y removió la tierra con la esperanza de encontrar algo. Quizás un trozo de uña, un pelo, cualquier cosa, aunque bien sabía que sus compañeros habían peinado la zona de manera exhaustiva.

Se quedó mirando a la gente pasar con la mente en blanco, con la esperanza de que así le viniera quizás alguna idea brillante, y entonces la vió.

Clementine, la indigente que encontró el móvil, salía del mismo bar donde él le había comprado el café con licor el día anterior. Iba hablando consigo misma, abstraída, cabizbaja. Aun así Delicao pensó que valdría la pena tratar de hablar con ella de nuevo. Quizás recordara algo hoy y, si no, no perdería más que algo de tiempo.

—Buenos días, Clementine. Es usted madrugadora. —la mujer frenó en seco, giró despacio y clavó su mirada en el cabo con gesto extraño. Pudo entonces observar Delicao que seguía llevando múltiples capas de ropa vieja y sucia, pese al calor que aún hacía aquellos días. Además, el hedor que desprendía era todavía más intenso que el del día anterior—. Querría charlar con usted un poco si no le importa. ¿Se acuerda de mí? Hablamos ayer.

—Ahora no puedo, estoy muy ocupada —respondió la mujer recolocando los brazos, que parecía llevar cruzados debajo de una especie de capa color pardo.

—No llevará mucho tiempo.

—¡No grite! —respondió ella casi susurrando.

Fue entonces cuando el cabo se dio cuenta de que aquella mujer escondía algo. No se tapaba a sí misma con la capa, sino que llevaba algo entre sus brazos. Trató de acercarse despacio, para no asustarla, pero ella dio un par de pasos atrás.

—Aléjese que está usted siendo entrometido y chillón y me la va a despertar.

—¿Cómo dice?

—Mi niña, que le ha costado mucho dormirse y por fin lo ha conseguido. Necesita descansar —y Clementine abrió un poquito la capa con una gran sonrisa y le mostró un cuerpecito mínimo de bebé envuelto en una mantita rosa.

Cuando Basurto llegó al centro de la ciudad, encontró a Delicao más pálido de lo habitual sentado en un banco.

—¿Dónde está?

—Está ahí con ella. Está sentada en la misma esquina que ayer. Le he dicho que le dejaba que la niña durmiera tranquila, que iba a por un café cargado de esos que le gustan y volvía.

—Has hecho bien, cabo. No te preocupes.

—La ví hablando sola, o eso creía yo, pero resulta que hablaba con el cadáver, lo ha estado acunando, tapando —Raúl se giró de golpe y vomitó en el suelo. Entonces Bárbara pudo ver que no era la primera vez que lo hacía desde que se había sentado a esperarla.

—Anda, entra al bar, pídete una infusión y déjame a mí. El juez está de camino, y también el equipo forense. Has hecho un buen trabajo.

Basurto le acompañó al bar, le pidió una infusión y también un café con un chorro de licor para llevarle a Clementine, y salió apresurada con el vaso de cartón en la mano.

—Clementine, ¿cómo está usted hoy? Le traigo otro café con licor. ¿Se acuerda de mí? — Bárbara hablaba bajito, porque Delicao ya le había comentado que así era como la mujer lo prefería.

—No me viene a ver nadie nunca y desde ayer no paran ustedes de molestarme —respondió la indigente con tono arisco, levantando la vista y estirando el brazo para coger la bebida. A continuación se puso a tararear una especie de nana mientras acunaba el pequeño cuerpo que tenía entre los brazos y que Bárbara tan solo intuía porque permanecía bien cubierto por las múltiples capas de ropa de la mujer.

—No me había dicho que tenía un bebé.

—Es que la había perdido. La tuve hace años, pero no pude cuidarla. Y ahora ha vuelto, porque ahora ya sí puedo.

Bárbara miró alrededor y vio que ya llegaba el equipo forense.

—Clementine, ¿qué te parecería si unos amigos míos que son médicos le echan un vistazo para ver que todo esté bien?

—Ni de broma —respondió ella apretando el cuerpecito contra su pecho—. Yo no me fío ya de nadie.

—Pero tú sabrás que a los bebés hay que llevarlos al pediatra para pesarlos, vacunarlos y todas esas cosas —Bárbara decidió comenzar a tutearla con la esperanza de así parecer más cercana.

—Yo no tengo dinero para eso. Y además, por fin está dormida, no quiero despertarla.

Basurto sacó unos billetes de su bolso y se los tendió.

—Mira, yo tengo dinero. Será solo un ratito y te prometo que vamos a tener cuidado para que no despierte.

—¿Y yo qué hago mientras tanto? —por fin aquella mujer comenzaba a ablandarse.

—Pues podrías ir con alguno de mis compañeros a un sitio donde te den ropa nueva, donde podrías ducharte. ¿Qué te parece? —Clementine miró a Bárbara con gesto extraño, como sopesando lo que aquella mujer esbelta con el pelo recogido en un moño tirante le proponía.

—Con una condición. Lleva tú a mi bebé a que le vean esos médicos amigos tuyos mientras yo me pongo guapa de nuevo —entonces abrió la capa color pardo y Bárbara pudo ver el cadáver completo, envuelto en una mantita rosa muy similar a las azules en las que estaban arropados los bebés encontrados hasta entonces, y percibir con mayor claridad el hedor a putrefacción que desprendía. Clementine le tendió el cuerpo—. Hale, mujer, no te quedes ahí mirando. Cógela, que como se despierte ya verás lo que llora, que no para —Bárbara tomó el cuerpo en sus manos tratando por todos los medios que su expresión no reflejara la angustia que aquel gesto le estaba produciendo. Se le había helado la sangre, pero continuó sonriendo y, en cuanto dio media vuelta, caminó deprisa hacia sus compañeros, que en aquellos momentos terminaban de acordonar la zona de nuevo.

Ya junto a Delicao, que por fin había logrado recomponerse algo, ambos observaron cómo se llevaban el cadáver y a la mujer.

—Pobrecilla, realmente pensaba que ese bebé era suyo —susurró el cabo con pena.

—Ya... —asintió Bárbara y, tras unos segundos de silencio, volvió a centrarse en el caso— He pedido a los compañeros que revisen bien sus bolsas y pertenencias y que le pregunten dónde y cómo encontró el cuerpo. Debemos comprobar si este también tenía una corona de flores a su alrededor y un zapatito o similar, y asegurarnos de que el *modus operandi* ha sido idéntico.

—Me temo que sí, mi brigada, salvo por el hecho de que este bebé estaba envuelto en una mantita rosa, probablemente por ser niña.

—Eso he pensado yo también, sí. Volvamos a la Unidad y, de camino, voy a ir llamando a Arturo.

—Mi brigada, si no es mucho pedir, ¿podrías llamar también a González por ver si ha llegado el informe sobre el teléfono móvil encontrado?

—¿Impaciente, eh?

—Pues sí, la verdad —aseveró Delicao recolocándose las gafas y bajando la mirada.

LA VIDA EN DIEZ CENTÍMETROS



Se dirigieron a la mesa de González con prisas, casi sin saludar a los compañeros que se cruzaban, que les miraban atónitos.

—¿Dónde lo tienes? —emitió por todo saludo Basurto mientras Delicao asentía justo detrás de ella.

Nacho sonrió, esta vez sin suficiencia, sino más con ternura al ver la impaciencia casi infantil de la brigada y el cabo. Entonces cogió unos folios de su mesa y los agitó ligeramente en el aire.

—Aquí están —Bárbara prácticamente se avalanzó a cogérselos de la mano, pero González hizo un rápido movimiento de muñeca impidiéndolo—. Me lo he revisado todo y ahora podréis hacer lo mismo. Pero primero dejadme que comparta mis conclusiones, que llevo aquí un buen rato con ganas de hablar con alguien.

Basurto y Delicao asintieron y relajaron la postura ligeramente.

—La nueva víctima es Virginia Ridruejo. Cuarenta y tres años y vecina del barrio de Lavapiés. Es madre de cuatro hijos. El mayor tiene ya veinte años. Y, muy destacable, el marido tiene una orden de alejamiento por maltrato que ha violado más de una vez.

—Sin embargo dudo mucho que sea nuestro asesino —murmuró Raúl mientras apuntaba los datos que González les facilitaba en su pequeño cuaderno.

—Yo también, pero ya sabes que no podemos descartar nada —Nacho tomó aire—. No tenía muchos amigos en Facebook y la mayoría de noticias y publicaciones que compartía, tanto ahí como en Twitter, eran videos de animales graciosos, o de bebés haciendo cosas divertidas. Poco más. No seguía a ningún grupo raro, ni a nadie que no fuera de su entorno familiar o del colegio de los niños menores.

—¡Parece mentira la cantidad de información que esconden diez centímetros! —comentó Bárbara refiriéndose al teléfono móvil— Y, ¿con respecto a las llamadas recibidas o realizadas?

—Pues ahí viene lo más curioso. Las llamadas que recibió ayer eran de su madre, que fue alertada por una de las hijas de Virginia al ver que no había vuelto a casa la noche anterior. Ya la hemos contactado y vendrá para ser entrevistada. Hasta ahí, todo normal. Sin embargo, hace aproximadamente dos meses comenzó a llamar a este número de teléfono —González les mostró un número que había marcado con rotulador amarillo fluorescente y que se repetía continuamente—. Telefonaba mínimo una vez al día, a veces incluso más. Pero desde el quince de agosto no hay ni una sola llamada registrada al mismo.

—Extraño, desde luego. ¿Sabemos de quién es ese número?

—¡Lo sabemos! —El cabo mayor hizo una pausa un tanto dramática que a Basurto le impacientó aún más—. Es del Teléfono de la Ilusión.

—¿El de los suicidios? —Raúl preguntaba extrañado.

—Bueno, no es solo el teléfono de ayuda a la gente que piensa en suicidarse. Hacen mucho más. Puede llamar gente que simplemente se sienta sola, o que tenga algún problema que no se atreva a compartir con nadie de su entorno.

—Tiene sentido pensar que Virginia Ridruejo llamara para hablar sobre su reciente embarazo. La fecha de la primera llamada coincide con cuando ella probablemente se enteró de que esperaba un nuevo hijo.

—¿Quiere eso decir que quizás no lo quería? Porque eso cambia el perfil de las víctimas. Quizás ninguna de ellas querían el hijo que esperaban.

—Buen punto, cabo, si bien Antonia sí parecía contenta de estar en estado, ¿no? Al menos así lo dedujimos de las entrevistas con su marido, que en todo momento hablaba de la buena racha por la que estaban pasando ahora que por fin habían conseguido quedarse embarazados.

—Quizás ella no lo contó todo.

Tal y como todos esperaban, aquel teléfono móvil les había regalado un nuevo hilo del que tirar. Basurto repartió instrucciones. González iría a hablar de nuevo con Felipe Ramírez, el marido de Antonia, la primera víctima encontrada, para averiguar si en los últimos tiempos ella tuvo sentimientos encontrados con respecto a la maternidad. Delicao contactaría con el Teléfono de la Ilusión para ver si podían facilitar alguna información útil sobre las llamadas que realizaba Virginia, aunque bien sabían todos ellos que, sin una orden judicial, sería difícil. Y ella haría una visita a la familia de la nueva víctima, incluido el exmarido.

Recibidas las órdenes, se despidieron con la promesa de mantenerse informados si había novedades.

Nacho fue el primero en salir de la UCO. Marcó el número de Felipe Ramírez mientras se montaba en su Ford Focus. Como era de esperar, no hubo respuesta. Aquel hombre realmente estaba desolado por la muerte de su mujer. No parecía levantar cabeza ni querer hacerlo. Cada uno necesitaba sobrellevar el duelo a su manera, pero la situación de Felipe resultaba preocupante.

Justo antes del mediodía, el cabo mayor llamaba el telefonillo del 4B de la calle de la Violeta número 45. Nadie contestó. Tocó de nuevo transcurridos de unos segundos, esta vez con mayor insistencia.

Mientras esperaba una respuesta, vio llegar a una señora que rondaría los cincuenta años, con ritmo exageradamente ágil al caminar y que portaba un carrito de la compra del que asomaban ramas de apio, puerros y otras hortalizas. Caminaba hacia él sonriendo.

—¡Buenas tardes! —saludó risueña. González le hizo un gesto de cabeza y le devolvió el saludo sorprendido observando la estatura de la mujer, que casi le hacía a él parecer bajito y no lo era precisamente— Si quiere puede usted entrar conmigo, que vivo aquí mismo —continuó la vecina retirándose las gafas de sol y mostrando unos preciosos ojos azules de un color tan intenso que a Nacho casi le hicieron ruborizarse.

—Se lo agradezco, señora. Voy a visitar al propietario del 4B. No sabrá usted si está en casa.

—Ese pobre diablo... Desde lo de Antonia la verdad que no levanta cabeza. Le vienen a

visitar familiares de vez en cuando. Tiene una hermana creo, que le trae algunas comidas, ventila la casa y esas cosas —estaba claro que la vecina no tenía pelos en la lengua, de modo que González decidió aprovechar el encuentro para tratar de favorecer el caso.

—¿Les conocía usted mucho?

—Bueno, lo justo. Éramos vecinos en definitiva. Yo vivo en el edificio desde hace unos años, aunque paso muchas temporadas fuera porque lo que me gusta es viajar.

—Y no sabría usted decirme si se peleaban, o si tenían amistades que a usted le extrañaran. No sé, cualquier cosa que le llamara la atención.

—Que yo sepa pelearse no, y tampoco eran muy de invitar amigos. Ella marchaba temprano a trabajar. El algo más tarde. Ella solía regresar pronto, pero él muchos días no volvía hasta casi entrada la noche —para no conocerles mucho aquella mujer se sabía bien sus rutinas, pensó Nacho casi divertido.

—Bueno, le agradezco la información.

—No hay de que joven. ¿Y no querrá usted entrar a tomar una infusión o algo?

—No, muchas gracias. Debo cumplir con mi deber.

—Claro, claro... —contestó la vecina mientras se apeaba del ascensor en la planta tercera con su carro de la compra lleno de hortalizas.

González subió aún una planta más. Se plantó frente a la puerta del piso 4B y tocó el timbre, aunque pronto comprobó que la puerta no estaba cerrada del todo. Bárbara ya le había contado que cuando ella y Delicao visitaron a Ramírez, se encontraron la puerta del mismo modo, así que se limitó a empujarla delicadamente y saludar mientras entraba en la casa.

—Señor Ramírez, buenas tardes... Señor Ramírez, soy el cabo mayor González. Hablé con usted por teléfono hace algunos meses —no había respuesta alguna. Caminé despacio hasta llegar a la sala de estar, donde encontró al marido de Antonia tirado en el sofá rodeado de latas vacías de cerveza y algunas bolsas de patatas fritas. La escena era lamentable. Poco quedaba del adonis que conocieron justo antes de verano, cuando apareció el cadáver de su mujer en el Arroyo de la Vega. Ahora aquel hombre parecía un muñeco roto, sin rastro del joven vital que probablemente algún día fue—. Señor Ramírez, estoy aquí para hacerle algunas preguntas.

—Preguntas... Preguntas... Ustedes hacen muchas preguntas pero no proporcionan ninguna respuesta, ¿verdad? —Felipe Ramírez hablaba por fin, aunque pesadamente y con la boca pastosa.

—Señor Ramírez, entiendo su frustración pero créame que hacemos todo lo que podemos por encontrar a la persona responsable, no solo del asesinato de su mujer, sino de otras mujeres.

—Y, ¿cómo están los otros maridos? ¿Soy yo el único que ha perdido a la mujer pero ha ganado tripa? —y soltó una carcajada patética que a González le produjo un escalofrío.

—Verá, necesitaría saber, aunque soy consciente de que todo esto ya se lo hemos preguntado antes, si en los últimos tiempos Antonia y usted discutían más que de costumbre, o si notó algún cambio en ella.

—Aparte del cambio evidente de la tripa que iba creciendo, pues no, mire usted —el hombre se había ahora incorporado y permanecía de pie frente a González.

—Siéntese si quiere —le invitó el cabo mayor al notar que su interlocutor se balanceaba de un lado a otro.

—No quiero, no. Estoy en mi casa y hago lo que me da la gana —rebuscó entre las latas de cerveza que había sobre la mesita del salón, agitándolas ligeramente. Cuando encontró una que parecía aún contener líquido ámbar, dio un sorbo—. Y pelearnos, pues tampoco. Nosotros no nos

peleábamos. Tensión pudo haber por el estrés de los tratamientos, pero todo eso ya había pasado. Ahora solo esperábamos impacientes la llegada de nuestro bebé y, como he repetido muchas veces, estábamos en el mejor momento —Felipe Ramírez debió notar que se tambaleaba más de la cuenta y se dejó caer pesadamente en el sofá.

—¿Qué tratamientos, señor Ramírez?

—¿Qué?

—Ha hablado usted de que durante los tratamientos sí hubo más tensión en su relación, ¿podría decirme de qué tratamientos está hablando?

—¡Pues de los tratamientos de fertilidad! ¡¿De qué demonios iba a estar hablando sino?!

González consiguió que aquel marido devastado le contara someramente cómo Antonia y él habían pasado varios años intentando tener descendencia. Por fin, decidieron recurrir a la ayuda de una clínica de fertilidad y, tras dos intentos fallidos, su sueño de ser padres comenzaba a materializarse. El camino no había sido fácil, aunque había merecido la pena. Sin embargo todo se fue al traste cuando alguien decidió arrebatarse a su mujer y a su futuro hijo.

Nacho charló con Felipe un poco más, ahora ya de cosas que no afectaban necesariamente al caso. Se interesó por él. Le preguntó por la ayuda y apoyo que recibía, y trajo una bolsa de basura de la cocina donde fue tirando toda la porquería que se acumulaba en el salón, bajo la perpleja mirada del hombre.

—Felipe, si me permite un consejo, dese una ducha, póngase una música que le pueda animar y comience paso a paso. A mí me gusta El Kanka, puede empezar por ahí —el hombre no contestó, pero pareció sopesar la propuesta—. Ah, y por favor —continuó González ya camino de la puerta principal—, cierre usted la puerta de casa, que cualquier día tiene un susto.

Tras esa última frase abandonó aquella casa y el edificio y se montó en su coche. Necesitó un par de minutos para recuperar el buen ánimo que le caracterizaba. Después, se aplicó lo que le había sugerido al marido de Antonia, encendió la radio y conectó su teléfono móvil dejando que *Tienes que saltar* de El Kanka lo inundara todo.

BASURTO



Bárbara fue la última en dejar el edificio. Primero quiso saber un poco más sobre la nueva víctima, de modo que volvió a estudiar con calma el informe sobre el contenido del teléfono móvil y navegó por distintas redes sociales para hacerse una mejor idea de quién era Virginia Ridruejo.

Nada le llamó la atención. Parecía una mujer normal, ama de casa dedicada a sus hijos en cuerpo y alma.

Cuando hubo terminado, llamó por teléfono a su casa, pero nadie respondió. Buscó entonces en la base de datos y anotó la dirección de la vivienda de la víctima en un *post-it*: calle de la Cabeza número 43. Era casi la una del mediodía. Posiblemente no hubiera nadie en la casa a aquella hora, pero debía intentarlo.

La calle de la Cabeza no quedaba lejos de la parada de Metro de Tirso de Molina, de modo que decidió hacer uso del subterráneo para evitar la tediosa tarea de encontrar aparcamiento en aquella zona. Al salir de la estación se quedó parada unos segundos para ubicarse y aprovechó para observar esa parte de la ciudad que siempre le había gustado tanto.

De pronto recordó cuando Nacho y ella comenzaron a salir varios años atrás. El acababa de llegar de Córdoba, ciudad en la que había crecido. Entablaron amistad casi desde el primer día, por alguna razón. Era divertido, informal y algo despistado, aunque nunca para cosas importantes. Y todo ello encandiló a Bárbara, que tendía a tomarse casi todo mucho más en serio.

Una tarde de verano en que paseaban por aquellas mismas calles del centro de la capital, él comenzó a hacerle preguntas sobre los edificios, los nombres de las plazas y las vías.

—No tengo ni idea, Nacho. ¿Pensabas que era guía turística? —le respondió ella con guasa.

—En absoluto, pero pensaba que conocías tu ciudad. ¿No me dijiste que naciste aquí? Cuando vengas a Córdoba pregúntame lo que quieras, que ya verás.

Entonces ella le propuso regalarle una visita turística por Madrid a manos de un guía experimentado para resarcirle. Reservó esa misma noche y el sábado siguiente lo pasaron recorriendo calles de Madrid con un grupo de ancianos del Imsero que venían de Logroño. Resultó un día de lo más divertido.

La historia de la calle de la Cabeza era una de las que aún recordaba por ser especialmente grotesca. Contaba la leyenda que en aquella calle vivía un cura con su criado. Este último degolló a su jefe para robarle todas su riquezas y huyó de la ciudad. Años después regresó a Madrid y compró una cabeza de cordero en el mercado para cocinarla. De camino a su morada, la sangre

que goteaba de la caja en la que transportaba la cabeza llamó la atención de un alguacil, que le pidió que le mostrara el contenido. Al abrirla, el antiguo sirviente observó espantado la cabeza del cura. Fue condenado a morir en la horca y, según les contó el guía, la leyenda decía que la cabeza pronto volvió a transformarse en la de un cordero.

Cuando la brigada Basurto quiso darse cuenta, estaba ya frente al edificio que buscaba. La fachada lucía un tono teja que caracterizaba a muchas de las casas de aquel barrio. Recordó entonces alguno de los comentarios de Nacho años atrás, mientras paseaban por ese mismo lugar.

—Yo me esperaba que en Madrid todo fuera grande, pero veo que al final va a ser verdad que esconde un pueblo.

En eso se mostraron los dos de acuerdo.

Bárbara miró de nuevo el *post-it* donde había apuntado la dirección exacta. La vivienda de Virginia se encontraba en la primera planta. Instintivamente elevó la mirada cubriéndose los ojos del sol con la mano. La casa tenía solo tres pisos y todo parecía tranquilo. Llamó al telefonillo correspondiente, pero nadie contestó. Tras intentarlo de nuevo, llamó al resto de timbres hasta que por fin alguien le abrió sin ni siquiera preguntar quién era. “Habrán creído que soy el cartero”, pensó recordando como ella misma a menudo abría la puerta principal de su edificio sin saludar siquiera.

Frente a ella encontró una escalera angosta de madera. El vestíbulo era tan pequeño que, aparte de unos buzones que colgaban de la pared izquierda, no había espacio para mucho más.

Comenzó a subir las escaleras, que crujían a cada pisada. Al llegar a la planta primera vio una única puerta de acceso a una vivienda. Antes de llamar al timbre, se fijó en que al fondo del pasillo había una ventana. Alguien debía haberla cerrado mal y, pese a que no era un día con mucho viento, alguna corriente hacía que el marco de la hoja golpeará rítmicamente.

A Bárbara, aparte de conocer el funcionamiento de las cosas, le gustaba también arreglar objetos y, por otro lado, tenía casi una manía que le obligaba a colocar cualquier cosa que no estuviera en su lugar o como debiera, de modo que se acercó a la ventana del pasillo para cerrarla. Antes de hacerlo se asomó y observó que daba a un patio interior bastante amplio, ya que el edificio de la calle de la Cabeza número 43 lo compartía con los demás inmuebles de la manzana.

Justo en ese momento algo llamó su atención. De entre las sábanas y ropa tendida surgió una figura que miró hacia la ventana antes de correr hacia el fondo del patio, donde Basurto pudo distinguir una verja que comunicaba con otra calle.

Sin pensarlo, se encaramó a la ventana mientras se colocaba el bolso de modo que le cruzara por el pecho y entonces, Bárbara saltó. Durante los entrenamientos en la academia había aprendido a precipitarse desde diversas alturas y, sobre todo, a caer correctamente para no hacerse más daño del debido. Tuvo la suerte de arrastrar varias sábanas de la planta baja, que tocaron el suelo inmediatamente antes que su cuerpo, amortiguando algo el golpe. Sin tiempo para

pararse a pensar si se había hecho daño o no, comenzó a correr hacia la figura, que ahora pudo ver claramente que era la de un hombre, que había parado unos segundos casi hipnotizado al observar cómo aquella mujer vestida de uniforme se lanzaba al vacío sin pensar. Tras unos segundos, él también reaccionó, justo cuando Basurto tocaba el suelo, y comenzó a correr de nuevo. Cuando por fin llegó a la verja metálica, la sacudió con fuerza mientras miraba hacia atrás, tratando de abrirla. Al comprobar que aquello no funcionaba, se encaramó como pudo para tratar de saltarla.

La brigada consiguió desenfundar su pistola mientras corría y, justo cuando el hombre estaba a punto de coronar la verja, le agarró de la pernera del pantalón y tiró de él con fuerza. El individuo cayó al suelo e inmediatamente mostró las palmas de las manos en señal de rendición.

—¿Dónde iba usted con tanta prisa? —preguntó Basurto con la respiración agitada mientras le obligaba a ponerse de pie, aún apuntándole con su arma.

—Yo... Nada, que me he dejado las llaves y quería entrar por la ventana... —el hombre miraba alternativamente a Bárbara y al suelo. Vestía un mono azul de trabajo con manchas de grasa. Probablemente trabajara en algún taller.

—¿Y no podía usted llamar por teléfono a nadie para que le abriera?

—Vivo solo.

—Ya... Por favor, muéstreme su documentación.

—De verdad que no es necesario, si esto no ha sido nada. Es que al ver el uniforme me he asustado y, yo que sé, que me ha dado por correr. ¡Menuda tontería!

—La documentación —la brigada no estaba para bromas. Aquel tipo le estaba haciendo perder el tiempo.

El hombre bajó las manos despacio, señalándose con una de ellas el bolsillo del mono. Bárbara asintió, pero no dejó de apuntarle. Mientras él rebuscaba en su cartera, ella pudo observarle más detenidamente. Rondaba los cuarenta, aunque aparentaba más edad, quizás por la incipiente calvicie que trataba de disimular cruzándose los mechones de pelo de un lado al otro de la cabeza. Además, tenía un aspecto bastante desaliñado, y no por llevar el mono de trabajo, sino porque era evidente que llevaba varios días sin afeitarse y probablemente sin ducharse.

Por fin, el hombre le tendió el DNI: Aquilino Sindulfo.

—¿Por qué será que no me sorprende? —comentó Basurto en alto. Aquilino cambió el gesto rápido y comenzó a inventar excusas con un tono de voz tan patético como implorante.

—Yo... No sabía nada de ella desde hacía unos días y, bueno, quería solo comprobar que estaba bien. Ya sé que no tenía que haber venido, pero es que he cambiado, voy a ser mejor.

—Señor Sindulfo, se va a venir usted conmigo. No solo ha violado usted la orden de alejamiento impuesta, y me parece que esta es ya la tercera vez, sino que además me tiene que explicar varias cosas.

Aquilino Sindulfo, el marido de Virginia Ridruejo, se terminó de desinflar. Bárbara conocía a los de su especie, muy hombres de cara al tendido, pero auténticos cobardes en cuanto las cosas se ponían feas. El no era la persona que andaban buscando, pero interrogarle no estaba de más. Puesto que le gustaba tanto interesarse por su ex mujer, quizás supiera algo de su asesino aún sin ser consciente de ello. Tal vez le viera a ella con algún otro hombre o quizás vio demasiadas

llamadas a un mismo número desde el teléfono de Virginia, porque seguro que aquel tipo le controlaba hasta el móvil.

Tras el interrogatorio, contactaría con la policía local para ponerles al tanto de la nueva violación de la orden de alejamiento y que obraran según protocolo.

DELICAO



A Raúl le correspondía, por órdenes de Bárbara, hacer una visita a la sede del Teléfono de la Ilusión para tratar de averiguar qué compartió Virginia en sus múltiples llamadas y, además, tratar de dilucidar por qué dejó de llamar de la noche a la mañana.

Buscó la dirección en su teléfono móvil. No estaba lejos de la Unidad, de modo que decidió ir caminando. Se ajustó las gafas, metió el papel con las llamadas realizadas desde el móvil de Virginia dentro de su cuaderno de notas y salió del edificio.

En poco más de veinte minutos se encontraba frente al inmueble que albergaba a aquella organización sin ánimo de lucro dedicada a paliar las penas y desesperanzas de los madrileños. Frente al mismo, un señor que a Raúl le pareció que debía estar ya jubilado o a punto barría los cuatro peldaños que daban acceso al portal.

—Buenos días —saludó el cabo.

—¿A qué se debe la visita de la benemérita? —dijo el hombre a modo de saludo apoyándose en la escoba.

—Nada por lo que deba preocuparse, señor. Solo vengo a hacer una visita al Teléfono de la Ilusión.

—Hasta los picoletos necesitan ilusionarse —murmuró el hombre.

—¿Cómo dice?

—Nada, joven. Que entre usted. Es la primera puerta a la derecha —el hombre volvió a su tarea mientras silbaba desafinadamente, y Delicao entró al edificio sin decir nada más para no importunarle.

Las entrevistas no eran su fuerte, y no porque no supiera qué preguntar, sino por la extrema timidez, que le hacía parecer inseguro y hasta un poco lerdo sin serlo. Era cierto, sin embargo, que en las últimas semanas había tenido diversas ocasiones para practicar en la Unidad, y también había asistido a todos los interrogatorios posibles que realizaban sus compañeros. Además, la buena de Suárez practicaba a veces con él. Tenía una vena de actriz que a Raúl le hacía mucha gracia, e igual emulaba ser una pobre mujer desolada, que un asesino despiadado y malhablado. Pensó en lo que ella siempre le decía: “Niño, que todos somos de carne y hueso, nada más y nada menos”. Respiró hondo y empujó la puerta sobre la que un cartel escrito a mano rezaba “PASA SIN LLAMAR”.

Le sorprendió la recepción. No es que tuviera ninguna idea preconcebida pero, de algún modo, se esperaba algo más vistoso. Aquel piso tenía pinta de no haber recibido ni siquiera una capa de pintura en años. La misma regla se aplicaba a los suelos, que en su día debieron ser de

una madera más que bonita, pero que ahora se mostraba desgastada y sin brillo alguno. De frente, nada más entrar, había una pequeña mesa con una pantalla de ordenador y un teléfono. En la pared lucían diversos posters y panfletos que publicitaban el Teléfono de la Ilusión.

—Buenas tardes, ¿en qué puedo ayudarle? —de detrás de la pantalla asomó una cara sonriente.

—Buenas, estoy aquí por una investigación que estamos llevando a cabo. ¿Con quién podría hablar?

La mujer dueña de la voz y la sonrisa salió por fin de detrás de su mesa. Resultó ser una señora bastante mayor, para sorpresa de Raúl. Colocándose frente a él, le tendió la mano.

—Soy Olivia, una de las voluntarias. Puede hablar conmigo si quiere. Aquí no tenemos jerarquías. Todos ayudamos en todo. Hoy me ha tocado a mí hacer de recepcionista, mañana estará otro voluntario y así —y Olivia volvió a sonreír.

—Verá —comenzó Delicao a hablar antes de hacer una pausa para ajustarse las gafas y carraspear—. Estamos, como ya le he dicho, con un caso entre manos y hemos averiguado que en el teléfono móvil de una de las víctimas hay múltiples llamadas al número del Teléfono de la Ilusión. Nos gustaría saber si podrían colaborar con nosotros e indicarnos de qué habló con ustedes la persona que llamó.

—¿Le apetece tomar un café o un té? —respondió Olivia como si no hubiera oído nada de lo que el guardia civil acababa de exponerle.

—¿Perdón? —a él aquella propuesta le dejó un tanto descolocado, ahora que por fin había conseguido soltar la retahíla que llevaba preparada.

—Pienso que es mejor que nos sentemos y le explico cómo funciona nuestra organización y, bueno, yo me tomaría un té, así que le ofrezco a usted un café o un té también, si le apetece.

—Es muy amable, me encantaría tomar un té, sí.

Delicao siguió a la mujer por un angosto pasillo pintado igual que la recepción y con el mismo tipo de suelo. Pudo observar que a Olivia le costaba caminar, cojeaba ligeramente, aunque aquello no impedía que se moviera a buen ritmo.

—Pues aquí es —comentó la mujer invitándole a entrar en una cocina diminuta con una pequeña mesa con patas metálicas algo oxidadas y un tablero en un tono verde pálido lacado en la que apenas cabían dos sillas. Además, el ínfimo habitáculo constaba de una encimera donde se amontonaban dos fuegos de gas, una cafetera, un microondas y cajas metálicas de galletas, y una nevera que debía ser igual de vieja que el resto del mobiliario y la pintura de aquel lugar.

—¿No reciben ustedes donativos? —soltó Raúl de pronto, arrepintiéndose inmediatamente.

—Sí, alguno recibimos y también alguna ayuda, pero los destinamos a publicidad para que más gente conozca de nuestra existencia, y también a una cena anual que realizamos con todos los voluntarios a modo de agradecimiento por su labor y dedicación —Olivia puso en marcha la tetera—. Si lo pregunta usted por el estado de nuestras oficinas, lo cierto es que siempre suele llamar la atención a los nuevos, pero rápido se acostumbra uno y le coge hasta cariño a esta decoración tan decadente.

—¿Y no les resulta triste?

—Bueno, la alegría la aportamos nosotros cada día con las ganas de ayudar. ¿Quiere usted té

rojo, negro, verde, o quizás una manzanilla?

—Lo que tome usted está bien —Delicao decidió centrarse. Aquella conversación no estaba siendo demasiado profesional y se alegró de no tener testigos. Casi podía oír las risas que se hubiera echado González de haber estado presente—. Bueno, pues cuando usted quiera, Olivia, me encantará saber cómo funciona todo esto.

—Pues estupendo. Pero, antes de empezar, me encantaría saber su nombre —el cabo se ruborizó como tenía costumbre y notó que las orejas le ardían. Bajó la mirada hacia su cuaderno, que ya tenía abierto, se recolocó las gafas y consiguió responder:

—Cabo Delicao. Disculpe el despiste.

—Bonito apellido, aunque quizás un tanto paradójico dada su profesión —Olivia emitió aquel comentario sin acritud, con sinceridad, y rápidamente volvió al asunto que les había llevado hasta esa cocina—. Pues verás, cabo, lo cierto es que el Teléfono de la Ilusión funciona como funciona gracias a su anonimato. Los voluntarios somos todos anónimos y todos nos hacemos llamar Alex.

—Por la ambigüedad del nombre.

—¡Eso es! Alex puede ser femenino o masculino. Además, no podemos, ni debemos, compartir ningún dato personal, ni tan siquiera alguna experiencia que creamos puede ayudar a la persona que está al otro lado. Todo esto es para preservar nuestra intimidad y por seguridad, por supuesto.

—Suena complicado.

—En fin, parece más complicado de lo que es. Yo soy voluntaria desde hace doce años y le aseguro que se puede llegar a la gente solo sabiendo escuchar. Muchas de las personas que nos llaman sufren del peor mal de nuestro tiempo, el de la soledad, y lo único que necesitan es que alguien les escuche sin juzgarles.

—¿Registran ustedes las llamadas recibidas?

—Bueno, eso responde a la segunda parte del funcionamiento del servicio. Al igual que nosotros, los voluntarios, somos anónimos, las personas que nos llaman también lo son. Salvo que ellas decidan darnos su nombre o cualquier otro dato, nos quedaremos sin saberlo porque nunca preguntamos datos personales, salvo que atañan directamente al caso por el que llaman. Por ejemplo, si nos llama una mujer que está sufriendo abusos por parte de su marido, sería lógico preguntarle si tiene hijos, para saber qué tipo de ayuda ofrecerle.

—¿En qué sentido?

—Bueno, no solo escuchamos y tratamos de dar el apoyo psicológico que la llamada, con sus limitaciones, nos permite, sino que también proporcionamos contactos de utilidad. En el ejemplo que le he dado, a esa persona le daríamos el número y dirección de algún centro de acogida para mujeres maltratadas con niños pequeños.

Olivia hizo una pequeña pausa, se incorporó y tomó de la encimera una de las cajas metálicas de galletas.

—¿Quiere una galleta, cabo Delicao?

—No, no. Muchas gracias.

—Bueno, allá usted. Las hace una de nuestras voluntarias con semillas de amapola. Son deliciosas —Olivia mojó una galleta en su té—. Como le iba diciendo, grabar las conversaciones iría en contra de la política de nuestra organización, muy celosa con el respeto de la intimidad y el anonimato. Nosotros no juzgamos a ningún interlocutor y no volvemos a escuchar las llamadas. La

conversación dura lo que dura y eso es todo.

—Vaya, supongo que eso complica las cosas. Pero si, por ejemplo, como en el caso que me trae a mí aquí, alguien llama varias veces, ¿cómo identifican a esa persona? Porque imagino que para ella misma tener que contar toda la historia de nuevo, si el voluntario que le responde a la llamada es otro diferente, puede resultar tedioso y darle la sensación de que no ha evolucionado nada.

—Se sorprendería usted. Hay mucha gente que lo que necesita es poder repetir su historia. Hablamos con personas que llevan años llamando y siempre con la misma narrativa y, si tratas de preguntarles qué tal su día o si tienen alguna novedad, te responden brevemente para volver a su historia. Pero, en cualquier caso, los voluntarios nos reunimos semanalmente para compartir las llamadas que hemos recibido en los últimos días y comparar impresiones y así solemos identificar con relativa facilidad a aquellos que han recurrido a nuestros servicios varias veces. De este modo, si esa persona vuelve a telefonar, conocemos su historia y podremos demostrarlo, dándole mayor confianza para quizás contarnos un poquito más.

—De verdad, suena complicado.

—Créame cabo, lo es menos de lo que parece. Cuando uno quiere escuchar, todo se vuelve más sencillo.

Delicao aprovechó ese silencio para ordenar sus ideas mientras daba un sorbo al té, que estaba quedándose frío.

—Entonces, Olivia, si necesitáramos saber de qué trataban las conversaciones de una mujer que llamó a este número casi a diario entre el cinco de julio y el quince de agosto, lo más sencillo sería hablar con los voluntarios, imagino.

—No tenemos la costumbre de desvelar ese tipo de información, pero entiendo que este es un asunto serio. Lo que le propongo es que me deje que discuta esto con el comité, que se reúne esta misma tarde, y me pondré en contacto con usted para tratar de facilitarle el trabajo en la medida de lo posible.

—Se lo agradezco mucho. Tenemos por supuesto el registro de las llamadas, las horas específicas en que se realizaron y cuánto duró cada una.

—Eso será de gran ayuda para identificar a los voluntarios que hablaron con la persona a la que ustedes investigan.

Delicao iba a aclararle a Olivia que en realidad la persona que llamaba al Teléfono de la Ilusión había sido asesinada, pero decidió quedarse callado, agradecerle a la mujer su tiempo y salir del edificio, todo ello tras haberle proporcionado el número de la Unidad donde podría contactarle en cuanto obtuviera el veredicto del comité. Bien sabía que si aquel órgano se oponía a colaborar, tendrían que conseguir una orden judicial y eso llevaría más tiempo.

O MIA O DE NINGUNO



Delicao entró en la UCO distraído, leyendo sus notas y murmurando. Avanzaba taciturno, inmerso en sus cavilaciones, cuando Suárez se le acercó por detrás dándole tal susto que hasta pegó un pequeño salto que a ella le pareció graciosísimo:

—¡Joe, casi me matas del susto!

—Eso te pasa por ir distraído, que te llevo llamando un rato y no haces ni caso —respondió ella colocándose un mechón de pelo detrás de la oreja y aún sonriendo.

—Perdona, es que estoy dándole vueltas al caso que tenemos entre manos.

—Pues que sepas que Basurto y González están en la sala tres interrogando al ex marido de la última difunta, que parece ser que Bárbara se lo encontró corriendo por el patio interior del edificio donde ella vivía.

—¿Dónde vivía quién?

—¿Cómo que quién? —añadió Suárez con tono de exasperación— ¡Pues la difunta!

—Virginia Ridruejo...

—La misma. Anda, acércate y te unes al interrogatorio que la brigada me pidió que te lo comunicara en cuanto llegaras. Pero primero despéjate un poco, que no estás ni para tomar notas —y sin más Suárez le guiñó un ojo y dio media vuelta para incorporarse a su puesto.

La sala tres era la misma en la que tuvo lugar el primer interrogatorio que Delicao realizó con Basurto. Aunque aquello había ocurrido hacía tan solo unos meses, a él le parecía como si llevara trabajando allí toda una vida. Tocó la puerta suavemente con los nudillos y la abrió sin esperar respuesta. De espaldas a él estaban la brigada y González, que rápidamente se giraron y, tras asentir ella, el cabo mayor le cedió su silla. “Quédate tú. No tiene desperdicio” le susurró al oído antes de abandonar la sala y cerrar la puerta tras de él.

—¿Y este quién es? Si es que puedo preguntarlo...

—Por supuesto que puede, Señor Sindulfo. El cabo Delicao trabaja conmigo en las investigaciones sobre la muerte de su esposa o, mejor dicho, ex esposa.

—Siempre será mi mujer. O mía, o de ninguno.

—Entiende usted que son frases como estas las que no le ayudan en absoluto, imagino.

—Mire, yo ya le he explicado que siento haber intentado entrar en el apartamento. Sé que no debía, pero es que no puedo evitarlo. Yo la quiero, la quiero con pasión, y eso es lo que a veces me lleva a perder la cordura. Pero de ahí a haberla matado... Eso sí que no —y aquel hombre, que cambiaba de humor al menor descuido, se vino abajo de nuevo, como ya le ocurriera cuando Basurto le detuvo, y enterró la cabeza entre las manos.

—¿Nos disculpa un momento, señor Sindulfo? Si quiere le traigo un café o algo.

—Sí, gracias —consiguió responder entre sollozos.

Bárbara hizo un gesto a Raúl para que le acompañara. Ya fuera, de camino a la cocina, le fue informando.

—Ya te habrá dicho Suárez que me lo encontré huyendo de la vivienda de la víctima. De momento no ha dicho mucho, más que que la echaba de menos. Por supuesto le hemos tenido que decir que ha aparecido muerta y, de algún modo, ha recobrado cierta chulería con la noticia, aunque insiste en que él no ha sido y eso creo que está bastante claro. Un tipo como él no sería capaz de cometer un crimen premeditado como el que nos ocupa.

—¿Sabía que su ex estaba embarazada?

—No sé si lo sabía. Yo, desde luego, de momento no le he dicho nada. Por eso quería tenerte al tanto. Estoy a la espera de que desde la comisaría de Lavapiés me manden toda la información posible, porque por lo visto ella le denunciaba cada vez que él violaba la orden de alejamiento, como ya sabemos. González está en ello. Termina tú de preparar el café, si no te importa, y se lo vas llevando mientras yo compruebo si por fin ha llegado el informe, que pedí que lo tramitaran como urgente y me dijeron que lo tendría de inmediato.

—A la orden, mi brigada.

—Se me sigue haciendo raro tanto formalismo... —musitó Bárbara dirigiéndose hacia la mesa de Nacho.

Cuando Delicao entró en la sala de nuevo, Aquilino Sindulfo había recobrado la compostura mágicamente y exhibía la misma chulería que ya mostró cuando el cabo se incorporó al interrogatorio.

—Tenga, señor Sindulfo. ¿Quiere azúcar? —ofreció mostrándole unos sobrecitos.

El marido de la última víctima le arrebató el café de las manos sin ni siquiera agradecerle a Raúl la cortesía y, con gesto adusto, cogió también dos sobres de azúcar. Se tomó su tiempo en diluir su contenido en la bebida y dar un primer sorbo muy sonoro, cosa que a Delicao le puso bastante tenso, y es que siempre había tenido una cierta sensibilidad hacia los sonidos corporales que no conseguía controlar.

—¿Y tú no eres muy pipiolo para ser ya un tricornio? —sí, definitivamente aquel hombre había recuperado la chulería.

A punto estaba el cabo de responderle de manera un tanto agresiva, cosa poco habitual en él por otro lado, pero aquel tío realmente había conseguido tocarle la fibra, cuando Basurto se incorporó a la entrevista. Nada más verla entrar Delicao entendió que había novedades y no eran buenas. La mirada de su compañera se había vuelto sombría y su gesto emanaba una dureza que Raúl comenzaba ya a identificar como precursor de malas noticias.

—Bueno, señor Sindulfo, o mejor Aquilino. ¿Puedo llamarle así? —Bárbara no esperó a que el hombre respondiera— Me parece que puede usted ir cambiando el gesto. Acaba de llegarme un informe en el que leo que tiene usted dos causas pendientes por violación.

—¡Menuda tontería! ¿Por qué se cree que estoy en la calle entonces?

—Porque hay aspectos de nuestra justicia que aún deben mejorar.

—¡Todavía estamos casados! —vociferó el hombre. En ese instante Delicao miró a Basurto, que no le devolvió el gesto, pero que le pasó el informe con un movimiento rápido. Aquel hombre había sido denunciado en dos ocasiones por su mujer, Virginia Ridruejo, por violación.

—Entonces, cuénteme. Usted entraba por la ventana, violando su orden de alejamiento, y abusaba de su ex mujer. ¿Es eso? ¿Y luego salía de allí tan campante?

—Virginia ha sido mía desde que tenía dieciséis años. Con esa edad tuvo nuestro primer hijo. Y tendríamos nuestros desencuentros, pero yo sé que en el fondo ella me quería, aunque se hiciera la dura —a Bárbara le estaban entrando unas ganas irrefrenables de cruzarle la cara a aquel tipo.

—¿Todos los hijos que tuvieron fueron fruto de sus abusos?

—¡Ni de broma! —bramó Aquilino Sindulfo indignado— A mis hijos en esto no les meta, que no tienen nada que ver.

—Ya están metidos me temo, al menos uno de ellos, porque Virginia estaba embarazada de varios meses y me da, señor Sindulfo, que a juzgar por las fechas de las denuncias, el nuevo hijo que esperaba era suyo.

En ese momento se hizo un silencio absoluto, denso, oscuro, que solo se rompió cuando el detenido comenzó a chillar fuera de sí, para sorpresa de Basurto y Delicao. Seguía sentado, sin moverse, pero chillaba sin parar, hasta que González irrumpió en la sala y ayudó a llevárselo esposado.

Bárbara se notaba el corazón a mil. Tal reacción no se la esperaba. Aquel tipo estaba trastornado, de eso no cabía duda, además de cumplir con todos los atributos de un maltratador. Sin embargo, por otro lado, claramente se había desgarrado al conocer la noticia del hijo que esperaba Virginia y lamentaba la muerte de ambos. “La mente humana es definitivamente extraña. Somos seres bipolares. Todos”, pensó la brigada rumbo a la cocina.

Allí estaba ya el cabo preparándose una tila.

—Ponme otra, Raúl. Yo no soy muy de infusiones, ya lo sabes, pero me parece que hoy empiezo.

—Claro, mi brigada. Menuda entrevista...

—Pues todavía nos queda charlar con la madre de la víctima, que según me ha comentado González está citada dentro de una hora. Yo voy a salir a dar un paseo hasta entonces, que me ayuda a aclarar las ideas. Nos vemos aquí en tres cuartos de hora.

—Estupendo —confirmó él tendiéndole la taza con la tila. Ella la probó, hizo un gesto extraño y la dejó en la pila.

—Acabo de recordar por qué las infusiones no son lo mío. Hasta dentro de un rato.

Delicao salió de la cocina con su taza y buscó con la mirada a Suárez. Hablar con ella siempre le animaba. Era divertida y descarada, cualidades que a él le encantaría tener, pero que le resultaban imposibles de desarrollar. No parecía estar en la Unidad en esos momentos, de modo que decidió charlar con González, otra de aquellas personas que conseguían subirle la moral.

Nacho le vio llegar y se levantó de su asiento.

—¿Qué? Vaya tela, no.

—Pues sí. La brigada ha salido a dar un paseo.

—Suele hacer eso cuando necesita pensar, no te preocupes.

—Lo sé, lo sé. Es que ha sido una entrevista intensa, la verdad. Sigo sin acostumbrarme a según qué cosas. ¿Cómo puede un tipo violar a su ex mujer y pensar que está justificado?

—Si fuera solo uno, Raúl. El problema es que como él hay cientos. Pero cuéntame, ¿cómo te ha ido la visita al Teléfono de la Ilusión?

—¡Ah! Pues ha sido interesante, la verdad. La señora que me atendió me pareció bastante amable y creo que con un poco de suerte nos libramos de tener que pedir una orden de registro. El comité de la organización se reúne en breve y Olivia, que así se llama la voluntaria con la que hablé, va a mencionar mi visita para ver si podemos tener acceso a más información.

—Buen trabajo, cabo. Pues yo he visitado al marido de Antonia, la primera víctima encontrada, y el hombre va de mal en peor. Yo creo que está absolutamente alcoholizado. Sigue viviendo con la puerta entreabierta, está todo el día tirado en el sofá rodeado de porquería. Una lástima.

—¿Has sacado algo en claro?

—Bueno, por lo que me ha dicho no se peleaban habitualmente. Sin embargo, me ha comentado también un punto importante que hasta aquí no sabíamos; el bebé que esperaban fue fruto de un tratamiento de fertilidad.

—No veo la relevancia.

—Quizás no haya ninguna, pero lo he puesto en el informe, que nunca se sabe.

La entrevista a María Soledad Espinosa, la madre de Virginia Ridruejo, fue más bien breve y no aportó nada que no supieran ya. La mujer contó que a ella Aquilino nunca le había gustado. Su hija, como ella misma, pertenecía a una familia acomodada de las afueras de Madrid. Conoció a Aquilino una noche de juerga, con tan mala suerte de que a las pocas semanas de empezar a salir con él se quedó embarazada y, como además estaba loca de amor por él, decidió dejarlo todo y formar una familia.

María Soledad aseguraba no tener mala relación con Virginia, aunque no la veía tanto como le gustaría. Se había vuelto una mujer retraída, muy celosa de sus asuntos, que no le gustaba compartir. Por supuesto sí había comentado con su madre los maltratos que sufría por parte de Aquilino, y de hecho fue ella quien le animó a dejarle, ofreciéndole que se trasladara a su casa con los niños. Pero Virginia prefirió quedarse en su piso de Lavapiés, donde había vivido todos aquellos años.

La señora Espinosa tampoco tenía ni idea de que su hija estuviera embarazada.

—Es curioso —comentó Basurto cuando la mujer ya se hubo marchado—, dos de nuestras víctimas ocultaron el embarazo a sus seres más allegados. Imagino que Estíbaliz, la víctima de Toledo, por ser menor de edad y ser el padre aquel amigo de su padre, y Virginia por ser el hijo que esperaba fruto de la violación de su ex marido.

—Voy a hacer una nueva lista de similitudes y diferencias, mi brigada —aseveró Delicao abriendo su cuaderno de notas con entusiasmo.

—A alguien le tendrían que contar que estaban en estado, porque sino, ¿cómo sabía el asesino elegir a sus víctimas? —Bárbara pensaba ahora en alto y Raúl iba escribiendo— Salvo que ... Salvo que ...

—¿Qué, mi brigada?

—¿Y si la persona que asesinó a las tres mujeres es alguien de una clínica, o un laboratorio, y por eso sabía que las tres estaban embarazadas?

—Buen punto, mi brigada. Hay que ponerse a ello. Clínicas no creo, porque no me cuadra que Estíbaliz fuera a la misma que las víctimas de la Comunidad de Madrid.

—Tienes razón —respondió la brigada algo abatida—. Pensaba en alto, porque algo deben tener en común.

—Lo del laboratorio no es descabellado, quizás. Por intentarlo no perdemos nada.

—Lo veo poco probable, Delicao, pero bien, comprobemos por si acaso suena la flauta por ahí. ¿Qué te parece si le pides a Suárez que se encargue?

—Estupendo, mi brigada. Ahora mismo se lo digo.

AMOR DE MADRE



Notaba como poco a poco iba sanando su espíritu. También sanaban sus memorias, que se iban volviendo más puras, más limpias.

Ya iba quedando menos, pero tenía que tener paciencia. El proceso de preparación era fundamental. No podía cometer ni un solo fallo.

Se levantó de la cama, la hizo con cuidado, recolocando cada almohadón y asegurándose de que las sábanas quedaran perfectamente alisadas, e hizo lo que hacía cada nuevo día. Lo primera era comprobar que su edén permanecía intacto. Así le gustaba llamar a su invernadero, aquel que había montado con mimo en el único cuarto de baño de la vivienda. Ese era solo para su reina de las nieves, la más delicada de todas sus flores.

Recordaba el campo cercano a su casa donde crecían aquellas bellezas. Aquel campo al que huía cuando se le hacía insoportable estar en casa. El hogar debía ser un refugio, no un motivo de desasosiego, y menos durante la infancia. Aquello no estaba bien. Pero cuando corría a aquella explanada y se tumbaba sobre la hierba húmeda cuajada de aquellas florecillas azul intenso, se sentía como si ya estuviera en el cielo y los fantasmas desaparecían momentáneamente.

Se colocó el albornoz y abrió la puerta del baño con cuidado para evitar formar corrientes que pudieran alterar el perfecto ambiente que había conseguido desarrollar.

No se cansaba de admirar aquella explosión de azul cielo. Aquellas diminutas flores tan puras, tan etéreas, tan tímidas que hasta un día con nubes hacía que se cerraran para pasar desapercibidas. Por eso se encargaba de mimarlas, de proporcionarles la temperatura idónea y la luz adecuada para que estuvieran siempre listas, preparadas para cuando les tocara proporcionar ese trocito de cielo a un nuevo ser inocente que pagaba por los pecados de su madre. Aquel pensamiento le provocó un sentimiento de ira momentáneo que consiguió alejar tarareando una canción de cuna y acariciando suavemente los pétalos de las gentiana nivalis.

Comprobó que la humedad, el PH y la temperatura permanecían estables y después salió despacio cerrando la puerta tras de sí con delicadeza. Empezar así el día le brindaba optimismo y le hacía olvidar las miserias de este mundo.

Caminó despacio hacia la cocina. Era un habitáculo pequeño pero perfectamente ordenado. Junto a la ventana que daba al patio interior lucía una vieja alacena con puertas de celosía. Las abrió para tomar lo que buscaba. Los tarros, todos ellos de cristal con tapa de corcho, estaban ordenados por orden alfabético, perfectamente limpios, perfectamente translúcidos, para que fuera fácil ver su contenido pese a estar descrito en etiquetas escritas a mano con la mejor de las caligrafías.

En uno de los tarros de la primera balda había una mezcla de flores y hojas secas que había preparado con mimo y perfeccionado durante años. Fue justo la primavera pasada cuando consiguió la mezcla perfecta, y aquella fue la señal para comenzar lo que su alma le pedía a gritos desde hacía mucho, mucho tiempo. Debía cerrar el círculo, corregir el daño causado, para por fin recobrar la paz robada.

Encendió la tetera y, mientras el agua calentaba, entró en la habitación contigua. Le gustaba visitarla varias veces al día para recordarle el porqué de su misión. Aquel cuarto le parecía una suerte de bodegón inerte, congelado en el tiempo. La cunita de madera blanca, con su dosel a juego. La mecedora, también blanca, con cojines tejidos a mano. Se acercó a la cómoda del fondo de la habitación y abrió el primer cajón, aspirando a la vez con fuerza para captar la esencia que desprendían todas aquellas prendas diminutas. Cada vez quedaban menos y dentro de poco no podría disfrutar de su olor, pero aquello significaría que había cumplido con su propósito.

El pitido de la tetera le sacó de su ensimismamiento. Dio una rápida mirada al móvil de cuna que pendía orgulloso en el centro de la habitación. Desentonaba por su estado pero debía permanecer ahí como recordatorio de quién era. Era una pequeña estructura de piezas de madera emulando niños montados en un balancín. Algún día tuvo colores vivos, pero aquellos habían ido desapareciendo con el tiempo. Cerró los ojos al tiempo que suspiró sonoramente y, por fin, salió de la habitación cerrando la puerta tras de sí.

Se preparó una tisana y, mientras la dejaba reposar, cortó un trozo de bizcocho de lavanda que había horneado la tarde anterior. Se sentó y, antes de comenzar a degustar aquel floral desayuno, se aseguró de colocar todo en su lugar. La taza en el ángulo perfecto, al igual que el plato. El trozo de bizcocho, en el centro del plato, lo cortó en tres rectángulos idénticos. La silla perfectamente alineada con la mesa y la servilleta doblada en tres antes de posarla sobre el regazo. El orden era fundamental, la estructura era clave. Sin ellos, nada funcionaba.

No debía permitirse más errores. El último había sido imperdonable y podría provocar el fracaso de toda la operación.

—Las palmas hacia arriba, las piernas estiradas, las palmas hacia arriba, las piernas estiradas, las palmas... —susurraba mientras comenzaba a balancearse en la silla. Poco a poco fue aumentando el tono de su voz, hasta que no pudo más y se levantó tan deprisa que casi tira la taza aún llena. Casi corrió a su habitación, se desnudó y sacó de debajo del colchón un trozo de cristal verdoso con forma triangular. Lo agarró con fuerza y giró el brazo hasta tocarse la espalda. Entonces respiró hondo y dejó que el vidrio penetrara en su carne despacio. Al notar la sangre tibia resbalando por su cuerpo, pudo por fin relajarse. Notó que las pulsaciones le disminuían y se dio una tregua. “La próxima vez no habrá errores”.

Fue al fregadero de la cocina a lavarse como hacía a diario. Debía comenzar su jornada. Preparó todo minuciosamente y salió de la casa rumbo a su nuevo destino.

DESENMARAÑANDO



Delicao y González coincidieron en la entrada aquella mañana.

—¿Te apuntas a la moda del madrugón? —saludó sonriente el cabo señalando su reloj Casio, que en aquellos momentos marcaba las siete y media.

—Bueno, tal y como están las cosas, me parece hasta necesario —a Nacho las mañanas no le sentaban tan bien como a sus compañeros, que parecían haber nacido para madrugar. Él era más bien nocturno. En torno a la medianoche era cuando más activo estaba y más alerta se sentía, pero los despertares se le hacían cuesta arriba y necesitaba varios minutos, a menudo horas, para recuperar las plenas facultades—. Voy a ponerme un espresso doble a ver si se me despierta la mitad del cerebro que aún sigue dormida, que sino poco voy a poder hacer por aquí tan temprano. ¿Quieres algo, Raúl?

—No, no, gracias. Hoy por fin me he acordado de traerme un tarrito de mi infusión preferida —Nacho le miró con un gesto extraño que a Raúl le pareció divertido.

De camino a su mesa pasó por la de Suárez con la esperanza de que estuviera ya en su puesto. Evidentemente no era así. Ella no entraba hasta las nueve y solía ser extremadamente puntual. Nunca llegaba tarde, pero tampoco ni un minuto antes.

—Buenos días, mi brigada —saludó entonces a Bárbara, que sí estaba ya plantada junto a la pantalla de su ordenador disfrutando de una ensalada de frutas que ella misma había traído en uno de aquellos *tuppers* que ya se habían convertido en una de sus señas de identidad.

—Cabo —saludó ella— buenos días. Estaba poniéndome al día con algunos papeleos y demás. Presiento que hoy va a ser un gran día. Tenemos pendientes varias líneas. A ver si por alguna sacamos algo en claro que nos permita seguir avanzando.

—¿Te dijo González que habló con el marido de Antonia Blásquez y su embarazo fue fruto de un tratamiento de fertilidad?

—Me lo comentó, sí —alargó un silencio mientras reflexionaba—. Puede ser relevante.

—Desde luego es algo a tener en cuenta. Yo me voy a preparar un mural al más puro estilo americano con fotos, información, similitudes y diferencias, que verlo me da a mí que nos va a ayudar a pensar.

—¿No te vale con el cuaderno de notas? —preguntó Bárbara en un tono jocoso cargado de buenas intenciones.

—Ríete de mi cuaderno, ríete, mi brigada. Pero ya lo agradecerás cuando llegue el momento.

Basurto vio como el cabo se alejaba para cumplir con su nueva y autoimpuesta misión y decidió visitar la cocina para ponerse un café bien cargado.

—Hombre, Nacho. ¿Qué tal ayer con Felipe Ramirez?

—Pues desalentador, la verdad. Ese hombre no levanta cabeza, es terrible. Hasta le recogí un poco el salón de la pena que me daba —se hizo un silencio mientras cada uno pensaba en la situación de aquel pobre hombre y, de algún modo, sin quererlo, se imaginaban a ellos mismos en aquella tesitura, solos, sin nadie, sin ilusión.

Por fin Bárbara retomó la palabra para romper aquel ambiente extraño que se había formado casi sin enterarse.

—¿Me dice Delicao que ella se quedó embarazada por tratamiento?

—Sí, sí. Por FIV para ser exactos. Que será igual un detalle nimio, pero a mí me da en la nariz que tiene su relevancia.

—Creo que tienes razón, Nacho —en ese momento sonó el móvil de la brigada—. Hombre, Arturito, buenos días... Sí... Claro... Vaya tela y nunca mejor dicho. Un abrazo.

—¿Qué pasa?

—Vente conmigo a buscar a Delicao y así os lo cuento a los dos a la vez.

Dejaron sus tazas en el pequeño fregadero y salieron de la cocina de manera apresurada; Ella porque no podía esperar a compartir su noticia, y él porque estaba impaciente por conocerla.

Encontraron al cabo pegando un enorme trozo de rollo de papel blanco en la pared, de aquel que usan los pintores y los obreros para cubrir los suelos cuando tiene que hacer algún trabajillo. Desde luego tenía sus recursos y había rebuscado por la Unidad, preguntado e indagado hasta encontrar aquel cilindro solitario que algún día alguna empresa de chapuzas olvidó en los sótanos del edificio.

—O sea que lo del mural al puro estilo yanqui iba en serio —le interrumpió Basurto.

—Y tan en serio, mi brigada. A estas alturas ya deberíais saber que yo bromeo más bien poco, aunque el humor me gusta ¿eh? No confundamos las cosas.

Bárbara les explicó entonces el motivo de la llamada de Arturo. Al parecer, al inspeccionar las bolsas de Clementine, la indigente que tenía el cuerpo sin vida del bebé que esperaba Virginia, los agentes encontraron una chaquetita de punto amarilla con pequeñas flores azules bordadas. La mujer explicó que estaba sobre la niña cuando la encontró y que le pareció buena idea quedársela para cuando comenzara el frío.

—Ha cambiado los zapatitos por una chaqueta... —murmuró Delicao mientras anotaba la información en su cuaderno.

—Arturo va ahora a comprobar si hubiera alguna huella, pelo o cualquier cosa que nos pueda aportar más información, aunque mucho me temo que no será así, como no lo fue con las prendas anteriores. Por otro lado, me confirma que efectivamente en este caso era una niña.

—Por eso iba envuelta en una manta rosa... —apuntó Delicao.

—Por eso...

—¿Por qué hace esto? —interrumpió González— ¿Por qué deja trofeos en lugar de llevárselos? Normalmente este tipo de asesinos tiende a quedarse algo de sus víctimas, ¿no? Pero el nuestro parece que las deja con regalos. Es extraño.

—Está deshaciéndose de algo. Como bien dijiste tú, Nacho, el asesino tiene sus motivos. Piensa que lo que hace está justificado, que debe hacerse. Se está deshaciendo de esas prendas...

—Entonces quizás la clave aquí no sean las mujeres, sino sus hijos —apuntó Raúl.

Después de aquella conversación, Basurto volvió a su mesa a esperar el informe de Arturo y terminar lo que había comenzado antes de recibir la llamada del forense. Delicao, por su parte, contó con el apoyo del cabo mayor para pegar el enorme mural en la pared con ayuda de pequeñas bolitas de *Blu-Tak*. Cuando estuvo preparado, sacó lápices de colores bajo la atónita mirada de su ayudante temporal: “Es por si tengo que borrar, Nacho”, argumentó con tono de poca paciencia al ver la cara que ponía su compañero, que respondió levantando las manos a modo de disculpa y dándose la vuelta para regresar a su puesto con una gran sonrisa en la cara.

Fue anotando rigurosamente los puntos que le parecían más importantes:

- Mayo - Estíbaliz Guzmán Buendía - diecisiete años - Toledo - Violación - trompetas de ángel - niño (20 semanas).
- Junio - Antonia Blásquez - treinta y cuatro años - Alcobendas - FIV (y se aseguró de resaltarlo dibujándole un círculo rojo alrededor - cianuro (albaricoque) - niño (20 semanas).
- Septiembre - Virginia Ridruejo - cuarenta y tres años - Lavapiés - violación marido?? (aquí Delicao puso símbolos de interrogación, porque todavía esperaban que se confirmara si Aquilino Sindulfo era el padre del bebé de la tercera víctima, aunque todo apuntaba a ello) - mandrágora - niña (20 semanas).

A continuación, el cabo abrió una carpeta azul que tenía sobre su mesa y fue pegando fotos de cada una de las víctimas y de sus hijos, así como de las prendas que habían aparecido junto a ellos, las flores y cualquier otro detalle que resultara relevante, si bien era cierto que las escenas de los crímenes las encontraban siempre limpias de posibles pistas.

—¡Vaya, vaya! Y yo que no sabía que tú tenías vena de artista, Raulito —la voz cantarina de Suárez, con su acento del sur, hizo que Delicao diera un respingo y se le cayera una de las fotos al suelo.

—Buenos días —contestó dándose la vuelta y colocándose las gafas—. Es para ver mejor las cosas.

—Claro, hombre, cada uno tiene que hacer las cosas como mejor las vea —Suárez le guiñó un ojo. Raúl se preguntaba si guiñaba los ojos a todo el mundo o si ese gesto se lo tenía reservado solo a él. La joven cabo le confundía, le turbaba y le provocaba una especie de neblina cerebral que jamás antes había sentido—. Bueno, pues que sepas que yo tengo noticias de eso que me preguntaste. Me rebusqué ayer todos los laboratorios que trabajan con muestras de la Comunidad de Madrid y de otras provincias. Solo encontré dos que curiosamente reciben y tratan también muestras de Toledo.

—¿Y?

—Pues ni Y ni A, que en ninguno de los dos tenían nada de las víctimas. Así que por ahí no podéis tirar, me temo.

—Vaya... Bueno, había que intentarlo. Gracias por tu ayuda.

—Me debes una caña —contestó Suárez muy seria, tanto que a Delicao le pilló desprevenido y se puso más colorado que de costumbre.

—¿Qué?

—Lo que has oído, no te hagas el remolón —y así, sin más, se marchó tarareando bajito alguna canción, dejando a Raúl casi congelado en la misma postura, aún colorado y ahora además con la boca abierta.

Cuando por fin hubo recobrado la compostura, se acercó hasta la mesa de la brigada para explicarle lo que Suárez acababa de transmitirle e invitarla a ver su mural. Ella, por otro lado, le comunicó que acababa de recibir noticias del laboratorio y, tal y como se imaginaban, Aquilino Sindulfo era el padre de la niña que Virginia Ridruejo esperaba.

—Hay que ser hijo de perra... —añadió Basurto en un tono casi inaudible.

Ya frente al mural de Raúl, este borró los símbolos de interrogación que había colocado junto a las palabras “violación marido”. En ese momento, se acercó González:

—¡Menudo artista está hecho el cabo! Y ahora hasta entiendo la decisión de usar lápices de colores.

—Tú sigue riéndote, Nacho, que a mí me da igual. Ya me copiarás el método, ya... —Raúl se hacía el ofendido, pero no lo estaba. Había aprendido a seguir el juego, porque además sabía bien que los comentarios de González iban con cariño.

Mientras ambos bromeaban, Bárbara se acercó al enorme trozo de papel y fue tocando distintas palabras con las yemas de los dedos, también algunas fotografías. La clave estaba ahí escrita, lo presentía. Estaban cada vez más cerca e iban por el buen camino, solo había que seguir avanzando. Sus pensamientos fueron interrumpidos por el timbre de un teléfono. Salió de la especie de trance en que estaba sumida para observar a Delicao atendiendo la llamada. Fue breve y, al colgar, exhibía una sonrisa triunfal en su rostro.

—Era Olivia, una de las voluntarias del Teléfono de la Ilusión. El comité accede a que asistamos a una de las reuniones que tienen los martes y que allí tratemos de averiguar quién o quiénes hablaron con Virginia. Con un poco de suerte a ellos les contó detalles de su vida que podrán ayudarnos.

—¡Joe, Delicao, menudas armas tienes que hasta nos has librado de tener que pedir orden judicial! —le felicitó González dándole un golpe cariñoso con el hombro.

—Buen trabajo, cabo —añadió satisfecha Basurto— Y, hablando de llamadas, deberíamos comparar los registros de los teléfonos de las tres víctimas. Es algo que hasta aquí no hemos hecho por no haber encontrado los aparatos de las dos primeras, pero sí podemos conseguir una orden para contactar con las compañías de móviles y que nos faciliten los últimos tres o cuatro meses de llamadas. Quizás ahí veamos alguna coincidencia.

—Buen punto, mi brigada. A eso le ha ayudado el mural al puro estilo yanqui, ¡que lo sé! —pero Bárbara no estaba para bromas en aquel momento. Tenía una corazonada.

—Hoy mismo contacto al juez Pruñonosa —dijo sin más.

Había sido una mañana de lo más productiva, todos coincidieron en aquel punto, y también en que iba siendo hora de salir a comer algo. Se acercaron a la cafetería del fondo de la calle,

aquella que visitaban con regularidad y donde ya les conocían. Nada más verles llegar, el camarero, un tipo que había nacido claramente para eso, al que le gustaba charlar con los clientes, conocer sus gustos y demás, preparó una cerveza cero para Basurto, una Coca Cola zero para González y una infusión de camomila para Delicao.

—¡Buenos tardes, Segundo! Contigo da gusto —saludó la brigada, que por fin había logrado relajarse algo ante la perspectiva de explorar nuevos frentes que pudieran guiarles en la dirección adecuada.

Pidieron el menú del día y aprovecharon esa escasa media hora para hablar de banalidades. No lo habían decidido, pero ninguno de los tres hizo ademán alguno de hablar del caso. Charlaron sobre cine. Acababa de estrenarse una nueva película de Tim Burton que Nacho iba a ver sin duda, pero que Bárbara prefería no ver porque se basaba en un cuento infantil que de pequeña siempre le hacía llorar. También discutieron sobre fútbol brevemente y sobre lo rico que estaba el plato de pollo asado con verduras al horno que estaban disfrutando.

Ya con el estómago lleno y las energías renovadas, salieron de la cafetería y caminaron despacio, disfrutando de los rayos de sol que cada vez calentaban menos, presagiando el final del verano.

Cuando llegaban a la Unidad, Suárez estaba fuera fumando un cigarro. Parecía como si estuviera esperándolos.

—No hemos tomado caña, no te creas —espetó Delicao pensando que quizás estaba decepcionada porque no se le había ocurrido ofrecerle que se uniera a ellos para comer.

—Mi brigada, —habló por fin ella, ignorando el comentario del cabo— sonó su teléfono varias veces y respondí a la llamada —Suárez lucía un gesto serio que contrastaba con su habitual buen humor. Bárbara, casi por instinto, sacó su teléfono móvil y, efectivamente, ahí también había varias llamadas perdidas—. Ha aparecido otro cadáver de mujer. Esta vez en Aranjuez.

LA CUARTA



Condujo Basurto, con Delicao de copiloto. Por primera vez en meses, ella trató de justificarle a González por qué era mejor que él se quedara en la Unidad. Quedaba un poco infantil que aparecieran los tres por allí.

En menos de una hora estaban en la compañía de Aranjuez escuchando atentamente a un brigada de edad indefinida que pareció sorprenderse al comprobar que, de los recién llegados, fuera Bárbara quien llevaba la batuta. Aunque cada vez eran menos, ella estaba acostumbrada a lidiar con compañeros como aquel que aún se maravillaban de que una mujer, no solo fuera miembro de la Guardia Civil, sino que además medrara.

Ella se limitó a extender el brazo para estrecharle la mano a modo de saludo y así sacarle de aquel embelesamiento contrariado y momentáneo en el que se hallaba sumido.

—Pues usted dirá —le espetó a continuación.

—Claro —carraspeó el hombre antes de por fin recobrar la firmeza y diligencia que de él se esperaban—. La víctima es una mujer de unos treinta años. La encontró un ornitólogo bastante conocido en la zona a la orilla del Mar de Ontígola.

Delicao debió poner un gesto muy extraño, por lo que el brigada procedió a explicar.

—Se trata de un lago artificial que se creó allá por el siglo XV, si no me equivoco. Se usaba para abastecer los jardines y fuentes y además era lugar de recreo de la realeza —el cabo relajó el gesto a medida que iba escribiendo tan interesante información en su cuaderno de notas, bajo la sorprendida mirada del brigada—. Yo, lamentablemente, no puedo acompañarles porque el deber me llama. Pero el cabo Caldito estará encantado de mostrarles el lugar. Debe de estar a punto de llegar del mar, precisamente.

Todo aquello le estaba resultando un tanto surrealista a Raúl, que miró a su brigada para tratar de detectar sus impresiones a través de su gesto, pero era única en mantener cara de póker.

A los poco minutos llegó el cabo Caldito, que les saludó muy ceremonioso antes de invitarles a montar en su vehículo rumbo al Mar de Ontígola. Resultó que, una vez que su brigada no estuvo presente, se relajó y comenzó a contarles toda serie de anécdotas.

—Si me disculpa, cabo Delicao, usted con ese nombre tendrá unas cuantas historias que contar también, ¿no? Porque yo con el mío... Todos los inviernos es lo mismo. En cuanto empieza a atizar el frío empiezan los comentarios: “con este tiempo que bien me vendría un caldito...” —y el cabo estalló en una carcajada.

—¿No le molesta? —preguntó Delicao asombrado.

—No... Gracias a mi apellido todo el mundo me conoce y, la verdad, prefiero hacerles reír que hacerles llorar, ¿no?

Basurto, sentada en el asiento del copiloto, se dio la vuelta brevemente para dedicarle a Raúl una sonrisa que él no supo bien cómo interpretar.

Por fin llegaron al ansiado mar, una laguna artificial de gran extensión localizada en espacio natural protegido por la cantidad de aves acuáticas que en la zona se refugian. El espacio a Raúl le resultó un tanto desangelado. No tenía claro qué había esperado encontrarse, o quizás el saber que un nuevo cadáver había aparecido en esa zona le hacía observar el lugar con otro prisma, pero le sorprendió lo árido del terreno, la ausencia de árboles y la sequedad que imperaba en la vegetación que crecía alrededor de aquel mar ficticio.

Como de costumbre, la zona había sido acordonada, con la suerte de que aquel era un lugar poco transitado y, por tanto, no había espectadores.

—Esta vez ha espabilado y ha elegido un lugar más tranquilo —le susurró Basurto. El cabo asintió mientras avanzaba sobre los yerbajos secos.

Caldito caminaba varios pasos por delante, con la resolución y confianza que le otorgaba el saber exactamente hacia dónde se dirigía.

No tardaron mucho en ver al ornitólogo que había encontrado el cuerpo que, sentado en el suelo, charlaba con una guardia civil.

—Está ya más tranquilo y ha accedido a esperar para verles a ustedes. Cuando llamó a la policía, tuvieron que mandar un equipo médico para tratar el ataque de ansiedad tan tremendo que le dio, por lo visto —Caldito hizo una pausa y aclaró—. Yo no lo vi, pero me lo han contado.

—Si le parece, veamos primero el cuerpo y luego charlamos con el señor —la brigada era impaciente por naturaleza y además le gustaba ir al grano, que en aquella ocasión era obviamente aquella nueva víctima.

El cabo no pareció molestarse. Bien al contrario, cumplió órdenes llevándoles junto a la orilla sin emitir más comentarios.

—Pues aquí está —fue todo lo que dijo al llegar—. Yo les dejo, salvo que me diga, mi brigada, que necesita mi presencia —pero Bárbara estaba ya agachada junto al nuevo cuerpo, observando, y no oyó aquella última frase.

—Puede marcharse. Muchas gracias —le invitó Delicao.

—Vale... Estaré allí —comentó el cabo Caldito señalando a la zona donde había aparcado el coche, antes de dar media vuelta y desandar lo andado.

Raúl se acercó algo más al cadáver, aunque él prefirió quedarse de pie. Pudo entonces observar que descansaba en la orilla de aquella laguna artificial que bien pudo llamarse mar porque su agua, por lo visto, era salada. La imagen era aún más macabra que las veces anteriores,

quizás por el hecho de que en esta ocasión medio cuerpo estaba mojado por efecto del poco movimiento del agua, que además hacía que el pelo de la víctima, absolutamente empapado, se moviera ligeramente en un tétrico vaivén.

—Exactamente lo mismo, Raúl —comenzó a hablar Bárbara al notar su presencia—. Mujer de unos treinta años, efectivamente. Las palmas de las manos apuntando al cielo, ojos cerrados, cuerpo perfectamente colocado boca arriba con las piernas extendidas y, como no, incisión en el abdomen, que nos indica que no lejos de aquí vamos a encontrar un feto.

La brigada se incorporó, estiró brevemente las piernas y miró a su alrededor.

—No deberá ser demasiado complicado dar con el cuerpo en esta zona. No hay muchos lugares donde esconderlo y las extensiones son limitadas. Veo que hay varios operativos rastreándolo todo. Apuesto a que antes de que nos marchemos de aquí, lo habrán encontrado.

Basurto caminó entonces hasta el lugar donde se encontraba el ornitólogo pero, antes de saludarle, habló con la guardia que charlaba con él.

—Buenas tardes, brigada Basurto. Necesito que hable usted con sus compañeros y les explique que están buscando el cuerpo de un bebé. No puede estar muy lejos. Que rebusquen bien entre los matorrales.

—A sus órdenes, mi brigada —respondió la joven—. Discúlpeme, señor Garte —añadió despidiéndose del ornitólogo, que de pronto había adquirido un tono de piel tan pálido que bien parecía que se fuera a desmayar ahí mismo.

—¿Quiere un caramelo? —le ofreció Delicao— Quizás le ayude a recobrar un poco de color, por el azúcar...

—No, no... —habló por fin el hombre. Iba vestido entero de verde y, sobre la ropa, llevaba un traje ghillie en tonos pardos y marrones. Raúl se preguntó por qué no se lo habría quitado ya.

—¿Por qué no se quita usted el traje? Quizás le venga bien que le dé el aire —no pudo evitar preguntar.

—Ah... Sí, sí, claro. No lo había pensado, la verdad. Me lo pongo para fundirme con el paisaje y no espantar a los pájaros. Yo... Yo vengo aquí siempre que puedo y, bueno, no sé si después de esto volveré, la verdad —y se quitó por fin el traje ghillie y con él, en apariencia, un gran peso de encima. Lo dejó con cuidado junto a una enorme mochila en los mismos tonos cromáticos, de la que asomaba una gigantesca lente fotográfica.

—Señor Garte, sé que esto es duro —comenzó Basurto— pero necesitamos que nos explique qué vio exactamente cuando encontró el cuerpo —él se frotó la cara con ambas manos—. Tómese su tiempo, no hay ninguna prisa.

Entonces el tipo se incorporó y se quedó mirando ese mar que no lo era.

—¿Saben ustedes que, pese a que este mar es en realidad una laguna artificial, tiene agua salada como si fuera verdadero? Es por el yeso y otros componentes del terreno —hizo una pausa que a Basurto se le hizo exageradamente larga, pero sabía que debía permitirle que él marcara los tiempos—. Yo vengo aquí mucho a observar las aves acuáticas, y también las mariposas. Estoy elaborando una lista de todas las especies que voy viendo. Se dice que más de cien tipos de aves

viven en torno a este mar. Yo tengo ya fotografiadas más de sesenta. Normalmente vengo por la mañana, la verdad, pero hoy se me complicaron las cosas y vine algo más tarde y, ya ven.

Delicao miró a Bárbara impaciente, pero esta le hizo un gesto muy sutil, indicándole que tuviera paciencia. El ornitólogo pasó un rato más hablando de la vegetación y la fauna de aquella zona, hasta que por fin, sin cambiar de tono ni de gesto, comenzó a explicar cómo había encontrado el nuevo cadáver hacía unas horas. Al parecer había notado movimiento cerca de la orilla y pensó que sería algún ave que acababa de cazar un pez o algún pequeño anfibio. Inmortalizarlas mientras comían era algo que al señor Garte le fascinaba. Avanzó despacio, con la cámara en la mano y el dedo ya listo para disparar las fotos en cuanto fuera necesario, evitando así perder una buena oportunidad. Efectivamente, cuando se acercaba, pudo distinguir el cuello de una garza real, de modo que comenzó a sacar fotos y a avanzar algo más rápido para asegurarse de no perder ningún detalle. La garza salió volando rumbo a la otra orilla y, cuando el señor Garte paró un momento para observar las fotografías que había tomado, por poco se le cae la cámara al suelo. En una de las primeras fotos, cuando la garza aún estaba en la orilla, disimulado por la vegetación pudo distinguir un pie que asomaba entre los yerbajos. Se acercó despacio, con la esperanza de que fuera algún curioso, aunque su instinto estaba ya absolutamente alerta. Y entonces la vio, tendida en el suelo como si tomara el sol, con el cabello mojado y una de las manos tocando el agua salada.

—¿No vio usted a nadie por la zona ni hubo nada que le llamara la atención?

—No... Tampoco me fijé demasiado, la verdad. En cuanto la encontré llamé a la policía, que no tardaron en llegar.

—Señor Garte, muchísimas gracias. Puede usted marcharse. Este es mi número, por si recuerda algo más — le dijo Basurto tendiéndole una tarjeta de visita.

Se quedaron mirando al hombre mientras se alejaba cargando el peso de la cámara, el traje de camuflaje y lo que había presenciado aquel día, que le costaría tiempo y esfuerzo sacudirse.

Delicao suspiró, seguía impresionándole entrevistar a víctimas o testigos y notar lo rotos que parecían. A punto estaba de permitir que su mente viajara al mundo de sus cavilaciones, algo bastante habitual en el cabo, quizás fruto del hecho de que, desde pequeño, había disfrutado de enormes períodos de soledad, cuando la joven guardia que charlaba con el ornitólogo cuando llegaron se les acercó corriendo.

—¡Lo han encontrado, mi brigada! ¡Tenía usted razón! —y sin más la mujer dio media vuelta y comenzó a caminar a buen ritmo, asumiendo que ellos la seguirían.

Detrás de una maraña de carrizales, en un punto en que se abría un claro de hierba, yacía el pequeño cuerpo rodeado de *gentiana nivalis*. Junto a él, dos guardias tomaban fotografías de la escena.

—Buenas tardes. Brigada Basurto.

—A sus órdenes —saludaron ambos al unísono.

—Podemos tomarlo desde aquí —añadió ella en un tono quizás un tanto seco, provocado por esa especie de trance al que sucumbía ante la escena de un crimen, motivado por la necesidad de

aislarse y poder pensar.

Delicao dedicó a los guardias una sonrisa antes de agacharse junto a la brigada.

—Lo mismo, Raúl, aunque ya no debería sorprendernos. El cuerpo está rodeado por una corona de flores azules, envuelto en una manta azul como los anteriores —Basurto hizo una breve pausa—. Mira, esta vez nos ha dejado unos pololos —se colocó los guantes azules de látex y tomó los pequeños pantalones bombachos. Eran diminutos, claramente para un recién nacido, y parecían antiguos y quizás hechos a mano. Los metió en una bolsa.

—Ambas víctimas son recientes, mi brigada.

—Efectivamente. Yo diría que las dejaron aquí poco antes de que llegara el señor Garte. Bueno, ya sabemos lo que toca. Hay que solicitar que envíen los cuerpos a Madrid para que los trate Arturo. Imagino que, para variar, no habrá huellas, ni pelos, ni nada por el estilo —Bárbara se incorporó y miró a su alrededor—. Para empezar, ¿imagino que no habría huellas en torno al cuerpo? —interrogó con tono severo a los guardias que habían encontrado el cadáver, que permanecían a una distancia prudencial.

—No, no, mi brigada —el que contestó fue el más alto de los dos, después de intercambiar una mirada con su compañero—. De hecho, cuando vimos el cuerpo, antes de acercarnos, tomamos fotografías. Puede comprobarlo usted misma —sacó su teléfono móvil y se lo cedió—. Parece como si la zona se hubiera rastrillado hasta llegar ahí —señaló con el dedo justo detrás de donde se encontraban—, donde ya hay hierba alta y las huellas no se marcarían.

Basurto asintió, aceptando la respuesta como válida. Delicao notó como los cuerpos de los guardias se relajaban. Cuando quería, su brigada imponía. Se dio la vuelta para volver a agacharse junto a ella, que de nuevo observaba la escena del crimen con detenimiento.

—Eso sí —dijo por fin retomando la conversación— llevamos ya cuatro mantas, y todas muy similares. Hay que ver si por ahí pudiéramos averiguar algo, aunque me da que son de las que se pueden comprar hasta en los supermercados.

—Yo me encargo, mi brigada. Buscaré al fabricante y a ver qué sabe decirme.

—¿Conduces, Raúl? —le preguntó Bárbara una vez se hubieron despedido del cabo Caldito.

—Bueno, me saqué el carnet cuando tocaba, pero la verdad es que soy más de transporte público.

—Ya... Bueno, pero sabes meter marchas y eso, así que conduce tú de vuelta, que yo tengo que hacer unas llamadas.

Delicao se montó en el asiento del conductor. Le sudaban las manos de los nervios.

—Mi brigada, no sé si es buena idea.

—Que sí, hombre. Que esto es como montar en bicicleta, una vez aprendido no se desaprende, verás.

La salida fue un tanto brusca y los primeros minutos les hicieron experimentar una serie de

abruptos frenazos poco deseados. Pero por fin el cabo consiguió relajarse y dominar aquella máquina con ruedas.

En cuanto comenzaron a circular sin tanto sobresalto, Basurto comenzó su ronda de llamadas. Primero marcó el móvil de Arturo para avisarle de lo que le venía. Se mostró encantado. Era un tipo extraño, eso estaba claro, pero a ella siempre le había caído estupendamente.

A continuación llamó al juez Pruñonosa. Era un señor educado, trabajador y, según le dictaba la experiencia a la brigada, siempre dispuesto a ayudar si había justificación suficiente.

Bárbara le habló del caso, que por lo visto Pruñonosa ya conocía. Le comentó que acababan de aparecer dos nuevos cuerpos y le enfatizó la necesidad de conseguir una orden para poder obtener el registro de llamadas de las víctimas de sus compañías de telefonía móvil.

El juez se mostró receptivo, como era su costumbre, si bien le pidió que le enviara cuanto antes un informe detallado que justificara tal intervención.

—Bien sabe usted, brigada Basurto, que cualquier injerencia de este tipo se ve rápidamente como una intromisión al derecho a la privacidad y, según quién dé con la noticia y cómo la interprete, puede traer cola el asunto.

Claro que lo sabía bien. Solo bastaba una chispa para que la opinión pública se pusiera a emitir juicios sobre asuntos sobre los que, lamentablemente, a menudo no sabían demasiado. Pero no iba a dejar que eso la frenara.

—Esta misma noche tiene usted el informe en su email. ¡Garantizado! Ahora le dejo, que tengo que echar un cable a una pobre alma descarriada.

Sin más, Bárbara colgó y, mientras lo hacía, le imploró a Raúl que parara en la próxima estación de servicio para que pudiera ella conducir el resto del trayecto.

—Si tú me enseñas a hacer pósters guiris con colores, yo te enseño a conducir como es debido —ante estas palabras el cabo se ruborizó y bajó la mirada, aunque también se sonrió.

Desde luego, ese último tramo fue mucho más placentero que el anterior y los dos pudieron charlar, fundamentalmente sobre el caso.

—Yo siento que nos estamos acercando, mi brigada. Tenemos varios frentes abiertos.

—Eso espero, cabo. Te digo una cosa, como ya he mencionado varias veces, el asesino perfecto no existe y todo el mundo —y enfatizó de nuevo—, todo el mundo deja huella aunque no quiera. Solo debemos encontrarla y trabajar con disciplina, descartando cada hipótesis hasta que solo nos quede una. Debemos fijarnos en los hechos. Los hechos son los que son y nos ayudarán a llegar al final de este asunto, ya lo verás.

Delicao anotó aquella frase en su cuaderno. Le gustaba la calma con que Basurto la había pronunciado. Era cierto que de nada servía perder los nervios ni impacientarse más de la cuenta. Debían seguir avanzando, paso a paso, sin pausa, pero sin saltarse ninguno.

Llegaron a la Unidad cuando ya anocheía. Bárbara le insistió a Raúl para que se marchara a casa. Ella iba a preparar el informe para el juez Pruñonosa con todos los datos que tenían hasta el momento y, en cuanto se lo enviara, se iría también.

El cabo aceptó las órdenes, no sin antes pasar por su mesa para añadir en el enorme mural de la pared las novedades:

—Septiembre - 30 años? - Aranjuez - ? - Niño - ?

Le afectaba ver tantos interrogantes, pero sabía que a la mañana siguiente el forense les ayudaría a resolver muchas de esas dudas y, con un poco de suerte, también darían con la identidad de la nueva víctima, cuya historia quizás sirviera para iluminarles algo el camino.

ADENIUM OBESUM



Raúl tuvo unos sueños extrañísimos aquella noche. En ellos veía el Mar de Ontígola y a Suárez sumergiéndose en él despacio, mirando hacia atrás para sonreírle. El no hacía nada, solo observaba hasta que ella desaparecía en las aguas negras. Entonces se despertaba sobresaltado y se giraba para el otro lado, pero el sueño se repetía, solo que esta vez Suárez caminaba hacia la oscuridad con algo en sus brazos, un bebé, un bebé que lloraba envuelto en una manta azul.

En torno a las cinco de la mañana, después de sufrir media docena de inoportunos despertares, ya no pudo más y decidió comenzar su día. Cualquier cosa era mejor que seguir padeciendo aquellas visiones macabras.

Se dió una ducha, se vistió, y en dos pasos llegó a la barra que hacía las veces de cocina en su diminuto estudio. Se preparó un té negro, necesitaba la energía. Mientras infusionaba, abrió su cuaderno de notas y revisó por encima todo lo anotado hasta el momento, así como los dibujos que había realizado. “Las mantas”, pensó. Fue a por su teléfono móvil, pero estaba sin batería. Como apenas lo usaba, a menudo se le olvidaba cargarlo. Lo puso a cargar en el enchufe que había sobre la barra y se sentó a disfrutar de su té mientras esperaba a poder encenderlo.

Por fin vio la pantalla iluminarse. Seguía sin entender la adicción que todo el mundo parecía tener a aquellos aparatos, sobre todo la gente de su generación, aunque no únicamente. Su tía, que tenía ya una edad, era exageradamente aficionada a los *whatsapps*. No pasaba un día sin que le enviara por lo menos uno, aunque ella bien sabía que Raúl tardaría quizás días en responderle y, casi seguro, la respuesta llegaría en forma de llamada, que era como a él le gustaba hablar, no a través de mensajes que, para cuando uno los escuchaba, eran ya pasado.

El aparato vibró varias veces fuera de sí. Era un frenesí de vibraciones, como si se estuviera convulsionando, y poco a poco fueron apareciendo en la pantalla numerosas notificaciones.

Había, como era de esperar, tres *whatsapps* de su tía. En esencia, en todos decía lo mismo. Quería saber cómo estaba y le pedía que diera señales. Le debía una llamada. Había estado tan absorbido por el caso que llevaba varios días sin llamar, y eso en él era raro. Su tía era su segunda madre, le había acogido como a un hijo, le había alimentado, cuidado pero, sobre todo, le había querido y aún lo hacía, sin límites, sin condiciones. Raúl tecleo sin demasiada destreza por la falta de costumbre:

“Hola, todo bien por aquí. Luego te llamo. Lo prometo”. Escueto, pero claro y conciso, como a él le gustaba.

Tenía, además, dos *whatsapps* de Suárez. Notó como le sudaban las manos mientras los abría

y se sintió un poco estúpido.

“Son las ocho de la tarde y no has llegado. ¿No estarás escaqueándote pa no invitarme a la caña que me debes, eh?”

“Me voy ya, Raúl. Hasta mañana” —rezaba el segundo mensaje, enviado dos minutos después del primero.

De nuevo notó como una neblina de confusión le atolondraba las neuronas. Nunca había sentido ese tipo de interés por una mujer. Había tenido amigas, por supuesto, pero ninguna le atraía, hasta el punto de que llegó a pensar que quizás le pasaba algo. Recordaba haberlo comentado con sus tíos en plena adolescencia, que le llevaron a ver a un urólogo y al pediatra. Ambos concluyeron que tenía una salud de hierro y que, simplemente, florecería un poco más tarde. Así puesto, sonaba hasta entrañable, pero lo cierto es que a él la respuesta no le consoló demasiado.

Vistos todos los mensajes y acabado el té, abrió la carpeta de fotografías del móvil. Reconocía que para eso era útil porque, aunque a él le gustaba acompañar sus notas de dibujos hechos a lapicero, las fotos eran más fiables. Contra eso no podía competir.

Guardaba instantáneas de cada una de las escenas. Muchas no las había sacado él, sino que la brigada o alguno de las guardias se las habían enviado.

Por fin encontró las que buscaba. Había una serie de tres fotografías de las mantas correspondientes a los tres primeros bebés encontrados. Se mostraban extendidas, con enormes reglas a los lados que evidenciaban su tamaño. Las tres, dos azules y una rosa, medían exactamente ochenta y ocho centímetros de largo y setenta y ocho de ancho. Y las tres tenían una pequeña etiqueta cosida en una de las esquinas que rezaba *La marioneta S.A.* Ese era un comienzo. Sacó su ordenador, que guardaba en el primer cajón de una pequeña cómoda que tenía en el trozo del estudio que hacía las veces de salón. No solía usarlo demasiado, le pasaba como con el teléfono móvil, pero por motivos diferentes. Como pasaba tantas horas en el trabajo, usaba el que había a su disposición allí y, cuando llegaba a casa, no tenía ganas de más pantallas. Prefería sentarse a leer con una buena infusión de verbena, o de rooibos, según el humor que tuviera.

La primera búsqueda le proporcionó inmediatamente los datos sobre la empresa que fabricaba las mantas. Basurto tenía razón, aquello no iba a llevar a ninguna parte. Se trataba de una sociedad gigantesca con fábricas en diversos puntos del país que elaboraba, no solo mantas para bebés, sino también mantas para camas, colchas, mantitas de aquellas para ver la televisión en el sofá y todo tipo de mantas infantiles. Delicao aprendió que no era lo mismo una manta de cuna que una de recién nacido, o una de coche, o incluso una de bienvenida, significara eso lo que significase. Por lo que pudo comprobar, las utilizadas para envolver a las víctimas eran de las de coche, ligeramente más grandes que las de recién nacido, pero no tanto como las de cuna, aunque también con tamaño rectangular, como todas las anteriores, lo que las diferenciaba de las de bienvenida que, por alguna razón, eran cuadradas.

Después de adquirir todos estos conocimientos, buscó en la página dedicada a clientes con la

que la web contaba. Aquella empresa suministraba mantas a grandes almacenes, supermercados y tiendas de bebé de todo el país. Sería imposible averiguar nada siguiendo esa pista.

Cerró el ordenador y miró la hora. Era perfecta para salir ya de casa. Si se daba prisa, incluso le daría tiempo a ver a Rodrigo antes de que terminara su turno y podría darle un par de cómics de *Marvel* que le tenía reservados desde el verano.

Al llegar a la Unidad, como cabía esperar, encontró a su amigo apostado en la entrada. Le saludó con una frase, como tenía por costumbre hacer.

—La gente necesita superhéroes en quien confiar, o lo hacemos bien o lo hacemos mal — recitó con voz de ultratumba elevando una ceja.

—*¡Antman!* —respondió Delicao antes de que Rodrigo tuviera tiempo de cerrar la boca.

—Lo tuyo es increíble, tío. Deberías presentarte a un concurso. ¡Ganabas fijo! No hay manera de pillarte.

—Prefiero ser un gran hombre que un gran rey —fue todo lo que dijo el cabo alejándose rumbo al puesto de Basurto, a la que ya veía tecleando en su ordenador.

—¡Es Thor! —elevó un poco la voz Rodrigo— ¡No me lo pongas tan fácil!

Raúl llegó a la mesa de la brigada aún sonriendo.

—A veces sois como niños —saludó ella devolviendo la sonrisa.

—A Rodrigo hay que darle vidilla, mi brigada, que pasa muchas horas ahí quieto.

—¿Has pasado buena noche?

—Pues no muy allá, la verdad. Este caso me ha alterado los biorritmos.

—Ya somos dos, Raúl —Bárbara hizo una breve pausa para dar un sorbo al café que tenía junto al teclado — Hoy convendría mirar lo de las mantas, y yo por mi parte esperaré a mediodía y, si no tengo respuesta del juez Pruñonosa, insistiré de nuevo para poder acceder a los registros de llamadas.

—Lo de las mantas está ya visto y descartado, mi brigada.

—Era lo que esperábamos, imagino.

—Efectivamente —y Delicao procedió a contarle las pesquisas llevadas a cabo de madrugada, ahorrándole todo el conocimiento que había adquirido sobre medidas y tamaños de mantas según el uso que fuera a dárseles.

Cuando el cabo estaba terminando de poner al día a su brigada, esta miró hacia la entrada. Al girarse, Raúl observó a Suárez, recién llegada, y consultó por instinto su reloj digital. Nueve en punto. No fallaba. Ni un minuto antes, ni uno después. La saludó tímidamente con la mano y ella, con su desparpajo habitual, aprovechó aquel gesto para acercarse a charlar con ellos.

—¡A los buenos días! Mi brigada, ¿cómo está? ¿Raúl?

—Buenos días, cabo. Viene usted muy sonriente.

—Yo todos los días, mi brigada. Al trabajo hay que venir así, que luego ya se encarga el resto de irnos aplicando seriedad a base de golpes y disgustos.

—Muy filosófica.

Suárez sonrió mientras se encogía de hombros. Era la guardia civil menos convencional de la Unidad, de eso no había duda.

—¿Mi brigada, le importa si le robo al cabo un momentico, que no sé bien usar la tetera y sé que él es experto?

—Cómo no. Raúl, voy a aprovechar para terminar lo que tenía entre manos.

El siguió a Suárez obediente, sin decir ni mu, hasta que llegaron a la cocina.

—¿Pero cómo le dices eso a Bárbara?

—¡Anda! ¿Y por qué no? Ya has visto que no le ha importado ni un poquito.

—Bueno, pues venga, que te enseño como va la tetera —Suárez estalló en una carcajada.

—Ay, que eres inocente... Si a mí las infusiones me revuelven el estómago. Que mi madre en cuanto teníamos malestar de lo que fuera, ¡zasca!, nos cascaba una manzanilla. Y ahora es oler agua caliente con cualquier hierba y te juro que se me corta la digestión y todo —Raúl la miraba entre maravillado y confundido—. Quería saber qué tal ayer y si hoy me vas a invitar a la caña que me debes.

—Ah... Sí, sí. Vi tu mensaje esta mañana. Bueno, era aún de noche, que no he dormido mucho la verdad.

—¿Y eso?

—Unos sueños... horrorosos.

—¡Cuéntamelos! Que a mí se me da muy bien interpretarlos —Suárez no dejaba de sorprenderle—. Venga va, que no se lo digo a nadie.

No con poca vergüenza, por fin Delicao se decidió a compartir aquellos sueños en los que ella se sumergía en un lago salado muy parecido al mar de Ontígola pero con aguas negras. Le habló de lo tranquila que parecía, caminando despacio hacia su muerte, sonriendo, pero de manera fría, distante. Le habló también de cómo en algunas versiones caminaba igual, pero con un bebé entre los brazos que él no podía ver, pero que intuía.

Suárez le escuchó en silencio hasta el final y, por primera vez, parecía haberse quedado sin respuesta, hasta que por fin dijo.

—Eres un genio, Raulito. Trabajas hasta dormido —él la observaba estupefacto—. ¿Y si el asesino no fuera hombre, sino una mujer? La idea la debías tener tú en el subconsciente y te ha salido así. Y la mujer del sueño soy yo pues porque me tienes muy vista, a lo mejor, o porque me quieres ver más —añadió con una pícara sonrisa que no tardó en transformar el rostro de Raúl en una especie de tomate maduro.

—¡Madre mía Suárez, menudas conclusiones! Solo hay una objeción, y es importante: no veo a una mujer trasladando los cuerpos de las víctimas hasta los lugares donde se encontraron. Cargar con un peso muerto cuesta muchísimo y ninguna de las mujeres encontradas pesaba menos de sesenta kilos o así.

—A lo mejor tuvo ayuda —continuó ella sin mucha convicción—. O quizás sea simplemente una mujer muy fuerte, oye. Tú piensa que últimamente hay una obsesión con las pesas y el estar en forma, que vete tú a saber. Yo solo te digo que no descartes lo que los sueños te indican. Y ahora

me voy y tú vuelve a tu puesto, que estás siendo un poco irresponsable —y sin más, como acostumbraba a hacer, salió de la cocina rumbo a su mesa sin esperar respuesta alguna.

Delicao permaneció un par de minutos de pie junto a la encimera pensando, hasta que por fin fue a reunirse con Basurto.

—He conseguido hablar con Arturo. En una hora tendrá respuestas para nosotros —Raúl asintió—. Vamos a aprovechar este rato para preparar informes pendientes y demás asuntos administrativos, cabo. Tú prepara uno breve sobre las mantas, por favor. Es importante que todo quede registrado, aunque no haya resultado de utilidad. Y te veo en la entrada en cuarenta y cinco minutos.

Por primera vez, no hizo caso a las órdenes de Basurto, sino que decidió dedicar ese rato a investigar por su cuenta. ¿Podría realmente una mujer levantar aquellos cuerpos y trasladarlos sin ayuda? Hizo una búsqueda en el ordenador sobre las mujeres más fuertes del mundo, pero todo lo que le salía era sobre culturistas. Quizás la persona que buscaban lo fuera, pero las posibilidades le parecían muy remotas. Si buscaban a una mujer, sería, muy probablemente, normal y corriente, a juicio de Delicao.

Por lo que pudo averiguar, una señora de unos cincuenta a sesenta kilos de peso podía levantar pesos muertos de en torno a treinta kilogramos sin ningún tipo de entrenamiento. Si la persona trabajaba la musculatura, obviamente la cantidad podría ir aumentando.

Visto así, la teoría de Suárez no le parecía tan descabellada. Y era cierto que los cuerpos no aparecían maltratados y que a los bebés se les había arrojado con mimo. No es que pensara que un hombre no pudiera ser cuidadoso, que claro que podían, pero la teoría de que la persona que buscaban fuera mujer cobraba fuerza.

Miró el reloj y se dio cuenta de que pasaban tres minutos de la hora acordada con Bárbara. Cerró la pantalla de su ordenador y se apresuró a la entrada. De camino vio a González, que le saludó levantando la mano y dedicándole una gran sonrisa. Pero no paró a decirle nada, tenía prisa por reunirse con su brigada.

—Disculpa, mi brigada, los papeleos.

—Ya... —fue todo lo que ella dijo, porque la impuntualidad le irritaba sobre manera. Pero rápidamente recobró un tono jovial y charlaron de todo y de nada de camino al sótano del forense.

Mientras avanzaban por el pasillo que llevaba a la sala de autopsias, les sorprendió oír cantar. Por instinto, ambos aceleraron el paso y se pararon en seco en el marco de la puerta. La escena no tenía desperdicio. Arturo desinfectaba sus instrumentos en un fregadero de amplias dimensiones, similar a los que uno encuentra en las cocinas profesionales, mientras cantaba efusivamente “yo que me merezco un príncipe, un dentista. Yo...”

—¿Qué dice? —susurró Delicao para no interrumpirle.

Basurto sonrió y entró despacio a la habitación:

—No sabía yo que te gustara La Cabra Mecánica.

Arturo pegó un respingo y dejó que el enterótomo que estaba en esos momentos manipulando cayera sonoramente sobre el acero inoxidable del fregadero.

—Barbarita, que te tengo avisado que a mi edad los sustos no convienen —se secó las manos y caminó hacia ella—. Se me ha quedado sin pilas el *walkman*, así que yo como Juan Palomo, ya sabes —miró entonces a Delicao—. Joven cabo, no pongas esa cara de pasmado. ¿Qué pasa que nunca has visto a un tipo como yo cantar modernidades?

—No soy muy de música moderna, así que ni sé lo que cantaba —respondió tímidamente Raúl.

—Arturo —intervino la brigada—, que esa canción es de lo menos hace quince años. El cabo seguro que en aquella época todavía llevaba pantalones cortos.

—Para mí quince años no es nada, ni veinticinco. Lo repito: modernidades.

Después de aquella pintoresca introducción, los tres se encaminaron a la camilla metálica sobre la que reposaba de nuevo un cuerpo tapado con una impoluta sábana blanca.

—Aquí tenéis a vuestra nueva víctima. Mujer, de entre veintiocho y treinta y dos años de edad. Antes de que me preguntes, Bárbara, le he tomado ya las huellas dactilares para ver si a esta pobre la identificáis con más rapidez.

—Estás en todo.

—Dime, cabo, ¿cómo crees que murió?

—Ingirió alguna flor o planta venenosa, me imagino que infusionada.

—Es una deducción muy lógica, vista la trayectoria hasta ahora. Sin embargo, a mí me gusta sorprenderos y, por qué no, llevaros la contraria.

Basurto y Delicao intercambiaron una mirada rápida mientras Arturo se acercaba a su ya célebre *Macbook Pro* para mostrarles, sin duda, el arma utilizada en aquella ocasión. Observaron pacientemente mientras el forense tecleaba y, a los pocos segundos, la pantalla les mostraba una imagen de un arbusto precioso, con tallos gruesos y robustos en tono verde claro, blanquecino a ratos, y unas preciosas flores de un intenso color fucsia.

—Esa flor la he visto yo antes —habló Raúl.

—¿Recuerdas dónde? —le preguntó Arturo con una medio sonrisa que podía significar cualquier cosa.

—Pues ahora no sé... Pero me da que en algún viaje.

—Casi seguro, joven cabo, casi seguro. Aunque también se encuentran aquí. Las cultivan en viveros y es una planta que responde fenomenal. Fundamentalmente este arbusto se da bien en cualquier lugar de clima cálido y soleado. Se la conoce comúnmente como rosa del desierto, precisamente por su facilidad para florecer en ambientes calurosos, aunque el nombre oficial y técnico es *Adenium Obesum*.

—Y, ¿si no utilizó las flores para envenenar a la víctima, cómo lo hizo? —inquirió Bárbara con su habitual impaciencia en aquellas situaciones.

—Lo hizo utilizando la savia de la planta, que es altamente tóxica. De hecho, son muchas las

tribus africanas que la usan para cazar animales enormes, como elefantes, por ejemplo.

—¡Me he acordado! —soltó Delicao interrumpiendo la explicación de Arturo— Lo siento... —añadió entonces más bajito al ser consciente de la intromisión.

—No, hombre, no lo sientas. Adelante.

—La vi en Mozambique, en un viaje de voluntariado que hice cuando era joven. Quiero decir, cuando era más joven que ahora —añadió al ver el gesto de sorpresa en la cara del forense—. Efectivamente recuerdo ahora que lo que algunas tribus de allí hacían, es que embadurnaban las puntas de las lanzas con un concentrado de la savia que resultaba letal de manera casi instantánea.

—Eso es. La savia contiene glucósidos cardíacos, que paradójicamente se encuentran también en los medicamentos para tratamientos de corazón, pero que en este caso, en vez de sanar, matan.

Arturo cerró el ordenador de golpe, de manera quizás un tanto brusca, y caminó los pocos pasos que le separaban de la camilla. Se colocó en la cabecera de la mesa de trabajo y destapó tan solo la cabeza de la última víctima. La agarró con delicadeza y la giró hacia la derecha, apartando después el pelo para dejar la nuca al descubierto.

—¿Véis este puntito de aquí? Esto es lo que la mató. Debió pincharla con algún objeto punzante, quizás una aguja grande de aquellas de hacer ganchillo, o un pincho de los de hacer brochetas en la barbacoa. No lo sé determinar con exactitud, pero sí os confirmo que la concentración de veneno era elevadísima y le ocasionó la muerte.

REUNION DE LOS MARTES



Aquella mañana Bárbara amaneció optimista y plena de energía. Hacía días que no se sentía así, de modo que aquel nuevo estado le resultó de lo más gratificante.

Habían transcurrido ya cuatro jornadas desde la aparición del último cadáver. Una vez realizada la autopsia y llevadas a cabo las pesquisas necesarias, no tardaron en identificar a la víctima. Se trataba de Florencia Anguita, de treinta años de edad, natural de Argentina, pero que llevaba residiendo en España desde 2010, año en que conoció a un farmacéutico de Aranjuez y decidió abandonarlo todo por amor.

Por lo que habían podido averiguar, mérito de González en este caso, la pasión les duró lo que dura el verano y pronto Florencia se vio sola en un país desconocido a sus tiernos veinte años. Otra hubiera vuelto a su tierra, al calor del hogar, pero no ella. Ella quería aventura, de modo que se quedó en Aranjuez buscando un príncipe azul, que tardaba en llegar.

Al principio trabajó en lo que pudo para ir subsistiendo: hizo de niñera para un par de señoras del barrio, pero decían las malas lenguas que las mujeres pronto tuvieron celos de cómo sus maridos la miraban, joven, con melena larga y ese acento tan exótico, y decidieron prescindir de sus servicios. También trató de que la contrataran en un centro de planchado, pero lo cierto es que después del período de prueba quedó claro que aquello no era lo suyo. Y así, casi sin darse cuenta, cuando se cumplía un año de su llegada al país, comenzaba una nueva vida en el Club *Girls*, en la carretera A-4, no lejos de donde apareció su cuerpo.

Como venía siendo costumbre, salvo en el caso de Antonia, la primera víctima, nadie tenía ni idea de que estuviera embarazada. Basurto interrogó a las compañeras de Florencia ese mismo domingo, que aunque era día de guardar, no lo era para ellas. Todas dijeron maravillas de Florencia, que era de las veteranas del club, y ninguna sabía de ningún conflicto que hubiera podido tener ni con el dueño, ni con clientes. Además, no se le conocía novio alguno. Nunca lo tuvo después del lejano desamor con el farmacéutico.

Consiguieron dar con los padres de la joven, que por lo visto habían vivido todos aquellos años engañados, pensando que su hija finalmente casó con el boticario y ayudaba en el negocio familiar a diario y vivía en un chalecito adosado con un pequeño jardín y piscina compartida. Ella les había visitado alguna vez en aquellos años, pero ellos jamás pisaron España, por una razón u otra, y tampoco lo harían esta vez. Pidieron que por favor se repatriara el cuerpo cuando todo hubiera finalizado.

El fin de semana de Basurto, Delicao y González quedó reducido al final de la tarde del domingo, que cada uno aprovechó como pudo antes de reunirse de nuevo el lunes, temprano, para

seguir analizando y tirando de los diferentes hilos a su disposición, con la esperanza de desenmarañar aquel caso que comenzaba a alargarse demasiado.

Raúl añadió los nuevos datos a su mural, que ahora contaba también con anotaciones de sus compañeros, nuevas fotos e incluso algún dibujo.

Quedaba indiscutiblemente claro que el asesino mataba a embarazadas exclusivamente, con embarazos que no pasaban de las veinte semanas de gestación, que no le importaba la nacionalidad, aunque hasta Florencia todas hubieran sido españolas y que, salvo Antonia, el resto de mujeres cargaban con embarazos no deseados.

Bárbara volvió a llamar al juez Pruñonosa aquella mañana, que le aseguró que tendría la orden para las empresas telefónicas pronto, pero que necesitaba tiempo para analizar toda la información recibida y, con el fin de semana, los nietos y demás, no le había dado para más. Era un tipo amable. No todos los jueces ofrecían tal suerte de explicaciones.

Y ahora ya era martes, día de la reunión del Teléfono de la Ilusión y posiblemente de la orden judicial para obtener los registros de llamadas de las víctimas, incluidas las de Florencia, que Bárbara le había pedido encarecidamente al juez que añadiera a la lista, enviándole toda la información disponible el domingo.

Llegó a la UCO antes de las siete y media, fue saludando a quien se cruzó, dejó su *tupper* con ensalada de pasta integral sobre la mesa junto con el bolso y fue hacia la cocina a prepararse un café. Estaba siendo una mañana extraña pero maravillosamente familiar, sin sobresaltos. Aquello le gustaba. Se preparó un espresso y fue a tomarlo frente al mural de Raúl. Debía reconocer que el joven cabo era meticuloso hasta el extremo, cualidad indudablemente beneficiosa para aque trabajo.

—Mi brigada, ¿qué tal? —oyó Basurto su voz.

—Hola, Raúl. Bien, bien. Estoy extrañamente positiva esta mañana. Esperemos que los eventos del día no me tuerzan el humor.

—Esperemos —el cabo se ajustó las gafas— ¿Alguna noticia del juez?

—Aún no, pero es temprano. Démosle hasta mediodía, a ver si hoy conseguimos la orden. Propongo que a la reunión semanal del Teléfono de la Ilusión vayáis González y tú. Yo quiero reunirme con Ylleta para discutir algunos asuntos que no atañen al caso, pero de los que también debo ocuparme.

—Claro, mi brigada. Por lo visto la reunión suele durar unas dos horas, más lo que tardemos en interrogar a los asistentes. Yo calculo que para la hora de comer estaremos de vuelta.

Delicao y González llegaron al edificio que albergaba a la organización sin ánimo de lucro unos minutos antes de las diez. El mismo hombre que la otra vez fregaba los peldaños de la entrada, aquel día limpiaba los cristales del portal.

—Buenos días —saludó Nacho—. Venimos al Teléfono de la Ilusión.

El hombre, que aquel día lucía unas gafas de cerca, se las retiró un poco, apoyándolas en la punta de la nariz, para observarles bien.

—Sí, sí. Su compañero sabe el camino, ¿verdad joven? —dijo mirando a Raúl, que confirmó su afirmación con un gesto de cabeza.

Entonces el tipo volvió a colocarse las lentes y a frotar los cristales con un trozo de camisa vieja que hacía las veces de trapo. González miró a Delicao, y este se encogió de hombros antes de entrar en el portal. Mientras se adentraban en la penumbra del pasillo, pudieron escucharle decir para sí mismo, aunque no lo suficientemente discreto “Piolines...”

Como Raúl ya conocía la mecánica del centro, entró sin llamar a la puerta. En la recepción aquella vez había otra mujer, lo dedujo por el pelo ensortijado que asomaba a ambos lados de la pantalla. Antes de saludar, el cabo quiso ver la reacción de su compañero al observar toda aquella decadencia, pero lo cierto es que el cabo mayor lucía una cara de poker absolutamente profesional. Delicao volvió a reafirmarse en ese instante en que aún tenía mucho que aprender.

—¿Hola? —espetó entonces con un tono más bien interrogante. En ese momento, exactamente igual que pasó la vez anterior, la mujer se incorporó y salió de detrás de su improvisada mesa de trabajo para saludarles.

Era una señora de avanzada edad, como Olivia. Delicao le estimó haber pasado los sesenta años hace tiempo. Eso sí, tenía también en común con Olivia la vitalidad. El cabo comenzaba a preguntarse si el trabajar para el Teléfono de la Ilusión le devolvía a uno años de juventud. Aquella voluntaria era extremadamente delgada. Raúl se fijó sobre todo en sus manos, muy huesudas y pálidas, aunque con las uñas pintadas en color púrpura, algo que le pareció ya de por sí moderno. No imaginaba a su tía con las uñas en ese tono, y eso que era bastante más joven. Lucía además una media melena muy rizada y teñida de color zanahoria, y vestía ropa en tonos muy vivos, adornando sus muñecas con numerosas pulseras metálicas que emitían un sonido casi musical cuando movía los brazos.

—Deben de venir ustedes para la reunión, ¿verdad? —saludó ella, terminando con una gran sonrisa.

—Así es. Cabo mayor González. Y mi compañero, el cabo Delicao.

—Encantada. Yo soy Ruth. Llegan un poco pronto, pero si desean tomar una infusión, un café, o cualquier otra cosa mientras esperan.

—No, muchas gracias, estamos de servicio —replicó educadamente Nacho. Entonces Raúl se ruborizó al darse cuenta de que él sí había aceptado la invitación de Olivia la primera vez que visitó aquel lugar.

—Bueno, pues si me siguen, les llevaré a la sala de reuniones. Hay ya algunos voluntarios, de modo que quizás puedan charlar con alguno antes de empezar.

Caminaron por el angosto pasillo. Salvo la cocina, que quedaba a mano derecha y que Raúl ya conocía, y una estrecha escalera que debía llevar a una segunda planta, no había ninguna otra puerta, ni nada en absoluto, hasta llegar al fondo, donde se abría una amplia sala con ventanales

que daban a la calle. En el centro, varias mesas pegadas unas a otras hacían las veces de mesa de reuniones, rodeadas por sillas de distintos estilos, tamaños, colores y, desde luego, años de vida.

—Buenos días, cabo —se les acercó en ese momento Olivia, que era una de las cinco personas que esperaban ya en la sala. Cuatro mujeres y un solo hombre. Salvo una de las chicas, que debía rondar los treinta años, el resto eran todos de la edad de Olivia y Ruth. Quizás aquel era un voluntariado que atraía más a los jubilados, pensó Delicao.

—Buenos días, Olivia. Le presento al cabo mayor González, que me acompañará durante la reunión.

—Un placer —saludó ella escueta—. Pero díganme, ¿trajeron la lista de las llamadas para que podamos cotejar fechas y horarios y así saber los voluntarios que trabajaron en aquellas ocasiones?

—Lamentablemente no, señora —intervino González—. Estamos a la espera de la orden judicial que nos autorice a obtener tal información de las compañías telefónicas, y eso lleva su tiempo. Tan solo tenemos el registro de llamadas que obtuvimos del móvil de una de las víctimas, así que podríamos empezar por ahí.

—Claro —contestó Olivia reflejando un atisbo de alarma en su mirada, probablemente provocado por volver a escuchar la palabra "víctima", que pronto desapareció.

A las diez en punto, dieciocho personas se sentaban en torno a la mesa, además de Delicao y González, a los que cedieron dos sillas plegables en la cabecera, al lado de las dos psiquiatras que lideraban aquella reunión.

La mayor de las dos les introdujo y explicó a los voluntarios la razón de su visita.

—Buenos días a todos y gracias por venir. Como ya sabéis, hoy tenemos una reunión un tanto especial, porque nos visitan dos guardias civiles en el ejercicio de sus funciones. Están investigando un caso y parece ser que nosotros podríamos ayudarles a resolverlo —Raúl observó a la gente cuchichear y mirarles, mientras la psiquiatra hacía una breve pausa antes de dirigirse hacia ellos—. Yo soy Cristina y llevo cuatro años ocupándome de las reuniones. Mi labor y la de Ana, mi compañera, es asistir a los voluntarios en todo lo posible. Les damos formación continua para poder resolver mejor cierto tipo de llamadas, así como herramientas para lidiar con los sentimientos que esta maravillosa tarea que realizan pueda despertar en ellos. No es un trabajo fácil, se lo aseguro. A veces oyen historias muy duras —Cristina hizo una pausa para dar un pequeño sorbo de su vaso de agua—. Además, aprovechamos estas reuniones para informarnos sobre llamadas que hayan resultado especialmente difíciles o aquellas que consideremos tienen especial relevancia por la posibilidad de que la persona que la realiza pueda volver a contactarnos. Si les parece, comenzaremos nuestra sesión y, durante el descanso, en unos tres cuartos de hora, podrán comenzar a hablar con nosotros.

Delicao y González aprovecharon aquel rato para observar a los voluntarios. Era un grupo de lo más variopinto. Bien podría haber sido una reunión organizada por el Imsero, a juzgar por la media de edad. Sin embargo, aquellas no eran personas afables que hablaban del tiempo o de sus recuerdos, sino que compartían historias muy duras, a veces devastadoras, con un tono de voz absolutamente neutral, quizás por los años de práctica. Solo la voluntaria más joven, la treintañera, pareció emocionarse al describir una llamada de una mujer que decía que quería huir

de casa con sus dos hijos pequeños porque su marido, alcohólico, les maltrataba. Olivia, que se sentaba a su lado, le ofreció un pañuelo y una galletita de mantequilla de una fuente que reposaba en el centro de la mesa para que todos pudieran ir picando durante la sesión, con la esperanza de que aquello le consolara.

Efectivamente, a los tres cuartos de hora Cristina anunció un descanso de quince minutos. Mientras los voluntarios se levantaban rumbo a la cocina para prepararse un refrigerio, todos mirando a González y Delicao a su paso, la psiquiatra se dirigió a ellos.

—¿Podríamos Ana o yo ayudarles en algo?

—Verán —les explicó el cabo mayor—, estamos investigando un caso desde hace meses. Sabemos que al menos una de las víctimas llamó con regularidad a su número y nos gustaría saber quién habló con ella y, si es posible, sobre qué. Pensamos que podría ayudarnos.

—Imagino que Olivia ya les explicaría que saber exactamente quién habló con ella será muy complicado, ya que no registramos las llamadas y varios voluntarios trabajan a la vez durante los diferentes turnos. Sí podremos saber, si nos muestras las fechas y horas, quiénes estaban aquí en esos días, y quizás si hablan ustedes con ellos, sabrán ayudarles. Debo decirles de todos modos que no estamos hoy todos los que somos. En total colaboran con el centro veintidós voluntarios, pero por unas razones u otras, rara vez conseguimos reunirlos a todos los martes.

—Ya... Quizás podamos ponernos en contacto con los que se han ausentado telefónicamente. Aquí tiene una copia de las llamadas realizadas al Teléfono de la Ilusión, con las fechas, horas y duración de cada una. Si quiere quédese la y me contacta cuando tengan algo. Lo que sea. Y, en cualquier caso, sí nos gustaría preguntar al grupo un par de cosas, si no es molestia.

—Por supuesto. La última media hora de la reunión está dedicada a preguntas y comentarios. Pueden ustedes plantear las cuestiones que desean en ese momento.

Pronto regresaron los voluntarios a sus puestos y Nacho y Raúl escucharon atentamente sus historias y también sus quejas, que las había. A ratos aquellas mujeres parecían colegialas con discusiones de patio de escuela. Se vertían acusaciones de unas a otras que las psiquiatras trataban de paliar como maestras aplicadas. Tan solo el hombre permanecía en silencio.

Las disputas versaban sobre temas técnicos fundamentalmente. A Delicao le quedó algo claro: por el motivo que fuera, el sistema de registro para las estadísticas no satisfacía a todas las voluntarias. La mayoría encontraba el programa complicado y unas y otras se echaban en cara el no haber sabido rellenar el formulario correctamente, afectando así los resultados de los escrutinios.

De vez en cuando Cristina miraba a los guardias con ojos suplicantes, como tratando de disculparse sin palabras. Transcurridos varios minutos, ella misma anunció que era ya mediodía y debían dar por finalizadas las discusiones, pero solicitó a los voluntarios que por favor se quedaran unos minutos para escuchar lo que los guardias civiles tenían que decirles. Se hizo un silencio absoluto en aquella sala, el primero desde que llegaron a ella hacía algo más de dos horas.

González se puso de pie, carraspeó y comenzó a explicarles la razón de su visita.

—Buenos días a todos. Mi compañero y yo hemos venido hoy a verles en el marco de una investigación que estamos llevando a cabo —de nuevo comenzaron los cuchicheos entre los

voluntarios, de modo que Nacho elevó ligeramente la voz—. Pensamos que quizás alguno de ustedes pueda ayudarnos. Sabemos que al menos una de las víctimas llamó repetidas veces al Teléfono de la Ilusión entre el cinco de julio y el quince de agosto —entonces se empezaron a escuchar resoplidos y chasquidos de lengua entre los asistentes, evidenciando la dificultad de tratar de recordar llamadas de hacía más de dos meses—. Entendemos que no registran ustedes las llamadas y que lo que les pedimos es, por tanto, complicado pero, por favor, escúchenme y si alguien recuerda algo, lo que sea, que se acerque cuando yo termine de hablar y me lo comunique. Como les iba diciendo, nos consta que al menos una de las víctimas llamó a este número. Se trataría de una mujer recientemente embarazada pero que muy probablemente no deseaba estarlo, aunque no lo sabemos a ciencia cierta. Sí sabemos que tenía problemas con su expareja, que además es quien la dejó embarazada, y que tenía otros cuatro hijos con él.

—Es que si supieran ustedes la cantidad de mujeres que llaman porque las han violado o porque se han quedado embarazadas por un descuido y quieren abortar o se lo están planteando —protestó entonces una de las voluntarias. Lucía unas lentes de pasta con una montura gigantesca, estilo años setenta. Delicao estaba convencido de que probablemente las llevaba desde entonces. El pelo, prácticamente blanco en su enteridad, lo llevaba recogido en un moño prieto, lo cual le hacía parecer probablemente mayor de lo que realmente era.

—Bueno, señora, usted no se preocupe. Entendemos que no sepan discernir si las llamadas atañen al caso o no, pero cualquier información sobre cualquier llamada del estilo que les he explicado nos será de gran ayuda. Y, por ejemplo, si les consta que la misma mujer llamó más de una vez para hablar sobre un asunto como el descrito, no duden en comunicarlo. Recuerden que la víctima llamó —González hizo una pausa para observar sus papeles— ocho veces de primeros de julio a mediados de agosto. La mayoría de llamadas ocurrieron en los primeros días ¿Tienen alguna pregunta?

Entonces el hombre, que había pasado las últimas horas en silencio, levantó la mano y el cabo mayor le hizo un gesto de cabeza para animarle a hablar.

—¿Qué les pasó a las víctimas? —sus compañeras emitieron sonidos de asombro, volvieron a susurrar entre ellas y a mirar una y otra vez al hombre y a los guardias.

—Lamentablemente eso no es algo que podamos discutir con ustedes. Por favor, céntrense solo en lo que les hemos pedido. Y, si no le importa, ¿podríamos charlar con usted cuando acabe la reunión?.

—Si me lo permite el cabo mayor —intervino entonces Ana, la otra psiquiatra, que hasta entonces solo había tomado notas durante la reunión—, me gustaría sugerir que los que hayáis recibido alguna llamada del estilo mencionado, la anotéis en una hoja de vuestros cuadernos, incluyendo la fecha aproximada en que creéis que ocurrió. Apuntad también vuestro nombre y contacto y después entregádselo a nuestros invitados. Así facilitaremos todo esto —y miró sonriente a González solicitando su aprobación.

—Muy buena idea, gracias —confirmó él—. En cualquier caso estaremos aquí el tiempo que haga falta por si alguien quiere hablar con nosotros. Por otro lado, —añadió dirigiéndose hacia las psiquiatras— nos gustaría también hablar con ustedes para que nos cuenten cualquier llamada que estimen oportuna que haya podido discutirse durante las reuniones.

Así, terminó la reunión y, mientras las voluntarias permanecían sentadas anotando en sus cuadernos, González invitó al único hombre a la cocina, tras consultarlo con Cristina, para poder

charlar más tranquilamente con él allí. Delicaco comenzaría hablando con Ana en su despacho, mientras Cristina se quedaba a supervisar a las voluntarias por si les surgía alguna duda o comentario.

—Gracias por su tiempo, señor...

—Absudia, pero llámeme Alfonso, por favor. Aquí todos nos hablamos por nuestro nombre de pila —respondió el hombre evidentemente nervioso. Era un tipo que rondaría los cincuenta años, con un obvio sobrepeso y barba gris mal arreglada. Llevaba una camiseta en color negro con una frase en el centro que se dilataba por efecto del tamaño de su abdomen, y leía “Me gusta tener amigos raros. Son más divertidos”. A juzgar por el olor a rancio que a González le llegaba, debía haberla usado varios días seguidos. Quizás fuera su favorita.

—Muy bien, Alfonso. Ante todo, sepa usted que estamos aquí solo para obtener información, de modo que no hay motivo alguno para estar nervioso. Sin embargo, me gustaría que me aclarara usted un par cosas, si no es molestia. La primera, ¿por qué ha estado usted tan callado en la reunión? ¿Es siempre así?

—Bueno, salvo cuando me parece que merece la pena compartir alguna llamada, prefiero estar en silencio. No sé si se habrá dado cuenta, pero a veces las reuniones parecen auténticos akelarres, con unas y otras discutiendo sobre asuntos que quizás no sean tan relevantes para el propósito de nuestra misión. Nos apuntamos como voluntarios para brindar apoyo a gente que realmente lo necesita y siente que no puede acudir a nadie más, y hay quién aquí ha olvidado eso.

—Le entiendo. Y, dígame Alfonso, ¿por qué quería usted saber cómo murieron las víctimas que nos han traído hasta aquí? —el hombre, que de por sí tenía la cara algo roja como consecuencia de la congestión que la gordura le proporcionaba, se puso aún más colorado. Se pasó una mano enorme, con las uñas quizás demasiado largas y más bien sucias, por la cara antes de responder.

—Simple curiosidad. He leído en alguna parte que estaban apareciendo cadáveres de embarazadas y he pensado que quizás esto estaba relacionado. Créame que no tengo ningún interés particular en su caso.

—Claro, Alfonso. Me queda una tercera y última pregunta, ¿recuerda usted alguna llamada de las características que hemos comentado?

—Que yo recuerde, en los últimos meses yo he recibido tres llamadas de mujeres embarazadas que lo mantenían en secreto. Una fue hace un par de semanas, una chica que parecía muy jovencita. Se había quedado embarazada por hacer el tonto con el novio y quería simplemente información sobre lugares a los que acudir para que le practicaran un aborto. Yo no juzgo. Me dio pena, pero aquí no juzgamos, solo apoyamos y proporcionamos la ayuda que se nos solicita, siempre que nos sea posible.

—¿Y las otras dos llamadas?

—Las otras no las recuerdo demasiado bien, fueron ya hace algún tiempo. Una era una mujer de más edad. Quiero decir que no era tan joven como la que le acabo de describir. Lloraba mucho, así que no pude entender bien lo que explicaba. Al cabo de un rato colgó sin haber aclarado mucho más que el hecho de estar embarazada. A veces cuelgan así, sin más. Quizás porque llega alguien que no quieren que oiga la conversación, o simplemente porque no se sienten preparados para seguir abriéndose a nosotros —el hombre hizo una pausa para suspirar. Ya se mostraba más tranquilo—. La última que recuerdo era una señora que sonaba sorprendentemente tranquila, aunque sí comentó que no podía tener más hijos por su situación económica y que se planteaba

interrumpir el embarazo.

—¿Mencionó esa mujer algo de su marido o su expareja?

—Creo recordar que la relación con el marido no era la mejor, pero ya le digo que fue hace varias semanas y no sabría decirle todos los detalles.

—Muchas gracias, Alfonso. Nos ha sido usted de gran ayuda. Por favor, guarde mi número por si se le ocurre algo más.

—Claro —el hombre se guardó la tarjeta que González acababa de darle—. ¿Puedo irme ya?

—Por supuesto.

Delicao salió de la sala de reuniones siguiendo a Ana, la segunda psiquiatra. Parecía casi una estudiante, aunque vestía con sobriedad, quizás demasiada para su edad, aunque era posible que lo hiciera precisamente por eso, para aparentar ser mayor de lo que en realidad era. Caminaba a buen ritmo, dándose la vuelta de vez en cuando para asegurarse de que Raúl la seguía, pese a que en aquel pasillo no había más opciones que la de seguir recto o subir las escaleras. Cruzaron la recepción y atravesaron una cortina en tonos verdes que quedaba a la derecha de la puerta principal. Delicao no se había fijado en ella cuando entraron. Tras aquel trozo de tela se escondía el despacho al que Ana se había referido. Era un espacio angosto que pertenecía realmente a la entrada, donde habían colocado una mesa y dos sillas. No tenía ventana alguna, pero sí dos lámparas que la joven encendió inmediatamente.

—Disculpe usted el despacho. Es el único espacio algo privado con el que contamos.

—No se disculpe. Pero, perdone usted que yo le pregunté, ¿esto antes era vivienda?

—Creo que era un espacio comercial, por eso la sala de reuniones tiene esos ventanales. Y donde estamos era zona de almacén. Y me parece que donde ahora están la cocina y el lavabo, antes había solo un lavabo más amplio. Luego, en la planta de arriba, no sé bien qué había, pero ahora es donde tenemos la sala con los teléfonos. Es un espacio pequeño, nos da para ocho mesitas, cada una con su aparato.

—O sea que como mucho trabajan ocho voluntarios a la vez —añadió Raúl mientras la psiquiatra asentía—. Bueno, querría hacerle algunas preguntas rutinarias, si no es molestia.

—Claro, por supuesto. Usted dirá.

Delicao dedicó el siguiente cuarto de hora a hablar con Ana, que resultó apellidarse Penas, un nombre familiar que también daba de sí, como el suyo, y más dedicándose a lo que se dedicaba. Charlaron un par de minutos sobre lo que llevar tales apellidos conllevaba.

—Créame, cabo Delicao, si le digo que los psiquiatras también necesitamos ayuda. Yo soy el ejemplo más claro —y sonrió risueña.

Ana Penas explicó, respondiendo a las preguntas de Raúl, que llevaba solo seis meses colaborando de manera altruista con el Teléfono de la Ilusión. Trabajaba en un gabinete cercano, del que también era empleada Cristina, que además fue quien la contrató. Cuando le habló de la labor que ella misma llevaba haciendo años, Ana no lo dudó y decidió unirse al equipo. Su trabajo consistía fundamentalmente en tomar notas, porque aunque las llamadas no se registraban, sí se preparaban minutas de las reuniones de los martes que luego se enviaban por email a todos

los voluntarios.

—¿Podríamos obtener copias de todas las minutas desde comienzos de julio hasta ahora?

—Por supuesto. En cuanto vuelva al despacho se las envío. Le mandaré todas las que tengo desde que comencé a colaborar aquí.

Explicó también que ella no conocía bien a todos los voluntarios porque, si bien las reuniones de los martes eran en principio obligatorias, no todos asistían regularmente y ella solo visitaba el centro con ese fin, como también lo hacía Cristina.

—Lo que sí le puedo asegurar es que es gente que ayuda sin esperar nada a cambio, de modo que, si saben algo que pueda facilitarles su investigación, no dude que se lo comunicarán. Son buena gente.

Al terminar la conversación, Ana se quedó en el despacho para preparar el resumen de la reunión y Delicao volvió a la sala grande, donde Cristina y las voluntarias estaban ya acompañadas por González.

Durante la siguiente hora y media, González y Delicao fueron recopilando hojas de papel que les entregaban las voluntarias y escuchando alguna que otra historia que estimaban podría interesar a los guardias. Cuando la última de ellas se hubo marchado, González le pidió a Cristina charlar unos minutos más para que pudiera aclararles cómo funcionaba aquella organización. Aparte de lo que Olivia ya le explicó a Delicao en su momento, supieron entonces que a los voluntarios se les realizaban una serie de pruebas para después poder regalar parte de su tiempo de manera desinteresada a personas que realmente necesitaban alguien que les escuchara sin juzgar. Se trataba fundamentalmente de rellenar un formulario, pasar una entrevista con las psiquiatras y comprometerse a acudir a todas las reuniones de los martes, salvo fuerza mayor.

—Pero, como habrán comprobado, el último punto no todos lo cumplen. No obstante, no contamos con tantos voluntarios como nos gustaría, de modo que hacemos la vista gorda.

Por fin para las tres de la tarde abandonaban el edificio. A esa hora el portero no estaba en la entrada y Raúl sintió cierto alivio y agradeció la bendita tradición de la siesta.

Decidieron comparar impresiones sobre aquella mañana con un buen plato del día delante. Mientras Nacho conducía, Raúl llamó a Bárbara para informarle de que habían terminado y pasarían por el café de al lado de la Unidad a comer algo. Ella ya había comido, pero se reuniría con ellos en cualquier caso para conocer las novedades.

LAS CASUALIDADES NO EXISTEN



Aquel día tocaba un clásico que Delicao no había tenido el placer de degustar nunca, patatas a la riojana. Nada más servirles Segundo los humeantes platos, se acabó la conversación y comieron con avidez hasta la llegada de Basurto.

—Bueno, pues vosotros diréis —dijo por todo saludo provocando el sobresalto de sus compañeros, que devoraban concienzudamente su guiso sentados en la barra y, por tanto, de espaldas a la entrada del local.

González dedicó un buen cuarto de hora a resumir lo que habían averiguado. La brigada le escuchaba con atención, asintiendo de vez en cuando o haciendo alguna pregunta breve que le ayudara a aclarar ciertos puntos.

—Esperemos que dé su fruto la incursión y saquemos algo en claro de las llamadas que han compartido con vosotros los voluntarios.

—Yo puedo analizar todo esto más tarde —se ofreció voluntario Nacho mostrando las hojas de papel de cuaderno en las que cada participante de la reunión había anotado las llamadas que consideraban relevantes para el caso.

—A mí Ana, la segunda psiquiatra, me dijo que hoy mismo en cuanto volviera al despacho me mandaba las minutas de las reuniones desde que ella se encarga de tomar notas. Si alguno de los voluntarios compartió alguna llamada que pueda interesarnos, os lo haré saber.

—Buen trabajo, Delicao —le sonrió Bárbara satisfecha—. Pues yo también tengo buenas noticias. EL juez Pruñonosa nos ha concedido la orden. Ha sido ahora mismo, justo cuando me habéis llamado así que, si habéis terminado, lo suyo sería volver a la Unidad y comenzar a contactar empresas de telefonía.

La tarea resultó ser más sencilla de lo que esperaban. Salvo Estíbaliz, la víctima más joven, casualmente el resto tenían contratados los servicios de la misma empresa para sus teléfonos móviles, Teleplus, que se mostró en todo momento dispuesta a colaborar, aunque reconoció que llevaría un par de días poderles enviar los registros de llamadas. Por su parte, JauneNet, la empresa con la que Estíbaliz había contratado su pack de telefonía móvil, convino enviarles la información a la mañana siguiente.

Tan solo dos de las víctimas contaban con línea fija en sus hogares. Estíbaliz, la primera en ser asesinada pero segunda en aparecer, por vivir en casa de sus padres probablemente, porque hoy en día era raro que la gente tuviera teléfono fijo, y más aquella generación que tendía a comunicarse más por *whatsapps* y por *likes* que por llamadas. Y Antonia, la primera víctima, la de más edad hasta el momento. Revisarían también los registros de esos números, por si hubiera alguna llamada al Teléfono de la Ilusión que pudiera ayudar a los voluntarios a recordar cualquier dato significativo.

El resto de la tarde la dedicaron a analizar y contrastar la información proporcionada por los voluntarios con la que contenían los informes de las reuniones que Ana diligentemente había enviado a Delicao justo después de comer.

—Esta llamada que consta en la reunión del trece de abril podría referirse a Estíbaliz Guzmán —González tendió un par de hojas de papel para que sus compañeros pudieran observarlas.

—Podría ser —confirmó la brigada tras leer el documento rápidamente—. Habla de haber sido víctima de abusos desde niña por parte de un amigo de la familia, dice estar embarazada y se muestra desconsolada porque no puede ocuparse de la criatura ni confiar en nadie para que le ayude. La llamada la recibió una tal Dita, que destacó que, por la voz, la mujer que llamó parecía muy joven, quizás menor de edad. Convendrá contactar a las psiquiatras y que nos faciliten su contacto. Estaría bien charlar con ella detenidamente, a ver si sabe decirnos algo más.

Esa fue la única llamada que les cuadraba con otra de las víctimas, pero era mucho. Si se demostraba que correspondía realmente a Estíbaliz Guzmán, supondría que al menos la mitad de las víctimas habían recurrido a una línea de ayuda.

—Sí que tiene toda la pinta de ser la víctima encontrada en Toledo —reafirmó Delicao excitado mientras anotaba los datos en su cuaderno de notas, al que le quedaban ya pocas páginas en blanco.

—¿No os parece mucha casualidad que dos de las víctimas justo llamasen al Teléfono de la Ilusión para compartir sus penas?

—¡Exacto, Nacho! ¡Las casualidades no existen!

Entre los tres, y con la inyección de adrenalina que les había proporcionado el hallazgo, apenas tardaron dos horas más en analizar el resto de papeles y minutas. En torno a las nueve de la noche se mostraban ya exhaustos y algo abatidos. No había ni rastro de absolutamente nada más.

—¡Eh! ¡Animad esas caras! Si mañana comprobamos que Estíbaliz Guzmán llamó al mismo número que Virginia, entonces tendremos claro que al menos dos de las mujeres tenían algo más en común aparte de sus embarazos.

—¿Y eso que querría decir, mi brigada? —Delicao estaba ya tan fatigado que apenas podía sacar sus propias conclusiones.

—Bueno, puede significar muchas cosas. Es posible, por ejemplo, que el Teléfono de la Ilusión esté pinchado y alguien esté teniendo acceso a las llamadas, o que alguno de los voluntarios o las psiquiatras no estén respetando la cláusula de confidencialidad y estén compartiendo las conversaciones con alguna persona cercana. En fin, las posibilidades son múltiples, pero desde luego acotaríamos algo el círculo en el que buscar.

Se hizo un silencio breve, pero definitivamente denso, de esos que uno siente que puede tocarlo y que, si lo respira, quizás le atragante.

—También es posible que la persona que andamos buscando sea una mujer —Raúl lo dijo bajito, con la mirada fija en su cuaderno y sin alterar el gesto. Tanto fue así que Nacho y Bárbara

tardaron unas milésimas de segundo de más en procesar lo que acababan de oír

—¿Las mujeres del Teléfono? ¡Pero si eran todas de la edad de mi madre por lo menos!

—No todas, Nacho. Había una joven, están las psiquiatras. O, yo que sé, puede que efectivamente alguna persona de allí no respete la confidencialidad, aunque sea inconscientemente, y se lo haya contado a alguien y ese alguien sea nuestro asesino, pero no hay que descartar la posibilidad de que sea mujer.

El cabo se sintió como si acabara de vomitar una enorme bola de cemento que llevaba desde aquella mañana machacándole las entrañas. Desde que Suárez lo mencionara, no había parado de darle vueltas a la posibilidad. Lo habían descartado tácitamente desde el principio, probablemente porque no les había parecido plausible que una mujer cargara con el peso de las víctimas para colocarlas en el escenario adecuado, como si fueran maniqués o esculturas. Y, además, porque de algún modo parecía impensable que una mujer fuera capaz de liquidar de aquella manera a chicas embarazadas. Resultaba contra Natura.

Era bien sabido que las veces que salía en los medios, por ejemplo, un crimen cometido por una mujer que implicaba a niños, a veces incluso a sus propios hijos, la opinión pública se escandalizaba. A todos costaba comprender tal atrocidad. Nunca las reacciones eran tales cuando el asesino era un hombre, por irracional que pareciera. Quizás porque la gente asume un instinto materno innato a las mujeres, un instinto protector que hace impensable que sean capaces de cometer ciertas atrocidades. Pero la historia había demostrado en numerosas ocasiones que no tenía porqué ser así y quizás, una vez más, se encontraban ante una de aquellas aberraciones.

Basurto intervino manifestando una de esas dudas.

—A ver, podría ser, pero ¿por qué unas mujeres que dedican su tiempo de manera altruista a ayudar, cometerían unos crímenes semejantes? Y, además, si es mujer, habrá tenido que contar con ayuda, ¿no? ¿Cómo trasladar esos cuerpos? Eso requiere fuerza —pero no sonaba convencida del todo.

—Bueno, yo esta mañana me he permitido investigar un poco y la verdad es que ese es otro de esos tópicos sobre las mujeres, lo del sexo débil y todo eso. La realidad es que una señora que entrene, con pesas imagino y con ejercicios similares, puede levantar prácticamente su peso sin problema.

De nuevo un silencio. Un silencio incómodo, profundo, que casi permitía escuchar los pensamientos que a los tres les rondaban por la cabeza en aquellos momentos. La brigada se culpaba por no haber pensado en aquella opción. Aunque jamás la descartó, simplemente no pensó en ella. Al ser las víctimas mujeres pero, sobre todo, al encontrarlas siempre en lugares diferentes a donde eran probablemente asesinadas, asumió que el asesino debía ser un hombre. Error de principiante, se dijo a sí misma una y otra vez.

Nacho, que conocía a Bárbara mejor de lo que a ella le gustaba admitir, vio su expresión rígida, los labios apretados, los músculos de la cara tensos, los ojos entrecerrados, y no pudo evitar intervenir.

—Puede que sea mujer o puede que no. Jamás descartamos esa posibilidad, simplemente nunca la verbalizamos porque probablemente todos asumimos de manera casi inconsciente lo que

parece más lógico dados los datos con los que contamos, que sea un hombre. No te tortures. Este trabajo no es mecánico. Tú lo sabes mejor que nadie. Vamos por el buen camino, lo intuyo. Sigamos así, pasito a paso, compartiendo impresiones y analizando cada posible ruta que se nos vaya presentando.

La brigada asintió con gesto fatigado y por fin levantó la mirada. La clavó en González, aún turbia, pero pronto la relajó, le dedicó una medio sonrisa y suspiró profundamente.

—Vayámonos a casa. Nos convendrá descansar. Mañana tendremos los registros de las llamadas y podremos ver si realmente era Estíbaliz quién llamó.

LA EXCEPCIÓN QUE CONFIRMA LA REGLA



No habían dado las nueve de la mañana en el enorme reloj que presidía una de las paredes de la UCO cuando a Basurto le sonó el teléfono. Al otro lado de la línea le habló una teleoperadora que, sin casi escucharle, se limitó a pedirle con tono metálico que por favor esperase unos segundos a que conectara la llamada. Efectivamente, solo un poco después Bárbara hablaba con la Directora General de JauneNet, que le confirmaba que los documentos estaban listos y los estaban enviando a su cuenta de correo electrónico en esos mismos instantes. No esperó a que la mujer se despidiera para refrescar su bandeja de entrada y observar con satisfacción el nuevo mensaje que aparecía en pantalla.

Cuando por fin hubo colgado, imprimió el informe de la empresa telefónica y le pidió a Delicao que avisara a González y se reunieran con ella en la sala de reuniones pequeña.

—No son muchas hojas, pongámonos a ello —ordenó la brigada—. ¿Nacho, la llamada que marcaste ayer de qué fecha era exactamente?

—Se discutió en la reunión del Teléfono de la Ilusión del trece de abril —respondió el cabo mayor escueto, deslizando la mirada sobre los papeles que acababa de imprimir la brigada—. ¡Aquí está! ¡Concuerta!

Mientras Nacho marcaba con su bolígrafo una de las llamadas del informe de JauneNet, Bárbara y Raúl se acercaron aún más para observarlo con sus propios ojos. Efectivamente, el once de abril a las once horas y catorce minutos, Estíbaliz llamó al Teléfono de la Ilusión. La llamada duró solo diecisiete minutos, pero era suficiente.

—Hay que hablar con la tal Dito cuanto antes —comenzó a decir Basurto. Pero en ese momento Delicao la interrumpió.

—¡Mi brigada, mira! Hay otra llamada justo a la mañana siguiente del día de la reunión, el catorce de abril, sobre la misma hora. Y luego otra más el día dieciséis, de nuevo en torno al mediodía.

—Debemos volver a visitar a los voluntarios. Necesitamos que recuerden todas estas llamadas. Delicao, ¿por qué no contactas con las psiquiatras y les pides que por favor organicen una reunión extraordinaria? Insísteles en la necesidad de que todos los voluntarios estén presentes. Yo voy a contactar a Teleplus de nuevo. Entiendo que hablaron de unos dos días, pero necesitamos la información cuanto antes.

Raúl cumplió con la orden. Cristina, la psiquiatra que lideraba las reuniones, no respondió a la llamada, pero Ana lo hizo inmediatamente y le saludó por su nombre antes de que él pudiera ni tan siquiera dar los buenos días. El cabo se quedó momentáneamente sin palabras, hasta que ella

le aclaró que había guardado su número por si se le ocurría algún dato más que pudiera resultar útil para el caso. Después de explicarle Delicao el motivo principal de aquella conversación, Ana confirmó que hablaría con Cristina en cuanto terminara la consulta que le había impedido responder a su llamada y se pondrían en contacto con él lo antes posible.

—¿Qué? —le preguntó González cuando colgó.

—Nada... Que tenemos que esperar un rato a que hable con Cristina y convoquen a los voluntarios.

—Esperemos que todos estén disponibles para hoy mismo.

—Necesito una tila.

—Te acompaño a por ella e igual hasta me animo a probar una —sugirió el cabo mayor viendo que Bárbara aún estaba al teléfono.

Humeaban dos tazas de tila en las manos de los cabos cuando la brigada entró en la cocina. Miró extrañada a González, más proclive a tomar cafés cargados, y este se limitó a encogerse de hombros.

—Una hora. Nos piden una hora y tendremos todos los registros de llamadas de Antonia Blásquez y Florencia Anguita. Nos envían también las de Virginia Ridruejo que, pese a tener su teléfono, no está de más.

Aquellos sesenta minutos, que finalmente resultaron ser casi setenta, se les hicieron eternos. Raúl se dedicó a borrar y volver a escribir anotaciones en su mural y a recolocar algunas de las fotografías. Nacho revisó de nuevo los registros de las llamadas de Estíbaliz y Virginia al ritmo de los golpecitos que daba a su mesa con un lapicero, para disgusto de su compañero de enfrente que le pidió lo menos tres veces que por favor parara para permitirle concentrarse en el informe que estaba elaborando. Por su parte, Bárbara se metió en su mundo, hermética, pensando en quién sabía qué mientras dejaba que los minutos pasaran lentos.

Por fin sonó el aviso de un nuevo mensaje en su ordenador y pudo comprobar que era lo que esperaban. Descargó los documentos, los imprimió y llamó a sus dos compañeros. Dividieron los papeles entre los tres y comenzaron a analizarlos.

—¡Madre mía! —exclamó Delicao agitando los papeles correspondientes a las llamadas de Florencia, la última víctima— Mirad esto, llamó tres veces. Las dos primeras el mismo día, el cuatro de septiembre. Dos llamadas bastante breves, ninguna supera los diez minutos. La siguiente llamada fue al día siguiente, algo más larga esta vez. Y ya no constan más.

—¿A qué hora llamó? —habló Basurto.

—Las tres veces por la tarde, entre las siete y las ocho.

Volvieron a volcarse en los papeles, aún con más ganas, frenéticamente, gracias al impulso que les había proporcionado ese nuevo descubrimiento.

A los pocos minutos lo habían revisado todo.

—Vamos a tu mural, Raúl —ordenó Bárbara incorporándose. Delicao le dedicó una sonrisa

nerviosa a González, que este le devolvió con gesto paternal.

Ya frente al enorme papel que cubría la pared, Bárbara le pidió al cabo que hiciera los honores.

—Ve apuntando las llamadas realizadas por cada una de las víctimas —esperó pacientemente mientras él cumplía con la orden—. Es imposible, ¿verdad? No parece tener ningún sentido.

Efectivamente, Delicao había apuntado llamadas con sus fechas y horas para las tres últimas víctimas. Sin embargo, en los registros de los teléfonos de Antonia Blásquez, tanto para la línea fija como para el móvil, no habían encontrado llamada alguna al Teléfono de la Ilusión.

—De nuevo se convierte en la excepción que confirma la regla, supongo —musitó Raúl.

—Su embarazo fue deseado, por lo que sabemos, y no llamó al Teléfono de la Ilusión.

—Lo único que tiene en común con el resto de víctimas es el embarazo en sí.

—Y además el suyo fue por tratamiento, no natural como en el resto de casos —apuntó González con la mirada clavada en el nombre de la primera víctima.

Basurto tomó el lapicero rojo de Delicao y rodeo el nombre de Antonia numerosas veces.

—¿Qué se nos escapa? —susurró para sí misma.

Por fin recibieron una llamada de Cristina un par de horas después confirmando que todos los voluntarios estarían disponibles a las siete de la tarde para hablar con ellos, salvo Beatriz Mesa, a la que acababan de operar de cataratas y que llevaba cinco días de baja.

De modo que cuando aún faltaban diez minutos para las siete en punto, González y Delicao, esta vez acompañados por Basurto, entraban en el edificio cuyo bajo albergaba la sede del Teléfono de la Ilusión, bajo la atónita mirada del portero, que comenzaba a desarrollar cierta intriga por tanto ir y venir de miembros de la Benemérita. Como ya conocían el camino, Olivia, que de nuevo estaba en la recepción, les invitó simplemente a pasar sin dar más explicaciones, después de introducirse a la brigada. Ella cerró la comparsa, uniéndose a la reunión.

En total pudieron contar esta vez veintidós voluntarios, de los que solo dos eran hombres. La media de edad, como ya observaron el martes, rondaba por lo menos los sesenta con contadas excepciones.

Esta vez fue Basurto quien dirigió la reunión. Sin entrar en detalles que no venían a cuento, les explicó que iban a mencionar una serie de llamadas y querían que, si alguien recordaba haberlas tomado, aunque tuviera dudas al respecto, levantara la mano y comentara lo que sabía.

Comenzó la brigada aludiendo a las llamadas realizadas por Virginia Ridruejo, que había telefoneado a diario durante semanas. Contó un poco sobre la víctima, la relación con su expareja, el número de hijos que tenía, por ver si eso le refrescaba la memoria a alguien. Después, se hizo un silencio mientras algunos voluntarios levantaban la mano. Entre ellos estaba Alfonso Absudia, que confirmó lo que ya le contara a González el martes. Él había hablado hacía varias semanas

con una mujer que, pese a que sonaba tranquila, le explicó que estaba embarazada y no podía tener el niño porque no tenía medios para mantenerlo por tener ya varios hijos y una nefasta relación con su marido. Al parecer no entró en detalles sobre su esposo ni por qué el matrimonio no funcionaba. Es más, Alfonso Absudia aseguró que ella en ningún momento se refirió a él como su ex.

También levantó la mano la mujer de las lentes de pasta con montura años sesenta, la que en la última reunión se quejaba de tener que recordar cada llamada de mujeres portadoras de embarazos no deseados.

—Hola, mi nombre es Dito. Yo recuerdo también haber hablado con alguien que compartió una historia similar a la de Alfonso.

—¿Y por qué no se lo mencionó el resto? —la que preguntaba era Basurto, porque Delicao y González simplemente permanecían de pie justo detrás de ella, por la falta de más sillas, observando a los asistentes sin moverse ni un ápice, cual estatuas de sal.

—Bueno, pues porque solo compartimos las llamadas que nos parecen de especial relevancia y su historia parecía como otras muchas y no sonaba especialmente alterada —Dito hablaba con cierta soberbia y mostrando una pizca de hastío por tener que pasar su tarde metida en aquella sala rememorando llamadas pasadas.

Entonces intervino Cristina dirigiéndose a Bárbara.

—Verá, como ya explicamos a sus compañeros, los martes solo compartimos las llamadas que han alertado especialmente a los voluntarios, quizás por el contenido de la misma, si alguien comparte con nosotros que ha sido víctima de algún abuso o si tiene intención de suicidarse, por ejemplo, o porque el voluntario que respondió a la llamada sienta una preocupación especial por la persona que llamó y quiera saber si ha vuelto a llamar o si lo hará de nuevo.

Basurto escuchó a las otras dos voluntarias que habían levantado la mano, y la información que compartieron fue muy similar a lo que ya sabían. Sin embargo, sí que una de ellas confirmó haber mencionado la historia de la mujer en la reunión.

—Sentí especial empatía por ella porque yo también soy madre de cuatro hijos y además soy divorciada. Ella no mencionó en ningún momento estar ni siquiera separada, pero sí comentó, como ha dicho Alfonso, que la relación con el marido no era buena —la que hablaba era una mujer que rondaría los cincuenta años, entrada en carnes, con mejillas sonrosadas y aspecto afable.

—Gracias. ¿Podría decirme su nombre?

—Claro, María Martínez.

—Y, si la señora Martínez compartió con ustedes la llamada —mientras Basurto hablaba se oía crujir de papeles. Delicao revisaba las minutas de las reuniones para identificar la conversación que, efectivamente, aparecía marcada en amarillo durante la última reunión de julio —, ¿por qué nadie más comunicó después haber hablado con la misma mujer?

—Como ya le he dicho, a veces los voluntarios no consideran que sea necesario compartir ciertas llamadas, y nosotras lo dejamos a su criterio. Verá, por lo que sabemos, los datos que compartió esta señora eran bastante genéricos, nada destacaba especialmente. Escuchamos

muchísimos casos similares. Ese podría ser un buen motivo por el cual nadie más la identificó como la misma persona que habló con María.

Claramente no iba a conseguir sacar más información con respecto a Virginia Ridruejo, de modo que Bárbara decidió entonces centrarse en las llamadas realizadas por Estíbaliz. Era todavía una niña y eso debió reflejarse en su voz, por lo que quizás los voluntarios la recordaran con más facilidad. Además, se aseguró de explicar que había sufrido abusos por parte de un amigo de la familia. Dudaba que consideraran eso como una llamada genérica.

De nuevo Dito levantó la mano. Como ya sabían por los datos de las minutas que Delicao recibiera de Ana, ella había hablado con Estíbaliz y comentó la llamada en la reunión que hubo un par de días después de recibirla. Compartió todos los detalles que recordaba y que ya conocían. No había ningún dato nuevo, ninguna referencia a ningún novio o a algún amigo que pudiera haber salido con ella la noche que desapareció.

—Esta misma niña llamó otras dos veces tan solo días después de la reunión del trece de abril, cuando Dito compartió con ustedes la conversación que mantuvo con ella. ¿Nadie la recuerda? —comenzaron los murmullos a extenderse por la sala. Nadie sabía nada, si hubieran recibido una llamada similar por supuesto que lo habrían mencionado. Menuda pena, una chiquilla tan joven y sufrir ya de esa manera.

No parecían estar llegando a ninguna parte con aquella reunión. Basurto comenzaba a desesperarse. Justo cuando habían dado con una nueva vía por la que tirar, se daban de golpe con un muro. Le quedaba una última víctima, Florencia Anguita. Quizás tuvieran más suerte con ella.

—Bueno, pues ya estamos terminando —dijo tratando de captar la atención de los voluntarios, que no paraban de conversar entre ellos a golpe de susurro.

Delicao y González los observaban desde la altura que les confería el seguir de pie. La verdad, pensó el cabo, era que ninguna de aquellas mujeres tenían aspecto de ser asesinas. Y los hombres tampoco le daban la sensación de serlo, aunque bien sabía él que juzgar por las apariencias era un error magistral. Con Alfonso Absudia había hablado González y le parecía que quedaba descartado. Y el otro era un chaval en realidad, que rondaría los veinte años, con aspecto enclenque y constante mirada de sorpresa que observaba a sus compañeros sin decir ni pío. A Raúl, de alguna manera, le recordó un poco a él mismo hacía unos meses, antes de unirse al equipo y ganar algo más de confianza gracias a sus compañeros.

—Ya vamos conociendo a la mayoría de caras ¿eh? —le susurró Delicao a González mientras esperaban a que hubiera orden en la sala para poder continuar con la reunión.

—Sí, sí —respondió distraído él, que había posado su mirada en una mujer de ojos azules y aspecto afable a la que juraría que había visto antes, pero no necesariamente en aquel entorno.

Por fin se hizo el silencio gracias a unos golpecitos dados por Cristina en la mesa con la palma de la mano.

—Bueno, como les decía, ya vamos acabando —repitió Basurto—. La última persona de la

que quiero hablarles es Florencia Anguita. Era argentina y, por tanto, algo de acento tendría, aunque llevaba años en nuestro país. También estaba embarazada y, aunque no lo sabemos a ciencia cierta, suponemos que no era deseado. Florencia era prostituta. Llamó solo tres veces desde su teléfono móvil. Dos el mismo día a comienzos de septiembre y la última al día siguiente, y siempre sobre la misma hora, en torno a las siete de la tarde. Si alguien la recuerda, que por favor levante la mano.

La mujer de los ojos azules y el aspecto risueño hizo una seña para pedir hablar, como también el chico joven.

—Comience usted, por favor —le invitó Basurto a la mujer primero.

—Bueno, yo recibí una llamada de una señora que podría ser argentina, aunque no soy buena con los acentos, la verdad. Mencionó que creía estar embarazada y que, de ser así, sería un desastre dadas sus condiciones laborales.

—¿Le dijo algo más?

—No. Nada. Lo siento.

—Pero hablaron varios minutos, de modo que algo más le contaría.

—La realidad es que pasó muchos ratos en silencio y cuando eso ocurre, nosotros escuchamos y de vez en cuando les decimos que estamos al otro lado, que se tomen su tiempo y respiren. Así que, en resumen, solo me enteré de que estaba embarazada y no era el mejor momento para ser madre.

La brigada suspiró de manera casi imperceptible. González y Delicao la miraron y se miraron brevemente. Entendían su frustración, la sensación de que se iban desinflando a medida que avanzaba aquella reunión.

—¿Y usted? —le preguntó Bárbara al chico joven.

—Hola —saludó inseguro antes de carraspear—. Yo hablé con una mujer argentina, eso seguro, pero esta tenía el acento fuerte y no habló de ningún embarazo.

—¿Algo que pueda resultarnos relevante que la mujer mencionara?

—No sé. Habló de que echaba de menos su país.

Aquella llamada podía ser de Florencia o no, pero desde luego no lo parecía. Así que, de nuevo, pese a que la última víctima había llamado tres veces, ninguna de sus llamadas se había discutido ni registrado en las reuniones y, por lo que acababan de averiguar, solo una de las voluntarias recordaba haber hablado con ella y no había aportado ningún dato relevante.

Antes de marcharse, Basurto le pidió a Cristina unos minutos de su tiempo.

—Le agradezco el haber organizado esta reunión tan rápidamente. Quería saber si podría usted facilitarnos la dirección y el teléfono de la mujer que está de baja. Me gustaría hacerle estas mismas preguntas por si ella recuerda algo. Por otro lado, le voy a dejar esta copia de los registros de llamadas —Bárbara se giró hacia Delicao, que diligentemente le tendió los papeles que tenía en las manos—. Como verá, las llamadas relevantes están marcadas. Si pudieran por favor decirnos qué voluntarios trabajaron en aquellos turnos, nos sería de gran ayuda.

—Cuenta con ello. Cualquier cosa que esté en nuestra mano. Y, de verdad, lamento que no

todas las llamadas quedaran registradas, pero créanme, los voluntarios hacen su trabajo lo mejor que pueden. El Teléfono suena cientos de veces y las reuniones son limitadas, de modo que solo comparten aquello que les resulta más relevante por un motivo u otro. No había modo de que ninguno de nosotros supiéramos que esas llamadas iban a ser tan importantes para una investigación.

—Claro —fue todo lo que le salió decir a Bárbara—. Gracias de nuevo. Seguimos en contacto.

NO DEBIA OCURRIR



Llevaba por fin días sintiéndose mejor. De alguna manera la visita de aquel guardia civil le había ayudado. Entró de pronto, le habló con compasión ¡Hasta le recogió el salón! ¿Qué clase de guardia le recoge el salón a un tipo que es un desecho? Pero lo mejor que hizo por él fue recomendarle que escuchara música. Le habló de El Kanka, que él no conocía, y aquello se le quedó grabado.

Cuando el hombre del uniforme se marchó, él siguió tumbado en el sofá, como desinflado, sin fuerzas ni ganas, pero a su vez siendo consciente de que algo comenzaba tímidamente a germinar en su interior. Algo empezaba a bullir.

Pasados un par de días, decidió coger su ordenador y hacer una búsqueda. Tecléo “El Kanka”. Aparecían varias canciones, pero vio una titulada “Sí que puedes”. Apretó *play* y la escuchó con la cabeza reposando pesadamente entre las manos. Cuando terminó, la puso de nuevo y otra vez, así hasta que, cuando ya anocheecía, se había aprendido la letra de memoria y, lo que era más importante, se había creído aquel mantra. Podía. Podía salir adelante.

Felipe Ramírez se dio la primera ducha en varios días aquella madrugada. También se afeitó y pasó mucho rato mirándose en el espejo, con el cuerpo de perfil, palpándose la ya evidente barriga cervecera y la flaccidez de los brazos, aquellos que unos meses atrás eran uno de sus mayores orgullos.

Años pasó entrenando para conseguir un cuerpo diez, entre otras cosas porque era su carta de presentación de cara a los clientes del gimnasio. Y además, porque siempre fue algo vanidoso, no podía negarlo. Antonia solía tomarle el pelo cuando iban a salir por pasar más tiempo él encerrado en el baño preparándose que ella.

Regresó de sus recuerdos y volvió a mirar su reflejo, esta vez la cara, donde resaltaban unos ojos hundidos, enmarcados en tremendas ojeras, y una insana palidez.

“Sí que puedes”, se dijo a sí mismo, y estuvo hasta las dos de la madrugada adecentando el piso.

A la mañana siguiente iría al gimnasio a hablar con su jefe. Tuvo mucha paciencia con él, comprendían su situación, pero habían pasado varios meses desde que dejara de atender cada mañana, desde que le diagnosticaron depresión, y Felipe se preguntaba si le habrían encontrado sustituto y cómo le recibirían. “Sí que puedes”, volvió a repetirse. Y se fue a dormir unas horas con la canción aún resonándole en la cabeza.

Amaneció temprano y cumplió con rigurosidad cada uno de los rituales que solía realizar cada mañana cuando aún era feliz. Se preparó un batido de proteínas, al que no pudo añadir ni huevo crudo ni plátano, porque la nevera estaba vacía. Se vistió con su ropa deportiva, que ahora le apretaba incómodamente en la cintura, se lavó la cara, los dientes, se peinó y se puso loción. Después dedicó unos segundos a respirar hondo frente al espejo del cuarto de baño para almacenar un poco más de coraje.

Abrió la puerta principal, no sin sentir cierto vértigo. Era la primera vez, desde aquella última entrevista con la brigada encargada del caso de Antonia, que salía de casa solo. Había abandonado su refugio en contadas ocasiones desde entonces, y siempre acompañado de su hermana Matilde, la de la eterna paciencia, que le visitaba al menos dos veces en semana para asegurarse de que comía, se duchaba y estaba medianamente bien. En alguna ocasión ella había conseguido convencerle a regañadientes para salir a dar un paseo por el barrio con la esperanza de que el aire fresco le devolviera un poco de cordura.

Por fin avanzó un pie y luego el otro, hasta estar oficialmente en el rellano y, por tanto, fuera de su casa. Decidió volver a sus antiguos hábitos y utilizar las escaleras en lugar del ascensor. Si iba a volver al gimnasio, debía empezar a moverse cuanto antes.

Comenzó a bajar los escalones de la cuarta planta. El edificio parecía tranquilo, pero entonces oyó ruido. Alguien salía de casa. Le producía cierta ansiedad enfrentarse a los vecinos, que le preguntaran qué tal estaba y le miraran con lástima o condescendencia. Se quedó parado a mitad de camino, en el breve descansillo de la escalera que separaba la cuarta planta de la tercera. Miró en silencio, esperando a que el vecino se marchara. No pudo ver su cara, el punto en el que se encontraba lo impedía, pero sí vio algo que le dejó congelado. De una bolsa de papel sobresalía un ramo de flores minúsculas de color azul intenso. Felipe sintió sudores, se quedó petrificado. Por unos segundos no sabía si volver a su apartamento o bajar y enfrentarse a la persona que portaba las flores. Para cuando se hubo decidido, las puertas del ascensor se cerraron y volvía a estar solo en la zona comunitaria del edificio.

Se limpió el sudor que le había empapado la frente en cuestión de segundos y bajó despacio, mirando a los lados.

Había dos viviendas en cada planta, y de una de ellas había salido alguien portando unas flores idénticas a las que los guardias le enseñaron y que habían aparecido junto a su futuro y difunto hijo. No podía ser casualidad. Dudaba que pertenecieran a los del B. Les conocían desde que llegaron. Era un matrimonio joven con tres niños que solía irse de casa temprano para llevar a los críos al colegio y ellos a trabajar. De modo que solo cabía una posibilidad.

De pronto estaba fuera de sí, con una energía que llevaba tiempo sin experimentar, alimentada por una súbita rabia, una furia que le cegaba. Tenía claro lo que debía hacer. Subió a su casa a por las herramientas adecuadas.

Volvió a casa al cabo de unos escasos cuarenta y cinco minutos, el tiempo que tardó en ir al cementerio, dejar las flores, ordenar sus pensamientos y regresar. Iba todos los meses,

siempre en veintitrés, para recordar aquel día en que lo perdió todo y comprendió que así debía ser. Cada vez dejaba las flores en una tumba diferente, pero siempre en alguna que perteneciera a un niño. Aquel veintitrés lejano le había marcado el resto de su existencia, le había moldeado como persona. Tardó tiempo en entender porqué le había ocurrido, pero pronto entendió que las cosas pasaban por algo y que debía actuar en consecuencia.

Al llegar, vio la puerta abierta y se puso alerta. Quizás todo había llegado a su fin. Sabía que quedaba poco para aquel momento, por eso tenía todo preparado para cuando fuera necesario.

Se descalzó, dejó la bolsa en la entrada con sumo cuidado y caminó despacio. La puerta del cuarto de baño, de su templo, estaba abierta y notaba cómo la humedad se escapaba sin remedio, esparciéndose por el resto de la vivienda y alterando el ambiente que sus flores necesitaban.

Se asomó sigilosamente y la escena le resultó desalentadora. Todas sus gentianas, aquellas que cultivó con mimo día tras día, habían sido arrancadas y yacían esparcidas por el suelo del baño, ahora sucio de tierra, agua y pétalos azules. El estaba en cuclillas de espaldas a la puerta. No se movía, pero pudo escuchar que sollozaba. “Estúpido”, pensó mientras se quitaba el cinturón “Esto no debía ocurrir”.

Felipe no lo vio venir. Después de destrozar aquel macabro jardín se derrumbó y perdió la noción del tiempo. La tristeza le comía por dentro, la oscuridad se le iba apoderando de nuevo y se vio incapaz de incorporarse y volver a su casa, o llamar a aquel guardia civil, el responsable de que hubiera abandonado su salón aquella mañana. De pronto notó como la cabeza se le iba para atrás bruscamente y sintió que no podía respirar. Abrió los ojos como platos, como intentando recibir una bocanada de aire de ese modo, mientras su boca hacía lo mismo. Trató de revolverse, de deshacerse de aquello que le aprisionaba y no le permitía respirar, pero ya no era el que fue, la fuerza se le había escapado en aquellas semanas de desolación, y sintió cómo la mirada se le nublaba antes de caer al suelo desplomado. Su última sensación fue de alivio. Aquella pesadilla había terminado.

LA GENTE SE CANSA DE AYUDAR



—Bueno muchachos, lo suyo es que nos vayamos a casa. Mañana pulimos todos los datos. González, quizás tú podrías llamar a la voluntaria que está de baja. Delicao, tú mañana contacta con las psiquiatras y les insistes para que nos manden la lista de voluntarios en cada uno de los turnos cuanto antes, ¿os parece?

Y así, cada uno tomó su camino rumbo al merecido descanso con la esperanza de que la nueva jornada les acercara un poco más al final de aquella historia. Habían llegado juntos, pero se marchaban por separado. González en su coche, Delicao en Metro y Basurto, como no, paseando para despejarse un poco y poder reflexionar sobre todo lo que habían escuchado aquella tarde.

González condujo sin prisa. No vivía demasiado lejos y, por alguna razón, le daba cierta pereza volver a su apartamento y estar solo. Pensó durante el trayecto en cómo las cosas habían cambiado con Bárbara. Poco a poco volvía a confiar en él y le había incluido en aquel caso, algo que parecía impensable antes del verano.

La echaba de menos. Le gustaba terminar la jornada y saber que se irían a casa juntos, que abrirían una botella de vino y charlarían durante horas de temas que nada tenían que ver con el trabajo.

Volvió a culparse, como había hecho tantas veces antes, por haberla alejado. Sintió miedo al hablar de compromiso, de obligaciones, de familia. Y su miedo destrozó lo que tenían. Quizás ya era demasiado tarde. A lo mejor ya nada volvería a ser como antes.

De camino vio la coctelería a la que solían ir juntos y decidió parar a tomar algo y no pensar en nada, si es que eso era posible. El barman le reconoció al instante y le saludó efusivo. No tuvo ni que preguntarle qué quería beber, él ya lo sabía.

—¿Cómo estamos esta mañana? —saludó Basurto a Delicao, que entraba apresurado con su cuaderno bajo el brazo y las lentes algo torcidas.

—Pues así, así, mi brigada. Este caso no me deja descansar.

—Te entiendo, cabo. Es un caso muy particular, por calificarlo de algún modo. Y además es tu primero en la UCO —la brigada hizo una pausa para observar el gesto del joven. Se le veía cansado pero entero—. No olvides llamar a las psiquiátricas en una hora o así. Estaría bien analizar la lista de voluntarios cuanto antes.

—Claro, claro. Así lo haré.

Bárbara le dedicó una sonrisa y se dirigió al despacho de Ylleta, con su eternamente abierta puerta. El coronel era también de los que llegaban temprano y decidió compartir con él la idea que le llevaba rondando desde la tarde anterior, aquella de la que aún no había hecho partícipe a

nadie.

—Buenos días, mi coronel —él levantó la vista de la pantalla de su ordenador y se retiró las gafas de cerca.

—Bárbara, ¿cómo estás? Hace días que ni te veo ni hablamos.

—Lo sé, es el caso de las embarazadas, que me tiene absorbida.

—¿No tenéis ninguna línea que seguir?

—Sí, tenemos varias hipótesis, pero de momento ninguna lo suficientemente sólida. Cabe la posibilidad de que estemos buscando a una mujer y tenemos una serie de casualidades que, al ser tantas, dejan de serlo.

—Ya sabes lo que pienso, las casualidades... —comenzó a decir Ylleta antes de que Bárbara terminara su frase.

—No existen —ambos sonrieron recordando cuando él le repetía esa frase sin parar durante los primeros meses de la entonces cabo en la Unidad.

Tras ese breve momento de añoranza y nostalgia, Basurto dedicó la siguiente media hora a explicarle al coronel su idea, el plan que había meditado para quizás dar con el asesino antes de que cometiera otro de aquellos atroces crímenes. Era arriesgado, de eso no cabía duda, pero parecía la mejor manera, quizás la única, de dar con la persona responsable de los asesinatos.

Al abandonar el despacho de Ylleta, Bárbara vio que Raúl caminaba rumbo a su mesa. Aceleró el paso tras percatarse de que portaba varios folios.

—¿Ya te lo han enviado?

—Así es —respondió él ufano—. Y ya he marcado los voluntarios que coinciden —apoyó los papeles sobre la mesa de la brigada y los extendió para que todos estuvieran a la vista—. Como verás, mi brigada, en todos los casos solo hay tres voluntarios que siempre están presentes.

—Hay que interrogarlos. Si no pueden recordar, debemos ayudarles a que lo hagan. Fantástico trabajo, Raúl.

Basurto sacó entonces su móvil y le envió un mensaje a González. El cabo mayor había decidido visitar a la voluntaria que estaba de baja, en lugar de simplemente llamar. Por lo visto no había aportado gran cosa, aunque estaba ya rumbo a la Unidad y les contaría toda la conversación en cuanto llegara.

Beatriz Mesa era viuda y jubilada, cumpliendo así el requisito de edad que parecía ser la norma, salvo contadas excepciones, entre los voluntarios del Teléfono de la Ilusión. Vivía por tanto sola con tres gatos que estuvieron presentes durante la entrevista, y a los que iba dando trocitos de pastas de mantequilla mojadas en café con leche mientras hablaba con Nacho.

Lucía una permanente excesivamente marcada y llevaba un delantal de florecitas con el que se limpiaba los dedos cada vez que alimentaba a uno de sus mininos.

Se mostró horrorizada por el caso, si bien González no compartió detalles, como tampoco lo habían hecho con el resto de voluntarios. Cada vez que el cabo mayor le describía a alguna de las víctimas y ahondaba en los pormenores de sus vidas, Beatriz permanecía un rato en silencio acariciando a alguno de sus gatos, como para que le ayudaran a pensar. De vez en cuando se le

iluminaba la mirada y parecía que iba a abrir la boca para decir algo importante, pero luego movía el mentón de lado a lado ligeramente y volvía al mutismo de la reflexión.

En conclusión, aquella mujer no parecía haber hablado con ninguna de las víctimas y, si lo hizo, las conversaciones no le llamaron especialmente la atención, porque no las recordaba.

—Bueno, había que cumplir con el trámite —concluyó Bárbara cuando Nacho hubo acabado de compartir sus novedades—. Nosotros, sin embargo, tenemos ya la lista de los voluntarios que trabajaron en los turnos en los que las víctimas llamaron y, casualmente, en todos ellos coinciden tres personas.

Efectivamente, en todos los turnos, sin excepción, coincidían Alfonso Absudia, uno de los dos únicos varones del grupo, el que tenía más edad, vestía camisetas con mensajes y no era aficionado a la higiene personal. También Dito, la mujer de las gafas de pasta años sesenta, que había demostrado no tener pelos en la lengua desde el primer día y que reconoció haber atendido un par de llamadas. La última voluntaria que aparecía en todos los registros era Alicia Briones.

—¿La recuerdas? —a Basurto aquel nombre no le sonaba especialmente, ni podía ponerle cara.

—Creo que era la chica más joven —intervino Raúl.

—Impresionante... —Delicao sonrió con timidez.

—No tanto. Es que coincidió que me dio a mí su folio con las llamadas que estimaba oportunas y vi que en la esquina derecha superior había apuntado su nombre.

—No participó durante la reunión.

—Quizás no tenía nada que aportar —Basurto asintió pensativa.

—Contáctales a los tres, cabo. A ver cuándo pueden hacernos una visita, mejor antes que después y, por supuesto, mejor no todos a la vez.

—Te ayudo a hacer las llamadas —se ofreció voluntario González.

—Vale... Llamo yo a Alicia Briones y a Dito Satrústegui. Tú a Alfonso Absudia, que ya charlaste con él.

Alfonso accedió a visitar la Unidad aquella misma tarde. Estaría ahí antes de las cuatro. Dito vivía relativamente cerca y se ofreció a pasar en la próxima hora. Alicia, por su parte, les explicó que estaba bastante liada en la oficina aquel día, pero que estaría disponible al día siguiente sobre las ocho de la mañana, antes de entrar a trabajar.

—¿Y si no es ninguno de ellos? —Delicao se mostraba inquieto ante la perspectiva de realizar aquellas entrevistas cuyo único objetivo era tantear a los voluntarios y observar si se mostraban nerviosos o caían en alguna incongruencia.

—Es que nadie ha dicho que lo sean, cabo. Estamos analizando todas las opciones, escudriñando cada camino que se abre ante nosotros. Es nuestro deber hacerlo así.

No había pasado ni media hora cuando vieron a Dito cruzar el umbral de la puerta. Menuda, poquita cosa, con sus sempiternas gafas de pasta estilo años sesenta y unos andares llenos de vitalidad y juventud que rivalizaban con su rostro avejentado.

Basurto se acercó a ella y la invitó a seguirle hasta una de las salas de entrevistas.

—¿Quiere usted tomar algo, Dito?

—Me encantaría un té, si tienen.

—Por supuesto. Deliciao...

—Ya estoy en ello, mi brigada —respondió el cabo sonriendo antes de abandonar la estancia.

Bárbara aprovechó aquel rato para hablar con la voluntaria de banalidades que le hicieran sentir cómoda. Sabía bien que aquellas salas tan estériles tendían a provocar desasosiego entre los interrogados y, en este caso, ella quería que Dito les contara lo más posible.

Cuando Raúl volvió a entrar, ambas mujeres reían. Se plantó en la puerta algo confundido con la taza caliente entre las manos.

—Pasa, cabo. Compartía con Dito anécdotas del pueblo de mi madre, en Galicia, que resulta que está al lado del pueblo donde ella creció.

—Por edad, igual hasta nos conocemos —añadió entusiasmada la mujer.

—Claro, claro —Bárbara hizo una breve pausa que le permitiera entrar en materia—. En fin, Dito, le hemos pedido que viniera porque resulta que estuvo usted presente en todos los turnos en que las víctimas llamaron al número de la organización.

—¡No me extraña nada! —respondió ella con tono de suficiencia y una pizca de hastío, volviendo a representar el papel que ya había mostrado durante las reuniones.

—¿Y eso por qué es?

—Porque soy, probablemente, la que más turnos hace. Todo el mundo se apunta muy alegremente, con ganas de ayudar, de mejorar la vida de los otros. Pero pronto este trabajo les cansa, o les deprime, no lo sé. Total que de las treinta horas mensuales que se espera que cada voluntario haga, la realidad es que la mayoría no se apunta ni a hacer la mitad, y eso supone que gente como yo, que me tomo muy en serio esta labor aunque sea no remunerada, que parece que por eso es menos importante, pero no —Dito paró un breve instante a coger aire después de soltar toda aquella frase sin respirar ni una vez—. Pues eso, que entonces gente como yo tiene que rellenar todas aquellas horas, así que hay días que me paso horas en la salita de arriba pegada a un teléfono. Y si encima coincide que hace buen tiempo, pues peor, porque la gente prefiere estar en una terracita con los amigos, en lugar de cumpliendo con sus obligaciones.

—Entiendo. Y, dígame Dito, haciendo ahora memoria de nuevo, ¿recuerda haber conversado con alguna de las mujeres mencionadas? Mire si quiere las hojas con las llamadas, para ver si la fecha y la hora le ayudan a recordar —La brigada le acercó entonces los folios en que aparecían marcadas las llamadas con rotulador fluorescente.

—Pues no —respondió la mujer rápida y segura sin ni siquiera hojear los papeles que tenía ahora frente a ella—. Salvo las dos llamadas que ya comenté el otro día, de la mujer que se estaba separando del marido y no quería estar embarazada, y la de la niña joven, la realidad es que no recuerdo ninguna llamada más. Y yo tengo buena memoria, no se crean, que a fuerza de realizar esta labor durante tantos años, uno aprende a acordarse de los detalles. Así que les digo, sin género de dudas, que yo no hablé con nadie más, ni volví a hablar con aquellas dos muchachas —miró entonces su reloj de pulsera de manera más que evidente, tratando de hacer comprender a la brigada y al cabo que lo que quería era marcharse cuanto antes.

—Bueno, pues me parece que eso es todo, Dito. ¿Le esperan en algún lado?

—¿A mí? —preguntó como respuesta colocándose una mano huesuda, con los dedos bien

abiertos, sobre el pecho con gesto dramático— En absoluto, pero soy una persona muy ocupada y, además, me toca turno en cuarenta y cinco minutos.

La vieron marchar, con sus andares juveniles, pese a su edad, y con ese nervio que traslucía aún cuando no abría la boca, solo con sus gestos.

—¿Qué te parece, mi brigada?

—Me parece que no tiene pinta de asesina.

—Ya... Y además, ella sola no podría levantar los cuerpos ni de broma. En todo caso necesitaría la ayuda de alguien.

—Bueno, recuerda Raúl, que no hemos descartado ninguna hipótesis. Podrían ser dos.

Bárbara cerró la puerta de la sala y caminó hacia su mesa, seguida por el cabo.

—Redacta el informe, si no te importa. Así lo tenemos listo antes de que venga Alfonso Absudia. Voy a hacerle a Nacho un resumen de la entrevista.

Basurto miró la hora, eran casi las doce. Tenía hambre a aquellas horas. Siempre había pensado que los horarios de las comidas en España estaban trastocados. Cuando uno madruga, como ella hacía, a las doce es cuando se muere de hambre, y aquello de esperar hasta las dos, a veces incluso las tres o más, se le hacía difícilísimo. Se tomaría un espresso y un par de galletitas de las que la Unidad ponía a disposición del equipo antes de hablar con González. Se lo había ganado.

Se recostó ligeramente sobre la encimera y esperó paciente junto a la cafetera, que comenzaba ya a calentarse y a emitir el sonido del borboteo del agua.

Al principio no notó la vibración o, más bien, la achacó a la máquina en funcionamiento. Pero cuando su espresso estuvo listo y se incorporó para poner el azúcar, fue consciente de que lo que vibraba era su teléfono móvil.

—Brigada Basurto.

EL SEGUNDO ERROR



Bárbara colgó y volvió a apoyarse en la encimera, esta vez para respirar hondo, dejando que el café se enfriara. Se enfriaría del todo, porque ya nadie iba a beberlo. Muchas horas después alguien tocaría la taza y, con gesto de extrañeza pero sin darle más vueltas, lo derramaría por el fregadero y pondría la pieza de loza a lavar.

Salió apresurada de la cocina y buscó con la mirada a Delicao y González. Ambos estaban en sus puestos. Caminó hacia Raúl, aún con el teléfono móvil en la mano. Se colocó delante de su mesa, justo detrás de la pantalla en la que el cabo estaba absorto elaborando el informe de la entrevista a Dito.

—Felipe Ramírez se ha suicidado.

González, que en ese preciso instante se tomaba un breve respiro de tanto papeleo y se estiraba en su silla giratoria, vio el gesto de sus compañeros y no pudo evitar acercarse.

—¿Pasa algo? —preguntó con cierto tono de alarma, imaginando que quizás había aparecido un nuevo cadáver de mujer, o un bebé envuelto en una mantita azul o rosa.

—Felipe Ramírez —musitó la brigada—. Que se ha suicidado.

Condujo Bárbara, y aquella vez Raúl se quedó en la Unidad para que Nacho le acompañara. La brigada y el cabo sabían bien de la lástima que sintió por aquel hombre el cabo mayor, de la empatía que le despertó.

—No te tortures, Nacho —trató de animarle ella mientras salían de la capital rumbo a Alcobendas—. No es culpa tuya. Hiciste más de lo que debías, te lo aseguro.

Pero él prefirió no hablar. Estaba digiriendo aún la noticia y preparándose para volver a entrar en aquel apartamento que hacía algunos meses era el hogar de un matrimonio joven a punto de empezar su propia familia y que ahora era la estampa de la desolación.

Aparcaron frente al número 45 de la calle de la Violeta. Aquel día el portal no estaba vacío como otras veces. No haría falta esperar a que algún vecino les abriera la puerta como en ocasiones anteriores, pensó Nacho. La zona ya había sido acordonada y múltiples curiosos merodeaban para tratar de obtener más información.

En cuanto les vio llegar, el guardia que custodiaba la entrada al edificio, el mismo chico joven que estuvo presente cuando apareció el cuerpo sin vida del bebé que Antonia y Felipe

esperaban, levantó la cinta de plástico para invitarles a entrar.

—Es la cuarta planta. La última.

—Nos conocemos el camino —respondió González algo seco.

Se montaron en el ascensor aún en silencio. Realmente no había mucho que decir de momento. Nacho tenía una terrible sensación de *dejá vu*, si bien sabía que esta vez no podría ya aconsejarle nada a aquel hombre. Era demasiado tarde.

Frente a la puerta del 4B había un guardia algo mayor que el que custodiaba el portal al que Basurto también conocía de vista. Se retiró a un lado en cuanto les vio salir del ascensor, cediéndoles el paso.

González recordaba exactamente la disposición de aquella vivienda. El cuarto de estar con un sofá doble y dos butacas, la mesita baja, la enorme lámpara de araña que coronaba aquellos muebles. La estantería empotrada en la que descansaba también un televisor de pantalla plana. Y luego el pasillo, breve, funcional, que daba acceso a la cocina, el cuarto de baño y dos habitaciones, la de matrimonio y la que tenían destinada para el hijo que esperaban antes de que todo aquello ocurriera.

Ahora, pese a que el orden era el mismo, la gigantesca lámpara del centro del salón se había vuelto macabra, con el cuerpo de Felipe colgando de ella inerte. Tenía un cinturón de cuero negro atado al cuello, que a su vez le sujetaba a la lámpara. Bajo sus pies, una silla de cocina, que debió ser la que utilizó para subirse y después dejarse caer hasta morir asfixiado.

Los ojos abiertos, como también la boca, como si en el último momento se hubiera arrepentido y hubiera tratado de coger aire sin éxito, porque su garganta estaba ya hinchada y no permitía el paso ni a una bocanada más.

—Nacho... Nacho —Bárbara le tocó el hombro para captar su atención. Estaba absorto observando el cuerpo de aquel hombre que se había dejado consumir día tras día por la pena. Se giró para mirar a la brigada y de pronto ella le vio agotado—. Mira la ropa que lleva. Es ropa limpia. Lleva hasta zapatillas de deporte puestas, casi nuevas. Y —caminó despacio para mirar el cadáver de frente—, observa la camiseta —el cabo mayor la siguió y se fijó en Felipe de nuevo. Llevaba una camiseta deportiva de tirantes en color amarillo. En el frontal tenía unas letras “Power Gym”.

—Es el gimnasio en el que trabajaba —habló por fin González.

—Ya. ¿Y no te extraña que llevara esa camiseta puesta? Las veces que yo vi al señor Ramírez, iba absolutamente desaliñado, con camisetas sucias, incluso cuando vino a la Unidad.

—Y es extraño que llevara zapatos dentro de casa —Nacho iba despertando—. Cuando yo le visité iba también con ropa sucia y, desde luego, estaba descalzo, porque pasaba todo el rato tirado en el sofá.

Mientras Bárbara seguía observando el cuerpo en busca de más señales, de pistas que pudieran indicarle qué había ocurrido realmente en aquella sala de estar, y sacaba fotos con su móvil desde todos los ángulos, pese a que sabía que había personas encargadas de eso, él comenzó a rastrear el salón con la mirada. Después se separó de la brigada y caminó por el resto

del piso, entrando en cada habitación.

—Hay algo que no me cuadra —dijo acercándose de nuevo a Basurto, que se giró hacia él y le miró con atención—. Cuando yo estuve aquí, esta casa era un desastre. Tanto es así, que incluso me sentí obligado a limpiar un poco, tirar latas de cerveza a la basura, bolsas de patatas. Ahora, sin embargo, todo está bastante ordenado. Fíjate.

Bárbara miró a su alrededor. Cuando Delicao y ella visitaron a Felipe Ramírez, él estaba sumido en una terrible depresión y su estado de ánimo se reflejaba en el aspecto de su hogar. Raúl comprobó en aquella ocasión que en la cocina se apilaban los platos sucios, había ropa tirada incluso por el pasillo, cajones abiertos. Todo parecía descuidado.

Esta vez, sin embargo, aquella casa no estaba tan abandonada. El salón aparecía recogido, no había latas vacías, ni restos de comida. En la cocina todo se mostraba limpio, salvo un vaso que descansaba en el fregadero lleno de agua y con restos de algún batido.

—Esto no tiene ningún sentido, Bárbara. Es como si justo cuando empezaba a retomar su vida, hubiera decidido suicidarse.

—No olvides que su hermana le visitaba de vez en cuando. Quizás justo pasó ella por aquí horas antes de que él decidiera quitarse la vida —Basurto tenía la misma sensación que González, pero le notaba tan exaltado de pronto, que decidió hacer de abogado del diablo.

—Podría ser —dijo sin sonar demasiado convincente—. ¿Podría ver su ordenador?

Regresaron al salón. Sobre la estantería, junto al televisor, había un ordenador portátil. Nacho se puso unos guantes de latex, lo tomó en sus manos y lo abrió con cuidado. Se metió en el historial de búsquedas. En las horas previas a su muerte, Felipe había ojeado varios periódicos y se había metido en la web del gimnasio en el que solía trabajar. Pero había un detalle, una búsqueda, que resultaba inequívoco. Apretó un botón y de pronto la sala de estar se inundó con la letra de El Kanka:

Sí que puedes

Que nadie te diga que no

Porque sí que puedes

—¡Estaba mejor, Bárbara! Esta es la música que le recomendé. ¿Por qué molestarse en escucharla? ¿Por qué leer noticias si nada le importaba ya? Y, ¿visitar la web de su antiguo trabajo? ¿Por qué vestirse como si fuera a trabajar, si su intención era acabar con su vida?

—Y la casa medianamente ordenada, no como las últimas veces...

—¡Eso es!

Pararon la música y observaron de nuevo la escena. El cuerpo de Felipe pendía aún de la lámpara y continuaría en la misma posición hasta que llegaran el juez y el médico forense a certificar el fallecimiento. Permanecieron los dos quietos mientras la científica iba tomando pequeñas muestras de aquí y de allá, admirando el ir y venir de expertos afanados en su cometido, trabajando codo con codo para que ningún detalle se escapara.

Pero todo aquello que ocurría a su alrededor y que ambos observaban como en cámara lenta, mientras dejaban que sus mentes elucubrasen, procesaran la información y trabajaran sin descanso, quedó interrumpido por un sonoro saludo que sonó más jovial de lo deseado dado el entorno.

—¡Barbarita! Esto empieza a ser ya un poco de culebrón, ¿o no? —Frente a Basurto y González estaba ahora Arturo, que estrechó la mano del cabo mayor propinándole además unas palmadas en la espalda aplicadas con más fuerza de la requerida.

—Arturo, un poco de respeto —le reprendió la brigada.

—El difunto no me oye —respondió él bajando la voz ligeramente— y sé que lo que yo pienso os ha tenido que cruzar la mente aunque sea brevísimamente.

—Pues cuando te contemos lo que parece... —musitó Nacho mientras se retiraba un mechón imaginario de la frente.

Acompañaron al forense por el apartamento, mostrándole los indicios que habían encontrado hasta el momento y describiéndole cómo se encontraba todo las últimas veces que alguno de ellos visitó el lugar. Antes de dejarle examinar visualmente el cuerpo, González abrió el ordenador del marido de Antonia y le explicó el porqué de la importancia de la música que debió escuchar en sus últimos momentos.

A continuación, Arturo se colocó unos guantes y se acercó al cuerpo inerte. No lo tocó. Solo paseó alrededor del mismo espacio, dando pasos diminutos y retrocediendo de nuevo cuando lo estimaba oportuno. Al cabo de unos minutos, que a ellos se les hicieron eternos, por fin habló.

—Pues os doy la enhorabuena porque, efectivamente, a este hombre más bien “le han suicidado” —les hizo un gesto con el dedo plastificado animándoles a acercarse más a él—. Fijaos en el cuello. ¿Observáis la marca que se deja ver debajo del cinturón? ¿La que es horizontal? —ambos guardias asintieron— Pues esa marca no cuadra con que se haya colgado. Las heridas del cuero deberían apuntar hacia arriba, no ser tan rectas, tan horizontales.

—¿Estás seguro? —le preguntó Basurto.

—¿Alguna vez he fallado? —respondió él con suficiencia rizándose aún más las puntas del bigote con los dedos— Hacedme una visita en esos sótanos que sé que tanto os gustan de aquí a un par de horas y os doy más detalles. Y traed al joven cabo, que me resulta simpático.

—Delicao, Arturo, el cabo Delicao.

—¡El mismo!

Pocas horas después estaban los tres frente a la camilla metálica del sótano. Bárbara había optado por no comentarle a Raúl el interés que tenía el médico forense en verle, porque a esas alturas conocía lo suficiente de su carácter como para saber que le incomodaba terriblemente no pasar desapercibido.

—¡Hoy nos da hasta para jugar una partida de mus! —saludó Arturo con tono excesivamente alegre al ver entrar a los tres guardias—. Me encanta que estéis todos aquí.

—Arturo... —Basurto le conocía desde hacía años y realmente le apreciaba, pero aún no conseguía acostumbrarse a ese sentido del humor algo macabro y a menudo fuera de tono que caracterizaba al forense.

—A sus órdenes, mi brigada —respondió él mientras destapaba el cuerpo de Felipe y, como por arte de magia, se ponía sumamente serio para explicar a sus invitados todo lo que querían saber—. A este pobre hombre le mataron y, quién fuera que lo hiciera, trató de disimularlo como un suicidio —tomó una bolsa de plástico de la encimera que había justo detrás. En ella estaba el cinturón que la víctima llevaba atado al cuello cuando lo encontraron—. Empecemos por aquí. Si os fijáis en la anchura del cinturón y en la marca del cuello, notaréis que son prácticamente iguales, pero no llegan a serlo. Hay una diferencia de dos milímetros, lo cual prueba que el cinturón utilizado y el de la escena del crimen no son el mismo.

Arturo depositó de nuevo la bolsa sobre la encimera y en dos pasos se plantó en la cabecera de la camilla, justo junto a la cabeza de Felipe, que giró con delicadeza hacia un lado antes de continuar con la explicación.

—Mi apuesta es que el asesino utilizó su propio cinturón para acabar con la vida de Felipe Ramírez y luego buscó entre sus pertenencias para colgarle con uno propio, aumentando así las posibilidades de que colara lo del suicidio. Pero es que además, como podéis ver aquí, las marcas en el cuello son claramente horizontales. Cuando uno se cuelga, la cuerda utilizada, o el cinturón en este caso, aunque se aprieten bien, fruto del tirón provocado al caer el cuerpo tienden a tirar ligeramente para arriba, por lo que las marcas suelen ser diagonales, aunque sea mínimamente.

—¿O sea que le asfixiaron por detrás?

—El joven cabo... ¡Cómo me gustas! Siempre tan agudo —Delicao enrojeció ante la retahíla de piropos del forense—. Efectivamente, alguien debió pillarle por sorpresa y le ahogó en cuestión de segundos.

—Pero, ¿por qué matar a Felipe? —González se lo preguntaba realmente a sí mismo, aunque lo dijo en alto.

—Porque debió averiguar algo y lo ha pagado caro, aunque también se ha convertido en el segundo error del asesino —Basurto se dirigió a la puerta con prisa. Aquel caso acababa de dar un nuevo giro.

Los cabos la siguieron apresurados mientras el médico susurraba para sí “Gracias por la rapidez, Arturo. Contigo da gusto, Arturo...”

—Por cierto —dijo elevando la voz mientras los tres salían del sótano—, no había huellas de ningún tipo sobre el cuerpo, aparte de las suyas propias. Habrá que ver si se encuentra alguna por el apartamento.

LA MEJOR REPRESENTACIÓN



—A lo mejor ahora el asesino, si ha sido él, se pone nervioso y no actúa más —Delicao trataba de mantener el ritmo de la brigada.

—Volverá a actuar, pero ahora definitivamente está nervioso. De eso no hay duda. ¿Qué averiguaría Felipe que a nosotros se nos ha escapado? —Basurto notaba cómo miles de pensamientos se agolpaban en su cerebro y pugnaban por salir.

—Quizás encontró algo entre las cosas de Antonia, algún dato que le ayudara a dar con la persona responsable —González compartió sus pensamientos.

—Es posible, Nacho —añadió Raúl—. Entonces se enfrentó a ella y la cosa acabó como hemos visto.

—Eso no puede ser —Bárbara decidió frenarles evitando así que se descentraran enfocándose en posibilidades que no eran factibles—. Acordaos de lo que nos ha dicho Arturo. Le pillaron por sorpresa. Descubrió algo, sí, pero en lugar de enfrentarse, trató de averiguar más y lo que encontró fue su propia muerte. Lo que sí está claro es que debemos asegurarnos de que la vivienda se registra de arriba a abajo. Con un poco de suerte, fuera lo que fuese que encontrara el pobre hombre, sigue allí.

—Definitivamente. Pero a mí me queda una duda, mi brigada. ¿Cómo subir el cuerpo hasta la vivienda sin que nadie se diera cuenta? Porque si encontró algo y fue a indagar más, lo que debió ocurrir es que se dio de bruces con el responsable de la muerte de su mujer y su hijo.

—Pudo hacerlo por la noche. Esa zona es tranquila y puramente residencial, no es difícil que las calles estén desiertas a partir de cierta hora —Basurto tomó una amplia bocanada de aire antes de continuar hablando—. Si algo tiene de positivo todo esto, eso sí, es que nos lleva a pensar que el asesino no puede andar muy lejos.

Entraron en la Unidad apresurados. González redactaría el informe de la visita a casa de Felipe Ramírez por orden de la brigada, mientras ella hablaba con Ylleta y le ponía al día del giro que había dado el caso y Delicao buscaba a Suárez, con la que Bárbara quería hablar. Luego, se reunirían todos en la sala grande.

Cuando Raúl entró en la sala con la cabo, Basurto les esperaba ya con el coronel. A los jóvenes guardias se les borró la sonrisa que portaban de golpe. Ylleta era un buen tipo, de eso no había duda, pero era coronel y se le debía un respeto. Ambos se cuadraron nada más entrar:

—¡Buenas tardes, mi coronel! —saludaron al unísono.

—Buenas tardes, sí. Pero siéntense, por favor, siéntense —les invitó haciendo él lo mismo. Nunca había sido Ylleta un coronel al uso. Curiosamente aquello de la autoridad que imponía a medida que avanzaba en rangos le resultaba tan artificial como incómodo. Era por eso que dejaba la puerta de su despacho abierta y mostraba interés por el trabajo de los cabos más jóvenes, tratando así de demostrarles que no debían sentirse intimidados por su presencia. En cualquier

caso, entendía también que, al igual que él en su juventud cumplía con los protocolos que la tradición exigía, lo hicieran las nuevas generaciones.

—¿Y para qué me quiere a mí ver la brigada? —unos minutos antes Suárez se había mostrado extrañada ante Delicao, pero de aquella manera tan salada que ella tenía, que incluso cuando algo le preocupaba parecía que lo decía con alegría.

—No lo sé... Yo cumplo órdenes —respondió Raúl sonriendo.

Ahora estaban los cuatro sentados en una esquina de la amplia mesa de conferencias de la sala número tres, el coronel presidiendo, Bárbara a su derecha y los cabos a su izquierda, los dos juntos y expectantes.

El silencio que reinaba a Suárez se le hacía cada vez más incómodo. Nunca fue devota de los silencios y los espacios sin llenar. A ella le gustaba hablar y que le hablaran, aunque fuera de nimiedades.

Había crecido en un pueblito del sur, aquella tierra tan alegre, con sus gentes tan divertidas, llenas de vida y salero. Andalucía, cuna de música y arte, vacaciones, buen tiempo. Casi sin excepción la gente le decía lo que le gustaba la región que la vio nacer y la suerte que tenía. Ella sonreía y soltaba alguna broma o algún giro divertido, porque sabía que era lo que su público esperaba. Pero la realidad es que en su casa aquel aire fresco, esas risas, las bromas y los cantos, no entraron jamás. Suárez era la mayor de cuatro hermanos y la que tuvo que criarlos, siempre en silencio. Su madre, una andaluza recia de melena negra salvaje y ojos oscuros que parecían perfilados con khol, entraba y salía de la depresión desde que ella tenía uso de razón y, en sus momentos más bajos, se encerraba en su habitación durante días y solo salía para suplicar silencio.

Al padre, Suárez no lo recordaba. Les abandonó cuando su hermana pequeña aún no había nacido. Por aquel entonces ella apenas tenía cuatro años. Todavía pensaba a menudo que él era el responsable de esos silencios prolongados en los que se sumía su madre. Recordaba sentir rabia siendo aún muy pequeña, pero pronto la conformidad fue ocupando terreno en su corazón porque, realmente, uno se acostumbra a lo que le toca. Y así se habituaron aquellos niños a vivir: en silencio, de puertas adentro, siempre sigilosos, sin hablar apenas. Por eso, cuando salían, a Suárez le gustaba ser el centro de las risas, alegrar a la gente, hacerles pasar un buen rato, conseguir aquello que nunca pudo hacer con su madre.

Carraspeó nerviosa un par de veces, esperando así llenar un poco aquella sala vacía. Miró a Delicao de soslayo, que parecía cómodo esperando. Observó brevemente a la brigada, que revisaba una suerte de papeles y parecía no ser consciente de que estaban ellos allí.

Por fin, Basurto levantó la mirada y la clavó en ella.

—Suárez, lo que tengo que pedirle no es fácil, pero confío en que comprenda que el deber llama a la puerta de maneras extrañas a veces.

La cabo escuchó atenta, casi sin pestañear durante todos los minutos en que Bárbara le explicó su plan, aquel que ya había compartido con Ylleta y que él había aprobado sin dudar.

Necesitaban un cebo y, por edad y condición, ella parecía la candidata perfecta. El perfil

estaba ya creado y le darían unos días para meterse en el papel y estudiarlo, asegurándose así de no caer en contradicciones.

—Si hemos aprendido algo —aseveró la brigada— es que la persona a la que buscamos es inteligente. Lo último que queremos es que descubra el pastel y perderla.

Suárez asentía con los ojos muy abiertos y emitiendo de vez en cuando pequeños sonidos para reforzar los gestos de cabeza.

A partir de ahora ella pasaría a llamarse Rosa Almagro, natural de Sevilla. Rosa llevaba tres años viviendo en la capital, donde se trasladó después de recibir una oferta de trabajo de una aerolínea de bajo coste para trabajar como azafata de vuelo. Tras un par de meses de formación, comenzó sus andanzas, solo por Europa. Le encantaba su trabajo. Compartía piso con otras dos compañeras de la aerolínea cerca del aeropuerto. Una de ellas, que tampoco era de Madrid, se había echado un novio hacía unos meses. De la noche a la mañana el tipo había pasado de ser un desconocido, a prácticamente vivir con ellas.

Una noche, sin saber muy bien porqué ni haber detectado Rosa Almagro ninguna señal que pudiera haberla advertido, aquel chico de aspecto afable y que parecía adorar a su amiga, se coló en su habitación y la forzó. Casi tres meses después se enteró de que estaba embarazada y estaba hecha un lío. Ella que era cristiana, creyente y practicante, devota de la Virgen del Rocío. Ella que debió escuchar a su madre, que le decía que no se le había perdido nada en la capital y que aquel trabajo no le convencía. Ella que viajó a Madrid llena de ilusiones, de sueños, y que ahora se veía en un abismo, muerta de miedo ante la perspectiva de contarles a sus padres lo que había pasado, incapaz de enfrentarse a su amiga, y mucho menos al novio.

—Va a llamar al Teléfono de la Ilusión y vamos a ver qué pasa. Cuento esta historia, más o menos, y esperamos. Es evidente que la filtración viene por ahí. La persona responsable de todos estos crímenes se entera de la existencia de las embarazadas por las conversaciones de los voluntarios, o al menos esa es nuestra teoría. Ahora hay que averiguar cómo y a través de quién. Quizás alguno de los voluntarios hable más de la cuenta sin ser consciente de lo que provoca.

—O quizás alguno esté implicado —apuntó Delicao, que hasta entonces había permanecido en silencio absoluto observando cada poco los gestos de su compañera ante las explicaciones de Basurto.

—Eso es. ¿Tiene alguna duda, Suárez?

La joven cabo tragó saliva y se retiró el pelo de la cara, más por hacer algo para combatir los nervios que se le habían asentado en la boca del estómago, que porque realmente le impidiera ver bien o le molestara de algún modo. Buscó en su mente alguna manera de alegrar aquel ambiente con una de sus salidas habituales, con alguna broma o algún gesto cargado de desparpajo, pero no la encontró.

—Sí. ¿Y después qué?

—Eso va a depender de qué pase, si es que pasa algo, como consecuencia de las llamadas. Pero no se preocupe, estaremos a su lado en todo momento.

Dieron la reunión por concluída. Eran las cuatro pasadas y González debía estar ya con Alfonso Absudia. Basurto le hizo un gesto a Delicao para que le acompañara a la sala de interrogatorios. Este cumplió órdenes, no sin antes lanzarle una mirada a Suárez en la que trataba de transmitirle su apoyo y su cariño, y explicarle que no estaba sola. Ella le sonrió brevemente. Era una sonrisa diferente a las que habitualmente lucía. Era una sonrisa que delataba miedo y desazón.

La sala pequeña estaba vacía. Bárbara miró su reloj de pulsera. Las cuatro y seis minutos. Volvió a salir al pasillo y se dirigió hacia el puesto de Nacho. Le encontró tecleando, absorto en el informe que en aquel momento redactaba.

Tuvo entonces esa sensación universal que uno tiene cuando alguien le mira y te sientes observado sin ni siquiera tener la certeza de ello, y levantó la vista.

—Son las cuatro y seis minutos. Bueno —añadió mirando de nuevo el reloj— ya y siete. Detrás de ella se encontraba Raúl con cara de circunstancia. Nacho pensó que se debía a la obsesión de la brigada por la puntualidad, pero en realidad lo que había robado a Delicao el color del rostro era el ser conocedor del lío en que se había metido Suárez sin habérselo buscado.

La cabo era joven, tan joven como él e igual de inexperta. Cierto era que tenía una labia poco común y un descaro que siempre le había abierto puertas y ayudado a conseguir sus objetivos, por lo que él había podido comprobar en aquellos meses en la UCO, pero nunca se había enfrentado a un asesino, y menos a uno del calibre del que buscaban. ¿Y si algo salía mal? ¿Y si llegaban tarde? Sacudió ligeramente la cabeza invitando a aquellas ideas macabras a abandonar su mente.

—¡Venga, Delicao! —Basurto le llamaba con tono de poca paciencia. Entonces volvió en sí y vio a la brigada caminando de nuevo rumbo a la sala de entrevistas. González caminaba en sentido opuesto, hacia la entrada principal del edificio, cuyo umbral acababa de cruzar Alfonso Absudia.

Por fin, a las cuatro y cuarto estaban todos ya sentados en torno a la mesa. El voluntario, como claramente era su costumbre, llevaba una camiseta con mensaje. Esta vez decía “¿Has acabado?” en inmensas letras negras que se dilataban de nuevo en la zona del abdomen. El cabo se preguntó por qué aquel hombre no compraba una talla más para evitar así aquel efecto. También se planteó si la frase de la camiseta iba dirigida a ellos. Pero en ese momento Bárbara carraspeó y volvió a centrarse abriendo su cuaderno para tomar notas.

—Buenas tardes, señor Absudia. ¿Querría usted tomar algo?

—¿Coca Cola? —preguntó él en un tono de voz apocado que delataba cierto nerviosismo, mientras observaba a los tres guardias civiles que se sentaban al otro lado de la mesa.

Antes de que la brigada respondiera, Raúl estaba ya en pie rumbo a la cocina. Le había extrañado que el hombre pidiera un refresco. Por lo general, cuando la gente se veía en aquella situación, tendía a cerrársele el estómago. Los entrevistados solían pedir como mucho un vaso de agua, alguno un café que dejaba intacto pero que le servía de relajante para dar vueltecitas al mismo con la cuchara y comprar así algo de tiempo antes de responder según qué preguntas. Quizás aquel hombre también usaría el refresco de comodín. A lo mejor observaría las burbujas

para ganar tiempo entre pregunta y respuesta.

Ya de vuelta con una lata y un vaso, Delicao volvió a sentarse y a clavar la mirada en su cuaderno. Bárbara estaba haciendo las clásicas preguntas preliminares que tenía por costumbre realizar para que los invitados se relajaran, aunque fuera mínimamente. Pero en el caso del señor Absudia, aquella estrategia no estaba funcionando. Se había puesto a sudar profusamente y se secaba la frente continuamente con un pañuelo desechable de color amarillento, probablemente fruto de la cantidad de veces que lo había utilizado.

—¿Nos concede un momento, por favor? —le pidió Basurto sonriente viendo que su método no estaba ayudándole en aquella ocasión. Entonces le hizo un gesto a González para que saliera con ella al pasillo.

—¿Dirijo yo? —preguntó él nada más cerrar la puerta tras de sí.

—Creo que es lo mejor. Es evidente que se siente muy incómodo hablándome a mí. De hecho, creo que es mejor que me quede fuera. Somos tres ahí dentro. Es lógico que se sienta incluso más intimidado de lo que debiera.

Con un gesto de cabeza, el cabo mayor volvió a abrir la puerta y comenzó la entrevista.

—La brigada tenía una urgencia —mintió mirando al voluntario, que pareció relajarse al instante—. Si le parece, Alfonso, vamos a tratar de hacer memoria juntos —González hizo una pausa, quizás algo más larga de lo requerido, mientras observaba los papeles que tenía delante—. Sorprendentemente, trabajó usted en todos los turnos en que llamaron las víctimas. No quiere esto decir nada en absoluto, aparte de que puede usted ayudarnos muchísimo con la investigación si se esfuerza un poco. Puede usted ser un héroe.

El tipo se revolvió en su asiento, haciendo que una nube invisible cargada de partículas de olor a sudor se extendiera por la estancia.

—Yo no quiero ser un héroe, pero es que realmente no sé qué más puedo decirles —la Coca Cola seguía intacta.

González fue describiendo de nuevo las circunstancias de cada una de las víctimas y recordándole al voluntario los días en que llamaron y las horas, tratando así de refrescarle la memoria. Pero el hombre negaba cabizbajo, pasándose de cuando en cuando la mano por el rostro para retirarse las gotas de sudor que le iban resbalando y que limpiaba ahora sobre las letras de la camiseta unas veces, y en aquel pañuelo amarillento, otras.

—Alfonso, míreme. Yo creo lo que usted me dice —suavizó el tono Nacho con la esperanza de así avanzar algo—. Pero debe entender que resulta difícil creer que no sepa nada más, habiendo trabajado en cada uno de los turnos en los que esas mujeres llamaron.

—¡Pero es que somos ocho voluntarios! Que yo estuviera no quiere decir que cogiera las llamadas —por un momento Absudia elevó el tono de voz más de lo necesario, provocando que Delicao levantara la mirada de su cuaderno de notas para observarle. El rostro del voluntario se mostraba ahora congestionado, probablemente consecuencia de los nervios y la rabia que sentía.

—Claro, Alfonso. Tiene usted razón, pero nuestra labor es tratar de averiguar todo lo que

podamos, incluso los detalles que parezcan más nimios.

—Lo entiendo —respondió ahora más calmado—. Pero vuelvo a repetir que yo no sé nada, sino lo diría. Hago muchos turnos, esa es la realidad. Y los hago por dos motivos. El primero es que no soy muy bueno relacionándome con la gente cara a cara, quizás ya se hayan dado cuenta, así que prefiero el teléfono. Además, se me da bien escuchar. Y el segundo, es que nadie cumple con sus obligaciones en la organización. La realidad es que aunque somos en torno a veinte voluntarios, al final somos menos de la mitad los que nos repartimos por lo menos la mitad de los turnos, si no más.

González asintió. Aquello le valía para tratar de sacarle más información. Le mostraría su apoyo.

—Eso parece de lo más injusto. ¿A qué cree usted que se debe?

—Bueno —al hombre se le iluminaron los ojos y relajó algo el gesto, bajando por fin los hombros, que mantenía en tensión desde que llegara—, creo que la mayoría no comprende bien lo que este trabajo supone hasta que realmente se pone a ello. Lo cierto es que muchas de las llamadas que recibimos son bromas, otras tantas son de contenido sexual, que a las voluntarias de más edad les resultan especialmente desagradables, y luego están los fijos, aquellos que nos llaman todos los días varias veces y repiten siempre la misma historia —Alfonso hizo un descanso para dar un sorbo a su refresco. Definitivamente estaba más relajado—. Escuchar no es un trabajo sencillo.

Los cabos se miraron brevemente con gesto de satisfacción. Ahora sí, podían intentar sacar algo en claro de aquella entrevista.

Sin embargo, pese a que Alfonso Absudia por fin se había calmado, y a pesar de que González le había hablado con su tono más afable, los siguientes veinte minutos no dieron ningún fruto. Realmente aquel hombre no sabía nada. Por fin, Nacho decidió agradecerle el esfuerzo y despedirse. Antes de abandonar la sala, estando ya los tres de pie, el voluntario se bebió de un trago la Coca Cola que quedaba en el vaso.

ROSA ALMAGRO



El resto de la tarde la dedicaron a preparar a Suárez.

Basurto puso al día a González sobre el nuevo plan en cuanto despidieron a Alfonso Absudia.

—Es casi una niña y apenas tiene experiencia —se mostró él escéptico.

—Es nuestra mejor baza.

Pasaron casi cuatro horas los tres con ella encerrados en una de las salas para tener privacidad. Primero Basurto volvió a explicar la identidad que Suárez adoptaría, no solo para que ella la aprendiera bien, sino también para que Nacho, que no había estado presente durante la reunión con Ylleta, pudiera ponerse al día.

—¿Cuántos hermanos tengo? —interrumpió de pronto la cabo, levantando la vista de un trozo de papel que le había pedido a Delicao de su cuaderno.

—¡Bien, eso es! —respondió con entusiasmo Basurto rebuscando entre sus papeles— Todo está aquí. Llevo días trabajando en este perfil. Tienes solo una hermana dos años menor que tú. Se llama Dolores.

Suárez asintió y la brigada retomó las explicaciones mientras los jóvenes cabos tomaban notas afanosamente. A qué colegio fue Rosa Almagro, cuál era su color favorito, qué música le gustaba, qué tipo de libros leía. A continuación le proporcionó nombres de una serie de bares a los que acudía la gente joven en el barrio en el que la supuesta azafata vivía con su compañera de piso. Todos esos detalles eran más que necesarios para que, en caso de haber suerte y conseguir entrar en contacto con el asesino, no hubiera contradicciones de ningún tipo.

Cuando el perfil estuvo claro, los tres hicieron turnos para plantearle a Suárez preguntas trampa, asegurándose así de que se hubiera metido bien en el papel que le tocaba representar. Para entonces todos parecían más relajados, incluida ella, que por fin comenzó a hacer bromas como era su costumbre.

—¡Venga, dispara, que no te tengo miedo! —le espetó a Delicao cuando llegó su turno de interrogar. Él tragó saliva y meditó unos segundos con gesto serio antes de comenzar.

—¿Qué horarios de vuelo va a tener la señorita Rosa Almagro en las próximas dos semanas? —un silencio momentáneo llenó la sala, acompañado de las miradas atónitas de la brigada, González y la nueva Rosa Almagro.

—¡Raulito, qué pregunta! —espetó entonces Suárez— Pues improvisaré según vea, ¿no? —cuestionó entonces mirando a Basurto.

—No, no. Delicao tiene razón. Debo reconocer que no había pensado en ese aspecto, pero

debemos atar absolutamente todos los cabos sueltos. Buen trabajo.

—Gracias, mi brigada —respondió él haciendo pequeños dibujitos geométricos en el margen de su cuaderno de notas.

—¿Alguien sabe cómo funcionan los horarios de las azafatas? Si no, deberíamos hacer una pausa para recopilar esa información. No creo que nos lleve mucho rato.

—Yo lo sé, mi brigada. Por eso lo he preguntado —Raúl levantó ahora la mirada del cuaderno y se ajustó las gafas sobre el puente de la nariz.

—¿Y tú por qué sabes eso? —la que hablaba era Suárez.

—Mi prima es azafata, y después de que a menudo usara la excusa de las imaginarias durante las comidas y eventos familiares, decidí informarme bien de cómo funcionaba aquello. De hecho, creo que Rosa Almagro debería tener imaginaria cuando llame al Teléfono de la Ilusión.

Antes de que un nuevo silencio inundara la sala, Delicao procedió a compartir sus conocimientos sobre las rutinas de las auxiliares de vuelo.

—O sea que si Rosa Almagro tiene imaginaria, tiene que salir pitando en cualquier momento, ¿no? —corroboró González tras la explicación.

—Eso es. Depende de la aerolínea, pero digamos que en el caso de Rosa, tendrá imaginaria de cinco de la mañana a once de la noche, y que además su aerolínea podrá llamarla con tan solo cuarenta y cinco minutos para que se presente en el aeropuerto.

—Como una guardia, vamos —dijo en alto Suárez, aunque parecía estar diciéndoselo más bien a sí misma. Delicao y ella cruzaron una breve mirada y él le sonrió antes de volver a clavar la mirada en los dibujos a bolígrafo que decoraban su cuaderno.

Aquella conversación les hizo plantearse la necesidad de decidir para qué compañía aérea trabajaba la azafata, pero decidieron que no era fundamental porque, si el Teléfono de la Ilusión se caracterizaba por algo, era por respetar el anonimato y la intimidad de las personas que hacían uso del mismo.

Y, a continuación, fueron imaginando todos los posibles escenarios que podrían darse durante las llamadas.

Las órdenes eran claras. Mantenerse en el papel y no tomar ninguna decisión en la primera llamada, si es que se le brindaba la oportunidad. A partir de ahí, tendrían que planear sobre la marcha. Ellos estarían a su lado cuando llamara y podrían escuchar y también pasarle notas, si se quedaba en blanco, para que sus respuestas fueran lo más creíbles posible.

Cuando hacía ya un buen rato que no entraba luz por la ventana de la sala, Nacho miró el reloj.

—Va siendo hora de que descansemos aunque sea un par de horas, ¿no os parece? —eran casi las once de la noche y a todos ellos se les notaba la fatiga en los rostros.

—Buena idea. Mañana tenemos la entrevista con la última voluntaria —apuntó Basurto conteniendo un bostezo como pudo.

—Alicia Briones —intervino Delicao.

—Gracias, cabo. Nos vemos aquí a las siete y media tú y yo. Vosotros conocéis vuestros horarios, supongo —dijo mirando a González y Suárez, que asintieron sin mucho entusiasmo.

Salieron los cuatro de la UCO a la vez y se fueron despidiendo. Delicao caminaba despacio hacia la boca del Metro. Apenas se veía gente en la calle, algo extraño para aquella ciudad que nunca parecía dormir.

Justo cuando bajaba los primeros escalones, oyó que Suárez le llamaba.

—¡Raúl! —frenó en seco y giró sobre sus talones. Efectivamente, allí estaba ella, llegando apresurada a su altura— Hoy me vendría bien esa caña que me debes. ¿Te importa?

No hizo falta una respuesta, su sonrisa valió como confirmación. Volvió a subir los pocos peldaños que había ya descendido, y caminó junto a su compañera.

—¿Dónde quieres ir? —preguntó por fin. Ella se encogió de hombros— Pues vamos a ver a Segundo.

Entraron en la cafetería de siempre, donde ya les conocían. El camarero, nada más verles, no pudo evitar un gesto de sorpresa.

—¿Ustedes aquí a estas horas? ¡Eso sí es una novedad! —dijo por todo saludo— Me voy a atrever a preguntarles qué quieren tomar, que de noche nunca les he servido y a lo mejor los gustos les cambian.

—Para mí una caña, por favor —dijo por fin Suárez, que había permanecido en silencio todo el trayecto.

—Yo una tila, Segundo, que necesito relajarme.

—Es usted de ideas fijas, joven —respondió el hombre con una sonrisa franca mientras tomaba un vaso de cerveza y lo refrescaba para comenzar a tirar la caña.

Decidieron no quedarse en la barra, sino sentarse en una de las mesas que daban a la ventana, que quedaban más apartadas y aportaban así algo más de intimidad. Había poca gente a aquellas horas. Un vecino que parecía vivir en el bar, porque le solían encontrar a cualquier hora, como bien acababan de comprobar. El sí se sentaba en la barra, para que Segundo le diera palique de vez en cuando. Ahora hablaban de fútbol. También había una pareja tomando un par de sándwiches vegetales con sendas copas de vino tinto. Delicao observó que llevaban ropa de oficina, e imaginó que vivirían por la zona y, de vuelta a casa, decidieron cenar en el bar en lugar de tener que ponerse a cocinar.

—Raúl... ¡Raúl! —llamó su atención Suárez de nuevo. Justo en ese momento el camarero caminaba de vuelta a la barra después de dejar sobre la mesa las bebidas y un pequeño platillo con aceitunas rellenas.

—Perdóname, estaba divagando sobre tonterías —sacó el sobrecito de tila y removió el líquido de la taza con la cucharilla pese a no haber añadido azúcar. Era una costumbre que tenía desde siempre y que él mismo reconocía que era un tanto ilógica—. Me imagino que estás nerviosa, ¿verdad?

Ella tardó un poco en contestar. Entre tanto, parecía entretenida observando las burbujas de la

espuma cremosa de la caña.

—¿Y si no estoy a la altura y la cago y mando al traste todo vuestro esfuerzo de estos meses? —dijo al fin.

—Vas a estar a la altura seguro —respondió el cabo muy serio.

—¿Y tú cómo lo sabes? —arremetió ella casi con rabia.

—Porque te conozco... Llevo todos estos meses observándote, viendo cómo actúas. Y veo dos Suárez. La que bromea con todo el mundo con esa gracia andaluza y llena una habitación con solo poner un pie en ella y sonreír. Pero también la que se sienta seria frente a la pantalla de su ordenador y se enreda un mechón de pelo entre los dedos de la mano izquierda cuando necesita concentrarse mucho en algo, y entrecierra los ojos ligeramente como queriéndose asegurar de que no se le escape nada.

Se hizo un silencio que a Delicao le pareció que se prolongaba demasiado. Quizás no debía haberle dicho aquellas cosas. Le hacían parecer una especie de acosador. Probablemente no era normal observar tanto a alguien pero, bueno, la verdad es que él observaba a todo el mundo, desde siempre, y además Suárez era especial, y no podía evitar tratar de descifrarla.

—Eso que me has dicho es... Es precioso, Raúl —El cabo dio un buen trago a su tila tratando de ocultar el calor que le subía por las mejillas en ese momento. Ella le turbaba, definitivamente. Decidió que lo mejor sería cambiar de tema un rato y no hablar ni del caso, ni de las cualidades de su compañera.

—Ya... Oye, hay algo que siempre he querido preguntarte —dijo después de carraspear—. Vale que en el Cuerpo tendamos a llamarnos por nuestro apellido pero, nunca he visto a nadie llamarte por tu nombre de pila. ¿Por qué es eso?

De pronto ella recuperó el brillo que tanto le caracterizaba y volvió a meterse en el papel de andaluza con desparpajo.

—¡Pues sí que estás tú hecho un buen investigador! —le espetó sonriendo— Mira que dar con el nombre de alguien tiene que ser fácil cuando tienes el apellido...

—Bueno, no sé. He preferido preguntártelo. Lo demás me parecía un poco raro, ¿no? Imagínate que llega Basurto y me ve rebuscando información sobre ti. Quedaría de lo más extraño.

Aquel comentario consiguió definitivamente relajar a ambos, que estallaron en una carcajada tan subida de tono que Segundo y el señor de la barra, el habitual, interrumpieron su conversación sobre fútbol brevemente para ver qué ocurría.

Cuando por fin se hubieron calmado, Suárez se puso seria y le contó a Delicao por qué nunca usaba su nombre. Compartía el de su madre y desde pequeña había sido supersticiosa.

—Ella trató de ser la mejor madre posible, de eso no me cabe duda. Creo que todas lo intentan, aunque pocas lo consigan. Sé que nos quería, pero lo cierto es que nunca consiguió proporcionarnos lo que necesitábamos. Y no hablo de cosas materiales. Hablo de cariño, de besos en la frente después de una caída, de cuentos inventados para ahuyentar las pesadillas, de vasos de leche con miel para el dolor de garganta —Delicao escuchaba atento—. Yo tuve que hacerme

mayor de golpe porque mi madre pasaba temporadas muy largas encerrada en su habitación.

—¿No teníais familiares que pudieran hacerse cargo?

—Realmente, no. Mi padre se marchó siendo yo muy canija y no teníamos familiares cerca. Con la familia paterna nunca hubo relación y, por parte de mi madre, solo quedaba mi abuela, que era bastante mayor y con la que nunca tuvimos demasiado trato.

—Lo siento mucho, Suárez —trató de empatizar Delicaó.

—No lo sientas, Raúl. Pienso que yo no sería quien soy si no hubiera pasado por todo aquello y, además, hay quien lo ha tenido peor que yo —la cabo se retiró un mechón de la cara que colocó detrás de la oreja antes de dar un sorbo a su caña, que para entonces apenas tenía espuma—. El caso es que siempre pensé que si dejaba que la gente me llamara como a mi madre, acabaría siendo miserable como ella, sumida en una depresión profunda. Por eso elegí llamarme siempre Suárez y ser alegre, compartir ese desparpajo andaluz que ya es todo un tópico pero que, no nos engañemos, sigue siendo una fantástica carta de presentación.

—Tu historia suena a cuento.

—Me alegra que así lo creas. Ahora solo espero que sea uno con final feliz.

Permanecieron un rato en silencio acabando sus bebidas, hasta que ella hizo un gesto al camarero para que trajera la cuenta.

—Invito yo —dijo con tono serio para no dar lugar a discusión.

—Pensaba que esta era la caña que te debía —trató de discutir Delicaó.

—Me has ahorrado una pasta en psicólogos, así que invito yo —insistió ella.

—Bueno, pero con una condición: tienes que decirme tu nombre.

—Valentina. Me llamo Valentina.

—Encantado de conocerte, Valentina —y Raúl le tendió la mano mientras ella hacía lo mismo y se las estrechaban como si fuera la primera vez que se veían.

Salieron del bar pasada ya la medianoche. Caminaron hasta la boca del metro sin apenas hablar. Cuando ya iban a despedirse, ella le regaló un beso tímido y rápido en la mejilla.

—Gracias. Gracias por tu tiempo y por ser mi amigo.

Él tardó un poco en contestar. La mejilla le ardía. Era como si aquel beso sorpresivo le hubiera abrasado la piel.

—Siempre, Valentina.

CUANDO NADIE SABE



Solo quedaba aquella entrevista pendiente, la de Alicia Briones. Tal y como ella misma había prometido el día anterior, se presentó en la UCO a las ocho en punto de la mañana.

Bárbara la vio entrar y decidió observarla un rato antes de hacerse notar. La voluntaria vestía un traje de chaqueta color crema. Llevaba el pelo recogido en una coleta muy tirante y no lucía maquillaje aunque, desde luego, tampoco le hacía falta. Miraba a un lado y a otro con gesto inseguro mientras Rodrigo, que a punto estaba de acabar su turno, revisaba el DNI de la joven y le entregaba una tarjeta de visitante que debía lucir en la solapa en todo momento.

Para cuando el trámite hubo acabado, Basurto estaba ya cerca de la entrada. Alicia Briones debió sentir cierto alivio al ver una cara conocida, porque se le relajó el gesto y sonrió ligeramente con la mirada.

—Señorita Briones, buenos días —La brigada mostró la mejor de sus sonrisas. Aquello era una entrevista informal y, como era su costumbre, le gustaba que sus interlocutores se mostraran lo más relajados y confiados posible dadas las circunstancias.

—Buenos días —respondió tímida la mujer mientras agarraba su bolso color crema con fuerza entre las dos manos, como si tuviera miedo de que alguien fuera a arrebatárselo o lo fuera a extraviar. Bárbara lo achacó a los nervios que provocaba el encontrarse en un lugar extraño, lleno de guardias civiles. La gente tendía a aferrarse a lo que podía: el bolso, el móvil, un vaso de agua, o incluso a los dedos de las manos. Cualquier cosa que les proporcionara un poco de seguridad y sosiego.

De camino a la sala pequeña, Basurto llamó la atención de Delicao para que les acompañara. El cabo se levantó apresurado, no sin antes coger su cuaderno de notas y un bolígrafo de su mesa, ajustarse las gafas, más por tic que por necesidad, y sonreír él también a la voluntaria.

La cadena de acontecimientos se sucedió como en ocasiones anteriores. Bárbara ofreció algo de beber a la entrevistada. Raúl se disculpó un instante para traer el vaso de agua solicitado. Entre tanto, la brigada habló con Alicia Briones de naderías para que fuera relajándose.

Hasta ahí, todo normal. Sin embargo, la mujer no parecía relajarse ni un ápice con la conversación de la brigada. Esta le habló del tiempo, de lo bonito que estaba el centro de Madrid últimamente, incluso le preguntó por sus vacaciones.

—Si me disculpa un momento, Alicia. Ahora mismo vuelvo —Basurto salió de la sala aún sonriendo. Cerró la puerta tras de sí y esperó unos segundos hasta ver aparecer a Delicao con el líquido elemento.

—Raúl, vas a dirigir tú la entrevista —le ordenó sin más preámbulo.

—Bueno, yo... No sé si... —respondió el cabo nervioso mirándose los zapatos.

—Claramente yo incomodo a la voluntaria. Bueno, parece que incomodo a los voluntarios en general —añadió con tono exasperado—. Pero tú tienes una edad similar y te encuentra más cercano. Yo entraré contigo, pero me mantendré al margen. Será más efectivo.

El cabo asintió, trató de tragar saliva, aunque tenía la boca seca, y entró en la sala con el vaso de agua y Basurto caminando justo detrás de él.

Había intervenido en otras muchas entrevistas desde que entrara a servir en la UCO hacía algo más de cuatro meses. Sabía la teoría y, además, en su primer día tuvo que terminar aquella al portero de un edificio cuando la brigada recibía la noticia de la aparición de la primera embarazada. Esto era lo mismo. Alicia Briones no estaba acusada de nada, de modo que no había nada que temer. No había manera de equivocarse si se ceñía a la teoría.

Se sentó en la silla que normalmente hubiera ocupado la brigada, la que estaba justo en frente de la de la entrevistada, al otro lado de la mesa, de espaldas a la puerta. Bárbara, a su vez, decidió acomodarse en uno de los asientos del extremo, para que Alicia no tuviera ni que mirarla siquiera si no quería.

—Bueno, señorita Briones, Alicia, ya sabe que no estamos más que cumpliendo con ciertos formalismos. Es importante que hablemos con todos ustedes porque a menudo conocen datos importantes aunque no sean conscientes de ello —la voluntaria giró la cabeza para mirar a Bárbara con gesto de sorpresa y después volvió a centrar su atención en Delicao. Cuando por fin posó la mirada en el cabo, él le sonreía afable, y ella relajó automáticamente los hombros, como si se estuviera quitando un gran peso de encima.

—Hemos comprobado que estaba usted presente en todos los turnos en que llamaron las víctimas —Raúl hizo una pausa para observar a la mujer, que decidió tomar un breve sorbo de agua—. Esto significa que, si consigue usted recordar algún detalle de alguna de las llamadas, nos podrá ayudar más de lo que imagina.

—Yo... Yo no... Llevo muy poco tiempo de voluntaria.

Delicao revisó los documentos que tenía frente a él en una carpeta de cartulina azul.

—Bueno, lleva casi seis meses. Las llamadas que hemos podido identificar de las víctimas no se remontan más allá —y sonrió de nuevo para que Alicia Briones no se inquietara más de la cuenta. Aprovechó un momento en que ella volvió a beber de su vaso para mirar rápidamente a Bárbara, que le hizo un breve gesto con el mentón para asegurarle que estaba haciéndolo bien.

—Alicia, no se preocupe que solo queremos ayudarle a recordar. Nada más. ¿Cómo fueron las primeras llamadas que recibió cuando empezó a trabajar de voluntaria? —había que hacerle hablar, y la mejor manera era empezar con detalles que ella conociera bien.

—Bueno, el primer mes, justo después del curso de formación, solo observaba. Atendí un par de turnos con mi mentora para ver cómo gestionaba las llamadas. Incluso me dejó responder algunas. Tuve la suerte de que eran sencillas. Recuerdo una chica joven agobiada por los exámenes y una de un señor que me pedía contactos de psiquiatras en Madrid que hablaran inglés. Era para su mujer, que era británica.

—Muy bien, Alicia. ¿Ve? Está recordando sin problemas. Tómese su tiempo —a medida que la voluntaria se relajaba, Raúl lo hacía también.

—Luego ya empecé a hacer turnos sola, cuando me sentí preparada.

—En mayo.

—Sí, eso es, en mayo. Y, bueno, la verdad es que he hecho todos los que he podido, para ponerme al día y coger soltura. Pero con el trabajo, bueno, es difícil estar a todo.

—¿Y no recuerda ninguna llamada de las características que comentamos? Alguna mujer que estuviera embarazada pero no deseara tener el bebé, o que le hubiera pillado por sorpresa y estuviera aún asumiendo la noticia. O quizás alguna chica que hubiera sido víctima de una violación y esperara un hijo como consecuencia.

Alicia negaba con la cabeza enérgicamente mientras Delicao le iba planteando posibles llamadas. Su coleta se movía de lado a lado al ritmo de la negación y paró en seco cuando por fin el cabo dejó de hablar y ella de negar. Se hizo un breve silencio que la voluntaria no tardó en romper.

—Yo... siento no ser de más ayuda. Realmente todo esto me queda un poco grande. Aún estoy aprendiendo a manejarme bien en el Teléfono de la Ilusión, a rellenar las estadísticas y a gestionar mi tiempo.

Bárbara fue la primera en incorporarse, invitando a la entrevistada y a Delicao a hacer lo mismo. Fue él el encargado de acompañar a la señorita Briones a la salida. Se aseguró de darle una tarjeta de visita con su contacto por si recordaba algo en algún momento que le resultara significativo. Ella la guardó en el bolsillo de su chaqueta color crema y salió apresurada, aún aferrada a su bolso con las dos manos.

Cuando regresó, Basurto observaba el mural.

—Hay que lanzar el cebo cuanto antes —dijo para sí misma.

A Raúl no le gustó aquel apelativo. A veces Bárbara le resultaba demasiado fría, y aquella referencia a Suárez era un claro ejemplo de ello. Sin embargo, se guardó sus impresiones y asintió cabizbajo, notando como un nudo se le formaba en la boca del estómago y descendía poco a poco oprimiéndole los intestinos.

LA PRIMERA LLAMADA



Se despertó sudando. Aquel desgraciado le perseguía ahora en sueños. No debió entrometerse. No debió morir, no era su momento. Aquel estúpido podría haber vivido una vida plena. Quizás hubiera encontrado una nueva mujer con la que tener hijos como Dios mandaba, fruto del amor, no de la tecnología. ¡Aquello era una aberración!

Fue diligente, como siempre, y no dejó ninguna huella, nada que pudiera incriminarle.

Salió de la cama y, antes de encaminarse a la cocina, entró en el cuarto de baño para observar la evolución de sus flores. Le invadió el olor a tierra húmeda y cerró los ojos unos segundos mientras se llenaba los pulmones de aquel aire.

Había limpiado todo y salvado todas las que pudo. Por desgracia, aquella mañana varias aparecían marchitas. “¡Entrometido!” —murmuró mientras retiraba con delicadeza las flores muertas y las tiraba a la papelera. Entonces giró para encontrarse frente a frente con su reflejo en el espejo ovalado que había sobre el lavabo. Tenía aspecto cansado. Las pesadillas estaban pasándole factura, pero sabía que debía ser fuerte y continuar con su misión hasta que ya no pudiera más. Era necesario. Era lo correcto. Aquellas criaturas no merecían sufrir, no merecían una infancia como la suya.

Estaban los cuatro sentados en la sala tres de la Unidad. Basurto había hecho instalar un teléfono para que Suárez realizara la primera llamada. A partir de ahora, aquella estancia sería su centro de operaciones. Junto al teléfono, Delicao dejó una jarra de agua y cuatro vasos. Nacho y Bárbara tenían además sendos espressos frente a ellos y Delicao se había preparado una tila, doble esta vez, dadas las circunstancias.

Suárez bebía también una infusión que el cabo le había preparado. No hablaba. Mantenía la mirada fija en la taza y daba pequeños sorbos de vez en cuando.

Basurto y González conversaban sobre el caso.

—Hablé con Arturo hace un rato, y con los de la científica. No se ha encontrado ni una sola huella en la casa de Felipe Ramírez.

—¿Y te sorprende? —interrogó el cabo mayor mientras ponía su teléfono móvil en silencio.

—En absoluto. Es la tónica general. Hay que reconocer que el animal que está cometiendo estos crímenes es escrupuloso hasta la extenuación. Que no hayamos encontrado ninguna huella en ninguna de las escenas... Ni tan siquiera huellas de zapatos junto al lago en Toledo...

—Ya... Pero acabar con la vida de Felipe Ramírez ha sido un fallo, de eso no cabe duda. Ha sido algo improvisado que no entraba en sus planes y eso va a desestabilizarle aunque sea solo momentáneamente —aseveró Nacho.

Los dos miraron a Suárez, que daba el último sorbo a su tila.

—¡Qué malo está esto, Raúl! Yo no entiendo que lo tomes por gusto —trataba de relajar el ambiente, pero ella misma era consciente de que era casi imposible en aquellos momentos.

Nadie le contestó ni hizo ningún comentario. Estaba claro, debía realizar la primera llamada.

Tragó saliva y posó la mano sobre el auricular del teléfono para descolgarlo.

—Suárez —interrumpió Basurto—. Respira hondo. Lo vas a hacer fenomenal. Solo métete en el papel. Ahora eres Rosa Almagro, azafata. Y recuerda que vas a hablar con un voluntario que tiene buenas intenciones y quiere ayudar. Nada puede salir mal.

Valentina resopló y tomó aire de nuevo mientras Delicao se colocaba las gafas sobre el puente de la nariz repetidamente con una mano, y con la otra doblaba y desdoblaba la esquina de una de las hojas de su cuaderno de notas. González permanecía serio, sin moverse. Y Bárbara posó su mano sobre la que Suárez tenía en el teléfono y le ayudó a descolgar.

Cuando la cabo se colocó el auricular sobre la oreja, fue Basurto quien marcó. Después hizo un gesto con el dedo sobre los labios a sus compañeros solicitándoles silencio absoluto antes de apretar el pequeño botón con el símbolo del altavoz. Inmediatamente escucharon el timbre de la llamada: uno, dos. Antes de que sonara por tercera vez, alguien respondió.

—Hola —era una voz de mujer. Difícil saber cuál de las voluntarias había tomado la llamada.

Durante los días previos, se habían planteado pedir a las psiquiatras los turnos futuros del Teléfono de la Ilusión, pero pronto descartaron la posibilidad porque resultaría evidente que trataban de mantener cierto seguimiento y, de ser responsable total o parcialmente alguno de los voluntarios o las psiquiatras —no había que descartar ninguna hipótesis— se pondrían alerta dificultando así el éxito de la misión.

Los cuatro se miraron con gesto interrogante, por si alguno tenía alguna idea de quién podía ser. Habían convenido anotar cualquier comentario para evitar ser oídos. Los cuatro folios permanecieron en blanco. Bárbara le hizo un gesto a Suárez invitándole a hablar.

—Hola... —repitió la voz al otro lado— Sé que me escuchas. Tómate tu tiempo. No hay ninguna prisa y yo estaré aquí para cuando quieras contarme qué te inquieta o cualquier otra cosa.

La joven tomó aire y lo soltó poco a poco por la boca. Sabía que su interlocutora estaría escuchando aquella respiración, pero no le importó, porque estaba convencida de que no era la primera que llamaba a aquel número y necesitaba respirar hondo antes de escupir sus inquietudes y secretos.

—Yo... Yo tengo un problema y no sé muy bien con quién hablarlo —se lanzó por fin a hablar. Para entonces había clavado la mirada en la mesa. Prefería no ver las expresiones de sus

compañeros, pese a notar que la observaban.

—Yo estoy aquí para escucharte. Tenemos todo el tiempo que necesites —la voz sonaba pausada, tranquila. Suárez podía entender por qué había quien llamaba a menudo. Pese a no haber dicho mucho, la voluntaria transmitía en sus palabras y sus silencios un interés genuino en su historia.

Valentina decidió entonces soltarlo de golpe. Sería lo más fácil.

—Estoy embarazada.

—Y, supongo, que si estás llamándome es porque ese embarazo no lo esperabas.

—Bueno, no lo esperaba, no. Pero es que... —hizo una pausa dramática. Había conseguido relajarse ligeramente y comenzaba a meterse en el papel— Es que además el bebé que espero es fruto de una relación no deseada.

Hubo unos segundos de silencio al otro lado. Quizás la voluntaria digería la información. O a lo mejor le dejaba espacio para que continuara hablando, como decidió hacer Suárez.

—Ha sido el novio de mi compañera de piso... Y yo... Yo me veo incapaz de decírselo a ella, porque le rompería el corazón.

—¿Y no te planteas ir a la policía? ¿Presentar una denuncia? —la voz seguía hablando con el mismo tono balsámico, sin que el timbre de su voz denotara sorpresa ni alarma alguna.

—No podría... Arruinaría la vida a todos los que hay a mi alrededor. A mi familia le desharía todo esto, y a mi amiga... Y yo, bueno, yo no sé qué hacer. Porque, por otro lado, no me veo capaz de abortar —a estas alturas Rosa Almagro hablaba con la voz temblorosa. Fue capaz hasta de emitir un breve sollozo al finalizar la frase, y por fin levantó la vista. La brigada la miraba seria, pero asintió firmemente como signo de aprobación. González ni se movió, pero no le quitó los ojos de encima. En cuanto a Delicao, él sí le dedicó una cálida sonrisa para darle ánimos. Volvió a centrarse en las vetas de la mesa de conferencias para no desconcentrarse.

—Bueno, respira. No debes tomar esa decisión ahora. Además, es importante que sepas que cualquier resolución que tomes será correcta. Si no quieres abortar, no debes hacerlo. Ese bebé no tiene la culpa de lo ocurrido —ahora era la voluntaria la que necesitaba unos segundos para tomar aire—. Por otro lado, si finalmente decides interrumpir el embarazo, estás en tu pleno derecho y es absolutamente entendible.

Suárez fue a decir algo, pero notó un golpe suave sobre la mesa. Levantó la mirada y vio a Basurto haciéndole un gesto con la mano para indicarle que permitiera a la voluntaria seguir hablando. Asintió y escuchó.

—Me imagino que debes sentirte muy angustiada ahora mismo. Es comprensible. Pienso que deberías tratar de hablar con alguien conocido —la voz se silenció esperando un comentario.

Basurto escribió rápidamente en su folio “NO”. La cabo asintió y cumplió órdenes.

—No... Quiero decir que no puedo hablarlo con nadie. Nadie lo entendería.

—Ya... ¿Y un psicólogo? Yo puedo recomendarte alguno si así lo deseas.

—No sé si... Yo nunca he ido a ninguno.

—Bueno, déjame que te proporcione un par de contactos. No tienes porqué llamar, pero al menos cuentas con ellos por si en algún momento te animas a probar.

Valentina interrogó a Bárbara con la mirada. La brigada se pasó la mano de un lado a otro del cuello, indicándole que finalizara la conversación.

Una vez hubo anotado los teléfonos facilitados por la voluntaria, se despidió con la excusa de que debía prepararse para ir a trabajar y colgó. Se desmadejó sobre el asiento, echando la cabeza hacia atrás y respirando hondo.

—Has hecho un buen trabajo, cabo —la felicitó Basurto—. Ahora solo debemos esperar y mañana llamarás de nuevo. Apuesto a que al haber mencionado la violación, esta llamada quedará definitivamente registrada. En cualquier caso, es probable que la discutan en la próxima reunión, y más aún si continuamos llamando y facilitando más detalles de la vida de Rosa Almagro.

—¿Puedo ver los contactos que te ha facilitado? —el que hablaba era Delicao. Suárez le tendió su folio, en el que había apuntado un par de nombres con sus respectivos números de teléfono— Mi brigada, ¿convendría mirar a ver quiénes son estas psicólogas? Pensaba que quizás la voluntaria habría facilitado los contactos de Cristina y Ana, las psicólogas que dirigen las reuniones de los martes, pero no es así.

—No me parece mala idea hacernos con un perfil de las terapeutas recomendadas, aunque nada en la conversación con la voluntaria me ha hecho pensar que pueda tener algo que ver. Claro que, es muy probable que los voluntarios, si es que por ahí recibe el asesino la información, ni tan siquiera sean conscientes de su labor de informantes.

Finalizada la reunión, Suárez le pidió a la brigada unos minutos. Necesitaba salir a la calle y que le diera el aire. Pasear. Delicao le ofreció acompañarla, pero ella prefirió ir sola aquella vez.

El cabo decidió entonces actualizar su mural. Se alegró de no tener que añadir un nuevo cadáver. Era una buena noticia, por supuesto, pero también inquietante, porque eso significaba que el asesino no tardaría demasiado en actuar. Utilizó un rotulador rojo para escribir ROSA ALMAGRO en mayúsculas al final del gigante trozo del rollo de papel que colgaba de la pared. Luego sacó un par de flechas y anotó los nombres de las psicólogas recomendadas por la voluntaria. Cuando hubo finalizado, dio un par de pasos atrás para observar el mural con perspectiva.

- Mayo - ESTIBALIZ GUZMAN BUENDIA - 17 años - Toledo - violación (amigo familia - Ramón Sayas) - trompetas de ángel - niño (20 semanas). Tres llamadas.
- Junio - ANTONIA BLASQUEZ - 34 años - Alcobendas - NO violación. FIV. - Cianuro (albaricoque) - Niño (20 semanas). Marido asesinado (Felipe Ramírez). NO LLAMADAS.
- Septiembre - VIRGINIA RIDRUEJO - 43 años - Lavapiés - violación marido (Aquilino Sindulfo) - mandrágora - niña (20 semanas). Llamadas casi diarias entre 5 de julio y 15 de agosto.
- Septiembre - FLORENCIA ANGUITA - 30 años - Aranjuez - violación - *Adenium Obesum* - niño - Tres llamadas.

LA SEGUNDA LLAMADA



Abrió su ordenador. La pantalla se volvió negra y pronto apareció una barra con un mensaje que le informaba de que estaba llevándose a cabo una actualización. Miró el reloj. Era la hora perfecta para tomar una infusión. La preparó despacio, deleitándose en el proceso. Tomaría jazmín. Introdujo el té en el infusor, metiéndolo después en una taza de porcelana blanca. Vertió agua hirviendo y volvió a la mesa donde su portátil le avisaba de que tan solo quedaba un minuto para que la actualización estuviera lista.

Accedió al archivo sin dificultad. Ojeó el documento completo ayudándose del cursor. No parecía haber información relevante. Pero entonces decidió revisarlo de nuevo, esta vez más lentamente y, efectivamente, ahí constaba: posible víctima de violación embarazada. No había más datos, salvo la fecha y hora de la llamada.

Delicao sintió como si aquello fuera una escena que ya habían vivido. De nuevo los cuatro sentados en torno a la mesa de conferencias, cada uno en la misma silla que el día anterior, y todos ellos con sus folios en blanco y sus bolígrafos. Como durante la jornada previa, Basurto y González tomaban café y él una tila. Solo algo era diferente, esta vez Suárez no se había unido a la ingesta de infusiones.

La tarde anterior, antes de dar el día por finalizado, acordaron que lo mejor sería realizar la siguiente llamada a una hora similar a esa primera para facilitar así las cosas al asesino, si es que, como sospechaban, recibía la información por esa vía. La última víctima llamó dos días consecutivos alrededor de las siete de la tarde y aquello precipitó su desaparición y asesinato, si la hipótesis de la conexión con el Teléfono de la Ilusión era correcta.

Suárez se mostraba más tranquila aquella mañana. No sentía aquel sudor frío del día anterior, ni tampoco se notaba la boca seca. Bueno, al menos no tan seca. Tomó uno de los cuatro vasos que Delicao había dispuesto junto al teléfono y lo llenó de agua. Dio un pequeño sorbo. Aquello estaba mejor. Después se pasó las manos por los muslos para secar cualquier rastro de sudor con la tela del uniforme. Se notaba lista. Carraspeó para llamar la atención de sus compañeros y la brigada.

—Cuando ustedes quieran.

—¡Esta Rosa Almagro está llena de confianza en sí misma! —la elogió González dedicándole un breve guiño.

—Ese es el espíritu, cabo. Pero recuerda no demostrar demasiada confianza en la llamada — la brigada, siempre práctica y perfeccionista, sintió la obligación de remarcar aquel aspecto fundamental para el éxito de la investigación.

Suárez le sonrió levemente con los ojos. Entendía exactamente lo que Basurto quería. Contaba aquella mañana con la confianza suficiente como para no tener miedo a quedarse en blanco o a meter la pata. Además, podría meterse mejor en el papel que representaba ahora que por fin le habían dejado de sudar las palmas de las manos y el nudo que llevaba asentado en su estómago desde ayer había reducido ligeramente su tamaño.

Bárbara le dedicó un gesto afirmativo y Valentina descolgó el teléfono. Se hizo un silencio absoluto en la sala, tan solo interrumpido por la muy leve señal que emanaba del auricular que seguía apoyado sobre la mesa entre sus dedos. De pronto, la bola de su estómago volvía a crecer, lenta pero inexorablemente. Las manos volvían a humedecerse, empapando el mango del auricular.

Delicao notó su angustia e hizo lo único que pensó podría ayudarla en aquel momento. Deslizó su taza en una línea perfectamente recta sobre la mesa vetada hasta que quedó a la altura de la cabo. Ella levantó la vista mostrando una breve mirada agradecida antes de dar un sorbo a su tila doble, ahora ya tibia.

—Si quieres, marco yo como ayer —intervino la brigada. Suárez asintió.

Y de nuevo, con esa sensación de haber viajado al pasado y estar reviviendo la misma escena del día anterior, Delicao clavó la mirada en su cuaderno de notas, González miró al frente con semblante serio, Basurto les pidió silencio con el dedo sobre los labios, pese a que no era necesario porque ya nadie hablaba, y la protagonista de aquella extraña actuación bajó la mirada para que nadie la mirara mientras se transformaba en Rosa Almagro.

Esta vez la llamada obtuvo respuesta aún más rápido.

—Buenos días —la voz al otro lado era masculina. Los cuatro se miraron interrogándose. González anotó con rapidez en su folio y lo levantó con las dos manos para que todos leyeran “Alfonso Absudia”. Sus compañeros asintieron. También le habían reconocido.

—Buenos días —volvió a saludar el voluntario, esta vez con un tono de voz algo más meloso, suave.

—Hola... Yo... Necesito hablar con alguien, por favor.

—Yo estoy aquí para escucharte. Tómate tu tiempo, no voy a ninguna parte —mientras Alfonso hablaba, Delicao anotaba en su cuaderno. Claramente todas las llamadas seguían el mismo patrón. Los voluntarios conocían el guión que debían respetar para facilitar la fluidez de la conversación. Era interesante que aquellas fórmulas funcionaran cada vez, con cada persona alterada o en apuros. Se preguntó si surtiría también efecto en él si se viera en la necesidad de utilizar una de aquellas líneas de apoyo en alguna ocasión.

Rosa Almagro repitió la misma historia que el día anterior. Esta vez, sin embargo, añadió el hecho de que su familia era creyente y practicante y que la idea del aborto a ella le parecía atroz, pero que no veía otra salida. Alfonso no la juzgó. Se limitó a tratar de calmarla y a explicarle que había centros a los que podía acudir para que le aconsejaran y le informaran bien sobre sus opciones. Le habló también de la posibilidad de dar el bebé en adopción, lo cual sería una solución intermedia quizás satisfactoria. Además, como la voluntaria del día anterior, le

recomendó ponerse en contacto con algún psicólogo que pudiera ayudarle a ordenar sus sentimientos.

La llamada duró veintidós minutos exactos.

—Alfonso no es el responsable —Nacho fue el primero en hablar una vez Suárez hubo colgado el teléfono—. Es un tipo extraño y solitario, de eso no cabe ninguna duda, pero le he entrevistado ya dos veces y de verdad, él no tiene nada que ver.

—Por supuesto, pero recuerda que quizás él ni sea consciente de que es la filtración, si es que lo es. Puede que el asesino sea alguien cercano a alguno de los voluntarios. No lo sabemos. De momento, seguiremos llamando a diario al menos unos días más, hasta ver si notamos algo extraño, alguna pista que nos ayude a tirar del hilo.

Metió la taza en el lavaplatos, asegurándose de que quedara alineada con el resto y que el asa apuntara hacia la izquierda, como las demás. Fregó a mano el infusor y se secó las manos con esmero, primero un dedo, luego otro, así hasta terminar colocando el trapo en el pequeño gancho de la puerta de la cocina destinado a esa función.

Entró en la pequeña habitación, donde todo seguía intacto. Se acercó al móvil de cuna y empujó suavemente una de las figuritas de madera con el dedo para que comenzara a girar. Y entonces le fueron asaltando los recuerdos; las eternas noches en soledad, el miedo a la oscuridad, las formas y las sombras de su dormitorio que cobraban vida en cuanto comenzaba a brillar la luna. Risas, gritos, llanto, sobre todo, mucho llanto.

Volvió en sí. Agarró el móvil con las dos manos para que parara. Los hombrecitos de madera montados en balancines efectuaron una especie de grotesca pirueta consecuencia de la inercia de aquel súbito frenazo.

Caminó despacio hasta la cómoda blanca, arrastrando los pies. Abrió el primer cajón y, como hubiera ya hecho miles de veces, se agachó para aspirar el aroma que desprendía. Cada vez era menos intenso, y es que ya solo quedaba una blusa blanca de algodón muy fino. La última prenda y podría descansar. Aquella última pieza y habría dejado claro el mensaje que pretendía transmitir. Sonrió sin darse cuenta de que lo hacía mientras sacaba del cajón inferior del mueble unos guantes de látex desechables y se los ponía con cuidado antes de coger la minúscula blusa y acercársela a la nariz sin tocarla.

Aquella chica había vuelto a llamar. Era la señal inequívoca. Necesitaba ayuda, necesitaba entender, ver cuál era el camino correcto, la única salida, no solo para ella y para la indefensa criatura que esperaba, sino para esas futuras vidas que nunca debieran llegar a serlo porque acabarían convirtiéndose en abominaciones.

Devolvió la camisita a su lugar, cerró el cajón y caminó hacia la puerta del dormitorio. A su paso, dedicó una breve mirada cargada de cólera al adorno que colgaba en el centro de la habitación. Se aseguraría de no volver a hacer girar aquellas figuritas. No podía permitir que los recuerdos fueran una distracción.

—Vámonos a ver Segundo y nos tomarnos algo, anda —Suárez necesitaba un descanso después de la llamada. Sentía que meterse en la piel de Rosa Almagro le chupaba la energía. Cuando por fin colgó el teléfono y la tensión acumulada se le escapó por los poros de la piel, le invadió una especie de agotamiento absurdo.

Delicao asintió sonriendo, sin decir nada. Se giró para buscar a Basurto con la mirada. Una vez la hubo localizado frente a la pantalla de su ordenador, le hizo un gesto a Valentina para que esperara.

No tardarían, y a la cabo le vendría bien que le diera el aire y despejar la mente. Bárbara estaba de acuerdo.

—Bueno y, cuéntame, ¿sueles volver mucho a tu pueblo? —estaban sentados en sendos taburetes frente a la barra esperando a que Segundo les sirviera las bebidas. Delicao, de camino a la cafetería, había decidido que lo mejor sería que aquella fuera una conversación que nada tuviera que ver con el caso. Su compañera necesitaba aquel descanso.

—¡Qué va! En Navidad sí que voy, por ver a mis hermanos. Estamos todos desperdigados por el territorio nacional, pero hay un acuerdo tácito entre nosotros para coincidir en Nochebuena. El resto de vacaciones prefiero dedicarlas a ver mundo. ¡Me encanta viajar!

—¡Qué suerte! Yo he viajado poco, la verdad... Mis tíos nunca fueron muy de salir, salvo para ir a Murcia en verano, eso sí. Y luego ya me puse a estudiar, a trabajar...

—¡Excusas, Raulito! En cuanto pase todo esto y nos podamos coger unos días, nos vamos a ir tú y yo a visitar alguna ciudad europea.

Delicao debió poner tal gesto, que Valentina estalló en una carcajada que le obligó a echarse para atrás y la desequilibró de tal modo que casi se cayó del taburete. El cabo la agarró de las muñecas y tiró de ella hasta devolverla a su posición original. Se quedaron callados mirándose a los ojos unos breves segundos, hasta que Raúl decidió que era mejor mirarse la punta de los zapatos y colocarse una y otra vez las gafas. Ahora era él el que tenía las palmas de las manos empapadas.

EL RITUAL



Elegir el lugar adecuado siempre había sido uno de los elementos clave. Era consciente de que algunas escenas podrían haberse mejorado. El centro de Madrid, por ejemplo, si bien servía para que su mensaje llegara a más gente, podía haberle costado el anonimato y haber interrumpido su labor antes de ni siquiera concluirla.

A la elección ayudaban las mujeres. Era fundamental que se sintieran cómodas, tranquilas, de modo que la cercanía a sus lugares de trabajo o a sus hogares era una necesidad. Siempre se encontraban rincones bonitos. En cualquier pueblo, en cualquier ciudad, en cualquier barrio había al menos un espacio que merecía la pena, un entorno lo suficientemente bello como para pasar a formar parte de la historia.

Pensaba en todo esto mientras admiraba sus diminutas florecillas azules. Por fin habían recuperado el esplendor que las caracterizaba, después del ataque de aquella bestia. La producción había quedado muy mermada, pero era suficiente para una criatura más.

Cerró los ojos y respiró hondo. Antes de abrirlos a su mente vino la imagen que invadía sus pensamientos en los momentos más inesperados desde hacía años. Aquella imagen premonitória, la que determinó el comienzo de aquella necesaria misión. Sobre las malas hierbas, envuelto en una mantita azul, yacía un cuerpecito inerte sin acabar. Al lado, alguien cavaba. Recordaba cómo se sintió en aquel momento, y la sensación de que estorbaba que determinó el que se alejara y, como entretenimiento, o quizás a modo de evasión, recogiera flores que crecían por la zona. Aquellas miniaturas azules entre las que solía tumbarse a soñar a menudo parecían trozos de cielo. Trozos de cielo para la criatura que nunca debió ser.

—¡Bueno, esto ya está chupado! Hoy vengo decidida hasta a marcar yo el teléfono —entraban en la sala de reuniones de nuevo. Suárez esta vez encabezaba la comitiva y hablaba con su habitual desparpajo, ese que parecía habersele escapado desde que comenzara a meterse en la piel de Rosa Almagro.

Se sentaron en las mismas posiciones que los días anteriores. No era algo que se hubiera acordado previamente, pero cada uno sabía cuál era su lugar. A Delicao le hizo gracia, porque le llevó a pensar en las cenas familiares en casa de sus tíos. Allí también cada cual tenía su asiento asignado, pese a no haberlo decidido nadie de aquella manera. El pasó años sentándose en la silla más a la izquierda de espaldas a la ventana, mirando la puerta de la entrada. Y, de hecho, incluso cuando ahora visitaba a su familia, aquel lugar era el que ocupaba. Sentarse en cualquier otro sitio hubiera resultado extraño para todos.

El timbre de la llamada le sacó de su ensimismamiento. Se retiró un mechón de pelo de la cara, ajustó las gafas y clavó la mirada en el cuaderno, bolígrafo en mano, listo para apuntar cuanto se dijera en la conversación.

Esta vez, de nuevo, la llamada la respondió una mujer. No era de extrañar dada la cantidad de voluntarias que nutrían aquella asociación. Como los días anteriores, los cuatro se miraron interrogantes, pero ninguno supo confirmar la identidad de la interlocutora.

Valentina, Rosa Almagro, comenzó su actuación.

—Buenas. Yo... Necesitaría alguien con quien hablar.

—Aquí estoy yo para escucharte y ayudarte en lo que pueda. Tómate tu tiempo —el mismo guión, pensó Delicao. Esta quizás algo más solícita, por aquello de ofrecer ayuda, pero siempre lo mismo.

Suárez procedió a explicar las desventuras de Rosa Almagro, mientras la mujer escuchaba atenta sin emitir más sonido que alguna afirmación para que ella comprobara que seguía a la escucha.

Era curioso comprobar que ninguno de los voluntarios le preguntaba si había llamado antes. Todos actuaban como si fuera la primera vez que escuchaban la historia. Quizás fuera cierto, pero Basurto estaba convencida de que después de las visitas de su equipo al Teléfono de la Ilusión, las llamadas de mujeres embarazadas víctimas de violación estarían registrándose.

Cuando Valentina hubo finalizado de contar su parte, la voz al otro lado carraspeó levemente antes de intervenir.

—Y, dime ¿tú piensas realmente que vas a poder darle a esa criatura la vida que merece? — Raúl levantó la mirada del cuaderno como impulsado por un resorte. Frente a él estaba Suárez, con la boca abierta y gesto congelado. Bárbara le hacía gestos con la mano derecha invitándole a continuar con la conversación.

—Bueno...Yo... Yo pienso que podría ser buena madre, sí. Lo que pasa es que no sé si este es el momento adecuado.

—No solo el momento —interrumpió la voluntaria. El tono de voz seguía sonando balsámico, de eso no había duda, aunque había adquirido una firmeza un tanto inquietante —el modo en que esa criatura ha sido concebida no es justo. ¿No te parece?

—Sí... Claro. Y por eso llamo.

—Haces bien en llamar. Estoy aquí para ayudarte. Hay soluciones para todas las adversidades de la vida, aunque a veces sintamos lo contrario.

Suárez se quedó callada, como también lo hizo la voluntaria. Era habitual, por lo que habían podido saber, que las personas que llamaban necesitaran momentos de silencio para poder seguir abriendo sus corazones.

Solo se escuchaba, muy sutilmente, el bolígrafo de Basurto escribiendo sobre el folio blanco.

“Dile lo de adoptar - Absudía”. Valentina asintió y bajó la mirada concentrándola de nuevo en los dibujos que formaba la madera de la mesa de conferencias.

—Cuando llamé ayer me dijo un compañero suyo que quizás podría seguir adelante con el

embarazo y dar el bebé en adopción. ¿A lo mejor me sabría usted decir dónde acudir para esto?

—La adopción no es un camino de rosas. Un bebé necesita a su madre, a su auténtica madre. Además, cualquiera debe nacer fruto del amor, no de un acto de barbarie como al que a ti se te ha sometido, ¿no crees? —aquella mujer no paraba de hacerle preguntas. Aquello, claramente, no formaba parte del protocolo del Teléfono de la Ilusión. Como bien les habían explicado las psicólogas, la función de los voluntarios era fundamentalmente la de escuchar sin juzgar.

—Supongo...

—Estás en una situación complicada y entiendo perfectamente tu confusión y desánimo. Pero, créeme, pronto verás todo con mayor claridad y esto pasará a ser como un mal sueño.

Suárez se encogió de hombros mirando a sus compañeros. No tenía ni idea de qué responder a aquello. Basurto le indicó que siguiera escuchando sin decir nada. Dejarían hablar a la voluntaria.

Tras unos segundos más de silencio, la mujer al otro lado habló de nuevo:

—Debo dejar la línea abierta para otras personas que necesiten ayuda pero, si quieres hablar, mañana estaré aquí a esta misma hora para atenderte.

Aquello no lo esperaban. La mujer iba a colgar el teléfono. Quizás el silencio de Suárez le había indicado que la llamada no iba a ninguna parte. O quizás, realmente, quería dejar la línea abierta para otras personas necesitadas. Rosa Almagro decidió tomar la iniciativa sin esperar confirmación y ni tan siquiera levantar la mirada de la mesa.

—¿Y si necesito hablar antes? Yo necesito tomar una decisión cuanto antes. Si mis cálculos son correctos, debo de estar ya de unos cuatro meses —hablaba con aplomo e inseguridad a la vez. Dejaba que el tono con el que emitía las palabras mostrara la angustia que Rosa Almagro debía sentir ante aquella situación. Delica no pudo evitar levantar la mirada de su cuaderno para observarla admirado.

Entonces el silencio invadió de nuevo la sala. Esperaron la respuesta durante unos segundos que se les hicieron eternos.

—Ya... Bueno, si quisieras, podríamos quedar en algún lugar y darnos un paseo y charlar más tranquilamente. Siempre he pensado que estos temas es mejor abordarlos cara a cara.

Raúl seguía con la mirada clavada en Valentina, que ahora por fin levantó la vista de la mesa y la centró en algún punto detrás de él. González miraba a Basurto y a Suárez, a Suárez y Basurto, como quien observa una partida de tenis de lo más interesante. Y la brigada se limitó a agitar la cabeza con frenesí de abajo a arriba, corroborando que Rosa Almagro debía confirmar aquella cita.

—Me gustaría. No tengo mucha gente en la que confiar aquí. Con mi amiga no puedo discutir este asunto, porque al final estamos hablando de su novio. Y el resto de personas que conozco son compañeros de trabajo fundamentalmente. No puedo hablar de algo tan personal con ellos.

—Me imagino que siendo azafata no vivirás muy lejos del aeropuerto, ¿verdad?

—Así es —confirmó la cabo mientras notaba como el auricular del teléfono se le escurría ligeramente de la mano por efecto de la sudoración, que en aquellos momentos parecía haber tomado control pleno.

—Bueno, pues si te parece, podemos quedar mañana sobre esta hora delante de la entrada del Parque El Capricho. ¿Lo conoces?

—Sí, sí... Claro —miró con gesto interrogante a sus compañeros para asegurarse de que todos lo conocían—. Muchas gracias, de verdad.

—No me lo agradezcas. Mi función en esta vida es ayudar a gente como tú.

Y con esa última frase la voluntaria colgó el teléfono y los cuatro necesitaron unos minutos para procesar lo que acababa de ocurrir.

La primera en romper el mutismo reinante fue Suárez. Primero suspiró muy fuerte y sacudió los brazos estirando a su vez la cabeza hacia atrás, como si con aquel gesto quisiera desembarazarse de su alter ego, Rosa Almagro.

—Ha sido intenso, ¿no? Yo creo que ha ido bien. ¿Creéis que es ella? —hablaba con tono eufórico, sin duda como resultado de la excitación que la llamada le había provocado.

—Es pronto para saberlo —Basurto se había puesto de pie y caminaba alrededor de la mesa. Moverse le ayudaba a pensar mejor—. Puede que simplemente sea una voluntaria que se excede en sus obligaciones con la mejor de las intenciones.

—Pero entonces, ¿por qué juzgar? —el que hablaba era Raúl— Porque estaba juzgando, de eso no me cabe duda.

—Bueno, la mayoría son señoras mayores, ¿no? No sé. Todo eso de los embarazos fuera del matrimonio, el pecado...

—Perdona que te lleve la contraria, mi brigada, pero a mí no me cuadra. De ser así, ¿no le habría animado a proceder con la adopción? —Delicao se puso rojo y bajó la mirada.

—No debes disculparte, Raúl. Somos un equipo y es importante que compartamos pareceres. Yo puedo equivocarme. ¿Qué opináis vosotros? —Bárbara miró a González, que hasta ese momento seguía la conversación como mero espectador.

—Pienso que de momento cualquier hipótesis es válida. En definitiva los trabajadores del Teléfono de la Ilusión son voluntarios que han recibido una formación más o menos exhaustiva, pero que, ante todo, son humanos. No todo el mundo es capaz de estar escuchando desgracias todo el día sabiendo que no puede hacer más que asentir y derivar al receptor de tantas calamidades a un especialista. De hecho, no me sorprendería que los voluntarios de vez en cuando empaticen más de la cuenta con alguno de los llamantes e incumplan las reglas del anonimato. Quizás nos encontramos ante uno de esos casos. Solo nos queda esperar y ver qué ocurre mañana.

SILENCIO



—¿Seguro que vais a estar ahí, no? —fue lo primero que preguntó Suárez después de escuchar a Basurto largo y tendido y repasar el plan una y otra vez. Para entonces el reloj de la UCO marcaba las doce de la noche.

Los cuatro coincidieron, tras escuchar a González al finalizar la llamada con el Teléfono de la Ilusión, en que de momento no debían dejarse llevar por las conjeturas. Había que basarse en hechos. Solo los hechos eran reales. Y, de momento, lo único que objetivamente tenían era a una voluntaria que se había ofrecido a reunirse con Rosa Almagro para charlar sobre su situación rompiendo así con el protocolo de la organización que representaba. Pero bien sabían que aquello no era delito, ni tan siquiera indicio de nada.

Finalizada aquella segunda llamada, decidieron abandonar la sala de reuniones, tomarse un descanso y reunirse de nuevo pasada media hora para empezar a organizar el encuentro del día siguiente. No podían permitirse dejar ningún cabo sin atar.

Delicao fue directo a la cocina a prepararse una tila doble. Le ofreció una a Valentina, pero ella la rechazó con un gesto de mano y le indicó que prefería salir a que le diera un poco el aire.

Ya con la infusión, el cabo tomó asiento frente a su ordenador y comenzó a transcribir cuanto contenía su cuaderno de aquella última conversación con el Teléfono de la Ilusión para elaborar el informe pertinente.

Una vez hubo terminado, caminó los pocos pasos que le separaban de la mesa de su brigada, que también tecleaba y parecía absolutamente absorta en aquella tarea.

Carraspeó para tratar de llamar la atención de Basurto, pero aquello no surtió efecto. Entonces la llamó bajito:

—Mi brigada.

Y algo más fuerte después:

—Mi brigada, disculpa.

Bárbara se giró de golpe y le miró sin verlo, como si aún siguiera con la vista clavada en la pantalla.

—Sí, Delicao, dime —habló por fin.

—Ya ha pasado la media hora de descanso. Me preguntaba si quieres que procedamos.

—Claro, claro. Por favor, asegúrate de que González y Suárez estén listos y os veo ahí en un

par de minutos.

Y dicho esto volvió a girar sobre su silla y a centrarse en su ordenador.

Llevaban varios minutos esperando en silencio cuando por fin la brigada hizo acto de presencia. Traía consigo varios papeles y una bolsa de plástico.

—Bueno, espero que hayáis aprovechado para despejar un poco la mente porque ahora viene la parte dura. Tenemos que asegurarnos de que todo sale perfecto.

Depositó los folios sobre la mesa, colocando uno al lado del otro en una línea perfecta. En total había cinco. Entonces, bajo la atenta mirada de los cabos, comenzó a sacar pequeñas cajas de la bolsa de plástico. Parecían cajas de relojería. Basurto miraba algún tipo de código en el revés de las cajas y las colocaba junto a uno u otro folio, que en su parte superior exhibían el mismo conjunto de letras y números. Cuando por fin hubo acabado, habló:

—Suárez, mañana vas a desempeñar el papel de tu vida, de eso no me cabe duda. Quiero que sepas que estamos y estaremos contigo. Vamos a estar muy cerca, aunque no siempre nos veas. Como esta es una primera cita y tiene lugar en un sitio público, pienso que el riesgo, en caso de que exista, es limitado.

Hizo una pausa y comenzó a abrir las cajitas. Una de ellas contenía un reloj de pulsera, otra un bolígrafo, la otra lo que parecía ser una caja más pequeña. Además, había una con un broche y la última contenía un llavero.

—Como os estaréis imaginando, esto son micros de última generación. Funcionan por GSM. Todos ellos llevan una tarjeta nano SIM incorporada. Tienen un amplio alcance, lo que nos permitirá escuchar todo cuanto digáis desde una distancia prudencial y sin levantar sospechas. Me gustaría, cabo, que elijas el que te haga sentir más cómoda.

Valentina miró a Basurto y después a sus compañeros, como esperando que con sus miradas le pudieran ayudar a decidir.

—¿Puedo tocarlos?

—Por supuesto, cabo. Tómate tu tiempo.

El reloj lo había descartado de inmediato. Ella nunca había llevado reloj de pulsera, le resultaba incómodo e innecesario. En todas partes había relojes y, sino, había personas a las que pedirles la hora. Además, hoy en día con el móvil consultar la hora era de lo más sencillo.

La cajita tampoco le gustó. Si por algún motivo la voluntaria le preguntaba qué era, quizás no sabría qué responder y se delataría. Claro que era más que probable que la brigada le ayudara a idear una historia sobre su función, pero aún así prefirió descartarla.

El broche seguro que tampoco. Eso era más de señora mayor. Broches llevaban las abuelas. No le parecía a ella que una azafata joven llevara broches, aunque suponía que habría de todo, como en todas partes. Pero desde luego su Rosa Almagro no era de broches, eso lo tenía claro.

Le quedaban el bolígrafo y el llavero, y se decantó por el último, porque lo del bolígrafo era muy de película de espías rusos y le iba a costar disimular si por alguna razón tenía que sacarlo. Por un momento se imaginó soltando una carcajada con él en la mano y la escena le causó tal desasosiego, que decidió depositarlo de nuevo en su caja rápidamente, como si le quemara entre los dedos.

—Me quedo con el llavero.

—¿Estás segura? —preguntó Bárbara.

Suárez se limitó a asentir.

—Estupendo. Entonces vamos a colocarle un par de llaves para que dé el pego. Podrás llevarlo en el bolso. No hace falta que lo saques. Sin embargo, haremos una serie de pruebas a lo largo de la tarde para asegurarnos de que se te escucha con claridad.

Aunque la bolsa de plástico parecía vacía, Bárbara sacó de ella una caja más.

—Aquí tengo tres auriculares inalámbricos. Como veréis son de lo más discretos —apuntó sacando uno de ellos y mostrándoselo al equipo—. Llevaremos uno cada uno —añadió mirando a González y Delicao— para poder escuchar todo lo que se diga e intervenir si fuera necesario.

Aclarada la parte técnica, procedió a darle una serie de pautas a Suárez. Repasaron de nuevo la historia de Rosa Almagro, ayudándose además de las notas que Delicao había tomado de sus conversaciones con los tres voluntarios. Era fundamental que todo tuviera sentido y encajara a la perfección.

Esta vez sería ella la que se limitaría a escuchar y la voluntaria la que hablaría. Al menos, ese era el objetivo.

—Debes animarla a que te comente qué propuesta tiene para ayudarte.

Otra norma fundamental era asegurarse de permanecer en lugares públicos y con buena visibilidad todo el rato; evitar los recovecos y las zonas aisladas del parque.

Además, Rosa Almagro tendría otra cita aquel día, excusa perfecta para no alargar la reunión más de la cuenta. Después de reflexionar sobre el asunto, se decidió que se trataría de un curso de formación obligatorio que exigía la aerolínea. Solo recurriría al curso en caso de ser necesario.

—Deberíamos también contar con una palabra clave, ¿no? —preguntó Delicao.

—¿Cómo en las películas? —añadió González con tono socarrón provocando el enrojecimiento de la tez de su compañero— Que tienes razón, Raúl, pero ya sabes que me gusta tomarte el pelo. Soy así, no lo hago con maldad.

Basurto le dedicó a Nacho una mirada helada. No era momento de bromas. Captado el mensaje, el cabo mayor volvió a centrarse en ella.

—Suárez, piensa en una palabra clave. Delicao tiene razón. Si en algún momento sientes que estás en peligro, no tienes más que incorporarla a la conversación e intervendremos —confirmó la

brigada.

Valentina asintió y comenzó a rebuscar en su mente alguna palabra que pudiera connotar alerta. No podía ser algo obvio, pero sintió la necesidad de que el vocablo elegido acarrearra esa sensación de peligro para ella, y por eso se decantó por la única combinación de letras que, pese a parecer tan inocente, a ella le revolvía.

—Silencio —los tres la miraron y ella repitió—. Quiero que mi palabra clave sea “silencio”.

Raúl intercambió una breve mirada con su compañera haciéndole ver que entendía, y Suárez le respondió sonriendo con la mirada de manera casi imperceptible.

Siguieron repasando múltiples detalles que resultaban fundamentales para el éxito de la operación. Cosas que podían parecer tan nimias como la vestimenta que luciría Rosa Almagro para la cita. Debía llevar algo amplio, que dejara intuir un posible embarazo. Se barajó la posibilidad de colocarle una barriga falsa, pero luego todos coincidieron en que en una gestación de tan pocas semanas, quizás resultaba exagerado.

Sobre las siete de la tarde, habiendo sonado las tripas de González en diversas ocasiones y percatándose todos de que no habían comido nada desde el desayuno, pidieron unas pizzas que devoraron en silencio en la misma sala de reuniones en pocos minutos.

Después, llegó el momento de probar el micrófono. Colocaron un par de llaves en el llavero. Era curioso comprobar que casi todos ellos portaban alguna que, o bien no sabían a qué cerradura correspondía o, si la sabían identificar, reconocían que llevaba años sin usarse por un motivo u otro.

González, Basurto y Delicao se colocaron los auriculares. Eran de un tamaño mínimo, mucho más pequeños que los taponos de oídos, y de un color muy neutro y casi transparente, por lo que realmente pasaban desapercibidos.

Realizaron algunas pruebas de sonido dentro de la Unidad para asegurarse de que todo funcionaba como debía antes de salir a la calle para enfrentarse a la prueba definitiva.

Muy cerca de la Unidad había un pequeño parque con algunos columpios y un par de bancos. A aquellas horas apenas quedaba ya gente, aparte de un par de personas paseando a sus perros y un grupo de chavales que bebían cerveza y reían mientras escuchaban *reggaeton*.

Valentina se sentó en un banco cercano a los chicos junto con Raúl. Nacho permaneció en la entrada del parque, mientras que Bárbara se dirigía al otro lado de la calle, ampliando así considerablemente la distancia con la cabo y su llavero.

Ambos escuchaban sin problemas la conversación de Valentina y Raúl, salvo cuando ella movía el bolso por algún motivo y el llavero bailaba dentro. Acordaron entonces colocarlo en el pequeño bolsillo delantero, donde acusaría menos el movimiento.

Volvieron a la UCO satisfechos. No quedaba nada por discutir. Comenzaron a despedirse y, cuando ya salían rumbo a sus hogares, Suárez les formuló la pregunta:

—¿Seguro que vais a estar ahí, no?

—Siempre, cabo. No lo dudes —aseguró Basurto.

EL PORQUE



Amaneció de buen humor, sabiendo que su labor iba llegando a su fin, pero con la satisfacción del trabajo bien hecho.

Lo que había vivido en su infancia no debía ocurrirle a ninguna criatura. Los niños que crecían en entornos como el suyo, siendo conscientes de que eran fruto de un error o de una atrocidad, no podían convertirse en adultos cabales. Lo sabía bien, llevaba años padeciendo las consecuencias de aquella noche en que su madre se quedó embarazada, y por eso hacía lo que hacía, para ahorrar dolor a aquellas mujeres y a aquellos bebés que no tenían la culpa de nada pero que acabarían convirtiéndose en adultos abominables.

Recordaba con claridad cuando su madre le contó que había sido un error, que jamás debió haber nacido. En realidad, la sensación siempre la tuvo, porque se sentía más como un estorbo, como un bache en la vida de aquella mujer que debía protegerla, quererla, pero que tendía a despreciarla sin pudor y a ignorarla constantemente.

Recordaba aquel día en que volvió a casa llorando, con el pelo revuelto y la ropa hecha un asco. Era ya de noche y, pese a ser verano, llovía a mares y hacía frío. Encontró a su madre en la cocina preparándose un té y no supo qué decir. Se quedó de pie, junto a la mesa, dejando que el agua y la sangre le chorrearan por el vestido y los muslos formando un charco a sus pies. Vio como ella dejaba la taza sobre la encimera y se le acercaba despacio. Pese a que llevaba catorce años sintiendo que molestaba, en aquel momento realmente esperó un abrazo, una muestra de cariño, viendo el estado en el que había regresado a casa. Pero recibió una bofetada. Y luego otra, y otra más. Después, su madre la obligó a desnudarse y le hizo esperar así, rodeada de aquel charco de sangre licuada mientras ella se ausentaba un par de minutos.

—Toma. Vete al baño y usa esto. No podemos permitirnos más errores —levantó la mirada y a través de los mechones de pelo chorreante de lluvia vio como le tendía un trozo de vidrio con forma triangular—. Contigo lo usé tarde. Fui cobarde y mira —añadió con frialdad—. Al final has acabado siendo un desecho, escoria... Escoria, como yo.

Obedeció, como siempre hacía. Sabía bien que era mejor no contrariarla. Tomó el pedazo de cristal en su mano y lo levantó para tenerlo frente a los ojos. No sabía bien cómo debía utilizarlo. Entonces ella le dio un manotazo en el hombro para captar su atención y le hizo un gesto que le resultó un tanto obsceno pero que dejaba clara la función de aquella herramienta improvisada.

Caminó despacio hasta el baño, dejando un reguero de lluvia rosada a su paso. Se encerró, se desnudó y se metió en la ducha. Estuvo mucho rato, pero no fue capaz de hacerlo. Sabía que lo que le había pasado aquella noche no estaba bien. Se sentía sucia y se preguntaba si ella

habría provocado aquella situación estrenando aquel vestido con algo de escote que dejaba claro que ya no era una niña. Su madre le había avisado al salir.

—Vas buscando guerra. Luego te lamentarás y acabarás como yo. Las mujeres no aprendemos.

Fue premonitorio del todo. Ahora se daba cuenta.

Cuando por fin salió del cuarto de baño, ya limpia, peinada y sin llorar, aunque con los ojos enrojecidos, ella esperaba en el pasillo con un pitillo colgándole de los labios. La miró interrogante y ella asintió devolviéndole el pedazo de vidrio.

—Quédatelo. Te va a hacer más falta a ti que a mí. Además, así cuando lo mires recuerdas que la que busca problemas los encuentra.

Después de eso lo recordaba todo a trozos, menos el fatídico día en que su madre se enteró de todo. Recordaba notarse el pecho más firme y voluminoso, pero lo achacó a los cambios propios de la edad. La regla llevaba varios meses sin aparecer, pero lo cierto es que solo llevaba menstruando un año y nunca había sido regular, así que decidió no preocuparse por ello. Pero pronto empezó a notar burbujitas en su vientre, burbujitas cuando comía algo dulce, burbujitas por la noche, cuando todo estaba en calma y pasaba horas tumbada boca arriba sin dormirse por miedo a que se repitiera la experiencia de aquella noche de lluvia y frío en forma de pesadilla.

No sabía bien cómo lo descubrió ella, pero recordaba que aquella mañana le había preparado un bizcocho de semillas de amapola, algo que jamás había hecho antes. Cuando salió de su habitación le invadió el aroma del pastel aún caliente. Sobre la mesa de la cocina había un plato con una generosa porción y una taza con té.

—Come y bebe —fue todo lo que dijo. Y ella obedeció, como siempre hacía.

Primero dio un mordisco al bizcocho. Le pareció buenísimo. Dulce y esponjoso. No sabía porqué su madre había decidido deleitarle con tales manjares. No recordaba la última vez que le había servido el desayuno y había cocinado para ella. Generalmente era al revés. Era ella la que cocinaba algo de arroz o cocía unas patatas con un trozo de tocino para que las dos comieran. Comenzó a guisar siendo aún muy pequeña. Ni tan siquiera llegaba a la altura de la cocina y solía colocar un cajón de plástico justo delante que le servía de escalón.

—Bebe —ordenó sacándola de su ensimismamiento.

Y ella dio un pequeño sorbo al té, pero no pudo evitar lucir una mueca de asco. Aquel no era el té que habitualmente desayunaba. Esa nueva bebida, aunque tenía el mismo color ámbar, sabía amarga, muy amarga.

Su madre, que debió ver el gesto, puso sobre la encimera un tarro de miel, sin decir nada. Añadió dos cucharadas y se bebió aquel brebaje, en secreto esperando que aquella mujer que la trajó al mundo volviera a ser ella misma y dejara de preocuparse por las comidas.

Cuando acabó el desayuno, estaba de nuevo sola la cocina. Escuchó el sonido de la televisión y vio el humo del cigarrillo que subía desde el sofá hacia el techo. Pasarían horas hasta que su madre se levantara para salir o hacer cualquier otra cosa. Miró en derredor y decidió recoger la cocina. Si ella no lo hacía, nadie se ocuparía, y todavía recordaba con horror la invasión de cucarachas de hacía dos veranos. Desde entonces, se aseguraba de limpiar la cocina y fregar los cacharros con frecuencia.

Estaba frotando con ahínco una cazuela cuando sintió la primera contracción. Después notó un pinchazo que le hizo doblarse en dos, y acto seguido comenzaron los sudores. Con el siguiente retortijón la cazuela cayó al suelo armando un escándalo, y ella no pudo evitar tumbarse en el suelo de la cocina, encogida, retorciéndose. Estaba con los ojos cerrados, pero notó el olor a cigarrillo y los abrió.

—Es por tu bien. Hay criaturas que nunca deberían venir a este mundo. La que tú llevas en el vientre es fruto de una aberración —se dio la vuelta rumbo a la sala de estar—. Debiste hacerme caso hace unos meses y todo hubiera sido más sencillo. Aguanta y todo acabará pronto.

Permaneció en el suelo, retorciéndose a ratos, cuando las contracciones eran más intensas, y sudando profusamente cuando su cuerpo le daba una tregua. Estaba segura de que había sido aquel té o el bizcocho. No había otra explicación. Le sorprendía que su madre se hubiera dado cuenta de que estaba embarazada. Ella misma tardó más de cuatro meses en confirmarlo y, cuando estuvo segura de ello, hizo todo lo posible por ocultarlo.

Varias horas después dio a luz a un bebé muy pequeño. Se quedó tumbada en el suelo, incapaz de moverse, aún con el cordón umbilical uniéndole a aquella criatura inerte. Estaba tan fatigada que no era capaz de sentir nada en aquel momento. Ni tristeza, ni desolación, ni alivio. Nada en absoluto.

No supo bien cuánto tiempo había transcurrido cuando ella entró de nuevo en la cocina, cogió a aquel hijo que nunca sería y lo envolvió en una manta azul.

—¡Levántate! —le espetó— Todavía no hemos acabado.

Camaron mucho rato hasta encontrarse en un claro en el bosque, aquel al que ella solía ir a menudo a soñar despierta. Recordándolo ahora, lo cierto es que el enclave era precioso, un sitio ideal para que reposara su bebé. Detrás de ellas el bosque, oscuro, tupido y húmedo. Frente a ellas un acantilado que les permitía ver el mar, un mar bravo que obligaba a las olas a romper con furia contra la roca. Su madre hizo todo el trabajo. Ella se veía incapaz y, además, no tenía fuerzas. Vio como aquella mujer, que quizás si las cosas hubieran sido diferentes hubiera sido una buena madre y abuela, dejaba al bebé en la hierba mojada y comenzaba a cavar sin descanso. Luego observó cómo dejaba a su hijo en aquel agujero y empezaba a cubrirlo con tierra.

Fue entonces cuando decidió no seguir mirando y se levantó y, como pudo y para

distraerse, se dedicó a recoger aquellas florecillas azules que crecían entre las rocas. Su madre no le dijo nada, ni siquiera la miró cuando, una vez terminada la improvisada tumba, la rodeo con las flores y luego se tumbó justo al lado con las piernas estiradas y mirando al cielo. Cerró los ojos para respirar hondo y sintió que la humedad de la hierba le repugnaba. No soportaba pensar que bajo aquel manto, bajo aquella tierra oscura, reposaba ahora su hijo, de modo que giró las manos hacia el cielo para evitar el tacto de la hierba mojada y permaneció así mucho rato, tratando de no pensar en nada. Curiosamente su madre no la interrumpió y tampoco se marchó. Debó quedarse cerca durante todo aquel rato.

Cuando por fin se incorporó era ya noche cerrada. La que hubiera sido abuela de aquella criatura que ahora yacía bajo sus pies, dormitaba apoyada contra el tronco de un árbol. Se acercó a ella y la zarandó suavemente para despertarla. Volvieron a casa en silencio y nunca más hablaron del tema.

Poco después ella se marchó para nunca regresar. De eso hacía ya casi cincuenta años y nunca había vuelto a poner un pie en aquella isla ni a saber nada de su madre. De aquella época solo conservaba el vidrio triangular, como recordatorio de lo que nunca debía volver a ocurrir, y las prendas de ropa que a escondidas había ido comprando cuando por fin confirmó que esperaba un hijo. También guardaba el móvil de cuna de su infancia, que le ayudaba a recordar quién era.

LA CITA



—No he podido pegar ojo —Suárez entró en la cafetería con el pelo revuelto y una palidez inusual en ella.

Habían decidido Delicao y ella desayunar juntos aquella mañana antes de comenzar la jornada, que prometía ser intensa.

Se sentó en un taburete, saludó a Segundo y le pidió un café cargado con hielo y una tostada con tomate y aceite.

—No sé si no te venía mejor una tila de las mías... —sugirió Raúl por todo saludo. Valentina le dio un codazo suave y sonrió. Aquel desayuno había sido buena idea.

Había pasado una noche nefasta en la que se le entremezclaban los sueños con la realidad, los datos del caso con sus propias vivencias de la infancia. En sus pesadillas descubría que la persona detrás de aquellos horribles crímenes no era otra que su madre. Resultaba que matar conseguía sacarla de su depresión y que, cuando cometía aquellos terribles asesinatos, reía a carcajadas, bailaba, cantaba. Suárez se despertaba entonces empapada en sudor y se giraba hacia el otro lado tratando de conciliar de nuevo el sueño, pero la macabra pesadilla no quería soltarla, de modo que hacia las tres de la madrugada decidió que lo mejor era ver la televisión, y se puso una película de Marisol que tenía grabada en una cinta de VHS. Solía verla cuando estaba inquieta o triste. Aquel largometraje conseguía que se evadiera cuando era pequeña y las cosas iban mal y, cuando por fin se marchó de casa, se llevó con ella el aparato de video, que ya nadie utilizaba, y esa única cinta.

En realidad apenas cruzaron un par de palabras durante aquel rato en la cafetería, pero solo el estar sentados hombro con hombro en aquellos taburetes reconfortó a Valentina y le hizo reponerse algo de la infausta noche.

—Invito yo —dijo sacando el monedero de su bolso cuando ambos hubieron terminado—, por lo que pueda pasar ... —y le guiñó un ojo a su compañero.

—¡Ni lo digas, por Dios! —y a Delicao le faltaban manos para colocarse las gafas sobre el puente de la nariz, peinarse un mechón rebelde y repetir la operación varias veces.

—Mira, solo el ver lo nervioso que te ha generado el comentario, ya me ha recargado las pilas. ¡Andando! El deber nos llama.

Cruzaron el umbral de la entrada de la Unidad a las nueve en punto. Nadie parecía percatarse de la importancia que aquella mañana suponía para ellos. Cada uno iba a lo suyo; algunos compañeros charlaban animadamente, otros estaban ya frente a las pantallas de sus ordenadores

preparando algún informe, y los había que salían de la pequeña cocina con una taza de café en mano y la legaña aún pegada al ojo.

Delicao y Suárez caminaron deprisa hasta llegar a la sala de reuniones. Nada más entrar vieron a Basurto. Les saludó sin levantar la vista, que tenía fija en un portátil que manipulaba en aquellos momentos Samuel Bonachera, experto en informática y el encargado de dejar todo organizado para que pudieran escuchar la conversación con la voluntaria sin dificultades y, además, grabarla para poder analizarla con calma más tarde en caso de ser necesario.

—Por mi parte ya está todo, mi brigada —anunció el informático levantándose y dedicando un saludo a los cabos.

—Está bien, Bonachera. Muchas gracias. Puede retirarse.

Se quedaron los tres mirando cómo abandonaba la sala justo en el momento en que González entraba con un espresso doble en una mano y un chubasquero en la otra.

—Buenos días a todos. Ha amanecido gris —dijo levantando el abrigo—. Espero que no nos chafe la lluvia la misión, por más necesaria que sea.

Repasaron el plan una vez más y se reafirmaron los unos a los otros sobre la necesidad de estar tranquilos, porque tan solo seguían una posible vía de investigación, nada más. Probaron de nuevo el micro del llavero y los auriculares por el barrio para asegurarse de que no habría errores.

A las diez y media de la mañana Suárez abandonaba la Unidad vestida ya de Rosa Almagro, con unas mallas color beige y un blusón blanco, además de unas deportivas nuevas e impolutas. Pensó en ponerse tacones, supuso que las azafatas eran más de llevarlos, pero pronto descartó la idea porque jamás había aprendido a caminar con ellos, y lo último que quería era que el dolor de pies o su mal caminar la distrajeran. Antes de salir se había soltado el pelo y se había puesto un brillo de labios con un toque rosa. Estaba contenta con el resultado.

Tal y como habían acordado, ella iría en transporte público hasta el parque. Basurto, Delicao y González viajarían en el coche de la brigada. Salieron poco después sabiendo que aun así llegarían antes y podrían colocarse estratégicamente.

Raúl se sentaría en un banco en la entrada del parque con un libro. Bárbara y Nacho pasearían distraídamente con una cámara de fotos, emulando ser amantes de la naturaleza, o quizás simplemente turistas de aquellos que fotografían cada cosa que ven e immortalizan hasta los momentos más insignificantes.

Aparcaron el coche un tanto alejado del parque para asegurarse de no ser vistos juntos. El primero en entrar fue el cabo, que se sentó con su libro y lo abrió por la página 63. Esa era realmente su lectura actual, aunque últimamente apenas encontraba tiempo para ello. Narraba la historia de un pobre diablo que, tratando de encontrar la felicidad, había acabado metido en un mundo sórdido. Miró a su alrededor distraídamente, pero lo cierto es que no vio nada que le llamara la atención, de modo que siguió disimulando.

—Estamos como en los viejos tiempos, vagando por Madrid —González caminaba junto a la brigada. Hacía mucho que no paseaban tan cerca. Podía notar el aroma de su champú. Seguía siendo el mismo que en aquel entonces, cuando podían pasar horas recorriendo las calles de la capital entre bromas y muestras de afecto.

—Si no fuera por las circunstancias... —Bárbara respondió fría y escueta. No podía comprender que Nacho hubiera hecho un comentario así en una situación como aquella. Realmente a veces le desquiciaba.

Realizaron el resto del recorrido hasta la entrada del parque en silencio.

—Para aquí —susurró ella frente a la verja. Tomarían algunas fotos aprovechando así para reconocer la zona.

Mientras el cabo mayor immortalizaba la verja blanca y el camino de arena que se adentraba en El Capricho, la brigada observaba a la gente que pasaba junto a ellos, los que entraban en el parque o salían de él.

Nacho sacó una última foto y llamó la atención de Bárbara.

—Mira esta última —le dijo tendiéndole su móvil—. Yo conozco a esa mujer. Es una de las voluntarias. Y lo más curioso es que cuando la vi en en la sede del Teléfono de la Ilusión, también me resultó familiar.

—¿Estás seguro?

—Por supuesto, pero no consigo saber por qué me suena.

En ese momento escucharon la voz de Suárez por sus auriculares. Les anunciaba que estaba ya muy cerca y que por favor no estuvieran justo en la entrada para que no se viera tentada de mirarles. Luego la oyeron inspirar y expirar varias veces tratando de calmarse.

Se alejaron ligeramente de aquella zona, emulando tener gran interés en los productos que ofrecía un pequeño quiosco. Aprovecharon además para observar con más detenimiento a la mujer de la fotografía. Esperaba de pie junto a la entrada del parque, a la sombra de un castaño de indias. A Basurto le sorprendió su estatura, desmesurada para una mujer. Pensó que debía ser más joven de lo que aparentaba con aquel vestido de flores que le llegaba casi hasta el tobillo y el pañuelo que le cubría la melena. Llevaba además unas gafas de sol a lo Grace Kelly que impedían ver bien sus rasgos.

Justo en ese momento vieron llegar a Valentina. Dudó unos segundos y miró alrededor, hasta que decidió acercarse a la única persona que parecía esperar a alguien. Bárbara no vio más porque Nacho se enganchó a su brazo invitándola a pasear hacia el interior de aquel paraíso vegetal.

Pasaron por delante de Delicao, que apenas levantó la mirada, y decidieron detenerse junto a uno de los muchos recovecos que exhibían maravillosas violetas y arbustos perfectamente tallados. Mientras fotografiaban el paraje, iban escuchando la conversación.

—Buenos días... ¿Es usted la voluntaria? —se oía decir con tono tímido a Suárez. Silencio— Soy Rosa Almagro.

—Me alegra mucho que podamos hablar en persona y en un entorno tan maravilloso. Seguro que le hará bien —la voz de la mujer sonaba de lo más afable— ¿Conoce usted el parque?

—La verdad es que no he tenido el gusto todavía. Con el trabajo y el ajeteo...

Mientras charlaban de naderías, Delicao las vio caminar en dirección al corazón de El Capricho. Cuando ya hubieron pasado de largo, las observó con más detenimiento. La cabo parecía bajita al lado de aquella mujer tan colosal.

—Observaré que hay muchísimas lilas. Era la flor favorita de la duquesa de Osuna. Un personaje peculiar para la época y una gran madre, por cierto. Supo asumir sus responsabilidades cuando otras no lo hacían.

El tono de la voluntaria se tornó de pronto algo más oscuro cuando pronunció aquellas últimas palabras, aunque rápidamente recobró su timbre angelical y continuó narrando.

—La pobre duquesa tuvo cuatro hijos que murieron a los pocos meses de nacer. Debí pasarlo fatal. Hijos deseados, frutos del amor... Luego tuvo otros cinco que sí salieron adelante. Ella cuidaba de sus bebés. No dependía de las amas de cría como el resto de mujeres de la alta sociedad de la época. Una gran mujer.

Caminaban despacio. Valentina no hablaba, solo escuchaba, como le había indicado la brigada el día anterior.

—Si te parece —continuó la mujer— podemos sentarnos un rato en aquel banco —señalaba una zona tranquila a la sombra de varios robles. Estaba algo apartada del paseo principal, por lo que había menor número de visitantes.

—Claro —contestó Rosa Almagro—. Ahí estaremos muy bien.

No pudo evitar mirar alrededor discretamente para confirmar que sus compañeros la seguían. No vio a nadie pero recordó que Basurto le había prometido que, aunque ella no les viera, ellos sí estarían observándola. Trató de relajarse de la mejor manera que sabía, hablando, aunque comprendía que debía medirse.

—Y, ¿cómo sabe tanto de la duquesa? La verdad es que todo lo que ha contado me hace pensar que debió ser una persona fascinante.

La voluntaria sonrió satisfecha.

—Me gusta aprender sobre mujeres fuertes que se guían por la rectitud. Suena algo desfasado, lo sé —por fin se sentaron en el banco. De aquel modo, sentadas la una al lado de la otra, Suárez no podía ver los gestos de su interlocutora, detalle que de nuevo le produjo cierto desasosiego.

—Por cierto, ¿cómo se llama? Creo que no lo ha mencionado aún.

—Bueno, todos los voluntarios del Teléfono de la Ilusión nos llamamos Alex. Creo que con

eso será suficiente. Quiero que comprendas que en realidad tenemos estrictamente prohibido reunirnos con las personas que llaman, pero sentí que tú te beneficiarías de charlar en persona con alguien ajeno y, la verdad, los psicólogos no siempre son la solución. Resultan demasiado técnicos. Pero, cuéntame, ¿cómo te encuentras? ¿Has pensado en nuestra conversación de ayer?

Valentina se sabía esa parte del guión. Aquella era una pregunta de examen. Así que le explicó que tenía algo de acidez según lo que cenara, pero que por fin las náuseas habían desaparecido. Le contó también que a veces notaba como si tuviera burbujitas en la tripa y que había leído en alguna parte que eso era su bebé moviéndose.

—Ya... —fue todo lo que respondió la voluntaria, y a ella le sonó oscuro.

Permanecieron entonces un rato en silencio. Suárez se sentía incómoda, pero contuvo la necesidad de volver a hablar para ver si la mujer reaccionaba. De momento no había dicho nada que resultara ni mínimamente incriminatorio.

—Verás —dijo por fin—, te veo muy ilusionada pero, desde mi punto de vista, el problema es que quizás esa criatura que llevas en tus entrañas acabe siendo una fotocopia de su padre. Y no hablo ya de su apariencia, sino de que quizás sea el encargado de propagar los genes de ese tipo deleznable que tanto daño te ha hecho. ¿No te parece una responsabilidad difícil de asumir? Imagínate que tienes un niño y crece para convertirse en un violador —en este punto Alex elevó el tono quizás algo más de lo que se hubiera considerado correcto. A la cabo le saltó una alarma interior que se tradujo en una serie de palpitaciones precipitadas, pero justo en ese momento vio pasar a Basurto y González a unos metros de donde ellas estaban sentadas, por el camino central del parque.

—Bueno, yo... No lo había pensado así.

—Pues así es como debes pensarlo. Creo firmemente que ningún bebé merece venir a este mundo con una carga así, ¿no te parece? —el tono de voz volvía a ser dulce y pausado—. Yo entiendo que pensar en abortar es algo durísimo, créeme, pasé por ello, pero hay que pensar en la Humanidad en su conjunto, no solo en una misma.

—¿Pasó usted por una experiencia similar? Vaya... Lo lamento.

—Ya... Pero no estamos aquí para hablar de mí, sino de ti.

Claramente conseguir información de aquella mujer resultaba más complicado de lo que Valentina había pensado. Estaban las dos de nuevo en silencio, pero Alex no parecía incómoda. A la cabo la taquicardia no le cesaba y realmente necesitaba abandonar aquel parque que comenzaba a resultarle asfixiante, con el olor dulzón a lilas, la humedad que desprendían los árboles y el trinar de las aves. Justo en ese momento una gota fresca de lluvia le cayó sobre la nariz, y después otra, y otra más.

—¡Vaya, parece que va a ser hora de irse! —rompió el silencio quizás con demasiado entusiasmo. La mujer se limitó a asentir sin cambiar el gesto ni la posición, como si no notara la lluvia, que cada vez caía con más fuerza— Además tengo un curso de formación obligatorio a mediodía —siguió hablando Rosa Almagro, ahora más fuerte para asegurarse de ser oída.

—Comprendo... El deber es lo primero.

Suárez se incorporó y se sacudió el vestido con las manos. La voluntaria seguía sentada en el banco.

—¿Se queda usted un rato más?

—Sí. Este lugar me relaja —pero entonces se puso de pie para despedirla, como si se hubiera dado cuenta de que aquel gesto resultaba maleducado—. Si te apetece, podemos quedar aquí mañana. Todavía hay muchas zonas del parque que no te he enseñado.

Misma hora, mismo lugar. La segunda cita estaba confirmada. Caminó deprisa hacia la salida del parque y, justo cuando llegaba el autobús, vio a sus compañeros protegidos por el paraguas de González.

CLAROS Y OSCUROS



De nuevo en la sala de reuniones, Suárez recibía felicitaciones.

—No sé... Quizás debería haber conseguido que hablara más, pero os digo que se le nota que tiene entrenamiento en esto de no contar nada suyo, como el resto de voluntarios supongo, porque de verdad que en cuanto intentaba que hablara de más, se volvía absolutamente hermética.

—Bueno, sabemos que ella sufrió un aborto también. Eso es bastante significativo y, desde luego, puede ser una motivación si finalmente se demuestra que tiene responsabilidad en los crímenes —aseguró Basurto.

—Además, yo no había visto una señora tan grande en mi vida, ¿no? —apuntó González— Por tanto, el interrogante sobre si una mujer podría mover los cuerpos sola en caso de ser necesario, desde luego se disipa sin dudar.

Todos se mostraron de acuerdo en aquel punto.

Resultaba ahora fundamental averiguar la identidad de aquella voluntaria y, para ello, era necesario molestar de nuevo al juez Pruñonosa y conseguir una orden para no ser rechazados por el Teléfono de la Ilusión. La brigada se encargaría de aquella llamada.

Se acordó también que para la reunión del día siguiente Suárez llevara un auricular para poder recibir comentarios en caso de ser necesario. A ella le pareció una idea fantástica y le brindó tranquilidad.

Justo cuando iban a dar por terminada la reunión, sonó el móvil de Delicao.

—Dígame... ¡Gracias por llamar!... Sí, sí, claro —mientras escuchaba, hizo un gesto al resto para que no abandonaran la sala. Permanecieron todos en sus puestos esperando pacientemente hasta que por fin finalizó la llamada.

—Era Alicia Briones, la voluntaria más joven. Ha recordado que en dos ocasiones le cedió su turno a otra de las mujeres que aseguró tener citas médicas y haberse olvidado. Me ha dado las fechas: dieciséis de abril y cinco de septiembre —hizo una breve pausa para revisar su cuaderno—. Ambas fechas coinciden con días en que alguna de las víctimas llamó.

El cabo salió de la sala hecho una exhalación, seguido por Basurto y sus compañeros. Paró junto a su mural.

—El cambio en abril fue en el turno del mediodía, y el del cinco de septiembre fue el que comienza a las seis de la tarde, que se prolonga hasta las nueve —dijo mientras observaba aquel inmenso resumen de los últimos meses.

Hubo un silencio tenso mientras todos volcaban la mirada en el enorme rollo de papel que desde hacía semanas cubría aquel trozo de pared y él se recolocaba las gafas entre tanto una y otra vez.

—¡Coincide! —gritó de pronto, provocando las miradas de varios guardias ajenos al caso.

—¿Cómo se llama la voluntaria que le pidió los cambios? —le interrogó la brigada.

—Mildred. ¿Os suena? —ante la negativa de todos ellos, Raúl continuó hablando— Alicia no sabía su nombre completo, pero quizás si llamo a Ana, la psicóloga, sepa decírmelo.

—Yo voy a contactar con Pruñonosa por si fuera necesaria la orden. González, contacta con Dito y con Alfonso Adsubia, que coincidían en muchos de los turnos, a ver si a ellos también les pidió cambios la tal Mildred. Suárez, descansa un poco hasta nueva orden, te lo has ganado.

Transcurrida apenas una hora se reunían los cuatro de manera improvisada en la pequeña cocina de la Unidad. Bárbara y Nacho se preparaban un café sin apenas cruzar palabra. La brigada estaba absolutamente centrada en el caso y él sabía que era mejor no interrumpir sus cavilaciones si quería evitar una mirada helada. Solo habría admitido algún comentario con respecto al cometido que le había asignado, y lo cierto es que de momento ninguno de los voluntarios había respondido a su llamadas.

Valentina entró con la excusa de tomar un poco de agua, aunque la realidad era que les había visto dirigirse a aquel punto y no le había quedado más remedio que acudir también por si tenían novedades. Aquel maldito silencio la inquietó como era habitual, de modo que agradeció sobremanera la incursión de Raúl, que sin tan siquiera saludar, fue directo al grano.

—Mildred Sánchez. Así se llama la mujer. Acaba de confirmármelo Ana. Le he pedido más datos, pero esos no me los facilita sin una orden. Dice que no quiere problemas.

De nuevo peregrinaron juntos por la Unidad, esta vez hasta la mesa de Basurto. Tecleó el nombre en su ordenador.

—De nacionalidad española. 63 años. Natural de Escocia.

—De Escocia no era, que hablaba hasta con acento de aquí —Suárez apuntó casi indignada.

—Mira, cabo, se cambió la nacionalidad hace treinta años, así como el apellido. Su verdadero nombre es Mildred Hogwood. Vino a España a comienzos de los setenta. Parece que vivió en distintos lugares hasta instalarse definitivamente en la Comunidad de Madrid a mediados de los ochenta. Es enfermera o, mejor dicho, era, se prejubiló el año pasado y ...

En ese momento González ya no pudo más y pegó su dedo índice a la pantalla de Basurto, en el punto exacto en el que él había fijado la mirada en cuanto apareció la página con la información de la voluntaria. La brigada iba a reprenderle, pero pronto comprendió. Justo debajo del número de identidad nacional y el de la Seguridad Social, constaba la actual residencia de la investigada: calle de la Violeta número 45. 3A.

—¡Sabía que me sonaba de algo! Es la mujer que me abrió la puerta una de las veces que fui a visitar al marido de Antonia Blásquez. Volví a verla en la sede del Teléfono de la Ilusión, pero no pude establecer la relación. Y lo mismo me sucedió cuando la vi esta mañana en el parque de

El Capricho. ¡Joder, menudo fallo! —El cabo mayor golpeó la mesa de Basurto con fuerza.

—Nacho, no te tortures. La viste un segundo aquel día y después en la reunión con una veintena de personas. Es lógico que esta mañana asumieras que te sonara, sin más, por ser una de las mujeres que acudió a nuestra cita en el Teléfono de la Ilusión.

—Y ahora, ¿qué hacemos? —Delicao estaba confundido. Aquello no podía ser una causalidad. Mildred Hogwood debía ser la mujer que andaban buscando desde hacía meses. De pronto, todos los comentarios que vertió durante las conversaciones con Rosa Almagro cobraban un sentido diferente.

—Seguimos con el plan, pero con ventaja. Se nos abren muchísimos claros, pero me temo que nos espera otra noche larga por delante. Debemos averiguar todo lo posible sobre Mildred Sánchez. A Suárez le comentó que ella misma sufrió un aborto. Hay que averiguar cuándo, cómo y en qué circunstancias. Según los datos de que disponemos, abandonó su país natal siendo aún una niña. ¿Cuáles fueron los motivos? Por otro lado, nos interesaría poder acceder a su casa, pero dudo que Pruñonosa vaya a darme una orden con lo poco que tenemos.

—¿Cómo puede ser poco? Sabemos que abortó, es enfermera, lo cual podría explicar la destreza realizando las incisiones en los abdomenes, cambia turnos a los otros voluntarios que coinciden con los momentos en que algunas de las víctimas han llamado, vive en el mismo edificio en que vivían Antonia y su marido. ¡Casi seguro que fue ella la que le mató y simuló el suicidio! —Delicao se mostraba indignado y movía los pies sin parar en lo que parecía una suerte de baile esperpéntico provocado por los nervios.

—Raulito, sigues algo verde, pero pronto aprenderás que sin pruebas evidentes, tangibles, es muy difícil conseguir una orden de registro —trató de explicarle Nacho con tono cansado, casi de derrota.

—Por favor, no os vengáis abajo. Vamos a organizarnos. La cabo irá mañana a la cita, iremos todos y, con la información que espero consigamos en las próximas horas, le tenderemos una trampa que permita su arresto.

Vieron pasar esas horas en el enorme reloj que coronaba la estancia principal de la Unidad entre llamadas de teléfono, búsquedas en archivos y paseos desesperados de un lado a otro tratando de dar con nuevas pistas. Para las once de la noche, tan solo sabían que había realizado dos cursos online de jardinería, punto que a Delicao le pareció de lo más relevante e incriminatorio, pero que lamentablemente no era más que otro dato para respaldar sus teorías que, si bien no era baladí, no les permitiría acceder a la vivienda de la sospechosa.

Basurto había hablado con Pruñonosa y obtenido la respuesta que esperaba; sin algo más evidente, no podía permitir el acceso al 3A del número 45 de la calle de la Violeta.

—No encuentro absolutamente nada sobre su supuesto aborto —Suárez sonaba desesperadamente cansada. Cerró los ojos muy fuerte y luego volvió a abrirlos esperando notarse algo más despejada.

—Yo llevo un rato buscando y tampoco —apuntó la brigada—. Hay que tener en cuenta, en cualquier caso, que en España el aborto no fue legal hasta mediados de los ochenta. Quizás se lo realizaron de manera clandestina.

—Y es imposible dar con nadie de la policía escocesa en estos momentos que me entienda o, más bien, a quien yo comprenda. Si me costó con los ingleses, con estos aún más —González acababa de incorporarse a la conversación con una taza de café recién hecho—. Lo que sí he

comprendido es que si llamo a partir de las cinco de la mañana, hora local, y pregunto por un tal Adair Campbell, quizás me aclare más, porque por lo visto habla algo de español —hizo un breve descanso para dar un sorbo a su café y mirar el reloj—. Creo que dada la hora, lo intentaré con Dito y Absudia también por la mañana.

La brigada imitó al cabo mayor y consultó la hora. Eran casi las dos de la madrugada. Si querían obtener resultados durante la siguiente cita con la voluntaria, debían tener la mente despejada, y para ello era fundamental que descansaran al menos un par de horas.

—Pienso que por hoy hemos hecho suficiente. Marchémonos y descansemos lo que podamos. La cita será de nuevo sobre las once. Nos vemos aquí a las siete en punto.

Obedecieron la orden sin dudar, saliendo uno a uno de la UCO sin apenas despedirse. A la cola iba Delicao, que se cruzó con Rodrigo, que estaba ya en su puesto. Le saludó brevemente. No se veía capaz de parar a charlar. Estaba agotado pero, más que físicamente, lo que tenía era una fatiga mental provocada por la frustración de sentir que tenían ya a la asesina pero de momento no contaban con las pruebas suficientes para detenerla.

—“El fracaso es la niebla entre la cual vislumbramos el triunfo” —le dijo bajito Rodrigo cuando pasó justo por delante. Raúl no pudo evitar sonreír. Paró un instante y se dio la vuelta para mirar a su compañero.

—Killian en Iron Man 3 —salió del edificio sin esperar la respuesta del cabo de guardia, aunque aún sonriendo.

LA MEJOR PARA EL FINAL



Aquella estaba siendo la más complicada. No sabía bien por qué, pero conseguía ponerle nerviosa. Tanto que cometió el error de mencionar algo sobre sí misma, su aborto. Había roto una norma fundamental, la de nunca hablar de su vida, y por ello debía ser castigada. Lo sabía y cumpliría con las normas autoimpuestas, aunque a su vez era consciente de que ya poco importaba, porque aquella sería la última y por fin podría descansar.

Llegó a casa empapada por la lluvia. Había permanecido mucho rato sola sentada en aquel banco cuando la joven se hubo marchado. Necesitaba sosegarse antes de preparar todo para el día siguiente, y la lluvia siempre le ayudaba a sentirse más pura, a serenarse y recuperar la cordura.

Se quitó la ropa despacio y la tendió para que secara. Ya desnuda, rebuscó bajo su colchón hasta encontrar el trozo de cristal. Respiró hondo, cerró los ojos y dejó que la parte más afilada penetrara en el interior de su muslo izquierdo. Pronto notó la sangre tibia resbalando por su pierna. Repitió la operación con el otro muslo. Mientras lo hacía, recordaba el motivo de aquel castigo: “nunca nada personal, nunca nada personal”. Por fin abrió los ojos y observó satisfecha sus piernas empapadas de sangre y las dos manchas rojas que se habían formado al pie de su cama.

Caminó despacio hasta el cuarto de baño y limpió primero aquel trozo de cristal triangular que era su condena pero también su salvación en momentos de tensión. Después se aseó en el lavabo utilizando distintas toallas humedecidas, como siempre hacía, mientras miraba con orgullo las pequeñas florecillas azules que crecían en la bañera.

Tan solo le harían falta unas cuantas más. El resto se marchitarían en aquel habitáculo. La idea le produjo tristeza, pero pronto se recompuso porque siempre había sabido que sería así.

Dedicó el resto de la tarde a dejarlo todo listo y se acostó temprano. Necesitaba estar descansada.

La alarma sonó puntualmente a las siete y media de la mañana, como llevaba ocurriendo todos los días sin excepción desde que tomó el control de su vida muchos años atrás. Desayunó tranquila, disfrutando de cada sorbo de su té de jazmín, de cada bocado de bizcocho de rosas y lavanda.

Recogió la casa, se vistió y dedicó más de media hora al cuidado de sus pequeñas flores, retirando con delicadeza las hojas que comenzaban a marchitarse, asegurándose de que la humedad y la temperatura seguían siendo las correctas.

Aún recordaba la primera vez que decidió aventurarse a cultivarlas en aquel país tan árido

y caluroso. Llevaba por aquel entonces más de diez años viviendo en España y, tras probar diferentes ciudades, por fin había encontrada la estabilidad que requería. Estaba a punto de terminar los estudios de enfermería que había sufragado trabajando de camarera en un bar repugnante en el que le tocaba aguantar las miradas lascivas de los clientes y del dueño. Cada noche los mismos comentarios que empezaban amables, adulando sus ojos azules o su estatura de jugadora de baloncesto, y que iban subiendo de tono cuantas más copas consumían, hasta que alguno de ellos se atrevía a palparle el culo, o agarrarla por la cintura, y ella les fulminaba con la mirada aunque luciera una sonrisa amplia, porque necesitaba aquel trabajo, porque debía terminar sus estudios y comenzar a trabajar, porque debía subsistir.

La decisión se la brindó un sueño. Sonaba a tópico, pero realmente fue así. De pronto, tras años sin soñar, o al menos sin recordar los pensamientos que invadían su cerebro mientras dormía, comenzó a tener la misma visión de manera recurrente cada noche. La hierba fresca, el olor a tierra mojada, ella tumbada boca arriba con las palmas apuntando al cielo y las piernas estiradas, rodeada de sus bellas flores azules, como realmente ocurrió. Pero esta vez estaba completamente desnuda y lucía un corte en el vientre que parecía casi una sonrisa. Se veía a sí misma desde arriba y, a pocos metros, veía a su bebé envuelto en su mantita, pero no estaba muerto aún. Lloraba y lloraba y nadie le atendía, más que las pequeñas florecillas que habían formado un óvalo perfecto a su alrededor.

*Se despertaba angustiada una y otra vez, con el corazón acelerado y un nudo en el estómago que le impedía dormir de nuevo hasta casi el amanecer. Hasta que de pronto comprendió que aquel sueño que se le repetía idéntico cada noche, debía ser una señal. Y comenzó a obsesionarse con las delicadas *Gentiana nivalis* que crecían en su tierra y que comprendió echaba de menos. También desarrolló un interés inusitado por la interpretación de los sueños y pasó meses leyendo toda la literatura que pudo encontrar al respecto, desde Aristóteles, que creía que el sueño podía actuar inconscientemente para hacer realidad lo soñado, a escritores hebreos y romanos que aseguraban que los sueños expresaban la voluntad de Dios o de los dioses.*

De algún modo, después de semanas y semanas dedicando todas sus horas libres a la lectura, llegó a la conclusión de que su misión era deshacerse de todas las prendas que aún guardaba de su bebé con un doble objetivo: hacer comprender al mundo que las criaturas fruto de cualquier acto que no fuera el puro del amor entre hombre y mujer no debían existir, porque solo serían desgraciadas como lo había sido ella toda la vida; y, por otro lado, liberarse ella de la carga emocional que llevaba aplastándola desde que tenía uso de razón.

Comprendió que debía recrear aquel fatídico día una y otra vez, pero del modo en que aparecía en su sueño. En sus pesadillas siempre era ella, pero se convenció de que representaba a la mujer en general, a la mujer abusada, subestimada, a la mujer dañada para siempre, a la mujer confundida, maltratada.

No tuvo prisa para ejecutar su plan. Todo debía ser perfecto. Primero acabó sus estudios. Por fin dormía mejor; lo que facilitó la tarea porque, desde que había tomado la decisión, el sueño no le asaltaba cada noche, sino de manera mucho más esporádica como recordatorio de cuál era su misión en el mundo.

Encontró un trabajo en un pequeño hospital privado de la capital y se ganó la confianza de uno de los obstetras, un tipo pagado de sí mismo al que le gustaba saber lo maravilloso que era, y más si quién se lo decía era una enfermera dulce con ojos del color del océano. Se lo fue ganando como se gana a los hombres, como había visto hacer a su madre cuando necesitaban ayuda para arreglar algo en la casa sin necesidad de pagar con dinero, o para poder llenar la nevera y sentirse protegidas. Aquellos hombres resultaban luego ser auténticos lobos, y su madre siempre conseguía echarlos, pero pronto buscaba uno nuevo.

A los pocos meses finalmente el médico la dejó asistir en las cesáreas, y fue así como aprendió uno de los pasos fundamentales para que su objetivo se cumpliera sin errores. Sabía bien los rumores que circulaban por el hospital y la envidia que despertaba en sus compañeras, pero no le importaba. Ella no estaba allí para hacer amigas, sino para cumplir con un objetivo.

Cuando por fin consideró que había aprendido a realizar las incisiones con suficiente precisión, presentó la carta de dimisión y abandonó aquel lugar y a ese hombre repugnante de dedos largos que le producían repulsión. Se quitó un peso de encima sabiendo que nunca más los notaría trepando por su espalda, por sus muslos, enredándose en su melena.

Conseguir las florecillas le resultó bastante más complicado. Tuvo que viajar a su isla varias veces, pero jamás visitó su rincón, aquel en el que el fruto de su vientre había alimentado a la tierra y ayudado a que crecieran aún más flores. No quería ver a nadie conocido, no quería saber qué había sido de su madre. Primero se llevó varias flores que consiguió arrancar con raíz. Las envolvió en algodones húmedos con la esperanza de que aguantaran, pero al llegar a Madrid estaban muertas. Eran demasiado delicadas. Lo intentó una segunda vez envolviéndolas con la misma tierra en la que crecían, pensando que quizás si contaban con sus nutrientes naturales durante el viaje, sobrevivirían. Pero tampoco lo consiguió.

*En el tercer viaje decidió visitar una tienda especializada donde compró semillas de *Gentiana Nivalis*. El vendedor, un hombre enjuto que se movía desesperadamente despacio, le advirtió de que sería difícil hacerlas nacer si no tenía experiencia, pero ella le dedicó una sonrisa helada y, tras pagar la factura, se marchó sin despedirse.*

Se maldijo a sí misma cuando no le quedó otro remedio que darle la razón a aquel hombre, porque aquellas rebeldes se resistían a nacer bajo sus atentos cuidados. Las había plantado en pequeñas macetas que había colocado en el comedor, y ni tan siquiera una se había animado a emerger. Fue entonces cuando entendió que necesitaba la ayuda de un experto.

En aquella ocasión no le hizo falta camelarse a nadie. Se apuntó a un curso de jardinería que ofrecía un vivero cercano. Era intensivo, se impartía durante el mes de julio. Fue la alumna más aplicada, hizo todo tipo de preguntas, pero lo cierto fue que aquello resultó ser demasiado básico. Habían pasado ya más de dos años desde que comenzaran los sueños y sentía que apenas había avanzado en su plan. Pero, en lugar de desesperarse, comprendió que ella también necesitaba tiempo y cuidados para florecer, como sus diminutas florecillas azules.

Entendió que su momento llegaría y que no había necesidad de tener prisa. Dedicó su tiempo a leer, a aprender y a imaginar la manera de dar con las elegidas y sus criaturas. Ellas no lo sabían, pero en realidad estarían dando un gran regalo a la Humanidad ofreciendo su vida a cambio de una lección tan valiosa para el resto.

Recordaba que su madre le había dado una infusión para provocarle el aborto, pero aquello fue un suplicio. Pasó horas con espantosos dolores, contracciones extremadamente intensas, sudores y confusión. Ella no deseaba nada así para aquellas mujeres. Quería que comprendieran que no era su intención que sufrieran, pero también debía asegurarse de no delatarse por los métodos elegidos, al menos no hasta que su misión no fuera completada.

Fue así, después de mucho pensar, cómo llegó a la conclusión de que lo mejor sería utilizar lo que nos brindaba la Naturaleza porque, si de algo trataba todo aquello, era de retornar a lo natural, de traer criaturas al mundo fruto del amor, no de algo impostado y sucio.

De todo aquello hacía ya mucho tiempo, pero con paciencia había conseguido dar con un curso especializado en control de temperaturas en invernaderos y se había convertido en una experta en flores de todo tipo.

Ahora preparaba una última infusión. Aquella tendría efectos mucho más poderosos y fuertes que las anteriores, y es que necesitaba que así fuera porque en aquella ocasión todo ocurriría en el mismo lugar de la cita. Sabía que era un riesgo, pero a la vez le parecía que proporcionaría una belleza absoluta a la culminación de su misión.

Le había producido cierta lástima acabar con aquella magnífica flor que reinaba en su salón desde hacía semanas, pero desde el principio supo que aquel sería su inevitable final. Aquella majestuosa flor de tamaño exagerado —como ella misma— y de un color granate intenso, proporcionaría una infusión potente que acabaría con la azafata de manera rápida antes de que ni siquiera pudiera comprender lo que le ocurría. De ese modo, podría finalizar su cometido sin tener que recurrir a incómodos traslados a horas intempestivas.

UN DIA CUALQUIERA



Valentina llegó a la Unidad puntual. Estaba nerviosa. Había decidido vestirse ya de Rosa Almagro y notaba las miradas extrañadas de los compañeros. Se había puesto un vestido holgado con un estampado de florecillas en tonos azules y verdes que cubría sus rodillas. De nuevo, llevaba zapatillas de deporte. Era un aspecto femenino, que contrastaba con el que solía lucir a diario.

—¡Alegra esa cara, cabo! —le saludó Gonzalez dándole un manotazo cariñoso en el hombro — Hoy termina todo, ya verás. En unas horas este volverá a ser un día cualquiera y tú te convertirás en la heroína del caso.

Ella asintió sin decir nada y caminaron juntos hasta la sala de reuniones donde ya esperaban Basurto y Delicao.

—Buenos días a los dos. Tengo más datos que creo que nos van a ayudar —Basurto les hizo un gesto para que tomaran asiento—. He averiguado algo más sobre la vida de Mildred. Era hija única, de madre soltera. Familia humilde. La madre murió absolutamente alcoholizada y demenciada en 1995. Tardaron tiempo en encontrarla porque al parecer la vivienda familiar en la que creció Mildred estaba lejos de cualquier población y la mujer no debía tener mucho contacto con nadie.

—Mildred debió sentirse muy sola creciendo en un entorno así —los tres miraron a Suárez algo sorprendidos.

—No me digas que te da pena, cabo —dijo González. Pero Valentina se limitó a encogerse de hombros.

—Bueno, a lo nuestro que nos quedan pocas horas —La brigada se mostraba impaciente.

El plan parecía aún más sencillo aquella vez. Ya conocían a la sospechosa y, no solo eso, sino que habían logrado recabar algo de información sobre ella. El lugar era el mismo del día anterior y, además, en aquella ocasión Suarez llevaría también un pequeño auricular por el que podría recibir órdenes en caso de ser necesario.

La estrategia sería la misma; debía animar a Mildred Sánchez a hablar o, mejor dicho, debía provocarla para que lo hiciera.

—Nosotros estaremos siempre cerca, aunque no nos veas —volvió a repetir Bárbara como el día anterior.

En aquella ocasión sin embargo, para evitar levantar sospechas, se acordó que González y Delicao pasearan juntos por el parque y Basurto fuera la que se sentara a leer.

—Recuerda tu palabra clave y no dudes usarla si lo estimas necesario.

Estaba todo claro. La cabo aprovechó los últimos minutos antes de poner rumbo a El Capricho para pasar por el lavabo y tratar de calmarse. Ahora que parecía más que evidente que aquella voluntaria era la persona que llevaban meses buscando, se notaba más nerviosa que el día anterior. Se quedó un rato apoyada en la encimera, mirándose al espejo, mientras respiraba de manera acompasada. Después se aplicó el mismo brillo de labios de la mañana anterior, volvió a peinarse y salió al ruido y el jaleo de la Unidad. Estaba todo lo lista que podía estar.

Aquella mañana de casi otoño el sol brillaba sin ganas escondido entre varias nubes poco espesas pero que no obstante impedían ver el azul del cielo. Rosa Almagro llegó a la cita antes de la hora y se quedó de pie en el punto exacto en que la voluntaria se había apostado la mañana anterior. Vio pasar a su lado a los dos cabos, que se adentraron en el parque sin mirarla. Buscó a la brigada con la mirada pero sus ojos se toparon antes con los de Mildred. Aquel día no llevaba gafas de sol, no resultaban necesarias, y le pareció como si aquellos ojos azules tan intensos pudieran ver sus pensamientos.

—Buenos días, Rosa. Veo que te gusta la puntualidad. Es una virtud extraña en este país.

—Bueno, usted también la tiene y es española —primera estocada esperando recibir alguna reacción, pero solo obtuvo silencio acompañado de un gesto de mano invitándola a penetrar en las entrañas del parque.

Caminaron despacio mucho rato sin decirse nada, hasta que por fin Valentina decidió tratar de tomar las riendas de nuevo.

—Ayer me dijo que usted también pasó por una situación parecida a la mía. Quizás le resulte entrometida pero creo que escuchar una experiencia similar quizás me ayude a decidirme. ¿Cómo consiguió usted tomar la decisión?

Mildred frenó en seco y giró la cabeza muy despacio para clavar de nuevo sus ojos cerúleos en ella. Entonces habló de manera pausada y con su habitual tono dulce, aunque podía intuirse un matiz amenazante en su voz.

—Olvida lo que te dije ayer. No estamos aquí para hablar de mí, sino de ti. No debí hacer aquel comentario —le dedicó una amplia sonrisa que dejaba ver su perfecta dentadura antes de volver a mirar al frente y continuar hablando—. Hoy quiero enseñarte un lugar muy especial que poca gente conoce. Estoy segura de que te gustará, y además podremos charlar tranquilas. He pensado también que, si hoy no tienes cursos ni ninguna otra cita, podríamos hacer un pequeño picnic. Soy una excelente repostera —apuntó dando unos pequeños golpecitos al enorme bolso de rayas que colgaba de su hombro.

—Me encantaría, sí. Últimamente, por cierto, tengo más hambre que nunca —Valentina forzó una sonrisa y observó la zona, aprovechando para tratar de localizar a alguno de sus compañeros, sin éxito.

Continuaron caminando mientras hablaban de asuntos triviales, tomando giros inesperados

que las alejaban cada vez más del sendero de arena principal. Tras un rato paseando por un pequeño camino que prácticamente había sido devorado por la vegetación, Mildred paró en seco.

—Ya casi estamos. Descubrí este lugar por casualidad mientras buscaba algunas hierbas comestibles que me gusta añadir a mis infusiones y repostería. Sé que no deben arrancarse, pero realmente aquí hay tanta vegetación... —salió del camino y comenzó a andar sobre la maleza, que crujía a cada paso. Suárez la siguió, mirando antes hacia atrás. Realmente aquel lugar era tranquilo. No se veía ni oía visitante alguno.

De pronto la voluntaria se agachó y retiró algunas ramas del suelo dejando al descubierto lo que parecía ser un respiradero. Valentina sintió cómo se le formaba un nudo en el estómago. Aquello comenzaba a no gustarle nada.

—¿Sabías que El Capricho esconde lugares secretos? —Mildred no esperó respuesta antes de continuar mientras dejaba su bolso en el suelo para levantar la rejilla metálica— Hoy voy a enseñarte uno de ellos. Es un lugar especial, ya lo verás.

Ella no supo qué decir. Se quedó petrificada mirando a aquella gigante mujer mientras aplicaba toda su fuerza para levantar la trampilla. Notaba cómo un sudor frío comenzaba a empararle la espalda y la bola que se había asentado en su estómago crecía sin medida. Aquello pintaba mal. Justo en ese momento escuchó la voz de la brigada en su oído derecho. Instintivamente se tocó el pelo para asegurarse de que seguía cubriéndole la oreja.

“Suárez, tranquila. Lo estás haciendo muy bien. Estamos cerca”.

—Bueno, entremos y te explicaré más sobre este lugar —Mildred le tendió una mano invitándola a descender por las escaleras metálicas que escondía el respiradero. Estaba tan oscuro que no lograba saber dónde acababan—. No te preocupes. Abajo hay luz eléctrica. Te prometo que no es tan tétrico como parece. Es un lugar especial —añadió la voluntaria como si le hubiera leído el pensamiento.

La vio bajar con sorprendente agilidad para su edad. Aprovechó esos segundos para mirar alrededor de nuevo, pero seguía sin ver un alma, y entonces preguntó con el tono de voz más tenue que pudo mirando a su bolso, donde guardaba el micro: “¿seguís ahí?”. Esperaba recibir una respuesta por el auricular, pero justo cuando terminó de pronunciar la última sílaba, se hizo la luz al final de aquellas escaleras y pudo sentir la mirada de Mildred que la observaba sonriente.

—¿Ves? Son solo unas escaleras y listo. Te tengo preparada una sorpresa —por momentos aquella mujer sonaba casi como una niña emocionada que compartiera un gran momento con su íntima amiga.

—Suárez, Suárez... —Basurto se incorporó dejando el libro que le servía de tapadera sobre el banco, se quitó el auricular y volvió a colocárselo— Creo que hemos perdido la señal.

Entonces escuchó la voz de Delicao:

—Nosotros te oímos alto y claro, mi brigada. Pero nos llega una señal entrecortada del micro de la cabo.

—Quedaos donde estáis. Voy hacia vosotros.

Nacho y Raúl habían seguido a la sospechosa y a Valentina asegurándose de mantener una distancia prudencial. La brigada, sin embargo, se había quedado en el camino central observando, a la espera, por si las dos mujeres emergían de pronto por ahí. El cabo la fue guiando hasta que por fin, transcurridos varios minutos, se encontraron en un sendero estrecho rodeado de espesa vegetación.

—¿Qué ha podido ocurrir? ¿No se habrá dado cuenta de que llevaba un micro? —Delicao sonaba realmente preocupado.

—No lo creo. De haber sido así hubiéramos escuchado algún comentario por parte de la sospechosa y no ha sido el caso. Habló de un lugar secreto y de escaleras. Han debido entrar en algún recinto que nos bloquea la señal —La brigada comenzó a inspeccionar la zona.

Se hizo el silencio, solo interrumpido por el trino de los pájaros y las hojas de los árboles meciéndose suavemente al compás de la brisa.

—¿Hacia dónde se dirigían? —preguntó.

—A ciencia cierta no lo sabemos. Como verás aquí el camino hace un giro para volver hacia la zona principal, suponemos. Yo imagino que han salido de la ruta y se han adentrado en la maleza —el que hablaba era González.

—¿Qué puede haber por aquí? —la pregunta se la hacía la brigada a sí misma— Delicao, por favor, ve a la entrada principal todo lo rápido que puedas. Identifícate y solicita un mapa del lugar. Si alguien puede además venir aquí contigo para explicarnos qué hay en esta zona y a qué escaleras se podría estar refiriendo la sospechosa, mucho mejor. Mientras tanto González y yo seguiremos buscando.

Suárez se encontró de pronto en un habitáculo que olía a humedad y a cerrado. Del techo colgaba una bombilla que iluminaba suficientemente el lugar. Observó que las paredes eran de hormigón y, mirando más detenidamente, pudo ver múltiples manchas negras que las cubrían, sin duda causantes del olor que percibía. De pronto oyó un ruido seco que le hizo dar un respingo y dejó de escuchar los sonidos del parque. Mildred había cubierto la salida con ramas y hojas antes de volver a colocar la rejilla metálica en su lugar.

Rosa Almagro siguió en el mismo punto, pegada a la escalera, observando. El suelo había sido tapado con toallas de color verde hierba, simulando una pradera. Además, distinguió pequeñas macetas de plástico verde en las esquinas, donde lucían orgullosas multitud de *Gentiana Nivalis*. Notó de pronto como las manos comenzaban a sudarle profusamente. Ya no cabía duda, aquella era la persona que buscaban.

—En este lugar reina el silencio —dijo entonces para romper el mismo y además utilizar su palabra clave. Pero no escuchó respuesta por el receptor que anidaba en su oreja derecha.

Mildred comenzó a silbar una melodía que sonaba antigua, mientras de su bolso sacaba unos guantes de látex antes de extraer y colocar con absoluta meticulosidad un mantel de cuadros rojos y blancos, dos termos y lo que debía ser un pastel envuelto en papel de aluminio.

—Siéntate, de pronto te has puesto un poco pálida. Bebe un poco de té helado, te ayudará a recuperar el color —le ofreció—. También he preparado bizcocho con semillas de amapola y lavanda. ¡Me queda delicioso!

—El... El silencio de este lugar... —la cabo seguía intentando establecer contacto, pero no recibía respuesta alguna. Mildred pareció ignorar el temblor de su voz y le sirvió infusión de uno de los termos en un vaso de plástico. Entonces estiró el brazo para agarrarle la mano y tiró ligeramente de ella para que se sentara.

Valentina comprendió en ese momento que algo debía haber ido terriblemente mal. No había señal, probablemente por estar a varios metros bajo tierra en un recinto con muros de hormigón. Suspiró y decidió no dejar que el pánico la venciera. Debía centrarse y continuar con la misión. Antes o después la encontrarían y aquella situación acabaría. Sabía que el equipo no estaba lejos.

—¿Qué es este lugar? —preguntó dejando el vaso que la mujer le ofrecía sobre la toalla verde y procurando sonar lo más tranquila posible.

—Se trata de un búnker construido durante la guerra civil para alojar el cuartel general del ejército republicano del centro. Ha permanecido cerrado muchísimos años, aunque hace algunos meses se abrió al público. Por suerte para nosotras, solo se permite realizar visitas guiadas los sábados y domingos, de modo que es hoy todo nuestro. Nadie nos molestará —hizo una ligera pausa para volver a acercarle el vaso—. Y ahora bebe, que te vendrá bien.

—Estoy bien, gracias —Suárez había leído los informes redactados por Delicao y sabía que muchas de las víctimas fueron envenenadas, probablemente por ingesta de bebidas intoxicadas—. De hecho, creo que quizás sería buena idea que vayamos regresando. Tengo cosas que hacer y he quedado a comer con una amiga.

—Vaya, ¿no te parece un tanto feo irte ahora, después de la sorpresa que he preparado? Tomemos un tentempié y podremos marcharnos —insistió Mildred agarrando el vaso de nuevo y acercándosele mientras sonreía con dulzura.

—No me encuentro demasiado bien, creo que me convendría tomar el aire —La cabo se incorporó entonces y caminó hacia la escalera. La mujer no pareció oponerse, de hecho, no dijo nada.

Valentina comenzó a trepar por los escalones oxidados cuando de pronto notó que no podía avanzar. Se giró y vio a la voluntaria agarrándole el vestido. Aún sonreía, pero aquella sonrisa resultaba inquietante, amenazadora. Tiró de ella hasta que cayó al suelo. Antes de que pudiera incorporarse, Mildred se agachó y le sopló algo en la cara. Rosa Almagro tosió y respiró hondo para coger aire. De pronto, comenzó a marearse.

—Todo hubiera sido más fácil si me hubieras hecho caso a la primera —le decía ahora aquella mujer colosal, que paseaba a su alrededor cual depredador que se regodea observando a su presa antes de acabar con ella—. Ahora levántate y siéntate conmigo a almorzar —le ordenó con tono severo.

Suárez no sabía bien que le ocurría, pero era evidente que la había drogado. Se notaba la boca seca, un ligero temblor en las extremidades y, sobre todo, falta de ganas. De pronto no quería luchar, no quería pelear. Se limitó a obedecer y se sentó.

—Bebe y pronto todo habrá pasado —le insistió Mildred tendiéndole de nuevo el vaso mientras ella bebía directamente del segundo termo. En aquella ocasión Valentina bebió. Aquel té helado le resultó sorprendentemente agradable. Le devolvió algo de hidratación momentánea a la boca y la garganta. Sintió la necesidad de tumbarse, y eso fue exactamente lo que hizo.

—Sé quién eres —dijo de pronto sorprendiéndose a sí misma. Fuera lo que fuera lo que aquella mujer le había dado, estaba actuando como una especie de elixir de la verdad, eliminando todos sus filtros. Ya no podía fingir ser Rosa Almagro, ahora era plenamente Valentina Suárez, y no le importaba—. Pero tú no sabes quién soy yo, aunque te debo decir que tenemos bastante en común.

Mildred parecía no escucharla. De hecho, Valentina ni siquiera la veía, tan solo la intuía en algún lugar no muy alejado. Escuchaba cremalleras que se abrían y cerraban, un golpe seco, pasos acercándose. Pero decidió seguir hablando, aunque cada vez le costaba más hacerlo.

—Las infancias traumáticas nos definen. La mía también lo fue, como la tuya. Yo no vivía aislada como tú, pero sí tuve una madre que jamás se ocupó de mí.

—Estás desvariando. Es el efecto de la escopolamina pero, no te preocupes, pronto descansarás.

—¿Quién te violó? —continuó Suárez— ¿Por qué haces esto? ¿Es por venganza por lo que te ocurrió? Pero entonces, ¿por qué hacer que paguen mujeres inocentes?

De pronto se hizo de nuevo el silencio. Tal vez había conseguido apelar a la poca sensibilidad que aquella mujer tuviera, o quizás había herido su ego. Valentina no sabía bien qué había provocado su retahíla de preguntas en Mildred Sánchez, pero pronto obtuvo una reacción.

—Jamás se ha tratado de venganza, sino de justicia. Tú no sabes nada de mí, pero te diré algo, mi madre sí se preocupaba por mí. De hecho, gracias a ella yo libré a un ser inocente de una vida desgraciada. Tardé en comprenderlo, pero por fin abrí los ojos. Este mundo es suficientemente cruel como para empezar a vivirlo con desventaja. Los hijos que no son fruto del amor no deberían ver la luz. Yo me limito a redimirme abriendo los ojos del resto, de mujeres como tú, débiles, que os convertiríais en verdugos de vuestras propias criaturas sin quererlo.

—Sin embargo cometiste un error —a Valentina le costaba mantener los ojos abiertos y notaba como las piernas y los brazos reaccionaban ahora a la serie de espasmos involuntarios que parecían controlarlos. Hizo un esfuerzo para levantar la vista y vio a Mildred observándola interrogante con aquellos ojos que de pronto parecían más grandes, más profundos—. Antonia Blásquez no debió morir, ni su bebé tampoco. El sí era fruto del amor.

—¿Quién eres?! —había conseguido desestabilizar a la escocesa al pronunciar aquel nombre — ¿Qué sabes?!

Valentina sonrió satisfecha antes de que todo se tornara negro a su alrededor.

CUANDO EL FINAL ESTÁ ESCRITO



Encontraron el lugar.

Delicao llegó a la entrada del parque casi sin aliento. Había recorrido el trayecto a gran velocidad para no perder más tiempo del necesario. Se identificó, aún recuperándose, y solicitó hablar con el jefe de seguridad.

La respuesta fue inmediata. El único lugar en que podían hallarse a tenor de los datos proporcionados era el búnker.

—Lo abrimos al público hace unos meses. La entrada principal está cerca de la zona que usted me indica, si bien imagino que, por lo que escucharon, debieron acceder por alguno de los respiraderos.

El cabo se puso en contacto con sus compañeros y pocos minutos después accedían a aquel refugio subterráneo por la zona habilitada para el turismo. Lo hacían los tres solos, pese a la insistencia del guardia de seguridad de acompañarles. No sabían lo que iban a encontrar, ni si la presunta asesina estaba armada, de modo que no podían asumir el riesgo.

El lugar era una suerte de pasillos laberínticos con pequeñas estancias. Pese a que en las zonas visitables se habían instalado focos, la brigada ordenó avanzar a oscuras para no alertar a Mildred Sánchez. Caminaban despacio, procurando no hacer ruido, respirando aquel aire viciado, avanzando en la oscuridad, palpando las paredes para seguir la ruta y no olvidar ninguna sala.

Transcurridos unos minutos, vislumbraron una tenue luz amarilla al fondo de uno de los pasillos. Con señas, Basurto indicó a los cabos que se prepararan para entrar. Los tres sacaron sus armas reglamentarias y se pegaron aún más a la pared para evitar ser vistos.

Antes de ni tan siquiera poner un pie en aquel habitáculo, observaron la escena con desolación. Suárez yacía sobre un artificial prado verde, tumbada boca arriba, inerte. Pudieron ver varias macetas con las florecillas azules, confirmando así sus sospechas. Eso sí era una prueba irrefutable, pensó Delicao alarmado.

Mildred estaba de espaldas a ellos, sentada sobre las toallas junto al cuerpo de Valentina. No podían ver lo que hacía de modo que, en cuanto la brigada dio la señal, entraron los tres alzando la voz y apuntándola con sus armas.

La mujer se giró lentamente, clavando su mirada y su eterna sonrisa en ellos. Se mostraba calmada. No opuso resistencia mientras González la esposaba. Delicao se desentendió y fue directo a comprobar si su compañera estaba bien. Levantó su cabeza con las dos manos y le tocó la frente. No se movía. Buscó el pulso en su muñeca, pero era muy tenue.

—¡Necesitamos una ambulancia ya! —gritó notando como las lágrimas se le agolpaban en los ojos. Sacó su teléfono móvil, aquel que apenas utilizaba, pero no había cobertura en aquel lugar. Entonces miró a su alrededor y vio la escalera metálica por la que habían descendido las dos mujeres algunos minutos antes. Volvió a reposar la cabeza de Valentina en la toalla con suavidad y subió lo más rápido que pudo.

—Tuve que haberme dado cuenta, pero ya no importa. Lo hice lo mejor que supe —la que hablaba era la voluntaria. Lo hacía de manera pausada, mirando a la puerta, mientras González la agarraba de un brazo para asegurarse de que no tratara de escapar.

La mujer estuvo en silencio todo el trayecto. No dijo ni una palabra mientras la trasladaban a dependencias para ser interrogada. Se limitó a mirar por la ventanilla del coche, aún sonriendo.

La instalaron en la misma sala en la que habían organizado las citas los días anteriores, la sala número tres. Fue Basurto quien lideró el interrogatorio, pero de nada sirvió.

—No sé cuáles son sus motivos, que imagino que los tendrá, pero quiero que comprenda que la mujer a la que ha envenenado no estaba embarazada. Era compañera nuestra y en estos momentos se encuentra en estado muy grave. Necesitamos que nos diga qué le ha administrado para tratar de salvar su vida. Ella solo hacía su trabajo —conminó a la mujer.

—Y yo solo hacía el mío. Pero ya no importa porque no podré terminarlo —hablaba pausadamente, sin mostrar ningún signo de nerviosismo.

Mientras tanto González vaciaba el contenido del bolso a rayas: dos termos vacíos, restos de bizcocho, una mantita azul, una rosa y una blusita blanca de algodón. Todo ello debía ser analizado.

—Dígame una cosa. Sabemos que mató usted a todas esas mujeres y sus bebés, pero hay algo que no comprendo; Antonia Blásquez no cumplía con los requisitos, y mucho menos su marido. ¿Por qué lo hizo entonces?

Mildred le mantuvo la mirada a la brigada un buen rato antes de responder.

—Los hijos deben ser fruto del amor. Aquel bebé no lo era. Iba a ser un esperpento. Habían jugado a ser Dios —hizo una breve pausa antes de continuar—. En cuanto a Felipe, se metió donde no le llamaban. No era mi intención acabar con él, pero no me dejó otra opción.

En ese momento echó la cabeza hacia atrás y comenzó a convulsionarse. Sus enormes ojos azules quedaron en blanco y la brigada vio como la saliva le resbalaba por la comisura de los labios sin control. Pero de pronto, dejó de moverse. Basurto se acercó a ella y la agitó ligeramente. La mujer no respondía.

Salió de la habitación a toda prisa, aún confundida por lo que acababa de ocurrir. Aquella mujer había pasado de estar perfectamente a perder el sentido en cuestión de segundos.

—¡Necesito un médico aquí inmediatamente!

El equipo no tardó ni dos minutos en personarse, pero era demasiado tarde. Mildred Sánchez había muerto.

EPILOGO



Secó las flores de Cerbera Odollam hacía años, cuando entendió cuál era su misión. Había cultivado aquellas bellezas blancas de semillas amarillas con cariño y tesón, porque sabía que algún día podrían convertirse en su salvación. Llevaba una infusión de las mismas a cada uno de sus picnics sorpresa por si necesitaba alguna salida rápida.

Leyó sobre la existencia de aquella planta —conocida como el árbol del suicidio— al poco de llegar a España, en un artículo de una revista especializada que hablaba de su peligrosidad, habiéndose cobrado la vida de más de quinientas personas en pocos meses en la India, su país de origen. A pesar de lo mortífera que resultaba, proporcionaba una muerte dulce en menos de tres horas y era indetectable en analíticas posteriores. Supo entonces que aquella flor sería su aliada. La reservaría solo para ella.

El médico, ataviado con la usual bata blanca, entró en la sala de espera y se retiró los anteojos.

—¿Familiares de Valentina Suárez?

Basurto miró a los cabos antes de incorporarse con premura.

—Somos su compañeros. Brigada Basurto. Por favor, indíqueme cómo se encuentra.

—La señorita Suárez saldrá de esta, aunque es pronto para saber las secuelas que le quedaran. Sospechamos que se le administró la famosa burundanga para anular su voluntad y que luego ingirió una infusión de dragontea, una flor que puede resultar letal. Tuvo la suerte de quedar inconsciente antes de consumir más de la cuenta. Vamos a mantenerla en un coma inducido los próximos días para poder controlar mejor su recuperación. Pueden ustedes marcharse. Les mantendremos informados.

Basurto agradeció la visita al doctor y miró a sus compañeros. González se incorporó, pero Delicao siguió en la misma postura.

—Yo me quedo —dijo muy serio.

—No puedes pasar la noche aquí. Es mejor que descanses —le conminó la brigada.

—No puedo hacerlo sabiendo que ella está aquí.

—Vayamos a tomar una cerveza, nos la hemos ganado. Luego duermes un par de horas y regresas —trató de convencerle González.

—Yo me quedo —repitió Delicao—. Me vendrá bien aburrirme, hace tiempo que no lo hago y era una sana costumbre.

Si habían aprendido algo en aquellos meses, era que aquel joven con aspecto enclenque era fuerte y de ideas fijas. De nada servía insistirle. Debían respetar sus deseos, se lo había ganado a pulso.

—¿Bárbara? —preguntó entonces el cabo mayor mirando a la brigada.

—Ahora sí —respondió Basurto con una sonrisa franca. Y Raúl les vio partir juntos y, pese a las circunstancias, no pudo evitar sonreír.